

OBSIDIANA: LIBRO CUATRO

• ETERNIDAD •
NEGRA

JUNTOS EN LA OSCURIDAD.



VICTORIA QUINN

Eternidad negra

Obsidiana #4

Victoria Quinn

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y sucesos representados en esta novela son ficticios o se han usado de forma ficticia. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de recuperación y almacenaje de información, sin el permiso por escrito del editor o de la autora, salvo en el caso de un crítico, que podrá citar breves pasajes en una crítica.

Eternidad negra

Copyright © 2018 de Victoria Quinn

Todos los derechos reservados

Calloway

El sonido del látigo se amplificó en mis oídos, pareciendo tres veces más alto y tres veces más potente. Agarré con los dedos la empuñadura de piel como si pudiera escapárseme en cualquier momento. Se lo descargué contra la espalda y el trasero, haciendo que gimiera y llorara exactamente al mismo tiempo.

Por fin volvía a sentirme yo mismo.

Cuando le decía a Isabella lo que debía hacer, ella obedecía. Contar con aquella obediencia inquebrantable me producía un subidón de adrenalina inigualable. Tenía el poder una vez más, el control absoluto. Estaba recibiendo lo que yo quería y se me respetaba como el dominante fuerte que era.

Ella tenía la espalda marcada por todas partes y yo tenía mi dosis. Volví a colocar el látigo en la repisa y tomé asiento en el sofá de cuero que había contra la pared. El corazón aún me latía a razón de un millón de pulsaciones por minuto, palpitándome en el pecho como si acabara de correr una maratón.

Isabella permaneció de rodillas sin moverse, a pesar de lo incómodo de la postura. No levantó la cabeza ni alzó la vista. Se quedó quieta como una estatua, cumpliendo de un modo hermoso con su papel de sumisa.

Me apoyé los dedos en la boca, dejando descansar las puntas sobre el labio inferior. Miré fijamente hacia donde ella esperaba, disfrutando del poder silencioso que tenía sobre ella. Jackson se había marchado hacía mucho, retirándose a su oficina para que yo pudiera tener intimidación para ser el hombre que era de verdad.

Después de hacer que se quedara sentada en esa posición durante casi diez minutos, permití que se moviera.

—Puedes relajarte.

Ella retiró las piernas de debajo de su cuerpo de inmediato porque se sentía incómoda. Se palpó las marcas de la espalda y volvió la vista hacia mí.

—La vista al suelo —gruñí—. En ningún momento te he dado permiso para que me mires.

Ella giró el cuello apresuradamente y miró al suelo, quedándose inmóvil para compensar su error.

El cuerpo se me tensó de aprobación al ver su reacción, y me sentí abrumado por la absoluta obediencia que me ofrecía. Me pasé los dedos por la barba incipiente del mentón mientras la otra mano se me cerraba en un puño. No podía reprimir la alegría que me corría por las venas. Me sentía más vivo de lo que me había sentido en casi un año. En lugar de sentirme culpable o avergonzado, me sentía libre.

—No vas a tocarme. ¿Entendido? —Me llegó el eco de mi propia voz, amplificadas por las cuatro sólidas paredes que nos rodeaban. Era sorprendente la velocidad con la que había vuelto a mi lugar. Era como si mi verdadero yo nunca se hubiera marchado. Aquel era el hombre que había sido todo ese tiempo, oculto bajo mi máscara.

Los ojos de Isabella no se movieron.

—Puedes hablar.

Como la buena sumisa que era, no hacía nada a menos que yo le diera permiso específico para ello.

—Sí.

Gruñí a modo de respuesta, indicándole que aquella no era la contestación correcta.

—Sí, señor —se apresuró a decir; su respiración era profunda y errática. Había vuelto de lleno a nuestra danza y su excitación resultaba evidente por el modo en que se humedecía los labios. No habría ningún contacto físico, y ciertamente no habría sexo, pero se excitaría para el hombre con el que decidiera acostarse.

—Harás lo que te diga cuando yo lo ordene.

—Sí, señor.

—No somos monógamos. Eres libre de estar con cualquier dominante que quieras, pero cuando yo entre aquí, eres mía. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

Me sentía como un rey en aquel momento, un hombre con más poder que un superhéroe. Volvía a ser un dominante, la versión más oscura de mí mismo. El hecho de que me pareciera tan natural no hacía más que convencerme de que lo que estaba haciendo era necesario, que no estaba mal.

—Ponte sobre la cama. El culo en pompa.

Casi corrió hasta la cama de lo excitada que estaba, probablemente albergando la esperanza de que me la follara como a una perra en celo.

—Una mano en la nalga izquierda. —No me levanté del sofá donde estaba. Uní las manos y las apoyé sobre el regazo.

Ella hizo equilibrio sobre las rodillas y un brazo antes de llevarse la mano izquierda a la nalga.

—Azótate, Isabella. Con fuerza.

Nunca le había pedido que hiciera algo así, así que vaciló.

—¿Qué es lo que te he dicho, Isabella? —Mi voz se tornó amenazadora por sí sola.

Se palmeó la nalga izquierda con la mano, produciendo un fuerte sonido.

—Puedes hacerlo mejor.

Lo repitió con más fuerza, esta vez dejándose la huella de la mano.

La contemplé con satisfacción.

—Vamos a hacerlo diez veces. Y tú vas a contar conmigo. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

—Adelante.

Retiró la mano hacia atrás antes de chocarla con fuerza contra la nalga izquierda, haciendo que se enrojeciera, igual que las marcas del látigo que yo le había dejado. Su respiración era temblorosa y sus palabras, un suspiro.

—Uno...

—Esa no ha sido lo bastante buena, Isabella. Empieza otra vez.

Le tembló la mano antes de obedecer y se golpeó con más fuerza. En aquella ocasión, la palabra surgió con intensidad.

—Uno...

Rome

No sabía cuándo volvería Calloway a casa, así que cené y guardé las sobras en el frigorífico. Tenía que hacer la colada y otras tareas, y sin él por allí para distraerme, lo acabé todo en poco tiempo.

Por algún motivo, me encantaba sacar sus camisas de la cesta de la ropa sucia y meterlas a lavar. Estaban impregnadas de su olor, una mezcla de su colonia, su masculinidad y la loción que se aplicaba en la cara y en el cuello después de afeitarse por la mañana. Siempre me llevaba las camisas al pecho y las olía antes de que las lavaran en frío. Era Tom quien se encargaba de traer sus trajes de la tintorería y normalmente estaban colgados en el vestíbulo cuando llegábamos a casa. Les quité la funda de plástico y los coloqué en su lado del armario. También les habían sacado brillo a los zapatos de Calloway, que parecían igual de nuevos que el día que los compró.

Después de pasar la aspiradora por los suelos y de fregar los platos, de repente me sentí aturdida. Se me empezó a formar una sensación en el estómago y tuve que sentarme para no perder el equilibrio. Saqué una de las sillas de la cocina y tomé asiento, sintiendo que el corazón se me hinchaba y aumentaba tres veces su tamaño.

Era feliz.

Me encantaba compartir casa con Calloway. Nunca antes había vivido con un hombre, pero fantaseaba con que sería así. Su presencia persistiría hasta cuando ya no estuviera en casa. No me importaría recoger sus cosas porque era simplemente otra forma de estar cerca de él. Tenía un vínculo con sus objetos personales, pues sabía que lo complementaban a él como hombre.

Sabía que querría aquello para siempre.

Calloway todavía no me había dicho que me amaba, pero me lo demostraba todos y cada uno de los días. Lo veía en la forma en que me miraba, en la forma en que me tocaba, y ciertamente en la forma en que me quería. Yo llevaba el anillo negro que me había dado todos los días, y no recordaba un momento en que él no hubiera llevado el suyo. Daba la sensación de que ya estuviéramos casados en lo fundamental.

Pero yo seguía queriendo lo real.

Sabía que con el tiempo llegaríamos a ese punto. Calloway aún luchaba por despojarse de sus antiguas costumbres. Tendría que reconciliarse con todo aquello por sí solo, pero cuando estuviera preparado, yo también lo estaría.

La puerta principal se abrió y oí sus pisadas contra el suelo de madera.

En cuanto supe que estaba en casa, me levanté de la silla y pasé de la cocina al salón, que estaba conectado con el vestíbulo.

—¿Qué tal ha ido...? —Me detuve al ver la mirada intensa de su rostro, la inexplicable ferocidad de sus ojos azules. Había visto aquella mirada innumerables veces. Me la dirigía justo antes de follarme con tanta fuerza que yo gritaba de éxtasis. Aquellos ojos ardientes no decían que estuviera caliente o con ganas de sexo.

Simplemente, me quería a mí.

—Quítate. El. Vestido. —Sus brazos permanecieron a ambos lados de su cuerpo, pero me asfixiaba con su violenta mirada—. Ya.

Si me diera órdenes en cualquier otro contexto, se ganaría un buen bofetón en la cara, pero cuando se ponía así de sexi al imponer sus exigencias, mi orgullo no me importaba. Mi entrepierna ya estaba cobrando vida y empezando a empaparse por aquel hombre.

Me llevé los dedos a la espalda y me bajé la cremallera del vestido de arriba abajo. Una vez que quedó suelto, empezó a caer por mi cuerpo, deslizándose lentamente hacia el suelo hasta que fue a parar a mis pies.

Los ojos de Calloway me recorrieron el cuerpo, violándome con su mirada penetrante.

—Ahora el sujetador.

Me lo desabroché y lo dejé caer. De inmediato, sentí frío en los pechos al no estar presionados contra el suyo. Los pezones se me endurecieron y se volvieron de un tono rosado más oscuro.

—El tanga. —A pesar de que no alzaba la voz, sus palabras llegaban a todos los rincones de la sala.

Me lo bajé por las piernas y lo dejé caer encima del resto de mi ropa. Lo único que llevaba eran los zapatos, pero como no me había dicho que me los quitara, me los dejé puestos. De repente me sentía receptiva, a la espera de directrices en lugar de tomar decisiones por mí misma.

Él caminó hasta mí, tomándose su tiempo pese a que sus piernas le permitían dar zancadas. Cuando se detuvo delante de mí, no me tocó como yo

esperaba que hiciera. Se quitó la chaqueta sin apartar la mirada de mí y después se desabotonó la camisa, desabrochándose los botones de uno en uno. Parecía estar tardando una eternidad a propósito, provocándome el mayor tiempo posible.

—Tengo hambre.

Recé por que el hambre no fuera de comida.

—Ponte sobre la mesa de la cocina. —Se desató el cinturón; sus manos actuaban por cuenta propia.

Me puse sobre la gran mesa de cerezo y esperé más instrucciones, porque no estaba segura de en qué postura me quería.

El cinturón salió disparado de las trabillas y golpeó el suelo de baldosas.

—De espaldas.

Me di la vuelta y me moví hacia arriba, dejando que las piernas pendieran hacia un lado.

Calloway me agarró las caderas y me colocó sobre la mesa, con el trasero al borde. Acercó una silla y tomó asiento justo delante de mi sexo, él con la camisa totalmente abierta. Me agarró la parte posterior de los muslos y me abrió por completo mientras acercaba la cara y me daba un beso en los labios.

Guau.

Cerré los ojos y sentí cómo sus labios me acariciaban con suavidad, moviéndose entre mis pliegues y después alrededor del clítoris. Actuaba con lentitud y me daba besos decididos, estimulando todo mi cuerpo, al igual que mi mente.

Mis manos se deslizaron por mis pechos y después se desplazaron a su cabeza. Hundí los dedos en su abundante cabellera y me agarré, balanceando lentamente las caderas junto a su boca para aumentar el placer.

—Calloway... —Yo ya estaba en el paraíso, siendo adorada por el hombre al que quería. Era el único hombre que podía hacerme sucumbir así, y no pude evitar pronunciar su nombre en el instante en que su boca se posó en mi entrepierna.

Me masturbó con la boca durante quince minutos, haciendo que me corriera dos veces. Yo no podía hacer más que quedarme ahí tumbada y disfrutar, sintiendo cómo Calloway me amaba con la lengua. Me toqué los pechos y jugué con los pezones, aún meciéndome con él.

Calloway se movió más hacia abajo y de repente me besó en un lugar donde nunca antes lo había hecho. Su lengua me acarició hasta que mi

abertura pudo relajarse por fin. Después deslizó la lengua dentro de mi ano, humedeciéndolo con su saliva.

No estaba segura de qué pensar. Me gustaba, pero de un modo diferente.

Continuó durante unos minutos antes de ponerse de pie y dejar caer los pantalones y los bóxers. Me agarró la mano y se metió dos de mis dedos en la boca, chupándolos hasta que quedaron levemente arrugados. Después me los puso en mi abertura posterior.

—Métete los dedos, cariño.

El único motivo por el que lo hice fue porque Calloway me lo pidió. Nunca me había dado malas instrucciones, así que deslicé un dedo y después el otro.

—Bien. —Apuntó su erección hacia mi sexo y se introdujo dentro, estirándome con su enorme miembro. Un brillo oscuro se asentó en sus ojos mientras me embestía sobre la mesa. Me agarró por detrás de las rodillas mientras me empalaba con su sexo una y otra vez, moviéndose a través de mi humedad resbaladiza.

La sensación era tan agradable que no me importaba lo que estaban haciendo mis dedos.

Calloway no me dirigió ninguna expresión de afecto, como solía hacer cuando hacíamos el amor. Ahora parecía enfadado, su mandíbula estaba tensa y sus ojos, implacables. Parecía que sólo quería follarme, simple y llanamente.

Y no es que a mí me importara.

Me agarró de la muñeca y me sacó los dedos antes de sujetarse la erección y apretarla contra mi otra entrada.

Joder.

Ya me había sodomizado antes, y sin duda era una experiencia que no olvidaría nunca. Tenía la sensación de que iba a partirme en dos porque su miembro era enorme dentro de mí. Intentaba acostumbrarme a él, pero nunca lo conseguía. Lo que me excitaba era lo mucho que Calloway disfrutaba con ello.

Presionó el glande contra mi agujero pequeño y apretado, y empujó. Mi cuerpo luchó por ajustarse a él, porque su entrada resultaba demasiado intrusiva. Intenté relajarme, pero la presión sólo hacía que me estrechara más.

Calloway empujó hasta que introdujo su erección. Después fue entrando lentamente hasta quedar enterrado casi a la altura de los testículos. Me agarró de las caderas y me colocó en la mesa, dejando que el trasero colgara por el

borde. Empezó a moverse dentro de mí, hincándose en mi prieto canal como si lo poseyera, al igual que el resto de las partes de mi cuerpo.

Al principio dolió, pero me acostumbré. Con cada envite, me sentía completamente llena, como si pudiera estallar en cualquier momento. Contemplé a Calloway, un hombre de casi metro noventa, mientras me follaba sobre la mesa de la cocina.

Su mano derecha se movió a mi entrepierna y me puso el pulgar en el clítoris, frotándolo con agresividad mientras entraba con más fuerza en mi trasero.

Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un gemido involuntario. Que me tocara en los dos sitios hizo que mi cuerpo cobrara vida. Mis terminaciones nerviosas ardían por todas partes provocándome una sobrecarga sensorial. Ya había hecho que me corriera dos veces, pero sabía que se avecinaba otro orgasmo más.

La mirada de Calloway estaba clavada en la mía mientras sus embestidas se volvían más agresivas. Me follaba más fuerte y más rápido, empujando dentro de mí su enorme sexo. De vez en cuando, un gemido callado escapaba de sus labios.

—Tú. —Embistió con más fuerza—. Eres. —Me rodeó el cuello con la mano—. Mía. —Los músculos del abdomen se le tensaban con cada movimiento que hacía. El sudor que le goteaba por el cuerpo le hacía brillar reflejando la luz de la lámpara de araña que había encima de mí. Aplicó más fuerza con el pulgar en mi clítoris, intentando llevarme al éxtasis antes de acabar él.

La enigmática excitación de sus ojos fue lo que me hizo saltar. Me encantaba cuando me poseía así, cuando se apropiaba de mí por completo en cuanto entraba por la puerta. No podía esperar ni un minuto, ni siquiera un segundo, para tenerme. Hacía cosas conmigo que nunca le permitiría hacer a otro hombre, porque él era especial.

Su sexo se volvió perceptiblemente más grueso dentro de mí y supe lo que venía a continuación.

—Córrete. Ahora.

No me atrevía a desobedecerlo cuando estaba así. Mi cuerpo acató su orden como si tuviera mente propia, y me vi arrastrada por el éxtasis que me llevó a un lugar celestial. Apoyé la cabeza hacia atrás y me quedé mirando el techo, mientras se me nublaba la visión por la intensidad de la explosión.

Él me agarró apretándome más y empujó con más fuerza, corriéndose

con un fuerte gemido mientras me llenaba con su semilla caliente.

—Joder. —Apretó la mano alrededor de mi cuello, pero se obligó a soltarla, sabiendo que estaba yendo demasiado lejos. Se introdujo hasta el fondo y descargó dentro de mí todo lo que tenía.

Podía sentir el calor en lo más profundo de mi ser y el peso de su semen mientras llenaba mi conducto. Ahora que mi orgasmo había acabado, era consciente de cuánto me estaba estirando, del dolor innato que me provocaba su enorme sexo.

Calloway no salió de mí hasta que estuvo preparado. Lentamente, su miembro fue deslizándose hacia fuera y él se quedó mirándome el ano.

—Enséñame.

Contraje los músculos y llevé su semen a la entrada. Oí el sonido de la salpicadura cuando una parte cayó al suelo.

La expresión de Calloway no se alteró, y permaneció tan sombría como lo había estado mientras me follaba. Presionó los dedos contra mi entrada y sintió cómo su semen le cubría las puntas de los dedos. Su mirada se volvió más intensa, como si no acabáramos de acostarnos. Se inclinó sobre mí y me miró fijamente, con los labios cerca, pero sin intención de besarme.

—Eres mía. Dilo.

Puso los brazos sobre la mesa, uno a cada lado de mi cabeza, mientras me clavaba la mirada. Se me endurecieron los pezones porque me sentía intimidada y excitada otra vez. Cuando se trataba de nuestra relación sexual, no dudaba en darle lo que quería. Me limitaba a obedecer, dejándome llevar por el momento con él.

—Soy tuya.

* * *

En cuanto me desperté a la mañana siguiente, Calloway ya estaba encima de mí. Me separó las rodillas con los muslos y se colocó entre mis piernas. Su pecho cálido se apretaba con el mío y tenía una expresión somnolienta en los ojos, mezclada con excitación. Se introdujo dentro de mí y empezó a moverse lentamente.

Automáticamente, mis tobillos se entrelazaron alrededor de su cintura y le rodeé el cuello con los brazos. Pegué la frente a la suya y respiré con él, mientras nuestros cuerpos se movían al compás como suaves olas contra la orilla.

Calloway se comportaba con mucha más delicadeza que la noche anterior. Se meció hacia mí con lentitud y me dio un beso suave en los labios, amándome justo como a mí me gustaba. Me mimaba con su contención y con su paciencia.

Me hacía el amor.

Nuestro despertador estaba a punto de sonar, pero no aceleró el ritmo. No era un polvo rápido antes de ir a trabajar. Era una sesión larga, una en la que los dos queríamos tomarnos nuestro tiempo. Cada vez que se movía en mi interior, me frotaba el hueso de la pelvis contra el clítoris y aumentaba mi excitación. Su olor me envolvía, delicioso y masculino. El sexo siempre era bueno, pero cuando era lo primero de la mañana, era lo mejor.

Hizo que me corriera un instante más tarde y él me siguió inmediatamente después, depositando otra carga entre mis piernas para que llevara su semilla todo el día en mi interior. Se le escapó un gemido suave de los labios mientras terminaba, y después me besó en la boca.

Ahora no quería ir a trabajar.

Salió de mí y se metió en la ducha de inmediato. No me dirigió ni una sola palabra, en contra de su costumbre. Normalmente me preguntaba cómo había dormido esa noche o hacía un comentario sobre mi aspecto a primera hora de la mañana. Pero las palabras eran innecesarias porque decía todo lo que necesitaba decir con el cuerpo.

Los dos nos preparamos para ir a trabajar y nos sentamos en el asiento trasero de su coche. Tom nos llevó a la oficina mientras nosotros guardábamos silencio atrás. Calloway miraba por la ventana con la mano apoyada bajo el mentón. Su expresión era ilegible, estoica.

Parecía diferente de algún modo, pero no conseguía averiguar por qué. Parecía más intenso de lo habitual y su autoridad vibraba en el aire hasta en los momentos más tranquilos. Casi parecía que estuviera enfadado, pero el afecto que me mostraba refutaba esa teoría.

Entramos en el edificio y cogimos el ascensor hasta nuestra planta.

Calloway estaba de pie con las manos en los bolsillos, mirando hacia el frente como si estuviera compartiendo el ascensor con una desconocida.

Yo comprobé el correo en el móvil sólo para tener algo que hacer.

Me acompañó a mi oficina y entró conmigo. Inmediatamente llevó ambas manos a mi cara y me sostuvo las mejillas mientras me besaba en la boca. Fue un beso lento pero lleno de pasión, diciéndome que me echaría de menos mientras estuviese al otro lado del pasillo durante el resto del día. Me

succionó el labio inferior antes de que nos separásemos.

Con los dedos me peinó un mechón de pelo de la cara, rozándome la mejilla con la misma dulzura que me había mostrado aquella mañana. Me dirigió una última mirada de anhelo, como si quisiera quedarse en aquella diminuta oficina conmigo el resto del día. Sin decir otra palabra, salió y me dejó allí de pie, con las rodillas debilitadas por el hombre que me hacía temblar con un solo beso.

Me senté ante mi escritorio y me quedé mirando la pantalla negra del ordenador, aún pensando en aquel último beso que me había dado antes de marcharse. Algo había cambiado entre nosotros. Sus sentimientos parecían haberse intensificado, amplificado. No sabía cuál era la diferencia, pero sabía que me gustaba.

* * *

Calloway y yo nos marchamos de la oficina al acabar el día y nos subimos al asiento trasero del coche de Tom.

—¿Quieres parar a ver a tu madre?

Calloway siguió con la mirada fija en la ventana, como si no me hubiera oído. La barba empezaba a asomar a medida que se acercaba la noche. Con el traje negro, su figura parecía poderosa y prominente. A pesar de que cada centímetro de su cuerpo estaba cubierto, era obvio que era un hombre musculoso.

—Claro.

En cuanto oyó la respuesta de Calloway, Tom puso rumbo a la residencia de cuidados asistidos que estaba a las afueras de la ciudad.

Yo miré por la ventana y disfruté del silencio entre nosotros. Calloway y yo no siempre necesitábamos hablar para llenar el vacío que surgía por la falta de conversación. El mero hecho de estar juntos parecía bastarnos a ambos. Como pasábamos todo el tiempo juntos, no había nada nuevo de lo que hablar.

El silencio no me incomodaba, pero echaba de menos el afecto. No me había dedicado ningún gesto de cariño en todo el día, así que estiré el brazo sobre el asiento que había entre nosotros y lo tomé de la mano. La palma de mi mano era mucho más pequeña que la suya, sin comparación. Sentí las gruesas venas del dorso de su mano y deseé tener aquellas manos fuertes por todo mi cuerpo.

Calloway se me quedó mirando la mano antes de llevársela a los labios y depositar un beso en ella. Su boca era cálida contra mi mano fría, y sus labios húmedos y suaves. Clavó la mirada en la mía mientras me besaba con una intensidad energética y ardiente al mismo tiempo.

Me bajó la mano y la apoyó sobre su muslo, colocando la suya encima. Volvió a mirar por la ventana con las yemas de los dedos sobre los labios mientras se sumergía una vez más en sus pensamientos.

—¿Calloway?

—¿Hmm? —No volvió los ojos hacia mí.

—¿En qué piensas?

La comisura de la boca se le curvó en una sonrisa.

—En que desearía que Tom no estuviera cerca.

Llegamos a la residencia y pasamos al interior. Calloway no llevaba el libro encima, así que sacó el teléfono y lo descargó. En ocasiones, su madre no estaba de humor para que le leyeran, pero la mayoría de las veces le apetecía.

Entramos en su dormitorio y pasamos al balcón, donde se encontraba sentada en su mecedora. Nos presentamos como de costumbre y tomamos asiento.

Laura miró a Calloway con intensidad, dirigiéndole una expresión que ninguno de los dos habíamos visto antes. Se parecía a la mirada que Calloway me dedicaba cuando estaba enfadado, aunque la expresión de ella era mucho más suave.

Calloway le sostuvo la mirada, esperando a que dijera algo.

Yo no quería hacerme esperanzas, pero cada vez que iba de visita, esperaba que su madre tuviera una revelación. Había algo en mí que le había estimulado la memoria en una ocasión y albergaba la esperanza de que la presencia de Calloway lograra recordarle de algún modo que era su hijo. Yo sabía que a Calloway le dolía que mi aspecto tuviera más influencia en su madre que el suyo, a pesar de que él había cumplido con sus visitas diligentemente durante años.

Un gesto de dolor atravesó la cara de ella, un detalle que no podía medirse basándose solamente en su expresión.

—¿Nos conocemos?

Mis pulmones dejaron de respirar de inmediato porque el cuerpo ya no me funcionaba. Siempre había sabido que el amor de una madre por sus hijos era capaz de superar cualquier enfermedad. Era imposible que mirase a

Calloway y no advirtiese aquellos ojos azul cristalino que ella también tenía. No podía mirarlo y no ver el mismo rostro que su marido había tenido en el pasado.

La expresión de Calloway no se alteró mientras le sostenía la mirada a su madre. A veces era imposible saber qué estaba pensando porque no dejaba entrever nada. Por lo normal yo podía detectar su humor y, cuando estaba realmente transparente, también sus pensamientos. Pero en ese momento, los pensamientos que se ocultaban detrás de aquella hermosa cara eran un misterio.

—Sí. Te he visitado todas las semanas en los últimos siete años. Me has conocido muchas veces.

—¿De verdad? —susurró ella.

Calloway asintió.

—Te he leído la primera parte de Harry Potter más de trescientas veces. Es tu libro favorito.

Aquella mueca de dolor volvió a aparecer en su rostro. Apretó los finos labios con firmeza, afligida.

—Tengo la sensación de que... has venido hace poco, ¿no?

Tal vez aquello iría a parar a algún sitio. Quizás verla tan a menudo le había dado un impulso positivo a su memoria.

—Sí. —La voz de Calloway se tornó más intensa, llena de esperanza—. Estuve aquí hace dos días. Y también el día anterior.

Laura volvió la vista hacia mí, examinando mi rostro como si lo hubiera reconocido.

—Había otro hombre joven con vosotros... creo.

Ahora apenas podía respirar.

A Calloway se le paralizó el pecho, abrumado por lo que acababa de oír.

—Sí. Era mi hermano.

—Creo que me acuerdo de él... —Se llevó la mano de inmediato al collar que le rodeaba la garganta, y palpó la cadena de oro—. Muy guapo... Muy simpático.

—Sí —coincidió Calloway—. ¿Recuerdas algo más?

Ella fijó la vista en el suelo de madera que había bajo sus pies, aún acariciando la cadena con las yemas de los dedos.

—No... Sólo que era un buen hombre.

Yo giré la cara hacia Calloway, preguntándole en silencio qué era lo que debíamos hacer. Me preguntaba si Calloway le contaría alguna vez que era su

hijo, que ella había perdido la memoria por una enfermedad, pero que él seguía estando a su lado. ¿Haría eso que se disgustara? ¿La asustaría? Era imposible saberlo.

Calloway se sacó el teléfono del bolsillo y me lo tendió.

—Lámalo.

Yo seguí sus indicaciones al momento y volví al recibidor para tener intimidad.

Jackson respondió casi de inmediato.

—¿Ves? Te dije que te sentirías mejor. Eres un hombre nuevo.

Yo no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero no me molesté en descubrirlo.

—Necesitamos que vengas aquí a ver a tu madre.

Jackson se quedó en silencio al otro lado de la línea.

—¿Rome?

—Sí —dije frustrada—. ¿Puedes venir aquí de una vez?

—¿Por qué? ¿Está bien? —Su voz estaba teñida de alarma, adoptando una actitud protectora como hacía Calloway.

—Está bien, pero dice que se acuerda de ti. Si vienes aquí, a lo mejor ayudará a que recuerde más cosas.

Otra pausa.

—¿Se acuerda de mí?

—Sí. ¿Podrías venir aquí, por favor?

Las dudas de Jackson resultaban evidentes desde el otro lado del teléfono, incluso mientras guardaba silencio.

—O vienes o voy a por ti, tú decides. —Jackson era el doble de grande que yo y también era bastante más tocapelotas, pero me las apañaría de algún modo.

Jackson probablemente no se tomó mi amenaza en serio, pero debió de darse cuenta de que si no venía, tendría que enfrentarse a Calloway.

—Está bien. Dame cinco minutos.

—Gracias.

—Ah, por cierto. Deja de llamarme con el teléfono de Calloway. No quiero decir algo que no debería.

—A lo mejor simplemente deberías saludar primero antes de soltar todo lo que se te pase por la cabeza. —Colgué y crucé los brazos sobre el pecho. Estaba furiosa con Jackson, pese a que no había hecho nada para merecer mi ira. Estaba nerviosa por Laura y quería que Jackson llegara lo antes posible.

Cada momento malgastado era un momento que tal vez no recuperaríamos nunca. Puede que se le fuera el santo al cielo y olvidara por completo lo que había dicho.

Necesitaba que aquello saliera bien por Calloway. Yo sabía lo que era no tener padres. Christopher y yo nos las arreglábamos, pero era una existencia solitaria. El padre de Calloway había sido un cabrón, pero su madre poseía la inocencia de un ángel. Quería que Calloway tuviera aquello para contrarrestar toda la mierda que soportaba en su vida.

Haría cualquier cosa por lograr que sucediera.

* * *

Jackson apareció una eternidad después. Llevaba un traje azul con una corbata gris, y mostraba unas claras similitudes con su hermano. Los dos eran altos y musculosos, representando la pura definición de la masculinidad.

—Vale, ya estoy aquí. —Se ajustó los gemelos como si estuviera a punto de entrar en una reunión de trabajo—. ¿Qué hago?

—Simplemente entra ahí y compórtate con normalidad.

—¿Cómo puedo comportarme con normalidad cuando mi madre no se acuerda de mí? —espetó. Sin esperar otras indicaciones, se encaminó hacia la habitación.

Yo lo seguí hasta que llegamos al balcón. Calloway estaba sentado exactamente en la misma postura que antes, contemplando a su madre con expresión de desaliento.

Jackson tomó asiento justo a su lado y se apoyó las manos en las rodillas. Miró a su madre con gesto inexpresivo, sin tener ni idea de qué decir. Respiró hondo y abrió la boca para tomar aire, pero volvió a cerrarla con rapidez.

Yo me senté junto a Jackson y esperé a que ocurriera algo.

Calloway tomó las riendas.

—Laura, este es mi hermano Jackson.

Laura se lo quedó mirando con la misma expresión vacía. Lentamente, su rostro se transformó al reconocerlo.

—Sí... Me acuerdo de ti.

Yo uní las manos y entrelacé los dedos sólo para no moverme.

Jackson le sostuvo la mirada, sin parecer ya el machote al que había oído por teléfono. Cuando estaba frente a su madre, se convertía en un

hombre vulnerable y compasivo, algo que yo no había creído posible.

—Me alegro de volver a verte. Te queda muy bien... el peinado.

—Gracias. —En su rostro se dibujó una sonrisa—. Me acuerdo de tu cara, pero no recuerdo de qué hablamos.

—No pasa nada —dijo Jackson—. Siempre hay tiempo para que volvamos a conocernos.

Deseé estar sentada junto a Calloway para poder apoyar la mano en su muslo, dedicándole algún gesto de afecto para que comprendiera que no estaba solo en esto. Pero parecía que estuviéramos a dos kilómetros de distancia con Jackson entre nosotros.

—¿Hay alguna mujer en tu vida? —preguntó Laura.

Jackson se rio.

—No, la verdad es que no.

—¿A qué viene esa risa? —preguntó ella.

Jackson se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no he pensado en sentar cabeza. No soy hombre de una sola mujer.

Laura y Jackson hablaron de su vida amorosa, casi como madre e hijo. Yo me giré hacia Calloway para establecer contacto visual con él, pero él no me miró a los ojos. Observaba atentamente a su madre, sus ojos eran dos cristales de puro vacío.

Yo seguí esperando a que ocurriera algo importante, a que Laura se diera cuenta de que su propia sangre estaba devolviéndole la mirada, pero la conexión no se produjo en ningún momento. Ella hablaba de sus labores de punto y le hacía preguntas a Jackson sobre su trabajo. Parecía que estuviera manteniendo una conversación con una amiga en lugar de estar hablando con un miembro de su familia. Puede que recordara su cara del otro día, pero era evidente que no se acordaba de nada más.

Yo no pude ocultar mi decepción.

Después de pasar allí unas horas, le dimos las buenas noches y nos pusimos en marcha.

Jackson caminaba con las manos en los bolsillos mientras llegábamos al recibidor.

—Bueno... supongo que ha ido bien.

Calloway permanecía en silencio, y su ánimo taciturno se filtraba en los poros de todos los que lo rodeábamos.

—A lo mejor si seguimos visitándola, podríamos ayudarla a crear

nuevos recuerdos —dije—. Si es capaz de seguir acordándose de nosotros, al final podremos decirle que es vuestra madre.

Calloway sacudió la cabeza.

—Dice que reconoce las caras, pero no se acuerda de las conversaciones. No creo que eso sea prometedor. Hasta donde sabemos, tal vez piense que nos recuerda, pero no tiene memoria en absoluto.

Yo odiaba su actitud pesimista, pero no podía discutir con él. A lo mejor no estábamos avanzando nada. A lo mejor sólo estábamos malgastando nuestro tiempo.

—Merece la pena intentarlo, ¿no?

—No lo sé —dijo Jackson—. Odio verla así... No tiene ni pizca de gracia.

—A mí tampoco me gusta —dijo Calloway—. Estoy empezando a pensar que no hay esperanza. Está atrapada en una prisión dentro de su propia mente y no hay nada que podamos hacer para liberarla.

—Eso no es cierto... —Aunque lo fuera, yo no quería creerlo.

Calloway no me miró.

—Esto es demasiado duro para mí, tío —dijo Jackson—. Quiero estar a su lado. De verdad. Pero no puedo seguir mirando esa expresión perdida que tiene en la cara. No tiene ni idea de quién soy. Y nunca sabrá quién soy. Nunca sabrá que vienes a verla varias veces a la semana. Nunca sabrá ni que existimos. Entonces, ¿de qué sirve todo este esfuerzo? Si fuera yo, querría que mis hijos disfrutaran de sus vidas y no se preocuparan por mí. No querría que perdieran el tiempo leyéndome cuando me voy a olvidar de ellos en cuanto se marchen. No vale la pena... —Jackson se alejó sin hacer más comentarios. Atravesó las puertas de entrada y desapareció de nuestra vista.

Calloway no fue tras él para intentar que cambiara de opinión. Aceptaba los sentimientos de su hermano por completo, pero seguía sin mirarme, probablemente porque no le interesaba contemplar la tristeza de mi rostro.

—Decidas lo que decidas, yo te apoyaré. —Yo no tenía ningún derecho a decirle a Calloway qué hacer al respecto. Era él quien soportaba la carga emocional de la enfermedad de su madre, algo que yo nunca comprendería porque nunca lo había vivido. Aunque no estuviera de acuerdo con su decisión, no estaría bien que yo lo animara a tomar una dirección distinta.

Al final, Calloway me miró, con sus ojos azules llenos de desesperación.

—Ya lo sé.

Calloway

Me sorprendía la velocidad con la que me había vuelto a convertir en el hombre que era antes de conocer a Rome. Mi exterior se había endurecido de repente y ahora volvía a ser firme como el acero. Siempre tenía la mandíbula tensa por la furia y no podía evitar que las manos se me cerrasen en puños constantemente. Mi necesidad de dominar, de ejercer mi autoridad y mi poder en todas las salas en las que entraba era abrumadora.

Pero me gustaba.

Obtenía lo que necesitaba de Isabella. Le hacía daño, mucho. Y cada vez que ella lloraba, yo sentía una satisfacción inmensa. Era un sádico, y sabía que siempre lo sería. Nunca tenía la intención ni sentía deseos de hacer daño a Rome porque centraba todos mis esfuerzos en una persona diferente.

Y eso me permitía mimarla.

Disfrutaba aún más cuando hacíamos el amor ahora que mis otras necesidades estaban cubiertas. Podía concentrarme en ella y en todas las cosas que le encantaban. Para sorpresa mía, también a mí me encantaban. El contacto delicado, las caricias suaves... Todo hacía que me encendiera.

Pero a veces me descubría a mí mismo deseando dominarla, a pesar de que ella había dejado claro que no quería que la tratara como a una sumisa. Cuando entraba por la puerta después de estar con Isabella, deseaba follarme a Rome con rudeza, como a mí me gustaba.

Sin embargo, para mi sorpresa, ella siempre hacía lo que le pedía sin rechistar. Normalmente daba rienda suelta a esa boca insolente suya hasta que me mosqueaba y se salía con la suya, pero últimamente no lo había hecho.

Porque le gustaba.

Yo sabía que era así, que en el fondo le gustaba. Si realmente tuviera una actitud abierta y le diera una oportunidad, le encantaría. Pero yo sabía que era demasiado testaruda como para dejar que la azotara con el cinturón. Tendría que aceptarla tal como era.

Y ella tendría que aceptarme a mí.

Me senté ante mi escritorio y terminé la reunión que había tenido por

Skype con un donante importante. Por desgracia, la mayoría de las personas sólo hacían donaciones a mi organización benéfica para obtener reconocimiento, así que llamaban y pedían que su contribución se anunciara de nuevas formas, ya fuera con placas, rótulos o trofeos.

Era un puto coñazo.

Cuando acabé con aquello, mi ayudante me llamó a través del interfono.

—Señor Owens, Isabella ha venido a verlo. ¿Le digo que pase?

La mención de su nombre hizo que me rechinaran los dientes al momento. Si quería ser su dominante, iría al Ruin y lo sería. Ella no tenía ningún derecho a ir allí con la esperanza de conseguir lo que quería. Aquello no funcionaba así.

—Sí, dile que pase. —Pulsé el botón con tanta fuerza que casi lo rompí.

—Sí, señor.

Un instante después, Isabella entró por la puerta. Llevaba una gabardina, y aquello me desvelaba todo lo que necesitaba saber de su visita. Se acercó al escritorio desviando la vista, sin mirarme a los ojos porque no le había dado permiso para hacerlo.

Estaba furioso.

—Arrodíllate.

Hizo lo que le pedí al momento, doblando las rodillas y descendiendo hasta el suelo de madera.

Yo la contemplé, apretando los dientes.

Isabella adoptó su postura de sumisa a la perfección. A pesar de lo callado que yo estaba, no me hizo una sola pregunta. Respiraba con regularidad, permaneciendo lo más quieta posible. Hacía su trabajo, y lo hacía bien.

—¿Te he ordenado que vengas aquí?

—No, señor —susurró.

—Entonces no tenías ningún derecho a venir. No quiero que vuelvas a presentarte aquí nunca más. ¿Lo entiendes? —Me incliné hacia delante sobre el escritorio, apoyando los codos en la superficie.

—Sí, señor.

—Dime por qué estás aquí.

Apoyó las manos en los muslos, aún con la cabeza inclinada hacia el suelo.

—Te echaba de menos.

Eso no me valía.

—Pues no vuelvas a echarme de menos, Isabella. No soy tuyo, así que no puedes echarme de menos. Cuando quiera dominarte, lo haré. Tú no tienes ni voz ni voto en este asunto.

—Lo siento, señor.

—No te disculpes —ladré—. Basta con que no lo hagas.

—Sí, señor —susurró.

Ahora quería castigarla por haberme desobedecido. Quería hacerle daño por haber ido allí. Quería doblegarla por haber traspasado los límites.

—De pie.

Se alzó cuan alta era, permaneciendo perfectamente erguida sobre los tacones.

—¿Qué llevas debajo del abrigo? —Rodeé la mesa y me saqué el cinturón de las trabillas de un tirón.

—Un picardías negro con ligas. —Se le agudizó la voz un tono, llena de esperanza.

—Quítatelo.

Se abrió la chaqueta y la dejó resbalar por los hombros hasta que cayó al suelo.

—Échate hacia delante. Ahora. —Restallé el cinturón con fuerza contra mi mano, sintiendo el mordisco del metal contra mi propia piel.

Ella se inclinó, con la mejilla apretada contra la madera. Tenía el pelo esparcido por el escritorio, y llegaba hasta los papeles que acababa de estar leyendo.

—No hagas ni un ruido. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—Voy a castigarte por lo que has hecho. Tendrás lágrimas en los ojos antes de que salgas de aquí.

Se le entrecortó la respiración.

—Sí, señor.

Eché el cinturón hacia atrás y lo dejé caer con fuerza, estrellándolo con intensidad contra su nalga y produciendo un eco sordo en mi despacho.

Ella apretó los dientes para evitar que se le escapara un lloriqueo. Arrastró las manos por la madera mientras buscaba algo a lo que aferrarse.

No iba a permitir que saliera de allí hasta que tuviera la piel roja y magullada.

—Cuenta hasta diez, Isabella.

Ella tragó con dificultad.

—Uno...

* * *

¿Me sentía culpable por lo que estaba haciendo?

Era una pregunta complicada.

Con una respuesta aún más complicada.

Sí, una parte de mí se sentía mal por lo que estaba haciendo. Estaba usando a otra mujer para satisfacer mis necesidades. Pero no la tocaba, ni la follaba, ni dejaba que se acercara a mí. Ni siquiera me empalmaba mientras la fustigaba. En lugar de eso, sentía una oleada de alivio, una enorme satisfacción. En aquel instante me sentía vivo, haciendo lo que me encantaba hacer.

A la otra parte de mí no le importaba una mierda lo que estaba haciendo.

Estaba resentido con Rome por no darme lo que quería, y era ridículo pensar que no acabaría obteniéndolo en otro sitio. Ella no me dejaba azotarla, encadenarla al cabecero ni fustigarle el trasero desnudo. No me permitía hacerla llorar, no dejaba que me corriera con el sonido de sus lágrimas.

Entonces, ¿qué esperaba que hiciera?

Necesitaba aquello.

En cuanto Jackson me puso aquel látigo en la mano, volví a caer en el abismo del que Rome me había sacado a rastras. Estaba un poco fuera de mí, un poco demente. La sed de sangre se había apoderado de mí y ya no podía pensar con claridad.

Rome no se daba cuenta en ese momento, pero aquello era lo mejor para nuestra relación. Yo podía aliviar mis ansias con alguien que disfrutaba cuando le hacían daño. Me desahogaba y, cuando estaba con Rome, esos oscuros deseos habían desaparecido. Podía besarla y apreciaba la delicadeza de nuestras caricias. Podía hacerle el amor y disfrutar de su cercanía sin querer nada más.

No tenía que masturbarme en la ducha mientras ella estaba en la planta baja.

No tenía que tocarme en la oficina mientras me imaginaba haciéndole daño.

Todas esas fantasías habían desaparecido.

Ahora podía limitarme a disfrutar del momento con ella.

Cuando terminó la jornada laboral, fui a su despacho y la vi escribiendo

un correo electrónico en su escritorio. Estaba de espaldas a mí y me fijé en cómo echaba los hombros hacia atrás, manteniendo una postura impecable. No importaba cuáles fueran las circunstancias, ella siempre se comportaba con una elegancia absoluta. Podría ser una reina si quisiera.

Debió de percatarse de mi presencia, porque miró por encima del hombro y me vio.

—¿Es que no saludas nunca?

—No. —Me metí las manos en los bolsillos y me apoyé en el marco de la puerta; la cabeza casi tocaba el dintel—. No me hace falta. Sabes cuándo estoy aquí.

Se giró de nuevo hacia el ordenador y terminó de escribir. Después de enviar el correo, apagó el ordenador y cogió el bolso, que estaba debajo de la mesa.

—Sólo lo sé porque puedo sentirte. —Se levantó de la silla y caminó hasta la puerta.

—¿Dónde puedes sentirme exactamente? —Di un paso hacia delante y oprimí mi cuerpo contra el suyo. Sin preocuparme por las personas que pudieran pasar por el pasillo, la besé mientras mi mano se deslizaba bajo su vestido hasta llegar a su entrepierna. Encontré su clítoris a través de la ropa interior y pasé el pulgar por encima con agresividad contenida.

Ella respiró hondo al momento, y sus palabras quedaron ahogadas por un quedo gemido.

Yo seguí acariciándola, fascinado por la sensual expresión de su rostro. Me resultaba fácil saber cuándo estaba excitada porque prácticamente lo anunciaba como un cartel publicitario. Sentí la tentación de meterla en la oficina y cerrar la puerta con el pie a mis espaldas. Podría follármela sobre el escritorio, sin importarme un comino lo que pensara el resto de la plantilla. Yo era el dueño de ese escritorio.

Y yo era el dueño de aquella mujer.

Pero Rome puso fin a aquello al agarrarme la muñeca y retirarla.

—Calloway... —Retrocedió y apretó los labios con fuerza mientras recobraba la compostura con los ojos aún llenos de excitación y desesperada por que mi mano volviera a su entrepierna.

—No has respondido a mi pregunta.

—Ya sabes dónde puedo sentirte, Calloway —dijo ella con la mirada ardiente—. Y no es aquí.

—¿Dónde entonces? —Volví a inclinarme, posando los ojos en sus

labios.

Me agarró la mano y se la puso sobre el corazón.

—Sabes exactamente dónde.

Noté sus pulsaciones bajo la palma de mi mano, sus latidos fuertes y poderosos. Sabía que el ritmo acelerado lo habíamos causado mi mano y yo, despertando el deseo de su cuerpo. En lugar de centrarme en la seductora curva de su pecho, me centré en la calidez de tu cuerpo. Aquella mujer se había entregado a mí de muchas maneras. Yo tenía su cuerpo, pero también tenía su corazón y su alma.

—Yo también puedo sentirte.

* * *

Cuando llegamos a casa, no me interesaba la cena.

Me interesaba Rome.

En cuanto cruzamos el umbral de la puerta, la alcé en brazos y la llevé a la planta de arriba, al dormitorio que compartíamos en el tercer piso. La deposité en la cama y le quité los zapatos de tacón de inmediato. Esbozaba una leve sonrisa, excitada y juguetona al mismo tiempo. Me puso los pies desnudos contra el pecho mientras se bajaba los tirantes del vestido.

Yo me quité la ropa y le bajé las bragas por sus largas piernas. Cayeron encima de mis pantalones de vestir, donde debían estar. Le subí el vestido hasta la cintura y volví a ponerle los pies en mi pecho. Me encantaba tenerla así, inmovilizada debajo de mi cuerpo, como si fuera sólo mía para que disfrutara de ella.

Apunté mi miembro hacia su entrada, y no me sorprendió sentir la humedad que me dio la bienvenida. No recordaba una sola ocasión en la que hubiera estado dentro de ella sin que estuviera empapada. Daba igual si acababa de despertarse a primera hora de la mañana o si estábamos en mitad de la noche. Ella siempre estaba lista para la acción, para mí.

Me introduje en ella por completo, empujando hasta que la base de mi sexo chocó con su entrada. Tenía un aspecto increíble debajo de mí, y sus labios carnosos eran absolutamente deliciosos, listos para ser besados. Los suaves mechones de su cabello estaban esparcidos por las sábanas, perfectamente dispuestos para que yo los agarrase.

Se le abrió la boca al jadear mientras se acostumbraba a mi descomunal tamaño.

—Joder, tienes la polla enorme.

Mi sexo dio un brinco de inmediato a modo de respuesta mientras seguía hundido por completo en su cálida entrepierna.

—Eso es culpa tuya, cariño. Haces que sea más grande de lo que lo había sido nunca. —Me balanceé hacia ella con lentitud, deslizándome a través la lubricación que su cuerpo producía para mí. Nunca me cansaría de saber que era el único hombre que había estado dentro de ella, el primero que había sentido su estrecho sexo. No la había ensanchado porque era imposible. Simplemente, era una mujer minúscula con un cuerpo formado por partes pequeñas.

Pero a mí eso me encantaba.

Me moví hacia ella con más fuerza, pero sin ponerme agresivo en ningún momento. En ese instante sólo quería sentir. Quería sentir su pulso a través de sus pies, y dejar que ella sintiera mis latidos. Quería conquistar a la mujer a la que adoraba hasta un punto incomprensible. Ella era mi mundo, mi todo. Sin ella, no sabría qué hacer con mi vida.

—Calloway... —Me posó las manos en el cuello y unió la cara a la mía, aún meciéndose conmigo levemente, impulsándose con mi pecho—. Te... Te quiero mucho.

Aquellas palabras me llegaron directamente al corazón, haciéndome sentir conmovido y vivo. Si me lo hubiera dicho cualquier otra mujer, la habría echado a patadas. Pero cuando se trataba de Rome, me encantaba su afecto. Me encantaba su devoción. Quería que me adorase como yo la adoraba a ella.

Pero seguía sin poder decirle aquellas palabras.

No sabía qué me lo impedía. Ella ya sabía lo que yo sentía. Se lo había dicho una decena de veces sin pronunciar realmente esas palabras. Ella sabía que no sólo era todo mi mundo, sino también mis estrellas y mi luna. Sabía que toda mi existencia giraba en torno a su felicidad. De buena gana acortaría mi vida para prolongar la suya. Estaría encantado de hacer cualquier cosa para que su sonrisa nunca decayera.

—Rome... —Las palabras no salieron de mis labios, pero mi voz estaba empañada de emoción.

Aquello pareció ser suficiente para ella, porque se corrió y los labios le temblaron junto a los míos. Sus dedos se aferraron a los mechones de mi pelo mientras gemía disfrutando de la sensación; su sexo estaba increíblemente estrecho sobre el mío.

Su pasión siempre me llegaba hasta la médula. Me encantaba su desesperación, la forma en que se aferraba a mí hasta cuando su orgasmo había pasado. Yo era el único hombre en el que se permitía confiar. Me permitía cuidar de ella, protegerla, ocuparme de ella. El hecho de que fuera el único hombre que se había ganado ese honor hacía que me sintiera digno de ella.

Aquel último pensamiento me llevó al límite, haciendo que convulsionara mientras me descargaba dentro de ella. Le di todo mi semen, hasta la última gota, y quería hacerlo todas las noches durante el resto de mi vida.

El resto de mi vida.

Joder, eso era muy serio.

Aflojó los dedos que tenía en mi cabeza y me los pasó con suavidad por el pelo, tratándome con delicadeza después de la violencia con que me había agarrado antes. Tenía los pechos aprisionados bajo las rodillas y el sudor se le acumulaba en el cuello.

En lugar de enfadarse por mi reticencia, me adoraba igual que había hecho antes. Estiró el cuello para poder posar los labios sobre los míos y darme una última caricia. Cerró los ojos y saboreó el contacto como si mis labios fueran de miel.

El único motivo por el que no estaba molesta era porque sabía lo que yo sentía.

Tenía que saberlo.

* * *

Christopher me mandó un mensaje.

«Hola».

«¿Qué tal?».

No era típico de él andarse por las ramas. Normalmente soltaba lo que tenía que decir.

«¿Conoces a alguna tía buena con la que me puedas emparejar?».

Rome había mencionado que estaba buscando algo serio. Yo era la peor persona a la que podía preguntar. Durante toda mi vida sólo me había visto involucrado con el erótico arte del sexo. Nada de relaciones. Rome era la primera mujer que había entrado en mi vida a la que no podía dejar escapar.

«Conozco a muchas tías buenas, pero no estoy seguro de que sean de las

que buscan una relación».

«Todas las mujeres son de las que buscan una relación».

No aquellas con las que yo estaba familiarizado.

«¿Qué buscas exactamente?».

«Ya sabes, inteligente, guapa, divertida».

«Ah, ¿la mujer perfecta?». No pude evitar sonreír. Estaba sentado ante mi escritorio en el despacho, con el teléfono entre las manos.

«¡Exacto! ¿Conoces a alguien?».

Sólo a una.

«No. Lo siento, tío».

De repente, mi teléfono empezó a sonar y el nombre de Christopher apareció en la pantalla.

Respondí la llamada.

—¿Por qué no has llamado desde el principio?

—No me había dado cuenta de que ibas a ser tan difícil. Creía que me ibas a soltar un nombre y un teléfono y listo.

—¿Como si fuera una máquina expendedora? —pregunté con incredulidad.

—Sí, algo así. Tú eres un experto en mujeres.

Lo cierto era que no. Simplemente prefería a mujeres con gustos específicos. Y ellas me preferían a mí porque podía darles lo que querían.

—Bueno, pues no conozco a nadie que encaje con tu descripción.

—¿En serio? ¿Ni a una sola persona?

—Sólo a Rome, pero dudo que eso te interese.

—Puaj. —Hizo una arcada—. No me va el incesto.

—No sois parientes.

—Para mí es mi hermana.

—Me sorprende que no hayas conocido a nadie por tu cuenta.

—Ah, puedo conocer a mujeres sin problemas —dijo con una carcajada—, pero son demasiado guarrillas, ¿sabes?

—¿Demasiado guarrillas? —pregunté, riéndome.

—Sí. Les digo que estoy buscando algo serio y ellas se meten en la cama conmigo de inmediato, se vuelven empalagosas y la situación se vuelve incómoda. Básicamente es la peor frase para ligar del mundo.

—Hay problemas peores que tener demasiados coños. —Con Christopher no medía mis palabras. Él sabía el tipo de tío que era yo antes de que apareciera Rome.

—He probado con eso de las citas *online*, pero no ha funcionado.

—¿Por qué no?

—Porque hay una pila de perfiles falsos —dijo—. Una tía publica una foto suya del instituto y luego la conozco y no se parece en nada. Es horrible.

—Qué rabia.

—Así que quiero que salgas conmigo esta noche.

Ahora ya no sabía por dónde iba.

—¿Qué?

—Las tías buenas siempre van de dos en dos. Necesito a otro tío que me ayude a acorralar a la primera. ¿Me sigues?

Me reí porque la sugerencia era un disparate.

—Creo que voy a pasar. Me gusta no estar soltero.

—Tú no tienes que hacer nada con ellas —rebatí—. Sólo distrae a una mientras yo voy a por la otra.

—Está claro que a Rome no le haría gracia ese plan. ¿Y no tienes ningún otro amigo?

—No son tan atractivos como nosotros. Tú y yo seríamos imparables.

Rome nunca dejaría que aquello ocurriera, y lo cierto era que a mí me ofendería que no le importara. Si ella hiciera eso mismo con una amiga, yo me pondría furioso.

—¿Sabes con quién deberías ir?

—¿Sí?

—Con mi hermano Jackson. Le van mucho las mujeres y siempre está buscando coños.

—¿Es guapo? —preguntó.

—Se parece mucho a mí, pero es menos atractivo.

—Vale —dijo—. Pásame su número y lo llamo.

—Está bien. Me alegro de haberte organizado una cita. —Colgué y volví a centrar mi atención en el trabajo.

Un instante después, la voz de mi ayudante surgió a través del teléfono.

—La señorita Moretti ha pedido hablar con usted.

La señorita Moretti.

Yo nunca la llamaba así. Del mismo modo, odiaba que ella me llamara señor Owens.

—Dile que pase. —Me sentí irritado al momento porque le había dejado claro a Rome que no tenía que pedirle permiso a nadie. Podía entrar allí como si fuera la puta dueña del lugar.

La puerta se abrió y Rome pasó al interior con unos tacones color crema y un vestido rosa. La había visto aquella mañana cuando nos habíamos ido a trabajar, pero siempre que la veía después de pasar un rato sin ella, su apariencia hacía que me empalmara.

Y ahora estaba empalmado.

Llevaba una pila de papeles, probablemente el informe de actividad del último mes.

—Siento traerlo tarde, pero...

—Rome, te dije que no tienes que preguntarle a mi ayudante. Cuando necesites algo de mí, entra.

Sostuvo los papeles junto a su cintura y me clavó la mirada, que de repente se volvió fría.

—Calloway, estamos en el trabajo. Tenemos que comportarnos con algo de profesionalidad...

—Exacto. Soy tu jefe, así que haces lo que yo digo.

Ahora sus ojos eran dos bolas de fuego.

—Todo el mundo sabe que nos acostamos, Rome. Así que pasa y punto. Mi mujer no tiene que esperar por nadie, ni siquiera por mí.

Su ira se aplacó, pero sólo ligeramente.

—Los dos sabemos que no voy a hacer eso, así que deja el tema.

Mi enfado emergió a la superficie al instante al oír su desobediencia. Estaba acostumbrado a la lealtad inquebrantable de Isabella, y no me gustaba que mi mujer me cuestionara. Pero eso no era nuevo. Rome siempre había sido su propia jefa, pero eso nunca había saciado mi necesidad de tener el control. Sospechaba que nunca quedaría saciado, ni siquiera teniendo a Isabella para satisfacer mis necesidades.

—Y los dos sabemos que yo siempre me salgo con la mía. Así que la próxima vez, entra y ya está. —Me puse de pie, erguido, fulminándola con la mirada y manteniendo los brazos a los costados. Apreté las manos contra la madera del escritorio y me incliné hacia delante, acechándola como a una presa.

Rome apretó los labios con firmeza, bien porque estaba enfadada o bien porque estaba excitada. En ese momento, no resultaba sencillo distinguir entre lo uno y lo otro. De repente, tiró los papeles sobre mi mesa, que se deslizaron por la superficie y cayeron a mis pies.

—Avísame cuando dejes de ser un imbécil. A lo mejor entonces podemos mantener una conversación madura. —Salió con la cabeza alta.

Probablemente sintió deseos de cerrar la puerta de un portazo, pero reunió las fuerzas para contenerse. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, me quedé a solas con mis pensamientos.

Y supe que la había cagado.

* * *

Cuando llegué a su despacho a última hora de la tarde, no estaba allí.

El ordenador estaba apagado, su bolso no se veía por ninguna parte y las luces ya no estaban encendidas.

Joder.

Caminé inmediatamente hasta el ascensor, esforzándome al máximo por aparentar calma ante mis empleados. Quería ir corriendo al ascensor, pero me obligué a ir andando. Me moría de ganas de coger el teléfono y llamarla en ese mismo momento, pero aquello tampoco sería inteligente.

Una vez que las puertas del ascensor estuvieron cerradas, la llamé.

No respondió.

—Joder. —Volví a llamarla, sintiendo que un nudo de terror me atenazaba el estómago. Me daba igual que estuviera enfadada conmigo. En cuanto le pusiera las manos encima, la besaría y la follaría hasta que me perdonara.

Pero estaba preocupado por ella.

Siempre que no estaba con ella, era vulnerable. Hank podría actuar en cualquier momento y era posible que estuviera preparándose para el instante en que ella y yo bajáramos la guardia. Y si algo le ocurría por mi estupidez, lo asesinaría, literalmente.

La llamé una vez más, pero no hubo respuesta, así que dejé un mensaje.

Le escribí.

«Sólo dime que estás bien».

Me quedé mirando el teléfono y esperé a que aparecieran los tres puntos, pero no salió nada en la pantalla.

«Joder, Rome. Sólo dime si estás en casa o no». El ascensor llegó a la planta baja y salí, inquieto y furioso.

Los tres puntitos se iluminaron.

Joder, menos mal.

«Estoy en casa. Te sugiero que busques otro sitio al que ir porque aquí no vas a venir».

Nunca habría creído que me alegraría tanto esa forma insolente en que me hablaba. Sentí un alivio por todo el cuerpo que me sacudió como si fueran las olas del océano.

«Gracias». Nunca había dicho esa palabra con tanta sinceridad. Saber que estaba a salvo compensaba el terror que me había atenazado el corazón.

Por supuesto, fui a casa de todas formas. A pesar de que allí estaba segura, lo único que realmente podía mantenerla a salvo era estar a mi lado. Yo era la única barrera que nadie podía franquear. No importaba si Hank tenía un cuchillo o una pistola. Nada de eso podría acabar conmigo.

Tom me dejó frente a la casa y utilicé la llave para entrar.

—¿Qué te he dicho? —Estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas y el Kindle en el regazo.

—No deberías haberte marchado así. —El alivio que había sentido porque estaba a salvo se desvaneció rápidamente cuando recordé el numerito que había montado—. Podría haberte pasado algo.

—¿El qué? —soltó—. ¿Que me hubiera tropezado en la acera?

Entrecerré los ojos.

—No te hagas la listilla.

—Y tú no seas imbécil.

Me moría de ganas de follarla con rudeza. Estaba enfadado, pero mi erección estaba a toda asta exactamente en el mismo momento.

—Pase lo que pase entre nosotros, marcharte tú sola no es la solución. Hank podría haber hecho algo.

—Hank ya no es un problema y lo sabes.

—Nunca lo sabremos hasta que esté en una puta tumba. —Me adentré más en el salón, notando cómo las manos se me cerraban en puños. Mi necesidad de control estaba superando a mi necesidad de lógica. Estaba pensando de forma impulsiva, no objetiva. Cuando se trataba de Rome, no podía pensar con claridad.

—Así que no vuelvas a hacer eso. Lo digo en serio.

—Puedo hacer lo que me dé la puta gana, Calloway. No eres mi jefe.

Habría dado cualquier cosa por ser su jefe. Quería darle la vuelta y azotarla. Ahora era lo único en lo que podía pensar, en dejarle las nalgas enrojecidas e inflamadas. Apreté los puños hasta que los nudillos palidieron.

Sabía que debía disculparme, pero no tenía valor para hacerlo. Yo sabía exactamente por qué me había comportado de ese modo aquel día, aunque el

motivo no justificaba mis acciones. Pero en cuanto se había marchado, había arrastrado consigo toda mi compasión.

—Lo digo en serio, Rome. No vuelvas a hacerlo. Puedes estar todo lo enfadada que quieras, pero no te pongas en peligro.

—No seas soplapollas y no me marcharé.

—¿Soplapollas? —solté—. ¿Eso qué coño es?

—Tú. —Tiró el Kindle a un lado, mostrando lo enfurecida que estaba—. ¿Por qué has montado ese espectáculo en el trabajo?

—¿Cómo puede ser un espectáculo si no había nadie cerca?

—Tu ayudante te podría haber oído.

—¿Y a quién coño le iba a importar que nos oyera? —Bajé el brazo con ímpetu—. Es mi edificio. Es mi despacho. Y tú eres mi mujer. Hago lo que me da la gana sin que nadie me cuestione.

Entornó los ojos.

—No seas egocéntrico, Calloway. No eres el rey del mundo.

Quise inmovilizarla contra el sofá.

—Lo único que quería era que supieras que eres la mujer más importante de mi vida. Si necesitas algo, entra en mi despacho. Me importa una mierda lo que esté haciendo o con quién esté hablando. Tú eres mi prioridad y siempre eres lo primero. Lo siento si eso te ofende tanto, pero joder, te quiero, y esa es mi puta manera de demostrarlo. —Apenas le lancé un vistazo antes de darme la vuelta y salir como una tromba de casa. Cerré de un portazo, con fuerza casi suficiente para partir las bisagras. No me había cambiado de ropa, ni siquiera me había quitado el reloj. Sabía exactamente adónde me dirigía, y nada iba a detenerme.

Iba a ir al Ruin.

* * *

Apagué el teléfono para no tener que notar cómo vibraba en el bolsillo. Rome pasaría la noche llamándome, intentando arreglar las cosas y aplacar mi ira.

Pero ya era demasiado tarde.

Me introduje en el inframundo, aquel oscuro lugar que consideraba mi hogar, y encontré a Isabella como si le hubiera puesto un rastreador de GPS. Estaba en la barra, hablando con un tío claramente interesado en ponerle un collar en el cuello.

No sentí ni una pizca de celos.

No sentía nada por ella.

Si le pedía que fuera mi sumisa aquella noche y se negaba, seguiría sin importarme.

Caminé hasta ella y clavé la mirada en la suya, diciéndole en silencio lo que deseaba. El tío que estaba sentado a su lado era irrelevante en ese momento. No podría importarme menos.

Ella me sostuvo la mirada con la misma expresión sombría. Al final, asintió ligeramente con la cabeza.

Aquel era el gesto que estaba buscando, así que me alejé y me dirigí a las salas de juegos de la planta de arriba, sin importarme si ella venía detrás de mí o no. Sabía que me seguiría, porque siempre lo hacía.

Cuando se reunió conmigo en la sala de juegos, eché el pestillo de la puerta y por fin sentí que perdía el control. Estaba enloquecido de rabia. Estaba tan furioso que no podía pensar con claridad. Rome me cabreaba, me llevaba al límite, y ahora necesitaba soltar la frustración que se acumulaba en mi interior. Cogí los grilletes y los cerré sobre las muñecas de Isabella. Después de dar un tirón a la cuerda, quedó elevada, con los pies colgándole a centímetros del suelo.

—Hazme sufrir, señor —susurró—. Hazme gozar de dolor.

Fui al expositor y examiné la variedad de látigos y flageladores. Encontré uno especialmente brutal, con un particular nudo al final que la dejaría marcada durante días.

—Lo haré, Isabella. Puedes estar segura de eso.

Rome

El día no hacía más que empeorar.

Él me había cabreado.

Luego yo lo había cabreado a él.

Y después él había vuelto a cabrearme.

Y entonces me había dicho que me quería.

Por fin me había dicho aquellas palabras y, en lugar de hacerme feliz, habían hecho que me sintiera como una mierda. A veces Calloway se volvía posesivo y controlador, y yo sabía que tenía que ser más sensible a sus cambios de humor. Él no sabía expresarse como hacía la mayoría de la gente. Me demostraba que me quería de formas que no eran totalmente transparentes.

El amor tenía para él un significado distinto que para mí.

Y yo lo había ahuyentado después de que por fin me confesara sus sentimientos.

Lo había llamado por teléfono un centenar de veces a lo largo de la noche, pero cada vez que había intentado contactar con él, tenía el teléfono apagado.

Había sido como un puñetazo en el estómago.

A las dos de la mañana, ya no podía seguir despierta. Me tumbé en el sofá con una manta fina y esperé oír la puerta cuando él entrara, si es que volvía a casa. Estaba profundamente dormida cuando oí sus fuertes pisadas contra el suelo de parqué de la entrada.

Me incorporé y me aparté el pelo de la cara, aliviada por que estuviera en casa y no siguiera por la ciudad.

Se quitó la chaqueta de inmediato y la tiró sobre el perchero. Se desabrochó el reloj y lo lanzó a la mesa, sin preocuparle que se rayara. Después se adentró más en la sala mientras se desabotonaba la camisa.

Posó los ojos en mí, y eran igual de aterradores que cuando se había marchado hecho una furia.

Aparté la manta a un lado con los pies y me levanté del sofá. No me

había cambiado desde que había llegado a casa, así que seguía con el vestido con el que había ido a trabajar. Probablemente tenía el maquillaje corrido porque había derramado unas cuantas lágrimas al oír su mensaje de voz.

Las luces estaban apagadas, pero aún podía discernir sus duros rasgos, llenos de una rabia desatada.

Ahora que estábamos frente a frente, no sabía qué decir. Me había quedado sin palabras. No sabía cómo expresarme, no después del torbellino de emociones por el que habíamos pasado a lo largo del día.

Al final encontré algo que decir, pero parecían palabras vacías en comparación con lo que sentía.

—Lo siento...

No mudó su mirada glacial. Se acercó a mí y me sostuvo el rostro apretándome las mejillas con ambas manos. Me movió la cabeza hacia atrás y después me besó, un contacto que era igual de agresivo que su enfado. Me introdujo la lengua en la boca y me oprimió contra la pared, besándome con más intensidad y manoseándome por todas partes. Tiró del vestido hacia arriba y me bajó las bragas por los muslos. Al no poder pasarlas por las rodillas, las rasgó con sus propias manos.

Grité al oír cómo se partía la tela, desesperada por tenerlo dentro de mí ahora que sabía lo mucho que me deseaba. Llevé las manos a sus pantalones y se los quité, bajándole también los bóxers. En cuanto estuvo libre, me alzó en volandas y me apretó la espalda contra la pared.

Entonces se introdujo en mi interior.

En lugar de hacer el amor con ternura, como deberíamos haber hecho después de que me dijera por primera vez que me quería, me tomó con tanta fuerza que grité. Le pasé las uñas por la espalda y gemí en su oído. Todavía estaba enfadada, pero me sentía agradecida de que estuviera en casa.

—Fóllame más fuerte.

Clavó los ojos en los míos antes de hacer lo que le pedía. Empujó con las caderas, inmovilizándome contra la pared, golpeándome la espalda con un ruido sordo contra el material sólido mientras se movía con fuerza y rapidez. Me agarraba el trasero y los muslos, magreándome con fuerza como si fuera un rollo de una noche en lugar de lujuria entre dos personas comprometidas entre sí.

—Me aseguraré de que mañana no puedas ni caminar, cariño. —Me hundió una mano en el pelo y me echó la cabeza hacia atrás mientras introducía su enorme erección en mí, estirándome una y otra vez.

—Joder... —Sentí la explosión entre mis piernas y no tuve tiempo de prepararme para ello. Llegó de repente, sin previo aviso. Calloway me hacía derretirme en el suelo, convirtiéndome en un charco de deseo.

Cuando sintió que mi sexo se estrechaba sobre su miembro, se corrió con un gruñido, manteniéndome clavada a la pared. Éramos una maraña de extremidades entrelazadas; nuestros cuerpos estaban enredados entre sí tan estrechamente que no parecía que pudiéramos liberarnos nunca.

Derramó su semilla en mi interior, reclamándome como suya una vez más. Apoyó la cara en el hueco de mi cuello mientras terminaba, respirando con euforia. Sus labios se cerraron sobre mi piel y me dio un beso sensual antes de apartarse de la pared, aún con la erección dentro de mí. Me llevó en brazos a la habitación y después me tumbó sobre la cama, mientras su miembro latente salía de mí.

Se quitó los pantalones y los bóxers, y se puso encima de mí. Su musculoso cuerpo hizo que la cama se hundiera bajo su impresionante peso. Me miró fijamente como si no hubiera hecho más que empezar.

—Sé que a veces soy un capullo, pero no sé ser nada más que un capullo. Siempre he sido así.

Yo sabía que aquello era lo más parecido a una disculpa que iba a recibir.

—No sé cómo afrontar estos sentimientos que tengo por ti. Desde que entraste en mi vida, todo ha sido un caos. Cuando eras virgen, yo fui paciente contigo. Yo también soy virgen, pero de un modo distinto. Por favor, ten paciencia conmigo.

Aquello era mejor incluso que una disculpa. Todo el enfado que sentía hacia él se desvaneció en ese instante. De algún modo, me sentí más enamorada de él. Él era el hombre adecuado, el hombre con el que iba a pasar el resto de mi vida. Puede que tardáramos un tiempo en llegar a un punto en el que ambos nos sintiéramos cómodos, pero al final lograríamos llegar allí.

Sólo teníamos que intentarlo.

—Yo siempre te esperaré, Calloway.

Se le suavizó la mirada antes de que se inclinara y me besara.

—Sabía que ibas a decir eso, pero quería oírlo de todos modos.

* * *

Calloway y yo no hablamos mucho después de la pelea. Volvió a su ánimo

taciturno y silencioso, y su rostro se convirtió en una máscara de estoicismo impenetrable. No parecía enfadado conmigo, aunque no era tan fácil de interpretar como lo había sido antes.

Algo parecía distinto.

Tal vez era por su madre. Su hostilidad no parecía venir de ningún sitio, sino emerger de algún lugar del fondo de su interior. Tal vez el bienestar de su madre y su falta de memoria habían provocado ese cambio en él. Ahora era una bomba que acababa de estallar, pero las réplicas aún seguían azotando.

Quería preguntarle al respecto, pero me temía que así sólo conseguiría empeorar las cosas.

Cenamos juntos a la mesa en silencio. Calloway no era muy conversador, pero tenía menos que decir de lo normal. Fijaba la vista en la comida o en la ventana, pero nunca en mí. Su mente estaba abrumada de pensamientos y yo veía cómo los engranajes giraban dentro de su cabeza. Su humor se reflejaba en sus ojos como si fueran espejos.

Cuando terminamos, llevé los platos al fregadero y empecé a fregar.

—No. —Calloway se puso junto a mí y me echó hacia un lado con su tamaño—. Yo me ocupo de esto.

—Calloway, no hace falta que...

Me calló con una mirada amenazadora.

—He dicho que yo me ocupo. Ahora vete a sentarte.

Dejé el tema porque sabía que no ganaría. Me senté en el sofá en el salón y escuché cómo los platos tintineaban contra la pila mientras el agua salía del grifo. Lo aclaró todo antes de meterlo en el lavavajillas y lo encendió. Se lavó las manos y luego fue al salón, endiabladamente atractivo con los pantalones deportivos negros que le quedaban bajos a la altura de las caderas. El trasero prieto se le marcaba, incluso con la ropa suelta. Llevaba una camiseta negra con cuello de pico que dejaba ver su pecho cincelado y sus gruesos brazos. Tomó asiento a mi lado y cogió del extremo de la mesa el libro que había estado leyendo. Lo abrió y retomó la lectura donde la había dejado.

—¿Calloway?

Posó el libro abierto en su regazo y me miró; su mandíbula estaba tensa y sus ojos, sombríos. Tanto si estaba contento como enfadado, esgrimía la misma expresión dura. En ese instante no tenía ni idea de qué estaba ocurriendo detrás de ese hermoso rostro. Sus respuestas verbales eran escasas

y distanciadas entre sí.

—Llevas un tiempo un poco distinto. ¿Va todo bien?

Él siguió mirándome fijamente con los ojos vacíos. Su mandíbula estaba enmarcada por una gruesa capa de vello que destacaba los nítidos ángulos de su cara y su evidente masculinidad.

—¿Distinto en qué sentido?

—No sé... Seco, enfadado, hostil.

Giró la cabeza y miró la chimenea. Las llamas ardían hasta convertirse en brasas candentes y crepitaban cada pocos minutos.

—No estoy enfadado contigo, si es eso lo que me estás preguntando.

—Entonces, ¿estás enfadado con otra persona?

Respiró hondo, como si estuviera a punto de darme una extensa respuesta. Pero, en lugar de eso, tuvo muy poco que decir.

—No, no en especial. Es sólo que... yo soy así.

—Sí, a veces sí. Pero no todo el tiempo. —Últimamente esa era la única versión de Calloway que había visto. Estaba sombrío y taciturno, y parecía constantemente disgustado por algo. Aunque no profería amenazas ni hacía nada que me hiciera pensar que estaba molesto conmigo, rezumaba esa aura de amenaza—. ¿Estás disgustado por lo de tu madre?

—No. Ha perdido la cabeza y nunca la recuperará. No hay nada por lo que estar enfadado.

Aunque estuviera siendo sincero, no le creía. Ni siquiera era mi madre y hasta yo estaba enfadada por ese tema.

—Sabes que puedes hablar conmigo, Calloway. Sea lo que sea, sabes que te escucharé y que te entenderé.

Giró la cabeza hacia mí, analizando mi expresión. Por un momento pareció que sus rasgos se suavizaban, pareció volverse más humano. Pero como si fuera un interruptor de la luz, al instante volvió a su antigua oscuridad.

Su silencio puso fin a la conversación, excluyéndome como si esta nunca hubiera tenido lugar.

Ahora sospechaba que algo iba mal de verdad, pero él no quería decirme de qué se trataba. La única persona en la que confiaría, además de en mí, era Jackson. Así que tal vez tendría que hablar con él a solas.

Si lograba encontrar la manera de hacerlo.

* * *

Actué mientras Calloway estaba en la ducha.

La culpa me embargaba el corazón cuando cogí su teléfono de la cómoda y lo abrí. Tenía la sensación de estar husmeando cuando no tenía derecho a hacerlo. Me hacía parecer una novia celosa que no confiaba en el hombre al que amaba. Si él fisgara entre mis cosas, le caería una buena bronca. No tardé en encontrar el número de Jackson, y lo copié a mi teléfono para poder llamarlo después. Justo cuando terminé, el agua de la ducha cesó.

Me entró el pánico y dejé el teléfono sobre la cómoda. Después salí de allí pitando y volví a la planta baja, donde acostumbraba a estar a esas horas. La comida aún seguía en los fogones, e hice todo lo que pude para evitar que se quemara.

Un momento después, él se reunió conmigo en la cocina, vestido con los pantalones deportivos y una camiseta. Se apoyó contra la encimera y me contempló atentamente con una mirada fría. Cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció de pie en silencio.

Sentí cómo se me acumulaba el sudor en la nuca y percibí la intensidad de la adrenalina. ¿Lo sabría? ¿Por qué estaba mirándome así? ¿O sólo estaba siendo paranoica? Como Calloway se mostraba constantemente hostil, yo nunca sabía lo que estaba pensando.

—La cena está casi lista.

El siguió observándome exactamente del mismo modo, acusándome con la mirada.

Al final me giré hacia él cuando no pude continuar soportando aquella mirada.

—¿Qué?

Avanzó hacia mí y me rodeó la cintura con un brazo mientras permanecía de pie a mi lado. Sus labios encontraron mi cuello, y me besó lentamente, mostrándome amor cuando acababa de mostrarme desagrado.

—Tú eres la única mujer a la que llevo en el corazón. —Me besó el borde de la oreja antes de caminar hasta la mesa de la cocina, dejándome de pie frente a los fuegos.

Me quedé paralizada en el sitio, sosteniendo la espátula en la mano, sin saber qué hacer con ella. El corazón me palpitaba a tanta velocidad que me hacía daño en el pecho. La caja torácica me vibraba por la fuerza de los latidos. Sentía cómo me temblaba todo el cuerpo. ¿Acaso sabía que le había mirado el móvil? ¿O se trataba sólo de una coincidencia? Parecía un

comentario inofensivo, pero al mismo tiempo era una tremenda coincidencia.

Mantuve la calma y serví la cena, esforzándome al máximo por enmascarar el terror que me atenazaba la garganta.

Calloway se me quedó mirando desde el otro lado de la mesa con ojos penetrantes. Como si pudiera atravesarme con la mirada y ver mi interior, me escudriñaba con los ojos. Por un motivo inexplicable, sentí calor en el cuello y apreté los muslos entre sí. Verlo contemplándome de aquel modo hizo que me sintiera excitada y atemorizada. Su poder y su autoridad innata cuando entraba en cualquier habitación hacían que me convirtiera en una mujer llena de deseos carnales.

No podía explicarlo.

Calloway continuó observándome con más intensidad que nunca. Me interrogaba sólo con su mirada. Yo ya sabía que era la única mujer de su vida. No me preocupaba lo que Calloway hacía cuando no estábamos juntos. Me era absolutamente fiel y sus manos estaban reservadas por entero para mi cuerpo.

Pero nunca podría contarle lo que yo estaba haciendo en realidad.

Dejé caer la servilleta en la mesa y di un rodeo para dirigirme a él. Me subí el vestido en el instante en que él se bajó los pantalones deportivos y los bóxers para revelar su erección grande y palpitante.

Me monté a horcajadas sobre él y me aparté la ropa interior hacia un lado, tomando su sexo en cuanto bajé hacia su regazo. Me agarré a su hombro para mantener el equilibrio y respiré, sintiendo al mismo tiempo dolor y placer.

Apoyó la cara en la mía y el espeso vello de su mandíbula me arañó con suavidad. Inhaló junto a mi oído mientras disfrutaba de mi sexo cálido y apretado. Llevó las manos a mis caderas y me movió de arriba abajo sobre su sexo, atravesándome en cuanto estuvo dentro de mí.

—Rome...

Entrelacé los brazos alrededor de su cuello y cabalgué sobre él como si me fuera la vida en ello.

—Calloway...

* * *

Esperé a llamar a Jackson hasta que supe que Calloway tenía una reunión con el vicepresidente de uno de los mayores bancos de la ciudad. Calloway rara

vez iba a mi despacho durante las horas de trabajo, sólo nos cruzábamos en las reuniones o cuando yo iba a su oficina para hablar de números.

El teléfono sonó unas cuantas veces antes de que Jackson respondiera con voz cansada.

—¿Hmm?

—Hola a ti también.

Su voz se animó de inmediato.

—Hola, nena. ¿Quién eres?

Hice una mueca.

—¿Nena?

—Sí. Tienes pinta de estar buena. ¿Cómo te llamas, cariño?

—Eh... Rome. Soy la novia de tu hermano.

—Ah... —Su voz volvió a apagarse—. Lo siento. Tienes una voz sexi. Creía que eras una de mis chicas.

—¿Acabas de despertarte? —Era la una del mediodía.

—Sí. ¿Y?

—Ya ha pasado la hora de comer.

—Ya me conoces —dijo—. Soy una criatura nocturna. Bueno, ¿por qué me llamas? Creo que estás buena, pero no mosquearía a mi hermano así. Y no sólo porque sea mi hermano, sino porque está como una puta cabra.

Puse los ojos en blanco.

—No te llamo por eso.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Quería hablar contigo de Calloway.

—Pues creo que no soy la persona adecuada a la que preguntarle. Casi no lo conozco.

—Eso es totalmente mentira.

—No estoy de acuerdo —dijo—. Hablamos lo mínimo y casi siempre de trabajo, a veces de mi madre. Pero no tenemos conversaciones trascendentales sobre el significado del universo.

—Bueno, yo no quiero hablar del universo, así que creo que da igual.

—Entonces ¿qué te preocupa, nena?

La mano se me cerró en un puño al instante.

—Vuelve a llamarme nena y te daré una patada en los huevos la próxima vez que te vea.

—Madre mía —dijo con una carcajada—. ¿Quieres que te llame señorita?

—Con Rome bastaría.

—Lo que tú digas —dijo—. ¿Qué es lo que quieres saber, *Rome*? ¿Ves? Es que no me sale.

Ignoré sus últimas palabras.

—Estoy preocupada por Calloway.

—¿Preocupada en qué sentido? —preguntó—. Por lo normal es Don Gruñón, así que eso no es nada raro en él.

—Jackson. —Necesitaba que hablara en serio porque estaba preocupada de verdad.

Suspiró desde el otro lado de la línea.

—¿Qué problema hay?

—Últimamente está distinto. Callado. Serio. Malhumorado. No es él. Le he preguntado si está dándole vueltas a algo, pero me ha dicho que va todo bien. Pero está... frío. Está distante. Sé que sus sentimientos hacia mí no han cambiado. No creo que nuestra relación corra peligro, pero hay algo que no encaja.

Jackson permaneció en silencio.

Esperé a que dijera algo, pero no parecía que fuera a pronunciarse.

—¿Tú también lo has notado?

—Pues... No sé.

—¿No sabes? —pregunté—. ¿A ti te parece que está igual?

—Es que Calloway es complicado. Yo no le daría muchas vueltas.

Mi intuición me decía que Jackson sabía más de lo que me estaba contando. Lo notaba en lo más hondo de mi ser.

—¿Jackson?

—¿Sí?

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo que no me estás contando? —Como era el hermano de Calloway, comprendía su lealtad, pero me preocupaba de verdad que a Calloway le pasara algo grave.

—La verdad es que no quiero meterme en eso. Te sugiero que hables con Calloway, no conmigo.

Así que sí pasaba algo.

—Jackson, por favor. Te lo estoy suplicando.

Suspiró una vez más desde el otro lado del teléfono.

—No es asunto mío, Rome. Plántale cara. Háblalo bien con él y se abrirá.

—Jackson, te juro que ahora mismo estoy asustada. —Impedí que me

temblara la voz, pero fue un intento vano—. Me estoy volviendo loca. Al menos dime de qué va todo esto. Dime que está bien, que no está enfermo ni nada...

—No es nada de eso —se apresuró a decir—. Calloway está bien. Es sólo que le está costando afrontar algunas cosas.

—¿Como qué? —pregunté.

—Joder, Rome... —Hizo una pausa.

Esperé sentada en el borde de mi asiento.

—Sigue costándole contener su carácter dominante. Nada más.

—Entonces... todavía quiere que sea su sumisa.

—Rome, siempre va a querer que seas su sumisa. A veces le cuesta ser lo que tú quieres. Creo que actúa así porque es el único tipo de control que puede conseguir.

Me quedé sin aire en los pulmones. Me sentía aliviada y abrumada al mismo tiempo. Creía que aquel tema era cosa del pasado, pero ahora sospechaba que nunca desaparecería. Calloway siempre sería un dominante, no importaba cuánto intentara reprimirlo.

—Gracias por habérmelo dicho.

—Ya, de nada.

Me pasé la mano por la cara y cerré los ojos.

—Sé que no quieres mis consejos, pero te los voy a dar de todas formas.

—Vale.

—Hazlo y punto, Rome. Sé su sumisa.

No quería mantener aquella conversación con Jackson. Era mi vida personal, no la suya.

—No. No voy a caer tan bajo.

—Pues entonces lo vas a perder —dijo con absoluta naturalidad—. No hoy ni mañana. Pero un día, lo perderás. Te lo aseguro.

Se me heló la sangre en las venas.

—Calloway me quiere. Haremos que todo salga bien.

—No me cabe duda de que te quiere, pero no puede cambiar quién es, Rome. Lo ha intentado un millón de veces y siempre acaba volviendo a sus raíces. A lo mejor puede controlarlo durante un tiempo más, pero al final se dará cuenta de que tiene que elegir. Y elegirá la dominación.

Yo no quería creerlo porque la idea era descorazonadora. No podía perder a Calloway. La última vez que nos habíamos separado, me había sentido totalmente perdida. Había puesto buena cara y había intentado

permanecer fuerte, pero era completamente infeliz.

—Lo siento, Rome. Sé que no quieres oírlo, pero es cierto. Te sugiero que te replantees tus principios, porque cuando llegue el momento, tendrás que escoger entre Calloway y tus ideales. Así que asegúrate de que tus principios sean lo bastante fuertes como para sacrificar al amor de tu vida, porque eso es exactamente lo que va a pasar.

Calloway

Jackson me pidió que fuera al Ruin para ayudarlo con algo. No sabía si Isabella estaba detrás de aquello, si estaba intentando quedarse a solas conmigo para que pudiera dominarla. Pero si ese era el caso, no me importaba.

Necesitaba desesperadamente controlar a alguien.

Quería ver a alguien obedeciendo todas mis órdenes, sin hacer una mueca cuando yo formulaba una petición extravagante. En mi mente, me imaginaba a Rome mientras contemplaba a Isabella. Lo había hecho más veces de las que podía recordar.

Entré en su despacho, el mismo que yo antes ocupaba todas las noches.

—¿Me necesitas de verdad? ¿O es Isabella la que ha estado moviendo los hilos? —Me dejé caer en el sillón y me recosté en los cojines. Crucé las piernas y apoyé la mejilla en una mano.

Jackson alzó la vista del teléfono. Parecía estar escribiendo un mensaje.

—Quería alejarte de Rome.

—¿Por qué?

—Porque me llamó ayer. —Lanzó el teléfono a un lado al terminar de escribir el mensaje.

Se me cortó la respiración en cuanto oí lo que había dicho.

—¿Para qué? ¿Qué te ha dicho?

—Dice que últimamente has estado raro. Quería saber si yo sabía algo al respecto.

Me llevé la mano al regazo, impactado por que hubiera llevado aquello tan lejos.

—El otro día, cuando salí de la ducha, sabía que me había estado mirando el móvil. Pensé que estaba paranoica y que creía que la estaba engañando.

—Probablemente estaba buscando mi número de teléfono.

Me sentí un poco aliviado. No quería que pensara que estaba haciendo cosas a sus espaldas. Era la única mujer que me tenía a sus pies. Era ridículo

pensar que pudiera haber otra persona. Lo que hacía con Isabella no era más que puro instinto primitivo. No le ponía una mano encima con intención sexual, así que aquello no contaba.

—¿Qué le dijiste? —Sabía que Jackson nunca me delataría, no importaba lo mucho que fingiera odiarme.

—Todo menos lo de Isabella.

—¿Y eso es?

—Que eres un dominante y que siempre vas a ser un dominante. Y que tiene que ser tu sumisa o lo vuestro nunca saldrá bien.

Sentí que el corazón se me aceleraba en el pecho como si acabara de correr una maratón.

—¿Y qué te dijo ella?

La emoción me corría por las venas ante la perspectiva de que cambiara de opinión. A lo mejor Jackson le había dicho las palabras correctas y había conseguido que se diera cuenta de que tenía que someterse a mí, no sólo porque yo lo deseara, sino porque lo necesitaba.

—La misma mierda de siempre, tío —dijo con un suspiro—. Que no podía hacerlo.

Aquella respuesta no debería haberme sorprendido, pero, aun así, me sentí decepcionado.

—Menuda mierda.

—No mencioné a Isabella —dijo—, pero le dije que tenía que cambiar de opinión porque de lo contrario te iba a perder.

Yo siempre tendría problemas con mi necesidad de dominación, un destino que aceptaba siempre y cuando pudiera estar con ella.

—No va a perderme nunca. Ya consigo lo que necesito de Isabella. No pasará nada.

—Y cuando Rome se entere, ¿crees que le va a parecer bien?

Me encogí de hombros.

—Pues tendrá que parecerle bien. Es eso o... —No podía terminar la frase. No podía imaginar mi vida sin Rome, pero tampoco podía imaginármela sin ser un dominante. Si Rome se lo pensara, mi vida sería mucho más simple.

Jackson me dirigió una mirada llena de lástima, algo que no ocurría muy a menudo.

—¿Qué vas a hacer?

No tenía la menor idea.

—Ni idea. —Me levanté de la silla y caminé hasta la puerta—. Avísame si te vuelve a llamar.

—Vale.

Caminé por la pasarela elevada y bajé la vista hacia la barra. Como era de esperar, divisé allí a Isabella. Estaba sentada a solas, con una bebida delante y el pelo negro azabache cayéndole por la espalda. Llevaba un vestido negro que le dejaba la espalda al descubierto y una gargantilla a juego. Tenía la vista puesta en el mostrador, sin interesarse por ninguna de las personas que la rodeaban.

Aunque lo que estaba haciendo estuviera mal, no podía evitarlo. Cada vez que Rome me desafiaba, sólo conseguía enfadarme más. No podía controlarla, y eso hacía que perdiera la cabeza. Me hacía dudar del hombre que era. Si hiciera lo que le pedía, yo podría tener todo lo que siempre había querido.

Pero no me escuchaba.

Bajé por las escaleras y me aproximé a Isabella por un lado. Le aparté la bebida porque no me gustaba que mi sumisa estuviera borracha.

Su mirada se encontró con la mía, pero no tardó en desviarla, adoptando de inmediato su actitud de sumisa.

—Arriba —ordené—. Ahora.

—Sí, señor. —Se olvidó de su bebida y bajó del taburete dejándose caer. Llevaba unos tacones altos y un vestido corto. Subió las escaleras y cruzó el descansillo mientras yo la seguía, anunciando mi presencia sin que ella pudiera verme.

Entramos en una sala de juegos y nos pusimos manos a la obra al momento. Aquella noche tenía intención de llevar a Isabella más allá, de introducirla en una nueva dimensión de placer y dolor. Necesitaba descargar mi frustración, aplacar el anhelo que sentía por la mujer a la que no podía tener.

—Quítate el vestido. —Necesitaba ver aquella piel desnuda antes de cortarla—. Ahora.

* * *

Me quedé sentado en el sofá mientras Isabella se vestía. Miraba hacia otro lado porque su físico no me interesaba. Antes sus curvas me hacían enloquecer, su piel pálida solía excitarme. Pero ahora no sentía nada. Lo

único que me importaba era su obediencia, tener el poder para hacer que se golpeara a sí misma con fuerza.

Aquello satisfacía mis ansias.

Me bebí el coñac y clavé la mirada en la pared opuesta, sintiéndome tan relajado que habría podido hacer aquello toda la noche. El ardor que sentía ya se había calmado. El dolor de mis entrañas había desaparecido. Ahora podía volver con Rome sin sentir deseos de agarrarla por el cuello y obligarla a arrodillarse. Podía ser el novio que me había prometido a mí mismo que sería.

Isabella se puso los tacones y se aproximó al sofá. Estuvo a punto de sentarse junto a mí y de servirse una bebida.

—No. —No quería que estuviera cerca de mí. Ella quería que me la follara, y eso no ocurriría jamás. No quería que su piel entrara en contacto con la mía. Teníamos la estricta norma de no tocarnos.

Se quedó paralizada al oír mi orden.

—Siéntate en el suelo.

No dudó y se acomodó en el oscuro suelo de madera.

Le llené un vaso y se lo tendí, con cuidado de no tocarle ni siquiera los dedos.

Se me quedó mirando como si quisiera decir algo.

Como el rato de jugar había llegado a su fin, le di algo de libertad.

—Puedes hablar sin problema.

—Vale —dijo en voz baja—. Porque hay algo que quiero decir.

Sacudí la mano, indicándole que lo soltara.

—Quiero a Rome fuera del mapa. Quiero que seamos lo que éramos antes. —La confianza relucía en sus ojos, como si realmente pudiera conseguir lo que quería. Pero lo más preocupante era que hablaba como si creyera merecerlo.

—No. —No me molesté en darle una explicación. No me hacía falta decirle que Rome era la única mujer a la que quería en mi cama. Isabella no era más que un juguete, algo que utilizaba para satisfacer mis siniestras necesidades. No significaba absolutamente nada para mí. No iba a ser tan frío como para recordarle aquella realidad.

—Sí. —Las palabras salieron con un timbre agudo y mordaz—. Calloway, déjala o verás.

La miré a la cara con los ojos entrecerrados y el cuerpo se me tensó al oír su amenaza.

—¿O veré qué, Isabella? —¿Qué podía hacerme aquella mujer?

—Se lo contaré.

No reaccioné a sus palabras porque necesité algunos segundos más para que calaran en mí.

—¿Y qué conseguirías con eso?

—Que te deje.

—Aunque lo hiciera, yo nunca volvería a ser tu dominante.

Ella inclinó la cabeza, con una mirada llena de carácter.

—¿Y qué es lo que estamos haciendo ahora?

—Te estoy usando, ya lo sabes.

—Y si Rome no existiera, me doblarías sobre la cama y me follarías.

Tal vez lo haría. Tal vez no. Con Rome en mi vida, no podía imaginarme con nadie más. Era difícil calcular lo que haría en realidad, porque me resultaba imposible hasta empalmarme por ella.

—¿Quién sabe? —Di un trago al coñac y dejé que el alcohol me quemara la garganta.

—Lo digo en serio, Calloway.

—Pues yo creo que es un farol.

—¿De verdad piensas que no lo haré? —preguntó con frialdad—. Pues vuélvelo a pensar. Déjala y nunca tendrá que enterarse de estas sesiones nocturnas. Si no haces nada, yo misma le contaré la verdad. Tú decides.

—Haz lo que te dé la gana, Isabella. —Me terminé el coñac y dejé el vaso en la mesa—. Pero tanto si ocurre lo uno como lo otro, tú no vas a conseguir lo que quieres.

Rome

Calloway llegó a casa aquella noche con el mismo estado de ánimo que había mostrado durante semanas. Estaba frío y distante, y apenas se dio por enterado de mi presencia cuando entró en el dormitorio. Se quitó la camiseta y los pantalones, quedándose sólo con los bóxers. Lo siguiente fue el reloj, pero el anillo permaneció en su sitio.

Yo me senté en mi lado de la cama, vestida con una de sus camisetas. Estaba leyendo un libro en el Kindle e intentaba observarlo por el rabillo del ojo al mismo tiempo. No había hablado con él sobre lo que Jackson me había contado porque no sabía cómo sacar el tema. Y ahora que se había reunido con Jackson aquella noche, estaba segura de que ya se había enterado de nuestra conversación telefónica.

Calloway se metió en la cama junto a mí y me arrebató el Kindle de la mano.

—Eh... ¿Te importa...?

Trepó sobre mí y me inmovilizó, sujetándome las manos sobre el colchón a ambos lados de mi cabeza. Con los muslos, me separó las rodillas hasta que su sexo quedó oprimido contra el mío a través de la ropa interior. Me miró fijamente con ese tipo de intensidad que me abrasaba la piel.

—Cuando quieras saber algo, me lo preguntas.

Sabía exactamente de qué estaba hablando.

—Lo hice y no me diste ninguna respuesta.

—No te di la respuesta que querías oír. —Apretó las manos sobre las mías—. ¿Qué quieres que te diga, Rome? Necesito más de lo que me estás dando. Esa es la verdad y siempre lo ha sido. A menos que las cosas vayan a cambiar, ¿para qué hablar de ello?

—¿De verdad te molesta tanto?

Sus ojos se movieron de un lado a otro, escrutando los míos.

—A veces. Algunos días estoy bien. Otros no.

—¿Estás diciendo que no eres feliz conmigo? —Era difícil formular aquellas preguntas porque no podría soportar que me diera la respuesta que

yo no quería oír.

—Lo eres todo para mí, Rome. Ya lo sabes.

—No has respondido a la pregunta.

Tiró de la parte delantera de sus bóxers para que su sexo quedara liberado. Después me bajó las bragas hasta que la cúspide de mis muslos quedó a su disposición. Se colocó entre mis piernas y presionó su dura erección contra mis labios, frotándola entre ellos e introduciéndola en mi abertura.

—No estaría aquí si no fuera feliz, cariño. A veces me cuesta controlarme cuando estoy contigo. Y entonces es cuando me vuelvo taciturno. —Balanceó las caderas y deslizó el glande en mi interior, abriéndose paso a través de mi estrechez.

Como siempre, gemí.

—Pero no te equivoques. —Me besó con dureza en la boca antes de hablar casi sin separar sus labios de los míos—. Tú eres la única mujer con la que quiero estar. —Sacudió las caderas con más fuerza hasta que hizo temblar la cama.

Cuando estaba dentro de mí y estábamos conectados de ese modo, yo no pensaba en nada más. Mis manos se liberaron de su agarre y me aferré a sus hombros, casi perforándole la piel con las uñas. Mecí las caderas y tomé su erección a más velocidad, queriendo más de aquel inmenso miembro.

Debería haber sentido preocupación por lo que acababa de decir. Debería haber usado la lógica para comprender que aquella relación estaba en peligro. Tras el año que habíamos pasado juntos, seguíamos sin ser perfectos. No se había apartado de su antiguo estilo de vida porque todavía lo necesitaba. Yo no estaba dispuesta a sacrificar lo que quería, y él tampoco. ¿Qué clase de futuro podríamos tener en aquellas circunstancias? ¿Seríamos marido y mujer algún día, pero continuaríamos siendo infelices? ¿Estaría Calloway resentido conmigo como lo estaba ahora?

Pero amaba tanto a aquel hombre que me traía sin cuidado. Apagué el cerebro y dejé que el corazón me guiara, porque lo que teníamos era demasiado difícil como para alejarse de ello. Prefería seguir trabajando en aquella relación rota que encontrar a un hombre normal que no necesitara golpearme para sentirse bien. Prefería llorar un millón de veces con Calloway que sonreír con otro hombre.

* * *

Calloway se metió conmigo en la ducha a la mañana siguiente; su cuerpo cincelado era perfecto bajo el agua cálida. Cogió la pastilla de jabón del estante y me lo frotó por el pecho, enjabonándose el torso y el vientre con la espuma. Su mirada se posó en la mía, observándome con la misma intensidad que la noche anterior.

—Tienes el cuerpo más bonito del mundo. —Sus dos manos se posaron sobre mis pechos y me dio un suave apretón. Tenía las manos lo bastante grandes como para cubrírmelos por completo.

—La verdad es que yo creo que eres tú el que lo tiene. —Estiré la mano y agarré su dura erección, lubricándola con el jabón de mi mano. Le pasé el pulgar por la punta y le quité la gota de líquido preseminal que se había formado.

—Supongo que eso significa que los dos somos bonitos juntos. —Me sostuvo la cara entre sus manos y luego se inclinó y me besó, dándome un beso delicado que hizo que me cosquilleara todo el cuerpo. No era una caricia sensual como las que me dedicaba antes de follarme con fuerza contra el colchón. Era un saludo amable, un beso de buenos días.

Era la muestra de afecto más dulce que había recibido de él en mucho tiempo.

Se apartó y se quedó bajo la ducha, dejando que el cabello corto se le empapara. Tenía un aspecto atractivo hiciera lo que hiciera, pero en ese momento estaba especialmente guapo.

Así que me puse de rodillas y lo agarré de los muslos.

Él me miró con intensidad mientras se le oscurecían los ojos.

Dirigí la punta hacia mi boca y lo introduje hasta el fondo de mi garganta, casi provocándome arcadas desde el principio.

—Joder... —Me agarró de la nuca y movió las caderas, hundiendo su sexo en mi boca—. No tienes ni idea de lo buena que estás ahora mismo.

Y él no tenía ni idea de lo bueno que estaba él para mí.

* * *

Me acompañó hasta la puerta de mi despacho y me besó en el pasillo, ignorando a Chad mientras pasaba junto a nosotros. Calloway me sostenía firmemente la cintura con el brazo y me asfixiaba con aquellas muestras de afecto que no eran adecuadas para ningún lugar público.

Tuve que obligarme a romper el contacto.

—Te veo después de trabajar.

—Tengo la sensación de que vas a verme antes de eso. —Me dio un suave apretón en el trasero antes de alejarse por fin.

Una vez que se hubo marchado, sentí que el rubor me teñía las mejillas. Cuando se había corrido en mi boca aquella mañana, parecía inmensamente satisfecho. Era como si la conversación que habíamos mantenido la noche anterior nunca hubiera tenido lugar. Quizás yo estuviera intentando ignorarla lo máximo posible porque no traería nada bueno consigo, pero eso me daba igual.

Me senté y me puse a trabajar.

En la oficina, nadie tenía un ayudante a excepción de Calloway, así que lo gestionábamos todo nosotros mismos. Todos habíamos acordado que era mejor ahorrarse aquel dinero e invertirlo en las comunidades a las que intentábamos ayudar en lugar de hacer que nuestros trabajos fueran más cómodos.

Así que cuando alguien llegaba a mi despacho, tenía que ocuparme de ello al momento en lugar de ocultarme tras un ayudante.

—¿Rome Moretti? —La mujer transmitía una hostilidad inmediata. Tenía el pelo negro azabache, y se veía que lo tenía largo a pesar de llevarlo recogido en una coleta alta. Llevaba un vestido corto y unos tacones que sólo podría soportar una supermodelo.

—Sí. —No la reconocía de la oficina y tampoco parecía de los que repartían el correo—. ¿Te conozco?

—No. —Sostuvo en alto un gran sobre naranja y se invitó a pasar a mi oficina. Lanzó el paquete sobre el escritorio como si fuera la puta dueña de aquel lugar.

—Eh... ¿Te saltaste la clase de modales en preescolar?

Retrocedió y cruzó los brazos sobre el pecho, permaneciendo inmune al insulto. Sabía desde el momento en que había entrado por la puerta que a aquella mujer no le caía bien, y no tenía ni idea de qué podría haberle hecho a una desconocida para provocar ese tipo de comportamiento tan irrespetuoso. Se me quedó mirando las manos y una rápida reacción le sacudió el cuerpo. Retrocedió de inmediato mientras tomaba aire, como si acabara de ver una araña encima de mí.

Cuando volvió a mirarme a los ojos, parecía que estuviera decidida a matarme.

—¿Quién eres? —exigí saber.

—No me puedo creer que te lo diera a ti. —Su rabia estaba mezclada con la desesperación. Casi se le quebró la voz al hablar de lo angustiada que estaba.

—¿Qué me diera quién el qué?

Volvió a mirarme la mano.

—Ese anillo.

Bajé la mirada y vi el diamante negro que Calloway me había dado hacía tanto tiempo. Me había pedido que volviera con él a cambio de que él hubiera dejado el Ruin, pero su única petición había sido que llevara aquel anillo.

—¿Cómo sabías...? —Mi mente fue más rápida que mi boca, y sospeché haber encontrado la respuesta.

Era una de sus sumisas.

Probablemente la última.

Y sentí repulsión. El hecho de que alguna vez hubiera tocado a esa mujer, de que la hubiera besado, me hacía sentir más celosa que en toda mi vida. Sin saber ni una sola cosa de ella, ya quería estrangularla.

—Todas las noches que Calloway ha estado en el Ruin, ha estado conmigo. Me lleva a su sala de juegos y me azota, me fustiga y me hace muchas más cosas impronunciables porque tú no se las das. Soy su sumisa. Llevo mucho tiempo siendo su sumisa. Sólo había pensado que deberías saberlo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el sobre—. Ahí tienes todas las pruebas que necesitas. —Me dirigió otra mirada amenazadora antes de salir furiosa de la oficina, moviendo el culo como una modelo en la pasarela.

Quise gritar.

Su confesión hizo que cayera de inmediato en una vorágine de pánico. Calloway había estado actuando de forma extraña porque me estaba engañando. Como yo no podía darle lo que necesitaba, había recurrido a otra persona.

¿Cómo podía hacerme aquello?

Miré el sobre que estaba sobre la mesa y despegué el cierre, porque necesitaba ver la prueba que había en su interior.

Pero entonces me detuve.

Calloway nunca me haría eso. Me era fiel, estaba entregado a mí. Me había dicho que me quería y me lo demostraba todos y cada uno de los días. Puede que tuviéramos nuestros problemas, pero nunca me haría daño de ese

modo.

Cogí el sobre por el borde, pero no lo abrí. No me hacía falta ver lo que había dentro. Las imágenes que había recopilado tenían que estar editadas con Photoshop. El contenido no podía estar basado en la realidad.

Conocía a Calloway.

Y confiaba en él.

Salí del despacho con el sobre bajo el brazo y me dirigí a su oficina, al otro lado del edificio. Esta vez, me tomé en serio su petición y entré directamente sin preguntarle a su ayudante.

Ella me miró sorprendida, pero no se atrevió a intentar detenerme.

Calloway estaba hablando por teléfono cuando entré.

—Claro, Greg. —Lo escuchó al otro lado de la línea mientras clavaba su mirada en la mía. Cuando vio la preocupación en mi rostro, puso fin a la llamada—. Greg, tengo que dejarte. Te veo el martes, ¿de acuerdo? Ya hablamos. —Puso el auricular sobre el soporte—. Cariño, ¿qué pasa? —Se puso de pie y rodeó el escritorio, abotonándose la pechera del traje por instinto.

Sostuve el sobre en alto.

—Una de tus antiguas sumisas acaba de pasarse por mi despacho.

La preocupación de Calloway se desvaneció de inmediato. Se puso rígido al oír hablar de ese tema y soltó un quedo suspiro. Contempló el sobre, pero no lo cogió. Como había hecho a lo largo de las últimas semanas, se volvió indescifrable una vez más.

—Me ha dicho que has estado con ella a escondidas en el Ruin, que es tu sumisa porque yo no puedo darte lo que necesitas. Entonces me ha dado esta prueba. —Agité el sobre.

Calloway se metió las manos en los bolsillos e inclinó la cabeza hacia el suelo.

—Menuda psicópata. No me había dado cuenta de que seguía obsesionada contigo.

Calloway alzó la cabeza con lentitud y me miró con las cejas ligeramente levantadas.

—Irrumpe en mi oficina como si fuera su puto despacho ¿y espera que me crea esta mierda? —Quería tirar el sobre contra la maldita pared. Mejor aún: quería prenderle fuego y ver cómo quedaba reducido a cenizas. Aquella mujer tenía mucha cara para intentar interponerse entre Calloway y yo. Haría falta mucho más que una sucia mentira para que me replanteara las cosas.

Su cara se suavizó de un modo que nunca antes había visto. Los ojos se le arrugaron en las comisuras y tragó con fuerza. Se puso una mano bajo el mentón y se frotó la barba de la mandíbula. Se le cerraron los ojos, como si de repente necesitara un momento para recuperarse. No estaba claro si se sentía conmovido o asqueado por lo que yo había dicho.

—¿Qué? —pregunté, incapaz de interpretarlo como antes.

Volvió a meterse la mano al bolsillo y abrió los ojos otra vez, esta vez clavando su mirada directamente en la mía.

—Rome... No te estaba mintiendo. Todo lo que te ha dicho es cierto. —Volvió a tragar con esfuerzo, y la nuez se le movió ligeramente.

Oí sus palabras, pero no podía concebirlo. Era un hecho, una confesión, pero mi cerebro seguía sin procesarlo.

—¿Qué...? —Era imposible que aquello estuviera ocurriendo de verdad. Era imposible que Calloway me estuviera engañando. Era imposible que tocara a otra mujer—. Yo... ¿qué? —Retrocedí de inmediato porque de repente no conseguía que me llegara suficiente aire a los pulmones. Necesitaba respirar. De lo contrario, me desplomaría.

Sus ojos reflejaban un leve gesto de remordimiento, pero el resto de su cuerpo permanecía fuerte.

—Es mi sumisa desde hace unos meses. Cuando voy al Ruin, la golpeo. La azoto con el cinturón o la fustigo con el látigo. Le doy una orden y ella obedece. Hace lo que le pido, me cede el control. Me da lo que necesito...

Volví a dar un paso atrás y los ojos se me anegaron en lágrimas.

—Calloway...

—No me he acostado con ella. No la he besado. De hecho, en ningún momento la he tocado. Te he sido fiel de todas las formas imaginables, pero... ella hace la única cosa que tú no haces. Ojalá hubiera podido marcharme aquella noche cuando tuve la crisis nerviosa, pero no pude. Lo necesitaba.

Al final, el corazón se me calmó al oír sus palabras, al oír que no se la había follado mientras yo dormía en la cama que compartíamos. Era un alivio tan grande que hasta pensé en sentarme en el suelo y disfrutar de aquella realidad.

Pero entonces volvió el dolor.

La congoja.

La desolación.

—¿Cómo has podido hacerlo? —Ahora no podía evitar que las lágrimas

aparecieran. Se acumulaban en las comisuras de mis ojos antes de deslizarse por mi cara. No me molesté en limpiármelas, porque quería que Calloway sufriera como estaba sufriendo yo.

Los ojos se le estrecharon levemente, dolido por lo que estaba viendo.

—No sé qué decir... Lo necesitaba.

—¿Esa es tu excusa? —bufé—. ¿Eso lo justifica?

—Sólo estoy explicando...

—Entonces, si yo necesitara sexo porque tú trabajaras hasta tarde, ¿tendría todo el derecho del mundo a tirarme a otro tío?

Apretó la mandíbula al oír aquella idea.

—No es lo mismo y lo sabes.

—Es la misma puta cosa, Calloway.

—Te he dicho que no la he tocado. Es verdad. Sólo le daba órdenes y ella obedecía. Eso es lo que quería de ti, pero tú te negabas a dármelo.

—¿Porque me niego a faltarme al respeto así? —bramé—. ¿Porque me niego a doblegarme ante un hombre? ¿Acaso no era eso lo primero que te atrajo de mí?

—Sí, pero quería doblegarte. Siempre he querido doblegarte.

—Bueno, pues yo no me doblego ante nadie. Calloway. Ni siquiera ante ti. —Me dirigí hacia la puerta, decidida a alejarme de él de una vez por todas. Habíamos roto oficialmente. Podía convivir con sus extraños deseos y con la brusquedad con que me tomaba de vez en cuando, pero nunca podría convivir con aquello. Daba igual que no la hubiera tocado. Daba igual que no se la hubiera tirado. Aun así, había compartido una experiencia sexual con otra persona.

Abrí la puerta y salí con decisión, esperando que él me sujetara por la muñeca o por el brazo.

Pero aquel contacto nunca se produjo.

Me di la vuelta para cerrar la puerta y lo vi al otro lado de la sala, mirando por la ventana de su oficina. Tenía las manos en los bolsillos mientras estudiaba la ciudad que se encontraba a sus pies. No había signos de lucha interior en él. No tenía intención de hacer lo que fuera necesario para recuperarme.

Me estaba dejando marchar.

Calloway

Hice que Tom la siguiese para asegurarme de que estuviera bien. La siguió todo el camino hasta casa y después esperó fuera a que terminara de preparar sus maletas.

Daba por hecho que eso era lo que estaba haciendo.

Yo me quedé en el trabajo hasta el final del día, sabiendo que probablemente no estaría en casa cuando yo llegara.

Pero no podía hacer nada al respecto.

Había esperado sentir más dolor por lo que había hecho. Había esperado sentir más culpa. Cuando aquellas lágrimas le rodaron por las mejillas me sentí fatal, pero cuando salió de mi despacho no me molesté en ir tras ella.

Sabía que habíamos acabado.

Mi subconsciente ya sabía que aquello iba a ocurrir. En el momento en que había fustigado a Isabella, supe que Rome y yo no aguantaríamos juntos. No importaba lo mucho que intentara contener a mi verdadero yo: nunca salía bien. El hombre que era en lo más hondo de mí no cambiaría nunca. Siempre necesitaría dominación y control. Y siempre sería un sádico.

Ya era hora de aceptarlo.

Fui caminando a casa al terminar la jornada, tomándome mi tiempo porque no había nada esperándome a mi llegada. No llamé a Rome ni le envié ningún mensaje. No perdí el tiempo intentando hablar con ella.

Tenía todo el derecho del mundo a marcharse.

Debería marcharse.

Cuando llegué a casa, el coche de Tom estaba esperando en la calle. Eso tenía que significar que ella seguía dentro, reuniendo el resto de sus cosas. Me sorprendió que estuviera tardando tanto. Yo había esperado ahorrarme el dolor de ver cómo se iba de casa por última vez.

Pero sabía que me merecía aquella agonía.

Pasé al interior y vi sus maletas apiladas en la entrada. No estaba en el salón, así que debía de estar arriba recogiendo el resto de sus cosas. Me senté en el sofá y esperé a que volviera, negándome a agobiarla cuando aún seguía

enfadada.

Quince minutos después llegó a la parte baja de las escaleras con dos bolsas más. No se fijó en mí de inmediato. Tenía la cara manchada de las lágrimas que había derramado y los ojos todavía hinchados.

—Tom está esperándote fuera.

Se llevó la mano al pecho y casi se le salió el corazón por la boca.

—Joder, me has asustado.

Bajé la vista al suelo y me masajé un nudillo.

—Tom te llevará adonde quieras. Te sugiero que vayas a casa de Christopher, allí estarás segura. Y si no quieres ir allí, no tengo problema en comprarte un piso bonito. Estaría más tranquilo.

Se quedó en el recibidor, donde yo alcanzaba a ver de reojo la parte inferior de su cuerpo.

—¿Y eso es todo?

Levanté la cabeza y me volví hacia ella, sin saber a qué se refería.

—¿Quieres más? —Nunca había sido el tipo de persona que me pedía nada. Cada vez que había intentado darle dinero, se había sentido extremadamente ofendida.

—¿Vas a dejar que me vaya y ya está? —Se le quebró la voz cuando le brotaron más lágrimas—. O sea... ¿Es esto lo que has querido todo el tiempo? ¿Esta es tu salida de esta relación?

El sonido de sus lágrimas era tan doloroso como si me clavaran cuchillos en la espalda. Saber que yo era la razón de su agonía sólo hacía que me sintiera peor. Me levanté del sofá y caminé hacia ella, manteniendo las manos en los bolsillos para no sentir la tentación de agarrarla.

Se limpió las lágrimas, pero brotaron más.

—Ojalá me hubieras dicho que ya no querías seguir haciendo esto. Ojalá hubieras sido lo bastante hombre para contarme la verdad. Ojalá... Ojalá muchas cosas.

—Rome. —En cuanto pronuncié su nombre, me di cuenta de que se estaba marchando de verdad. Fue entonces cuando me impactó con más fuerza el hecho de que la única mujer que me importaba se estuviera alejando de mí—. No quiero que esto acabe. No quiero perderte. Ya lo sabes.

—Lo cierto es que no —susurró—. No habrías acudido a ella si te sintieras de otro modo.

—Ella no significa nada para mí —dije con calma—. Sólo necesitaba lo que ella me daba. Ni siquiera me he excitado nunca con ella. Cada vez que

estaba con ella, ella aliviaba mi estrés y satisfacía mis necesidades. Después venía a casa contigo y estaba mejor. Me sentía mejor. —Aparté la mirada y contemplé las escaleras—. Y entonces podía ser lo que tú necesitabas que fuera. Eso es todo.

Ella sacudió la cabeza, como si aquella respuesta no fuera suficiente.

—Te quiero. —La voz no me tembló al hablar. Era firme como una roca—. Te he querido mucho más de lo que me has querido tú a mí.

Me miró a los ojos, y el pecho se le quedó paralizado porque había dejado de respirar.

—Pero... soy así. He intentado luchar contra ello y no ha funcionado. He intentado ser sólo un novio para ti, pero eso tampoco ha funcionado. A pesar de lo mucho que te quiero, a pesar de lo mucho que quiero que lo nuestro salga bien, no puedo seguir haciendo esto. —El dolor comenzó en el corazón y se fue extendiendo por todas partes. Al poco tiempo, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron ante la agonía inminente. Al igual que la última vez que me había dejado, me quedaría totalmente destrozado. Pero tendría que superar el dolor hasta que al final me sintiera mejor. Y, entonces, un día volvería a estar donde estaba al principio.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se obligó a dejar de llorar. Ella nunca había sido el tipo de mujer que mostraba dolor y miedo, así que intentó comprimirlo todo y ocultarlo lo máximo posible.

—Sé que no debería haber estado con Isabella. Sólo pensé que, si ella me daba lo que necesitaba, *nuestra* relación podría ir mejor. Ahora sé que me equivocaba. Cuando la situación se volvió muy dura... debería haber puesto fin a esto.

Se le volvió a entrecortar la respiración mientras intentaba contener otro aluvión de lágrimas.

—No quiero estar con nadie más —susurré—. Quiero pasar mi vida contigo. —Sabía que nunca volvería a tener la oportunidad de decirle aquello, así que tenía que decirlo ahora—. Te pediría que te casaras conmigo si las cosas fueran diferentes. Haría todo eso de ser padre y envejecería contigo. Haría cualquier sacrificio que quisieras. Pero si no puedes darme lo que necesito... nunca saldrá bien. Ojalá fuera normal. Ojalá no estuviera tan mal de la cabeza. Pero lo estoy... y eso no cambiará nunca.

Rome retrocedió, como si mis últimas palabras no hubieran hecho más que empeorar las cosas.

Una parte de mí todavía esperaba que cambiara de opinión, que olvidara

su pasado y confiara en mí de verdad. Que confiara en mí para llevarla a un lugar en el que nunca antes había estado. Había hecho todo lo posible para lograr que aquella relación funcionara. Ahora esperaba que ella hiciera el sacrificio definitivo para salvarnos.

Pero no lo hizo.

—Debería marcharme... —Se giró hacia sus maletas, probablemente para cubrirse la cara, más que para cualquier otra cosa.

Sentí una sacudida de dolor al oír su respuesta, y supe que realmente no había esperanza para nosotros. Rome se iba a marchar de mi vida para siempre, y yo tendría que pasar años intentando superar su pérdida. Caería en una vida de alcohol y sexo sin sentido para llenar el hueco que había tallado en mi pecho.

—Deja que te ayude. —Cogí dos de sus maletas.

Yo sabía que la única razón por la que me permitía hacer algo era porque estaba intentando salir de allí lo antes posible. No puso reparos en que Tom la llevara al apartamento de Christopher. Estaba en modo huida y no había tiempo para el orgullo.

Metí sus cosas en el maletero y vi cómo se subía al asiento trasero. Cerró la puerta y echó el pestillo, y su figura quedó invisible porque las ventanillas estaban tintadas de un color oscuro. Me quedé de pie en la acera y miré fijamente el lugar en el que imaginaba que debía de estar con la cara cubierta en una cascada de lágrimas.

El coche se alejó del arcén y se incorporó a la carretera. Se difuminó en la distancia a medida que se alejaba. Me metí las manos en los bolsillos y me quedé mirando los faros traseros mientras el coche avanzaba por la carretera. Al final, llegó a un semáforo y giró a la derecha.

Cuando ya no tuve el coche a la vista, supe que se había marchado de verdad.

Y se había marchado para siempre.

Rome

Cuando llegué a la puerta de Christopher, estaba al borde de las lágrimas.

Acababa de perder al amor de mi vida.

Dolía tanto que no era capaz de soportarlo. Tenía la garganta cerrada y el corazón débil, y las rodillas apenas podían sostenerme.

Casi no tenía ni la energía para llamar a la puerta.

Christopher la abrió un instante después y, cuando vio la expresión de mi rostro, no hizo ninguna pregunta. Hizo algo que rara vez hacía, sólo en las ocasiones más extremas. Me rodeó con los brazos y me abrazó en el umbral de la puerta.

Y yo me eché a llorar.

Lloré contra su pecho, mojándole la camiseta hasta que quedó empapada. No debería llorar por un hombre, lo amase o no, pero estaba absolutamente desgarrada.

Christopher me pasó la mano de arriba abajo por la espalda, consolándome como sólo podía hacerlo mi hermano. Al ver que continuaba durante más de diez minutos, me acompañó al interior y cogió el equipaje que Tom me había ayudado a llevar hasta la puerta. Lo amontonó en la cocina y volvió conmigo, con una expresión de preocupación escrita en la cara.

—Rome, cuéntamelo. —Cogió un puñado de pañuelos y me los puso en la mano.

Le conté lo que había pasado, tomándome mi tiempo entre frase y frase para evitar derramar más lágrimas.

—Así que me he marchado... y ahora estoy aquí.

Me agarró del hombro y me dio un masaje, con los ojos compungidos por la tristeza.

—Lo siento mucho, Rome.

—Lo sé...

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. De todas formas, me sentía un poco solo sin ti.

Me obligué a soltar una pequeña carcajada, a pesar de que no estaba de humor para reír.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí. —Cogió el equipaje y lo llevó al dormitorio que antes era mío.

Yo me arrastré tras él, sin saber qué hacer con mi vida. Ahora que Calloway no estaba, ni siquiera estaba segura de cómo vivir. Pasar todos los días jugando a las casitas con él había sido como un sueño. Y que me hubieran arrebatado aquello de forma tan repentina había sido como un jarro de agua fría. No estaba segura de que fuera a recuperarme en algún momento.

Christopher se sentó en el borde de la cama y dio unas palmaditas al hueco que había a su lado.

—¿Quieres estar sola en este momento?

Me puse en el espacio que había junto a él, sintiendo cómo se hundía la cama justo como hacía antes.

—La verdad... ahora mismo no sé lo que quiero.

—Siempre estoy aquí si quieres hablar.

—No hay mucho que decir... No me puedo creer que me hiciera eso.

Él asintió.

Yo crucé los brazos sobre el pecho y me quedé mirando al suelo.

—Y ahora, ¿qué? —susurró.

—¿Qué quieres decir? —Ni siquiera estaba segura de cómo iba a sobrevivir al día siguiente.

—¿Te queda algo en su casa que necesites?

Negué con la cabeza.

—Nada que me importe.

—¿Y qué hay de tu trabajo?

¿Podría realmente trabajar para el hombre que me había roto el corazón?

—No lo sé. Buscaría otra cosa, pero nunca voy a encontrar nada donde cobre ni de lejos lo que cobro ahora. Con mi sueldo puedo permitirme vivir sola... y comprar comida.

—Sí, eso es verdad.

—Pero... nunca pasaré página si me encuentro con Calloway.

—¿Cada cuánto te encuentras con él?

—Muy pocas veces.

—Bueno, puedes quedarte allí por ahora y buscar otra cosa mientras tanto. Estoy seguro de que Calloway hará todo lo posible por evitarte.

Me llevé las rodillas al pecho y me quedé contemplando el suelo.

Christopher permaneció en silencio junto a mí, sin saber qué más decir. No había nada que pudiera sanar aquel dolor, que pudiera eliminar la sensación de pérdida que notaba en el corazón. El día entero había sido caótico. La antigua amante de Calloway se había presentado en mi despacho y él había confirmado que todo lo que me había contado era cierto. Y después había dicho que tenía dudas de que lo nuestro pudiera funcionar en algún momento... y que lo mejor era que cada uno fuera por su lado.

Era una catástrofe.

Costaba creer que la mañana hubiera empezado de forma tan bonita. Me había besado en la ducha y me había abrazado bajo el agua caliente. Me había acompañado a mi oficina y había vuelto a besarme, como si no lograra saciarse de mí.

Y más tarde ese mismo día, me había dejado marchar.

Creo que aquello era lo que más dolía.

Ya no luchaba por mí. Había llegado a aceptar nuestro fracaso. Me había dicho que estaba dispuesto a sacrificar su antigua vida para que aquello funcionara, pero, al final, la felicidad que obtenía de mí no compensaba lo que le faltaba.

Yo no era bastante para él.

Ahora volvía a sentir ganas de llorar.

Christopher debió de notar el cambio de mi respiración porque empezó a frotarme la espalda.

—Sé que ahora las cosas son difíciles. Sé que tienes el corazón roto, pero recuerda quién eres. Eres Rome y vas a superar esto. Los dos pasamos una semana encerrados en aquel sótano y no te rendiste. Y tampoco dejaste que me rindiera yo.

Estar encerrada en un sótano había sido mucho menos doloroso que esto.

—No voy a dejar que te rindas. Vas a mantener la cabeza alta y a superar esto. Y algún día encontrarás al tío adecuado que te trate como tú quieres que te traten. Y, entonces, todo esto parecerá sólo un mal recuerdo.

Resultaba difícil imaginarme pasando página en algún momento con un chico diferente. Sospechaba que siempre querría a Calloway. Era el tipo de amor que nunca desaparecía. Era sólido como una estatua que resistía a través de los siglos. Como una cicatriz que nunca curaría, su presencia siempre estaría visible en la superficie de mi corazón.

Pero asentí de todas formas para que Christopher sintiera que me estaba ayudando.

—Sí... eso espero.

* * *

Más tarde esa misma noche, Calloway me mandó un mensaje. Me sorprendió ver su nombre iluminándose en la pantalla, puesto que era él quien había admitido que no creía que nuestra relación fuera a salir bien. A pesar de que era yo quien se había marchado, era él quien me había dejado a mí.

«No voy a volver a molestarte después de esto, pero me gustaría decir algunas cosas».

El corazón me latía a toda velocidad al ver cómo aparecían los puntos en la pantalla.

«Quédate en Humanitarians United. Eres perfecta para el trabajo y para la comunidad. Cuando tengas que tratar conmigo, siempre seré profesional. Nunca mencionaré nada sobre nuestra relación».

Los puntos volvieron a aparecer, porque seguía escribiendo.

«Si alguna vez necesitas algo de mí, siempre estaré ahí. Aunque sea dentro de cinco años, no hay nada que no vaya a darte. Vigilaré a Hank de cerca y me informaré de dónde está en todo momento para que nunca estés en peligro. No lo hago sólo por tu protección, sino para poder dormir un poco por las noches».

Los puntos surgieron de nuevo.

«Quiero que sepas que todo lo que he sentido por ti ha sido real. Te querré hasta el día en que me muera, pase lo que pase hasta entonces. Ojalá las cosas hubieran podido ser diferentes para nosotros dos. Sólo quería que supieras eso. Adiós, Rome».

Los puntos desaparecieron.

Sabía que aquello sería lo último que recibiría de Calloway. Ahora éramos oficialmente desconocidos en este mundo. Me encontraría con él en el trabajo de vez en cuando, pero nunca tendríamos una conversación de verdad. Siempre sabríamos del otro, pero al mismo tiempo mantendríamos la distancia.

Como si fuera una estrella fugaz, nuestra relación había sido brillante y bonita, pero había pasado a tanta velocidad que no parecía haber durado mucho. Sólo habíamos pasado un año juntos, el mejor año de mi vida. El

anillo que me había dado seguía en mi dedo, aquel diamante negro que Isabella había reconocido. Sabía que debía quitármelo, pero había llegado a acostumbrarme a su peso. Me encantaba cómo me arropaba el dedo, al igual que me había arropado el amor de Calloway. No podía desprenderme de él de forma tan repentina, así que me lo quitaría a primera hora de la mañana.

Pero ni un segundo antes.

* * *

Pasó una semana y no vi a Calloway. Probablemente ni siquiera iba a la oficina sólo para darme espacio. Si realmente quería, podía trabajar desde casa. No había nada urgente que lo obligara a quedarse físicamente en el despacho. Sospechaba que estaba allí la mayoría del tiempo sólo porque yo estaba al otro lado del pasillo.

Yo seguía lanzando miradas al teléfono, esperando a que apareciera el siguiente mensaje, aunque no estaba segura de por qué lo hacía, porque en realidad no quería que me escribiera.

Nunca podría perdonarlo.

Aunque Calloway dijera que podía combatir sus demonios, no podría darle otra oportunidad. Saber que había compartido momentos eróticos con Isabella, a pesar de que no hubiera existido ningún contacto físico, seguía provocándome náuseas.

Era un acto de traición.

Christopher fue especialmente amable conmigo durante toda la semana. Se encargaba de preparar la cena y de limpiar el apartamento. Mi ropa siempre estaba lavada y doblada sobre la cama cuando yo llegaba a casa.

Yo apreciaba el detalle, pero nada podría arreglar mi corazón roto.

Christopher no mencionaba a Calloway. Siempre escogía un tema al azar del que hablar, como el trabajo o lo que fuera que estuvieran poniendo en la televisión. En cuanto había demasiado silencio, sacaba un juego, cualquier cosa que me distrajera.

Pero no existía ninguna distracción en el mundo que fuera lo bastante atrayente.

—¿Quieres que vayamos a correr al parque? —preguntó Christopher cuando llegué a casa del trabajo.

—¿A correr? —No recordaba la última vez que había ido a correr. Probablemente había sido en el gimnasio personal que Calloway tenía en el

garaje, el que había preparado para no tener que dejarme sola. El recuerdo de su actitud protectora de repente hizo que volviera a sentirme débil.

—O a pasear. Lo que prefieras. Sólo creo que nos vendría bien un poco de aire fresco.

No tenía energía para hacer nada.

—Me paso todo el día caminando en el trabajo. No necesito ejercicio.

—Vamos, no seas vaga. Sabes que voy a darte la lata hasta que cambies de opinión.

Eso era cierto.

—Vale, está bien.

—Genial.

Sacamos la ropa de deporte y las zapatillas de correr y fuimos caminando al parque que estaba sólo a una manzana de distancia. Nos incorporamos a un sendero y caminamos con energía mientras el sol veraniego se ocultaba lentamente tras los árboles. Pasamos por unos cuantos puestos de helados, pero a ninguno de los dos nos interesaban aquellas delicias heladas.

Christopher habló del trabajo, aunque ya me había contado la mayoría de las historias. Era evidente que sólo estaba buscando algo que decir para mantenerme distraída.

Se estaba esforzando al máximo por hacerme sentir mejor, y eso era increíblemente bonito.

—Gracias por intentar animarme, Christopher. Te lo agradezco.

Se encogió de hombros mientras caminaba con las manos en los bolsillos de los pantalones cortos.

—¿Para qué están los hermanos?

—Pero no hace falta que te esfuerces tanto por mí. Entiendo que tienes vida.

—Sí, ya lo sé, pero sé que tú harías lo mismo por mí si yo estuviera tan destrozado como tú.

Sin duda alguna.

—Mantenerme ocupado siempre me ayuda cuando estoy de bajón. Ir a pasear. Jugar a un juego. Todo ese tipo de cosas.

—Sí...

Christopher estaba tan absorto en mí que ni siquiera echó un vistazo a un par de mujeres atractivas que pasaron a nuestro lado con mallas y camisetas. Tenía la mirada fija al frente, y estaba centrado en mí y en nuestra

conversación.

—¿Lo has visto en el trabajo?

—No.

—¿Ha intentado contactar contigo?

No quería mencionar los mensajes de la noche en que habíamos roto.

—No.

Asintió, como si estuviera de acuerdo conmigo, aunque no había nada sobre lo que estar de acuerdo.

—No le montes un pollo como la última vez, ¿vale?

—No tenía planeado hacerlo.

Aquello era sorprendente. Lo miré mientras caminábamos codo con codo.

—Creía que a lo mejor lo querrías matar.

Se encogió de hombros.

Esa reacción era incluso más rara viniendo de un tío tan hablador como Christopher. Él siempre quería aportar su granito de arena en todo, asegurándose de que su voz y su furia fueran escuchadas. Su calmada reacción ante todo aquello resultaba extraña.

—Hay algo que no me estás contando.

—¿Como qué? —preguntó.

—¿Por qué no estás más enfadado con Calloway?

—¿Qué se supone que tengo que hacer, Rome? —preguntó—. No eres el tipo de mujer que espera que alguien pelee sus batallas.

—Y no espero que lo hagas. Supongo que simplemente me sorprende que no te haya molestado más.

Se quedó mirando el asfalto negro y rodeó a un caracol que estaba justo en su camino.

—Supongo que... da igual.

—¿Supones que qué? —insistí.

—No importa —se apresuró a decir—. Es tu relación, no la mía. Mi opinión es irrelevante.

—¿Por qué adoptas esa postura ahora cuando siempre has metido las narices en mis asuntos? Ahora me lo cuentas.

—¿De verdad quieres saberlo? —Sus ojos se posaron en los míos mientras buscaba una confirmación.

—Sí. —Podría soportar cualquier cosa que me dijera.

—Te dije que eso podría ocurrir.

—Que Calloway me sería infiel.

—En realidad no te ha sido infiel —me corrigió Christopher—. Te dijo qué rollo le iba y no quisiste hacerlo, así que encontró a otra persona que lo hiciera. O sea, no puedo decir que me sorprenda. Si yo conociera a una mujer fabulosa y me dijera que nunca me haría una mamada, probablemente yo también me largaría. Sé que no es lo mismo, pero yo no podría mantener una relación a largo plazo con una mujer que no me diera lo que yo quisiera. ¿Estarías con Calloway si no tuvierais sexo vainilla de vez en cuando?

Me quedé mirando al frente porque mi respuesta era evidente.

—¿Ves? —dijo—. Creo que la relación estaba destinada a fracasar. Se nota que te quiere de verdad, pero sencillamente necesita más. Y no puedo culparlo.

El hecho de que mi propio hermano estuviera de acuerdo con mi ex no me hacía sentir mejor.

—Después de lo que Hank me hizo...

—A mí no tienes que darme explicaciones —dijo rápidamente—. Entiendo completamente tu punto de vista. Lo respeto y estoy seguro de que Calloway también lo hace, pero sigo sin culpar a Calloway por lo que ha hecho. Se esforzó todo lo que pudo, pero cedió ante la presión. Le pasa a todo el mundo.

Ahora estaba igual de deprimida que al principio de la semana, aunque no es que hubiera avanzado gran cosa, en realidad.

—Creo que, si realmente no puedes vivir sin Calloway, deberías darle lo que quiere, porque va a encontrar a otra mujer que lo haga en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿eso queda descartado? —preguntó.

—Sí.

Al final, Christopher dejó el tema.

—¿Quieres tomar un helado? Yo invito.

Lo último que quería era meterme comida en el estómago. El único motivo por el que normalmente comía era porque Christopher me obligaba a hacerlo. Pero después de que admitiera que estaba de parte de Calloway, me sentía demasiado mareada para probar bocado.

—Gracias, pero no.

Calloway

En lugar de estar desconsolado, me sentía entumecido.

En el fondo, había esperado que aquella relación se quebrara y echara a arder. Probablemente por eso no estaba tan devastado como la vez anterior. Había anticipado el final mucho antes de que realmente ocurriera.

Aunque eso no hacía que las cosas fueran más fáciles.

Trabajé en casa durante la primera semana porque quería darle a Rome el máximo espacio posible. Que Isabella hubiera irrumpido en su despacho de ese modo debió de resultarle impactante. Haber tenido que oír cómo yo la corregía y confesaba lo que había hecho en realidad tenía que haber sido peor.

Me sentía como una mierda.

A veces me preguntaba si estaba haciendo lo correcto. Sabía lo que sentía por Rome y comprendía que nunca sentiría lo mismo por ninguna otra mujer mientras me quedara un soplo de vida. Pero me estaba alejando de ella porque mis necesidades eran demasiado intensas. Había estado dispuesto a comprometerme con ella, a llegar a un punto medio, pero ella no quería unirse a mí en el centro.

Así que tenía que marcharme.

En ese momento no estaba preparado para estar con otra mujer. Isabella me había cabreado, así que no cabía duda de que no iría con ella a la sala de juegos. Tendría que dejar que me sangrara el corazón hasta que no quedara nada. Cuando ya no me quedase nada que dar, quizás podría empezar de nuevo y volver a mi antigua vida.

Por solitaria que fuera.

Al final, había escogido el sexo y el control por encima de la mujer a la que amaba. Eso hacía que ella pareciera insignificante, carente de importancia, pero no era así como me sentía. Simplemente, ya no podía seguir controlando mis instintos. Si ella no me daba lo que yo necesitaba, acabaría resentido con ella y lo buscaría por otros medios.

Así que nunca saldría bien.

Mi casa parecía más una prisión que un hogar. Su presencia estaba en todas partes. Olía su fragancia en los cojines del sofá. Aún había ropa suya en la secadora, porque se había olvidado de ella con las prisas. Un mechón de pelo yacía en el desagüe de la ducha. Todavía quedaba un tanga en mi cajón porque debió de guardarlo allí por error.

Por lo normal me masturbaría con él, pero hasta eso me resultaba demasiado doloroso.

¿Cómo continuaba ahora con mi vida?

Bebía mucho. Bebía mientras trabajaba y durante toda la noche. Siempre estaba al límite de una absoluta embriaguez, en ese punto perfecto en el que tenía el control de mis facultades y era inmune al dolor.

Era el único modo en que podía existir.

Jackson me llamó a finales de semana, probablemente porque se había enterado de lo ocurrido por Isabella.

—¿Sí? —No le dediqué un saludo afectuoso. En ese momento, no tenía un motivo para vivir.

—Debería haber sabido que estarías borracho.

—Cada momento en que no estoy borracho es una pérdida de tiempo, por si no lo sabías. —Estaba sentado a la mesa de la cocina con la botella de *whisky* a mi lado. Ni siquiera me molesté en coger un vaso, aunque me gustaba tener cubitos de hielo en la bebida.

—Supongo que no debería molestarme en preguntarte si estás bien. Está bastante claro.

—Las cazas al vuelo —dije con sarcasmo.

—Entonces, ¿hizo las maletas y se marchó cuando Isabella te delató?

—No exactamente. —Me quedé mirando el líquido ámbar que tenía delante de mí, sintiendo el suave ardor a pesar de que no había dado un trago—. En realidad, Rome dio por sentado que Isabella estaba mintiendo... porque yo nunca haría algo así. Fui yo el que la corrigió.

—Joder.

—Su lealtad fue lo que más me dolió. Me la había ganado y luego la perdí.

—Sí... pero podrías haber mentido.

Yo no era de los que mentían.

—No me va lo de mentir.

—Casi parece que querías que lo supiera.

Me pasé la mano por la cara, agradecido de que la migraña que había

tenido por fin hubiera desaparecido. Todas las enfermedades se podían tratar con un vaso de *whisky* escocés de calidad.

—Sí... Yo también lo creo. —Quería que me pillara, que entendiera lo mucho que necesitaba lo que no quería darme. Creía que por fin me daría lo que yo deseaba cuando supiera que me perdería.

Pero eso no había ocurrido.

—¿Quieres volver a tener tu Ruin? —preguntó Jackson.

—Te lo di, Jackson. Es tuyo.

—Venga ya, los dos sabemos que hago un trabajo de mierda. No sirvo para esto.

Jackson siempre había holgazaneado mientras nos hacíamos mayores. Nunca había tenido paciencia para sentarse y escuchar instrucciones. Yo tampoco había sido un gran aficionado al colegio, pero su concentración era peor que la mía.

—Dale tiempo.

—No, tío. Quiero que te lo quedes tú. Echo de menos pasar todo el tiempo follando. Odio estar sentado en la oficina lejos del jaleo.

—¿Lo dices en serio? —Un sentimiento de esperanza me sacudió el corazón, porque yo sabía que lo quería. Echaba de menos estar en la oscuridad con el resto de los demonios. Yo pertenecía a aquel lugar. De hecho, mi lugar estaba en el infierno.

—Claro. Ven y firma los papeles.

—¿Estás seguro? —Dirigir el Ruin apartaría mis pensamientos de la morena que me había robado el corazón. En ese momento necesitaba cualquier cosa que me distrajese, lo que fuera.

—Sí —dijo con un suspiro—. Deja de hacer que me repita. Echo de menos cobrar por no hacer nada. Las cosas eran mucho más fáciles entonces.

Quise reírme, pero no tuve fuerzas para hacerlo.

—Está bien. Me has convencido.

—Genial. Voy atrasado con el pago de las facturas y todo lo demás... así que tienes que ponerte con eso.

Puse los ojos en blanco, aún sorprendido por la ineptitud de Jackson.

—La mayoría de esas cosas se pueden pagar por Internet.

—Pero siempre se me olvida la contraseña...

—No puedes no pagar las facturas —rebatí—. Así es como se hunden los negocios.

—Lo sé, lo sé. Por eso tienes que volver aquí.

—Eso parece. —Cogí la gran botella y me la llevé de nuevo a los labios, dando un generoso trago del que probablemente me arrepentiría más tarde.

—Bueno... ¿y ahora qué?

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a volver a donde estabas antes y ya?

La idea sonaba muy poco atractiva. Quería volver a ser un dominante, pero no quería a ninguna sumisa que no fuera Rome. Nunca volvería a sentir aquella deliciosa pasión. Nunca me correría con tanta intensidad que el corazón casi me fallara.

Nunca volvería a sentirme vivo.

Pero al menos estaría al mando.

—Con el tiempo, sí. Ahora mismo sólo necesito algo de tiempo.

—Bueno, aquí estoy si necesitas algo.

—Lo sé, Jackson. —Jackson era un capullo la mayoría del tiempo, pero no recordaba ni una ocasión en que no hubiera estado a mi lado. No importaba la tensión que existiera entre nosotros: siempre la dejábamos de lado cuando se trataba del bienestar del otro—. Luego hablamos.

—Vale. Ya sabes que, para cualquier cosa, sólo tienes que llamarme.

—Sí, ya lo sé. —Colgué y tiré el teléfono sobre la mesa. La pantalla permaneció encendida unos segundos antes de volver a ponerse negra. Todavía no había cambiado el fondo de pantalla porque era demasiado difícil. Aún tenía una foto de Rome dormida sobre mi pecho con el pelo enmarañado donde yo se lo había sujetado con el puño unos minutos antes. Tenía que quitar aquella foto, porque era demasiado doloroso mirarla. Me recordaba que nunca volvería a dormir bien el resto de mi vida. No podría sin ella.

Pero todavía no era capaz de hacerlo.

Y tenía la sensación de que nunca sería capaz.

* * *

Finalmente volví al trabajo a la semana siguiente. Sabía que no podía evitar a Rome para siempre y que tenía que superarlo de una vez. A lo mejor verla regularmente haría que me viera menos afectado por ella.

Pero lo dudaba.

Me quedé en mi despacho y me concentré todo lo posible en el trabajo. Si paraba, aunque fuera un segundo, mi mente se desviaba a la ardiente morena que estaba al otro lado del edificio. Y como no estaba borracho, me

resultaba todavía más difícil mantener firmes mis emociones.

¿Estaría ella igual de devastada?

Esa era una pregunta estúpida. Claro que lo estaba. No había tenido tiempo para prepararse para el desgarrador final de nuestra relación. Al menos yo sabía que se aproximaba el final antes de que llegara.

Porque era un capullo.

Intentaba terminar un informe, pero seguía pensando en ella, echando de menos la sensación de su cuerpo bajo las puntas de mis dedos. Había intentado conciliar el sueño la noche anterior, pero no había servido de nada. Había pasado toda la noche tumbado en la cama y, cuando había logrado dormirme, había soñado que la perdía.

Pero entonces me había dado cuenta de que no era una pesadilla.

Incapaz de detenerme, llamé a Christopher.

Probablemente estaba en el trabajo, pero trabajaba en su propio despacho, así que por lo normal cogía el teléfono. Esperaba que lo hiciera, porque realmente necesitaba hablar con él.

Cuando lo hizo, su voz carecía de emoción. No estaba claro si me odiaba o si yo le importaba una mierda.

—¿En qué puedo ayudarte?

No era tan ingenuo como para esperar una reacción diferente por su parte.

—Sabes por qué te llamo.

Christopher suspiró al teléfono antes de que oyera el sonido del tecleo de fondo. Probablemente estaría sentado ante el escritorio, acabando de redactar un correo.

—Está hecha polvo, pero eso ya lo sabías, Calloway.

—Si te sirve de consuelo, yo estoy igual de jodido.

—No te ofendas, pero en realidad no me importa cómo te sientas tú. Sea cual sea mi opinión personal sobre este tema, estoy de su parte. Le has roto el corazón y eso es lo único que necesito saber.

Me alegraba que le fuera leal. Eso era exactamente lo que tenía que ser la familia.

—¿Come bien? ¿Duerme?

—No. Y no.

Tenía la esperanza de que aquella conversación me hiciera sentir mejor, pero tenía justo el efecto contrario.

—Va a pasar un tiempo hasta que se recupere. Es una mujer fuerte, pero

nunca la he visto pasándolo tan mal. La otra vez puso buena cara, pero esta vez ni siquiera se está molestando.

Me odiaba a mí mismo a rabiar.

—¿Y cómo van las cosas con Hank? ¿Tengo que conseguir una pistola?

Me aliviaba decir que ese cabrón no me preocupaba.

—No. Tengo a hombres siguiéndolo a todas partes. Si se acerca a menos de dos kilómetros de Rome, me avisarán. Si yo no puedo llegar a tiempo, les he dado instrucciones de que intervengan.

Christopher suspiró aliviado.

—Bueno, eso es de agradecer. Ahora puedo cerrar la puerta por las noches.

Me di la vuelta en la silla y miré por la ventana, fijándome en lo oscuro que parecía el cielo ahora que Rome ya no era mía. El cielo no tenía nada de diferente y estaba más azul que nunca, pero para mí era sólo un manto gris.

—Ojalá las cosas no tuvieran que ser así. De verdad.

—Sé que la quieres —dijo con calma—. Se te nota.

—Gracias... —Para mí significaba mucho que reconociera mi sinceridad. Yo nunca había dudado de mis sentimientos por Rome, sólo de mi autocontrol.

—He intentado explicarle tus actos, pero no ha servido de nada.

—¿Qué quieres decir?

—Básicamente, que todas las personas tienen ciertas necesidades y que no es de extrañar que se marchen si no reciben lo que quieren. Le dije que yo nunca estaría con una mujer que estuviera en contra de las mamadas. Las mamadas no son el centro de mi mundo, pero ¿podría sentar cabeza con una mujer que se negara a chupármela de vez en cuando? No. Sé que no es lo mismo, pero intenté explicárselo así. No picó el anzuelo.

Me quedé mirando el anillo negro que aún llevaba en la mano derecha. No tenía el valor para quitármelo. Mi corazón seguía comprometido con aquella mujer.

—¿Y tampoco así lo ha entendido?

—No. No va a cambiar de opinión sobre todo esto. Lo siento.

Agradecía que lo hubiera intentado. Y agradecía que fuera tan comprensivo.

—Gracias por haber dicho algo.

—Odio verla así de dolida, pero creo que está siendo poco razonable. Sé que ha pasado por muchas cosas, nadie lo sabe mejor que yo. Pero es cosa del

pasado y tenemos que pasar página. Si realmente lo intentara, creo que entendería que no es algo ofensivo. Pero es una mujer testaruda... como bien sabes.

Tan testaruda como lo era yo.

—La echo de menos. —No sabía qué se había apoderado de mí para decir eso. Al notarlo, simplemente lo había admitido en voz alta. En ese momento no tenía nada más que perder. Me daba igual que Christopher pensara mal de mí por mostrar mis sentimientos. Me importaba una mierda lo que la gente pensara de mí.

—Ella también te echa de menos.

Apoyé la parte posterior de la cabeza contra la silla de piel y cerré los ojos, intentando combatir la sensación devastadora que acababa de arrasarse conmigo.

—Mantenme al día, ¿vale?

—Claro, tío. Cuídate.

Sentía que también estaba despidiéndome de él. A lo largo del último año de mi relación con Rome, Christopher se había convertido en un amigo. De hecho, parecía más que un simple amigo, parecía un miembro de la familia. Lo cierto era que ser su cuñado sonaba bien. Como aquel era un futuro imposible, me saqué el pensamiento de la cabeza.

—Tú también.

Colgué y dejé que el teléfono cayera a mi regazo, permaneciendo con los ojos cerrados como si eso pudiera protegerme de algún modo.

Pero nada me protegería.

* * *

Caminé hasta el ascensor al acabar el día y me sentí aliviado por no haber visto a Rome ni una sola vez. No se la veía por ninguna parte, así que no tuve que sufrir aguantando un viaje en ascensor incómodo hasta llegar a la planta baja.

Pero cuando llegué al ascensor, Rome apareció por la derecha, lo cual indicaba que había tomado un camino distinto para llegar al ascensor.

«Joder».

Se detuvo al verme, evidentemente tan decepcionada por encontrarse conmigo como lo estaba yo por encontrarme con ella. Tenía el rostro pálido, como si hubiera perdido la mayoría de la sangre. Aquel fuego sensual ya no

estaba en sus ojos. Cada vez que me miraba, siempre había habido un destello de deseo, pero ahora me miraba como si yo fuera la muerte.

A pesar de su aspecto débil, me excité de inmediato.

Era la primera erección que tenía en más de una semana.

Estaba claro que mi fascinación por aquella mujer no desaparecería nunca.

Las puertas del ascensor se abrieron, y yo estiré un brazo hacia el interior.

—Yo cojo el próximo. —No podría soportar estar dentro de un ascensor con ella. No podría hablar de nimiedades sobre el trabajo o el tiempo. Era demasiado pronto para comportarnos con normalidad, para actuar como un jefe típico con uno de sus empleados.

No se lo pensó dos veces y entró en el ascensor con el bolso apretado bajo el hombro.

Retiré el brazo y me metí las manos en los bolsillos, esperando a que se cerraran las puertas. Sabía que no debía mirarla, pero la tentación era demasiado fuerte. Alcé la vista y la posé en la suya, mirando aquellos ojos verdes que antes contemplaba cuando hacíamos el amor. Una sensación de nostalgia se apoderó de mí, y deseé abrazarla con desesperación.

Cuando me había dejado, no la había abrazado. Tampoco le había dado un beso de despedida. Había tenido que dejar las manos quietas y contemplar cómo se marchaba de mi vida. Ahora tenía que hacerlo de nuevo mientras esperaba a que las puertas se cerraran.

Me sostuvo la mirada, y la dolorosa ruptura se reflejó en sus ojos. En lugar de estar enfadada conmigo como debería, estaba simplemente destrozada. Cuando por fin las puertas empezaron a cerrarse, apartó la mirada, incapaz de ver la intensidad de mis ojos.

Nunca había creído que me sentiría tan agradecido de tener una barrera sólida entre nosotros.

Pero me sentía absolutamente aliviado.

* * *

—La gala benéfica es el próximo sábado. ¿Le digo al senador que asistirá?

—Mi ayudante puso los mensajes sobre mi escritorio y se quedó mirándome con expectación.

Yo tenía la mente en otro sitio, pensando en aquella hermosa criatura de

ojos verdes.

—Lo siento, Cynthia. ¿Qué has dicho?

—Que la gala benéfica es la semana que viene. Le han nominado a Filántropo del año. Es la cuarta vez que gana el premio. Es tan emocionante... —Llevaba el cabello negro y rizado recogido en una tensa coleta y unos aros dorados le colgaban de los lóbulos de las orejas. Colocó algunos paquetes sobre mi mesa y los organizó por prioridad—. ¿Les digo a los demás que es obligatorio que asistan?

Rome había ganado ese premio el año anterior por su pequeña empresa. Recordaba estar sentado a la mesa cuando ella se reunió conmigo. Hablamos durante casi una hora antes de que la llevara a casa y la besara en el umbral.

Ahora parecía que hubiera pasado una eternidad de aquello.

—Sí, di a la plantilla que se espera que asistan.

—Claro, señor Owens. —Cynthia salió y me dejó a solas con mis pensamientos.

Había pasado oficialmente un año desde que había hecho mía a Rome. En lugar de celebrar el tiempo que llevábamos juntos, llevábamos vidas separadas. La última vez que la había visto, se había metido en el ascensor sin dirigirme una sola palabra. Parecía igual de destrozada que el día que me había dejado.

Daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo y revivir aquella felicidad.

Al pensar en la gala del sábado siguiente, me di cuenta de que tenía un problema enorme entre manos.

Hank.

Estaba claro que él estaría allí. Y cuando se diera cuenta de que yo ya estaba fuera del mapa, atacaría.

No cabía duda.

Mierda.

* * *

Había puesto a hombres a seguir a Hank a todas partes para que no pudiera volver a tocar a Rome, pero no quería que él tuviera la impresión de que ella estaba desprotegida. Si intentaba algo, sólo serviría para asustarla. Se había hecho la valiente ante mí cuando estaba asustada, pero la había visto volverse más vulnerable y honesta.

Sentía pavor de él.

Y sabía que yo era lo único que la salvaba.

Eso significaría que tendría que hablar con Rome sobre el tema, lograr que accediera a ser mi cita durante la noche. Tendríamos que fingir que seguíamos juntos, hacer un poco de teatro para cualquiera que nos estuviera observando, especialmente para Hank.

Pero ¿aceptaría hacerlo?

El número sería difícil para los dos. Me costaría tocarla sin llegar más lejos. Me resultaría duro alejarme de ella cuando estuviera tan cerca de mí.

Volvería a destrozarnos una vez más.

Pero no sabía qué más hacer. No podía dejar que Hank supiera que era un objetivo fácil, pero no quería que nos acercáramos el uno al otro si ambos estábamos intentando seguir adelante. En ambos casos, salía perdiendo. Podía vivir dejando que Rome se fuera, pero no podía vivir sabiendo que algo terrible podría ocurrirle.

Así que tomé una decisión.

Me quedé mirando el teléfono durante un minuto más antes de agarrarlo por fin y llamarla. Había pasado toda la noche bebiendo, así que no estaba en mi mejor momento, pero me las arreglaría. Sostuve el teléfono junto a la oreja y escuché cómo sonaba una y otra vez, esperando a oír su preciosa voz en respuesta.

Pero continuó sonando.

Tal vez no respondería la llamada.

Al final, sonó un clic cuando descolgó. En lugar de responder con una palabra, anunció su presencia con su silencio. Su leve respiración apenas se oía, y era distante y lejana.

Las palabras murieron en mi garganta, porque sólo quería escucharla. Si cerraba los ojos, parecía que estuviera justo a mi lado. Nos imaginaba a los dos tumbados en mi cama, con nuestros cuerpos entrelazados después de una buena sesión de sexo.

—Me dijiste que no me molestarías.

Se me acumuló el ácido en el estómago, haciendo que sintiera náuseas. No estaba seguro de qué había esperado que dijera, pero no era eso. Mi optimismo interior había imaginado que diría que me echaba de menos, que todavía me quería.

Aunque no es que me mereciera aquel afecto.

—Ya lo sé. No te llamo por eso.

—Ah...

—La gala benéfica es la semana que viene. Voy a recibir un premio, así que tengo que estar allí. Sospecho que Hank también estará allí.

Se le aceleró la respiración contra el teléfono.

—Creo que deberíamos darle la impresión de que seguimos juntos. Si sospecha que hemos roto, puede que vuelva a ir a por ti. Tengo a hombres siguiéndolo, así que no te preocupes. Pero preferiría no darle ninguna esperanza de que puede llegar a ti.

Ella permanecía en silencio y su respiración seguía exactamente igual.

—¿Cariño? —Hice una mueca en cuanto pronuncié aquella palabra de afecto, sabiendo que de ahora en adelante sólo debería llamarla por su nombre.

—Sí, creo que eso sería lo mejor.

Sabía que quería rechazar mi oferta porque estar tan cerca de mí le resultaría difícil, pero su miedo por mantenerse a salvo seguía siendo primordial. Sospechaba que le costaba dormir no sólo por la ruptura, sino porque yo ya no estaba cerca para protegerla.

—Vale. Te recogeré una hora antes.

—Vale. —No dijo una palabra más.

Escuché el silencio y supe que había llegado el momento de colgar. No volvería a hablar con ella durante una semana más. Serían siete días de pura soledad.

—¿Calloway?

Echaba de menos oír cómo decía mi nombre.

—¿Sí?

—¿Estás...? Da igual. Buenas noches.

No sólo quería saber qué era lo que iba a preguntar. Necesitaba conocer todos los pensamientos que cruzaran por aquella preciosa cabecita suya.

—Pregúntame lo que quieras, Rome.

—No estoy segura de que quiera saber la respuesta.

Eso sólo podía significar una cosa.

—No he estado con nadie, Rome. No estaré con nadie en mucho tiempo. No tienes que preocuparte por eso. —Tal vez encontrara a una nueva sumisa a la que azotar, pero ciertamente no tocaría a nadie de forma sexual. La idea de follar con alguien no era ni mínimamente excitante.

—No me imagino con nadie que no seas tú...

No debería encantarme oír aquellas palabras, pero así era. Hicieron que

se me relajara el pecho.

—Yo tampoco.

Rome

Con el paso del tiempo, la vida no se volvía más fácil.

Seguía durmiendo poco por las noches, incapaz de acomodarme entre las gélidas sábanas ahora que el cuerpo de Calloway no estaba allí para mantenerlas cálidas. Sus rítmicos latidos solían calmarme como si fueran una nana. Sus fuertes brazos siempre estaban alrededor de mi cuerpo, manteniendo alejados a todos los demonios.

Incluido Hank.

No creía que Hank siguiera siendo un problema porque parecía que Calloway lo había espantado de verdad, pero Calloway tenía razón. Sin él cerca, Hank probablemente reuniría el valor para volver a perseguirme.

A pesar de lo mucho que odiaba admitirlo, tenía miedo.

Uno de mis mayores miedos era que me violaran, un miedo que debían de tener todas las mujeres. No creía que Hank fuera a matarme, pero ser usada de ese modo era igual de malo, en mi opinión. Y ahora me encontraba ante la realidad de que verdaderamente había dependido de Calloway para muchas cosas, no sólo para mi felicidad.

Pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Creo que voy a comprar una pistola.

Christopher estaba comiendo en el otro sofá y se detuvo a mitad de un bocado para mirarme.

—¿Cómo?

—Necesito una pistola, algo pequeño. A lo mejor una Glock.

Dejó el cuenco de arroz y pollo.

—No lo dices en serio, ¿no?

—Creo que sería bueno tener una.

—¿Es por Hank?

¿Por quién iba a ser si no?

—Sí.

—Sinceramente, creo que las pistolas son peligrosas. Es más probable que te hagas daño a ti misma.

—No si hago algunos cursos sobre seguridad de armas y si aprendo de verdad cómo manejar un arma mortal. —No era tan ignorante como para pensar que podría aprenderlo todo en un día. Llevar un arma de fuego exigía tomar muchas precauciones.

Se pasó una mano por el pelo y negó con la cabeza.

—Calloway me ha dicho que tiene a hombres vigilando a Hank. No creo que necesites recurrir a eso. Además, yo estoy al otro lado del pasillo.

—Calloway no me va a proteger para siempre —le recordé—. Un día, seguirá con su vida y protegerá a otra persona. —Dolía imaginárselo siendo tan atento con otra persona como lo era conmigo, pero era un hecho que tendría que aceptar—. Y, Christopher, tú también vas a tener tu propia vida. Tener una pistola hará que me sienta segura cuando no pueda depender de nadie más que de mí misma.

—Creo que deberías pensarlo un tiempo, investigar un poco. Porque la gente se mata con sus propias armas por accidente todo el tiempo. Es un hecho. No me lo estoy sacando de la manga.

—Ya lo sé. —Ignoré su creciente hostilidad. Siempre que se preocupaba por mí, normalmente se ponía protector y se enfadaba—. Sabes que no me tomo nada a la ligera.

Cogió el cuenco y empezó a comer de nuevo, con los ojos fijos en la televisión a pesar del tono rojo que le teñía la cara. Él sabía que debía contener su ira cuando estaba conmigo. En lo que a discusiones respectaba, solía ganar yo. Y Christopher sabía que yo era demasiado terca para cambiar de opinión con respecto a la mayoría de las cosas.

* * *

Hank me agarró de la garganta y me apretó la tráquea con tanta fuerza que no podía respirar.

—¡Suéltame! —Me resistí, dando patadas y lanzando los brazos hacia abajo.

Él me levantó el vestido y me separó los muslos con las rodillas.

—Te voy a follar hasta que llores, cariño.

—¡Para! —Eché los brazos hacia delante y empujé con toda la fuerza que pude.

Me incorporé de un salto en la cama y abrí los ojos, y vi mi dormitorio oscuro y vacío. La puerta estaba cerrada y el pestillo echado, y el leve sonido

del tráfico se oía en la distancia. Me agarré el pecho con fuerza mientras respiraba con agonía.

—Sólo ha sido un sueño... Sólo ha sido un sueño. —Las lágrimas eran cálidas sobre mi rostro, y cogí el teléfono de la mesilla para llamar a la primera persona que me vino a la mente.

Calloway respondió de inmediato.

—Cariño, ¿va todo bien?

No conseguía controlar mi respiración, no lograba aplacar el pánico que sentía en el pecho.

—He tenido una pesadilla... Hank... Él... —No quería decir las palabras en voz alta. Cuando lo hiciera, se volverían incluso más reales.

Calloway hacía algún ruido de fondo, como si se estuviera moviendo.

—No pasa nada. Está en su apartamento. Uno de mis hombres acaba de informarme. —Llegó a mis oídos el sonido de llaves moviéndose, y después el ruido de una puerta que se abría y se cerraba—. Estás a salvo.

Me llevé las rodillas al pecho mientras permanecía sentada en la oscuridad, aferrándome a la fuerte voz de Calloway para consolarme.

—¿Dónde estás?

—Estaba en casa. Acabo de salir.

Sabía exactamente adónde se dirigía, pero no puse reparos. Seguía disgustada, seguía atemorizada.

Pasaron diez minutos en silencio. No quería dar detalles de mi sueño porque eran irrelevantes. Sólo servirían para ponerme más histérica. No había tenido un sueño así en mucho tiempo. Ahora me daba cuenta de cuántas cosas había dado por sentadas. Cuando dormía con Calloway todas las noches, nunca pasaba una noche sin dormir. Siempre descansaba como un bebé.

—Estoy fuera.

Me quedé mirando la puerta de mi dormitorio antes de levantarme y caminar hasta la entrada del apartamento, todavía con el teléfono pegado a la oreja. Miré por la mirilla por si acaso, aunque parecía algo inútil. Los recuerdos de la pesadilla seguían vivos en mi mente y no conseguía deshacerme de la sensación de terror.

Giré la llave y abrí la puerta.

Calloway colgó y se metió el teléfono en el bolsillo de los vaqueros. En lugar de mostrar una expresión dura que yo no pudiera leer, sus rasgos eran tan fáciles de descifrar como las palabras de un libro para niños.

Pasó al interior sin esperar invitación y me rodeó el cuerpo con los brazos. En cuanto su cuerpo musculoso envolvió el mío, me sentí completamente segura. Nada podía tocarme, nada podía herirme.

Hundí la cara en su pecho y cerré los ojos, dándome cuenta de lo mucho que había echado de menos su olor. Era una cualidad sencilla, pero sin duda lo había dado por sentado. Mis manos se unieron entre sí contra su vientre, y me concentré en su forma de respirar, esforzándome al máximo por igualar la mía.

Calloway me abrazó así durante unos minutos antes de cerrar la puerta y echar la llave a sus espaldas. Me cogió de la mano y me acompañó a mi habitación, donde estaba mi colchón con las sábanas revueltas por la forma en que me había retorcido durante la pesadilla.

Se quitó la camiseta por la cabeza y dejó caer los pantalones; su poderoso cuerpo era tan fuerte como yo lo recordaba. Sus pectorales eran anchos y su firme vientre formaba una V a la altura de las caderas. Seguía siendo el hombre más sensual que había visto en toda mi vida.

Se metió en la cama y me atrajo hacia sí, abrazándome como si no hubiera pasado el tiempo. Me puso un brazo alrededor de la cintura mientras el otro descansaba en la curva de mi cuello. Yo tenía una pierna sobre su cadera, cruzándole la cintura. Debajo de los bóxers, su miembro estaba blando, porque no estaba interesado en el sexo. El mentón estaba cubierto de vello porque no se había afeitado en una semana. El típico brillo de sus ojos tampoco estaba allí.

—Mientras a mí me quede aliento, nadie podrá hacerte daño, cariño.
—Aunque su rostro estaba a centímetros del mío, no se inclinó para besarme.

Y yo quería que me besara.

—Ya lo sé.

Se inclinó y apretó los labios contra mi frente, dándome el tipo de cariño que yo quería evitar. Era relajante y cálido, lleno de amor y afecto. Me provocó escalofríos y me dejó con ganas de más.

—Buenas noches.

Me acerqué más a su cuerpo, reprimiendo las lágrimas. Nunca había estado tan feliz y tan triste exactamente en el mismo momento. Me sentía agradecida de que estuviera allí para ahuyentar a mis demonios, pero también desdichada porque al día siguiente se marcharía.

Y volveríamos a la normalidad.

* * *

Mi alarma nos despertó a los dos a la mañana siguiente.

Me incliné sobre su pecho y di un manotazo al botón, silenciando el tintineo antes de que pudiera molestarme más. Tenía los ojos pesados por el sueño, pero me sentía realmente descansada por primera vez en semanas.

Gracias a Calloway.

Abrió los ojos, y su cara tenía la misma expresión somnolienta que la mía, con la diferencia de que él tenía un aspecto sensual por naturaleza, con el pelo desaliñado por la forma en que yo había pasado los dedos por él. Tenía la barba aún más espesa, pero le quedaba de maravilla.

—Buenos días. —Estaba radiante de felicidad por poder ver su cara a primera hora de la mañana. Lo había podido hacer hasta que me había roto el corazón. A pesar del daño que me había hecho, seguía pareciéndome el hombre más increíble que hubiera conocido nunca.

No quería que se marchara.

Su alegría momentánea desapareció cuando se dio cuenta de que estábamos exactamente en la misma situación que la noche anterior. Seguíamos separados, para siempre. Se sentó en el borde de la cama y se puso la camiseta por la cabeza, ocultando los prominentes músculos de la espalda. Después se levantó y se puso los pantalones, y el teléfono sonó al chocar con la rodilla mientras se los subía por las largas piernas.

Odiaba ver cómo se vestía. Odiaba ver cómo se preparaba para marcharse.

Me aparté de las sábanas, que ahora estaban impregnadas de su olor, y me puse de pie junto a él con mis pantalones de deporte y una camiseta vieja. No me molesté en cambiarme porque ya me había visto así. De todas formas, mi aspecto no era mucho peor de lo normal.

Calloway salió y yo lo seguí hasta la puerta.

Christopher ya estaba despierto, comiéndose un cuenco de cereales sobre el fregadero con los pantalones de vestir y la camisa puestos. Estaba tragando cuando vio a Calloway volver la esquina. Dejó de comer y abrió los ojos de par en par.

Calloway le dirigió una breve inclinación de cabeza antes de salir por la puerta principal.

Yo lo seguí, a pesar de que no tenía mucho sentido. No es que fuéramos a darnos un beso increíble antes de ir a trabajar. Estábamos exactamente en el

mismo punto que antes: éramos antiguos amantes.

—Gracias por haber venido... —Cerré la puerta detrás de mí para que Christopher no pudiera oírnos.

—Siempre estaré ahí para ti. —Me sostuvo la mirada con los brazos apoyados en mis costados y la mandíbula tensa, como si estuviera intentando contenerse para no besarme. Se metió las manos en los bolsillos y retrocedió—. Hasta luego.

No tenía fuerzas para decir adiós. No quería decir adiós nunca.

—Hasta luego... —Vi cómo recorría todo el pasillo hasta que llegó al ascensor. En lugar de esperar a que subiera hasta mi piso, giró y bajó por las escaleras.

Yo volví a entrar, todavía más desconsolada de lo que lo estaba cuando habíamos roto.

Christopher se apoyó contra la encimera con los brazos sobre el pecho. El cuenco de cereales estaba a medias sobre la encimera. Él nunca malgastaba la comida, pero era obvio que en esta ocasión había hecho una excepción.

—Eh... ¿Qué pasa?

Tenía derecho a preguntar porque era su apartamento. Yo no iba a armar un escándalo por eso.

—Anoche tuve una pesadilla. Calloway vino para que me sintiera mejor.

—Ah... ¿Habéis vuelto?

Tragué con fuerza y fui incapaz de mirarlo a los ojos.

—No.

—Ah... —Christopher se frotó la barbilla y se quedó mirando al suelo—. Tenía la esperanza de que lo hubierais arreglado.

Nunca podríamos arreglarlo.

—Por desgracia, no.

Volvió a acariciarse el mentón, sin nada que decir.

—Tengo que ir al trabajo, pero puedo llegar un poco tarde si quieres hablar de ello. —Miró el Rolex que llevaba en la muñeca.

—No, no hace falta. —Pasé a su lado y me dirigí a mi habitación—. Estaré bien, Christopher. No te preocupes por mí.

—Hace unos días me dijiste que ibas a comprar una pistola. —Giró el cuerpo hacia la encimera y cogió la taza de café de la superficie—. Así que no, no voy a dejar de preocuparme por ti.

Calloway

Ahora que había pasado la noche con ella, la había abrazado y la había consolado, estaba tremendamente excitado. Echaba de menos estar dentro de ella, haciéndole el amor justo antes de que los dos nos fuéramos a dormir. Incluso lo vainilla era increíble.

La había echado tanto de menos que casi no me había preocupado por mis necesidades.

Pero entonces había recordado que nada había cambiado. Siempre desearía a Rome, pero siempre necesitaría mi dosis más oscura. Ir a su casa la otra noche no había sido una idea inteligente. Sólo me había hecho revivir la ruptura. Pero cuando me había llamado y había dicho que me necesitaba, no había dudado.

Había acudido a su lado en un abrir y cerrar de ojos.

Pero mi deseo por ella estaba nublandome el juicio. No podía pensar con claridad porque llevaba tres semanas sin sexo. Puede que para algunas personas no fuera mucho, pero para mí era una eternidad.

La necesitaba.

Llevaba toda la noche bebiendo cuando abrí el cajón superior y vi el tanga negro que se había dejado. Estaba justo encima de mis calcetines, un erótico trozo de tela que había estado empapado de su excitación más veces de las que podía recordar.

Lo saqué del cajón y me lo llevé a la cara, respirando hondo para oler su aroma. No pude distinguir nada, porque estaba limpio y había acabado en mi cajón con mi propia ropa. Por desgracia, olía más a mí que a ella.

Pero eso no evitó que se me pusiera dura como una piedra.

Llevé el tanga a la cama y me desvestí. Me tumbé en el colchón, me eché un chorro de lubricante en la mano y empecé a disfrutar yo solo. Enrosqué el tanga sobre mi erección y lo usé para masturbarme, sintiendo cómo la tela se frotaba contra mi piel con cada sacudida de mi mano.

No era tan bueno como su entrepierna, pero era suficiente.

Me la imaginé doblada sobre mi cama con las manos atadas a la espalda

con mi corbata. Tenía los tobillos unidos con cadenas para que no pudiera escapar de mí. Le puse una mano en la marcada curva de su espalda y empujé hacia abajo, apretándola contra el colchón. Mis caderas se movían con furia para follarla con más energía, introduciéndose en aquel sexo cálido que me pertenecía.

—Joder.

Me corrí en tiempo récord, disparando hacia el cielo y después salpicándome el pecho. Su ropa interior aún me frotaba la erección y la mano, empapada en una mezcla de lubricante y semen. Había sido un orgasmo intenso, a pesar de que ella no estaba realmente conmigo. Pero su tanga era suficiente.

Ahora me sentía un poco mejor.

* * *

No la vi durante el resto de la semana.

Los días llegaban y pasaban, y ella no volvió a ponerse en contacto conmigo. Con suerte, sus pesadillas habían cesado por completo. Christopher estaba al otro lado del pasillo y yo sabía dónde estaba Hank cada segundo del día, así que no tenía motivos para estar asustada.

A lo mejor no había tenido una pesadilla. Quizás había sido sólo una excusa para verme.

Ojalá aquello fuera real. Si lo fuese, no habría pasado toda la noche durmiendo con ella. Habría hecho mucho más que eso.

La gala era la noche siguiente, pero no había hablado con Rome de ello. Nos evitábamos mutuamente como si no hubiéramos pasado una noche llena de cariño juntos. Por suerte, no teníamos ninguna conferencia telefónica ni reuniones, así que no había razón para que interactuásemos. La única señal de su presencia era un breve correo que me había mandado unos días antes, que había sido tan profesional que me había molestado.

Al acabar la jornada, quise ir hasta su despacho para hablar con ella de nuestros planes para la noche siguiente, pero estar cara a cara parecía demasiado íntimo. La última vez que habíamos estado cerca el uno del otro, casi la había empujado contra la pared y le había aplastado la boca con la mía.

Cuando me dirigía hacia el ascensor, le envié un mensaje.

«Te recojo a las 7».

Los tres puntos aparecieron en la pantalla.

«Vale».

«¿Necesitas ayuda para escoger un vestido?».

«Me las apañaré».

«No me importa comprarte algo». Recibía un buen sueldo, pero no era suficiente para algo lujoso. No me importaba regalarle lo que quisiera, hasta el Diamante Hope.

«Calloway, no hace falta. Mañana te veo».

Entré en el ascensor y vi cómo se cerraban las puertas. Cuando los puntos desaparecieron y el teléfono se quedó en silencio, de repente me sentí solo. Cuando entrara por la puerta, me adentraría en una casa vacía. Ella no prepararía la cena mientras yo me duchaba en la planta de arriba. No compartiríamos una botella de vino con la comida. No nos relajábamos en el sofá ni leeríamos mientras contemplábamos el fuego.

La idea era tan deprimente que decidí no ir allí.

En lugar de eso, decidí ir al Ruin.

* * *

Los tonos graves de la música hacían un ruido sordo contra mis oídos. Para un principiante, el golpeteo resultaría incómodo contra los tímpanos, pero a mí me gustaba el volumen alto. Era mucho mejor que el silencio de mi casa vacía.

Me abrí paso entre la multitud y vi a las parejas bailando bajo las luces estroboscópicas. Los rayos azules y verdes se movían por la pista de baile y por las paredes. Los hombres llevaban máscaras oscuras, mientras que las mujeres se adornaban con cadenas. Algunas mujeres no llevaban parte de arriba, dejando al descubierto sus pezones perforados.

Me introduje más en el club y me acerqué a la barra. El camarero advirtió mi presencia de inmediato e ignoró a los clientes que estaban allí antes que yo. Me puso un *whisky* y después atendió a los demás, tratándome como si fuera de la realeza.

Una mano ligera se apoyó en mi brazo, con las uñas pintadas de un rojo intenso.

—Hola, Calloway.

Miré la cara de una hermosa mujer a la que nunca antes había visto. A juzgar por el corsé ceñido de color negro y los pantalones oscuros, estaba

buscando un dominante que la sometiera aquella noche.

—Llámame Cal. Encantado de conocerte. —Le di unas palmaditas con la mano en la suya antes de apartarme, porque no quería que me tocaran.

Ella no volvió a moverse.

—Me encantaría llamarte amo esta noche, si me aceptas.

Agité el vaso antes de dar un trago. Tragué el líquido ámbar con fuerza y sentí cómo me quemaba toda la garganta. Me desconcertaba que hubiera mujeres atractivas que querían que las dominara, que me suplicaban que lo hiciera, pero que Rome ni siquiera me diera una oportunidad. Yo podría cambiar su vida, pero no me daba la confianza que me merecía.

No importaba lo resentido que estuviera con ella: todavía no estaba preparado para follar con otra persona. Pensaría en ella todo el tiempo, y la conexión con aquella mujer sería forzada e insatisfactoria.

—A lo mejor en otra ocasión.

Frunció los labios; su carmín era tan rojo como sus uñas.

—Mi novia se sentirá decepcionada.

Me giré hacia ella con una ceja levantada.

Echó una mirada por encima del hombro a otra mujer guapa, una morena con unos pechos enormes que parecían naturales. Alzó la mano y me dedicó un seductor saludo con las puntas de los dedos.

La mujer que estaba a mi lado continuó.

—Esa es Amanda. Yo soy Cordón.

—¿Cordón? —pregunté.

—Sí —dijo—. O como quieras llamarme. ¿Te apetece que nos juntemos los tres?

Tenía que admitir que estaba intrigado. Podría ordenar a la una que fustigara a la otra. Podría controlarlas a ambas, lograr que hicieran cosas sólo con mi autoridad. Podría hacer que Cordón azotara a Amanda hasta que gritara. Y después podría decirle que le comiera la entrepierna. Sonaba perfecto porque yo no me mancharía las manos.

—Vamos.

* * *

Estaba sentado en los asientos traseros del coche frente al apartamento de Christopher. Todavía no había salido del coche ni había subido, porque había decidido perder el tiempo retrasándolo. No era típico de mí sentirme

nervioso, pero me sentía intranquilo por ver a Rome.

Porque la echaba de menos una puta barbaridad.

Le sujetaría la cintura y fingiría ser su cita durante la noche, pero volvería a aquel mismo lugar para dejarla en casa. Sólo estaba torturándome a mí mismo y torturándola a ella. Había sido un dominante durante la noche anterior, y había mandado a dos mujeres obedecer cualquier orden que emitía. Se habían tocado, besado y azotado mutuamente, pero yo seguía deseando a Rome.

Ojalá Hank no la hubiera dejado tan hecha polvo.

Cuando ya había perdido bastante tiempo, finalmente fui a su apartamento y llamé a la puerta.

Christopher abrió la puerta en vaqueros y con una camiseta roja. Era evidente que aquella noche no tenía intención de salir.

—Hola. —Se hizo a un lado para que yo pudiera entrar—. ¡Rome, ya está aquí! —gritó hacia el pasillo.

—Ya voy. —Rome apareció un instante después, con un vestido que dejaba la espalda descubierta y unos tacones de trece centímetros. Dos correas finas se cruzaban sobre la parte superior de su espalda, pero el resto quedaba desnudo hasta la parte alta del trasero. Era corto y le quedaba unos centímetros por encima de las rodillas. Y era ceñido, destacando cada una de sus curvas bajo el fino tejido.

Estaba. Totalmente. Empalmado.

Joder, quería correrme en los pantalones en ese mismo momento.

¿Qué cojones estaba haciéndome?

¿Lo estaba haciendo a propósito?

Sujetaba una cartera discreta y de color rosa champán bajo el brazo. Tenía el pelo hacia atrás en un delicado recogido y algunos mechones caían sueltos, enmarcándole el rostro. Me encantaba su pelo largo y pasar los dedos por él, pero también me encantaba cuando se lo apartaba de la cara de ese modo. Era demasiado guapa para ocultar sus rasgos.

No iba a aguantar toda la noche sin besarla.

Ni de coña.

La miré de arriba abajo y sentí que se me secaba la boca. Ni siquiera me importó que Christopher estuviera allí de pie mientras yo me tiraba a su hermana con la mirada. Por lo que a mí respectaba, era mía. Aquella mujer siempre sería mía.

Intenté pensar en algo que decir que fuera adecuado para la ocasión. La

presencia de Christopher no tuvo ningún efecto en mis palabras, sólo influyó el estado de nuestra relación.

—Estás muy guapa. —Era un cumplido muy insulso. De hecho, ni siquiera era sincero. Sin duda alguna creía que estaba más que simplemente guapa.

Era absolutamente perfecta.

—Gracias. Tú también estás guapo... pero tú siempre estás guapo.

Aquello era terreno peligroso, elogiarnos así mutuamente. Pero no tenía fuerzas para restar importancia a mis sentimientos, y era evidente que ella tampoco.

—¿Preparada?

Asintió.

—Luego nos vemos, Christopher.

—Buenas noches. —Christopher entró en el salón, dándonos por fin algo de intimidad.

Rome y yo nos marchamos y entramos en la parte trasera del coche. Me coloqué la entrepierna rápidamente, sin importarme si ella se daba cuenta. Notaba la erección dolorosamente incómoda contra la cremallera de los pantalones. Quería liberarse e introducirse en aquel cálido sexo que yo echaba tanto de menos.

No hablamos durante el trayecto, pero la tensión entre nosotros era palpable. Ya me la había tirado antes en el asiento trasero con sus piernas a horcajadas sobre mis caderas, y me habría encantado hacer lo mismo en ese instante. Quería introducir mi sexo tan dentro de ella que gritara con la fuerza suficiente para que Tom la oyera. Quería tocar la piel suave de su espalda con mis dedos ásperos, sentir su piel desnuda y agarrar su pequeña figura.

Mantuve la vista fija en la ventana e intenté contener mi excitación, pero estaba fracasando estrepitosamente.

—¿Qué tal te ha ido el día? —Ella fue la primera en romper el silencio, siendo correcta con una pregunta insignificante.

Me había levantado a las dos de la tarde porque no me había ido a la cama hasta las nueve. Había pasado la noche con Amanda y Cordón, viendo cómo se les enrojecía el trasero de tanto azotarse la una a la otra.

—Bien. ¿Y a ti?

—Bien. Christopher y yo hemos desayunado juntos esta mañana.

Probablemente yo seguía en el Ruin a aquella hora.

—Deja que adivine: habéis compartido un gofre y un huevo. —Levanté

la comisura de la boca para que supiera que estaba bromeando.

—Algo así —dijo con una leve risita.

Pasamos otros diez minutos en silencio. Casi habíamos llegado al hotel, pero el tráfico era denso los fines de semana.

Rome volvió a hablar cuando el coche se detuvo junto a la acera.

—¿Sabes que va a estar aquí?

—Estoy seguro de que sí. ¿No vino el año pasado?

—Lo cierto es que no.

—Bueno, es mejor prevenir que curar. —Tom me abrió la puerta y salí primero. Extendí la mano hacia Rome y casi temblé cuando la agarró. La electricidad que sentía cada vez que nos tocábamos era más fuerte que nunca.

Pero eso sólo hacía las cosas más difíciles.

La cogí de la mano y la acompañé al interior, completamente consciente de que me acompañaba la mujer más guapa del mundo. No podía enfadarme con los hombres que la miraban. Si yo estuviera en su lugar, estaría haciendo exactamente lo mismo.

Llevé la mano a su cintura y toqué la piel desnuda, que estaba cálida. Me imaginé con el pecho apretado contra su espalda, caliente y cubierto de sudor. Daría cualquier cosa por tomarla desde atrás en ese instante, por sentir aquella pasión que nunca obtenía de nadie más.

Entramos en el salón de baile, mezclándonos con un enjambre de personas. Tanto hombres como mujeres me saludaron de inmediato, felicitándome por el premio que aún tenía que recibir. Mantuve una breve charla con ellos y fui tan educado como siempre, pero en realidad no me importaba ni una sola de las conversaciones.

Lo único que me importaba era la mujer que estaba junto a mí.

Me alejé con ella y volví a poner la mano en su cintura, el lugar donde más me gustaba tocarla. Podía acercarla más a mí, dejar que sintiera mi calidez porque debía de tener frío al estar prácticamente desnuda.

—¿Champán?

—Claro.

Cogí dos copas de la barra y le tendí una.

Como si estuviera nerviosa, se la llevó a los labios y se la bebió casi entera de un solo trago.

Me pregunté si estaría nerviosa por mí o por otra persona.

—¿Quieres otra?

—No, estoy bien. —Puso la copa vacía en la bandeja de un camarero

que pasó junto a ella.

Yo examiné la multitud y no vi a Hank cerca.

—No lo he visto. Y aunque esté aquí, no hay razón para tener miedo.

—No estoy preocupada por él, Calloway.

—Entonces, ¿por qué estás preocupada? —La atraje más hacia mí, aún sosteniendo el champán con la otra mano.

Ella me miró el pecho fijamente, porque la cabeza le quedaba muy por debajo de la mía, hasta con tacones.

—Es sólo que me resulta difícil estar cerca de ti... porque te echo de menos.

Mis dedos se aflojaron sobre la copa que sostenía. La sala se volvió silenciosa y las conversaciones se desvanecieron. Tenía la mirada apartada, al igual que una sumisa. Sabía que ese no era el significado de aquel gesto, pero era lo único en lo que podía pensar.

Le puse los dedos en la barbilla y le incliné la cabeza hacia arriba, examinando el precioso rostro que veía todas las noches en sueños. No me importaba traspasar los límites. No me importaba saltarme las normas. La besé porque necesitaba besarla. La besé porque era la mujer a la que quería.

Ella me devolvió el beso, y los labios le temblaron de necesidad. Me subió las manos por el pecho igual que hacía cuando estábamos juntos y a solas, ávida de mi físico. Sus labios eran suaves contra los míos, cálidos y con sabor a champán.

Inhalé profundamente en cuanto nos tocamos, y el corazón me latía a tanta velocidad que lo sentía golpeándome la caja torácica. Sentía las yemas de los dedos adormecidas porque toda la sangre estaba desplazándose hacia otra zona. Pese a que la sala estaba llena de personas, no me importaba nadie que no fuéramos nosotros dos.

Ella fue la primera en interrumpir el beso, aún con los labios separados como si deseara más.

—Lo siento...

Estreché más el brazo alrededor de su cintura.

—No lo sientas. Te echo de menos más de lo que puedes llegar a imaginar.

Me sostuvo la mirada con afecto, y sus ojos reflejaron nostalgia y un profundo amor. Se aclaró la garganta y de repente se alejó, como si la conexión que compartíamos fuera demasiado para soportarla.

—Necesito ir al aseo... —Se escapó de las puntas de mis dedos y me

dejó allí de pie. Cruzó la habitación, moviéndose con una gracia perfecta. Tenía los hombros hacia atrás y la cabeza alta, pero sus ojos eran pura tristeza. Lo percibía a un kilómetro de distancia.

Mis ojos se dirigieron a un punto diferente del salón y aterrizaron en el hombre al que despreciaba. Hank estaba en un círculo de hombres, figuras públicas y personas que pertenecían a las élites sociales. Estaban conversando, pero él no escuchaba. Toda su atención se centraba en la mujer a la que yo adoraba.

Quise partirle el cuello.

Dejé la copa y avancé para cruzar la sala. Estaba tan concentrado en Rome que no vio cómo me aproximaba desde la izquierda. Estaba de pie junto a uno de los senadores de Nueva York, pero eso no evitó que ambas manos se me cerrasen en puños. No tenía ni idea de qué haría cuando llegase allí, pero sin duda quería que Hank supiera que vigilaba cada uno de sus movimientos.

Le di alcance y me quedé mirando su perfil, su mandíbula perfectamente rasurada y sus hombros anchos. Era un hombre atractivo, así que el único motivo por el que acosaba a Rome como lo hacía era porque era un psicópata. Podría echar un polvo cuando le diera la gana, especialmente siendo el fiscal del distrito de Nueva York.

Pero, en lugar de eso, había decidido torturar a mujeres.

¿Cómo podía Rome compararme con él? ¿Cómo pudo pensar en algún momento que yo la trataría como la había tratado Hank? Era ridículo.

—Mírame, capullo. —Hablé en un tono moderado para que sólo Hank pudiera oír lo que decía. El resto de los hombres estaban hablando de las nuevas elecciones, así que no parecieron fijarse en nosotros.

Hank se puso rígido en su sitio y bajó la mirada, perdiendo de vista a Rome. Se le aceleró la respiración ligeramente mientras la adrenalina hacía su efecto. Sabía que era yo quien estaba a su lado, a pesar de que no me miraba.

—¿Qué te acabo de decir? —El único motivo por el que no lo había asesinado era porque no podría salir impune. Era demasiado conocido y, después de investigar a algunos testigos, la gente se daría cuenta de que tenía un grave problema con él. Hank era un abogado poderoso y, si lo mutilaba en un callejón oscuro, podría meterme entre rejas durante seis meses. Y, entonces, ¿quién protegería a Rome?

Así que tendría que hacer que se acojonara sólo con mis palabras. No sabía de lo que era capaz, y eso me daba ventaja.

Hank se aclaró la garganta y por fin se volvió hacia mí, sosteniendo en la mano derecha la copa de champán. A pesar de lo mucho que intentaba ocultarlo, el miedo seguía laténdole en los ojos.

Me resultaba difícil estar tan cerca de él sin retorcerle el cuello.

—No mires a mi mujer. —Di un paso más hacia él, y mi rostro quedó casi tocando el suyo. No me importaba que alguien presenciara nuestra interacción hostil. Necesitaba mantener a ese capullo a raya todo lo que pudiera. Con suerte, sentaría cabeza con una mujer y niños y se olvidaría de ella.

Apretó la mandíbula.

—¿Me has oído? —Me moví hacia delante, haciendo que él retrocediera como un cobarde.

Hank titubeó levemente y derramó algo de champán en la pechera de su esmoquin.

Hablé más alto.

—Que si me has oído, capullo.

Hank volvió a encogerse, como la nenaza que era.

—Vale.

—Vale, ¿qué? —dije con un gruñido—. Tú la acosaste a ella y ahora voy a acosarte yo a ti el resto de mi vida. Te has ganado un enemigo muy poderoso, Hank. Asegúrate de ir mirando por encima del hombro, porque siempre te estaré vigilando.

No podía retroceder más porque ya estaba apretado contra el senador Swanson. Abrió la boca para hablar, pero no salió nada. Inmediatamente, sus ojos se precipitaron al suelo, incapaz de respaldar sus palabras con sus actos.

El senador Swanson se dio cuenta del escándalo.

—Caballeros, ¿va todo bien?

Fulminé a Hank con la mirada y lo obligué a responder.

—Sí, todo va bien. —Se aclaró la garganta—. Sólo estábamos hablando de los Mets... y la conversación se ha vuelto un poco acalorada.

—Yo soy aficionado de los Yankees —mentí.

El senador Swanson me estrechó la mano cuando me reconoció.

—Señor Owens, es un placer verlo esta noche. Enhorabuena.

—Gracias señor. —Le di un firme apretón—. Es un honor.

—Sin duda alguna. —Bajó la mano y miró a Hank—. ¿Son amigos?

—Sí —dije yo—. Nos conocemos desde hace años, pero solía meterse conmigo en el colegio.

—¿Fueron juntos al colegio? —preguntó Swanson con una carcajada—. Así que son viejos amigos.

—Así es —coincidió.

—Pues parece que sus días de abusón han llegado a su fin. —Swanson le dio una palmadita en el hombro a Hank—. El señor Owens no es el tipo de hombre al que se puede intimidar. —Volvió a reunirse con los hombres con los que estaba hablando, dejándonos a los dos juntos y a solas.

Yo miré fijamente a Hank con una expresión que aterrorizaría a cualquiera.

—Vuelve a mirar a Rome y te mato. ¿Me entiendes?

Hank asintió brevemente.

—No te he oído, perra.

Sus ojos rezumaban irritación por el insulto; aquella palabra lo había ofendido más que cuando lo había llamado capullo.

—Sí... te entiendo.

—Bien. —Le di una palmada en la mejilla, insultándolo de la forma más básica posible—. Disfruta de la noche. —Me alejé y me dirigí a la entrada, hacia los aseos. Rome ya estaba allí de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos clavados en mí. Debía de haberlo presenciado todo, porque tenía la cara pálida como el papel.

Cuando llegué hasta ella, le rodeé la cintura con los brazos y la besé al instante, sin importarme que estuviera pasándome de la raya. Lo admitía, con todo lo que significaba. Ella me necesitaba. Necesitaba mi boca sobre la suya y mis fuertes manos sobre su cuerpo.

Sus labios se movieron con los míos, atesorando el consuelo que le brindaba. Eran gruesos y sensuales, y me encantaba la sensación de tenerlos contra mi boca. Había querido besarla para que se sintiera segura, pero ahora la besaba porque no podía detenerme. Lo único que quería hacer ella llevarla a casa y hacerle el amor, introducirme en su interior para que los dos nos sintiéramos felices, aunque no fuera por mucho tiempo.

Se apartó y apoyó la frente contra mi mentón. Tenía los brazos apoyados en la parte interior de mis codos y se le habían soltado algunos mechones de pelo. El maquillaje oscuro que llevaba en los ojos destacaba el precioso color verde de sus iris. Sus pestañas eran largas y gruesas, y hacían que pareciera una muñeca de colección. En mi opinión, estaba perfecta a primera hora de la mañana, con la cara relajada después de una buena noche de descanso. Pero en ese momento, me parecía que estaba más guapa de lo que jamás la había

visto.

Apenas la oía hablar porque el rumor del salón de baile era muy fuerte.

—¿Qué ha pasado?

—Lo he amenazado, sólo para que se mantenga alerta. —No le dije que la había estado observando. Probablemente eso haría que se sintiera incómoda, violada por su mirada.

—¿Y qué ha dicho?

—Se ha cagado como un gallina. Me tiene pánico. No tienes que preocuparte por él.

—Entonces, ¿por qué has ido a enfrentarte a él?

No me gustaba mentir, pero me parecía que le haría más daño saber la verdad.

—Quiero que sepa que siempre seré su enemigo. Hasta si piensa en intentar algo, yo lo sabré. Infundirle miedo hará que esté demasiado asustado para hacer nada, hasta en los breves momentos en que se sienta a salvo. Es una guerra psicológica. —Y yo era el maestro de las guerras psicológicas.

Ella asintió, todavía con la mirada baja.

—Rome. —Le puse las puntas de los dedos bajo la barbilla y la obligué a mirarme a los ojos.

—¿Hmm?

—¿Dónde está la mujer fuerte a la que conocí cuando me abofeteó en aquel bar? La echo de menos. —Me encantaban su fuego y su fuerza. Inspiraba respeto en cuanto entraba en una sala, pero ahora estaba tensa y asustada. Me encantaba protegerla. Me encantaba que confiara en mí. Pero echaba de menos a la mujer que era antes—. Cada vez que él intentaba algo, tú te escapabas. Te defendías porque eres fuerte. No bajas la cabeza atemorizada. Levántala bien y muéstrale que no estás asustada. Esa es la mujer a la que conozco.

Se le iluminó la mirada y se le suavizó al mismo tiempo. Asintió con la cabeza, mostrando conformidad.

—Tienes razón.

—Y tanto que tengo razón. —Le besé la comisura de los labios y sentí una alegría increíble sólo por aquella pequeña muestra de afecto. Me ponía a cien con el contacto más inocente—. Ahora vamos a cenar.

* * *

Nos subimos al asiento trasero del coche y Tom se alejó del arcén. Yo estaba sentado en un lado y Rome en el otro. Estábamos muy alejados, tal y como habíamos estado al principio de la noche. Pero la distancia entre nosotros no afectaba a la cercanía de nuestras mentes.

Tom puso rumbo al apartamento que ella compartía con Christopher, con la ventanilla entre nosotros. Nos daba intimidad, aunque en realidad no la necesitábamos.

Yo miraba por la ventana e intentaba mantener mi desesperación bajo control. Quería decirle a Tom que pusiera rumbo a mi casa para poder revolcarme entre las sábanas con ella. Ni siquiera quería follar con ella. Quería besarla por todas partes, tomarme mi tiempo y hacer el amor toda la noche. No había látigos ni cadenas en mi mente.

Sólo Rome.

Pero no podía hacer eso. Me daría una satisfacción inmediata, pero cuando ella se marchara a la mañana siguiente, volvería el dolor una vez más.

Aquel puto dolor.

La mano de Rome serpenteó por el asiento de cuero y sujetó la mía. Sus dedos suaves se entrelazaron con los míos y me pasó el pulgar por los duros nudillos.

Observé nuestras manos unidas y perdí el curso de mis pensamientos.

—Calloway.

Miré sus preciosos ojos y supe exactamente qué iba a decir a continuación.

—Vámonos a tu casa.

Acababa de decirme a mí mismo que no era buena idea, pero ahora no tenía las fuerzas para decirle que no. Se me volvería a romper el corazón otra vez, pero me preocuparía de eso más tarde. Por ahora, sólo quería disfrutar de ella una última vez, decirle que la quería mientras le hacía el amor.

Pulsé el botón del techo.

—Tom, cambio de planes. Vamos a mi casa.

—Sí, señor.

Me desabroché el cinturón de seguridad y me desplacé precipitadamente por el asiento hasta que estuvimos pegados contra la otra puerta. Le rodeé el hombro con un brazo y la atraje hacia mí, oliendo su perfume y reconociéndolo de mis sábanas. Sólo quedaba en ellas un leve atisbo de su olor, pero ya no duraría mucho más. Ahora ella lo refrescaría y lo extendería.

Le subí una mano por el muslo y la metí bajo el vestido, sintiendo la piel

suave de sus piernas perfectas. Me moría de ganas de sentirlas alrededor de mi cintura, de que sus tobillos estuvieran entrelazados mientras yo embestía aquel cálido sexo que adoraba.

Me dio un beso sensual en el cuello y después en la oreja, su respiración profunda y excitada.

Ahora no estaba seguro de poder aguantar hasta que llegáramos a casa.

—¿Calloway?

—Dime, cariño. —Le di un beso en el nacimiento del pelo, adorando la sensación de tener su cabello contra mis labios.

—¿Has seguido... viendo a Isabella?

Isabella era lo último de lo que quería hablar en ese momento. Ni se me pasaba por la cabeza.

—No.

No pudo ocultar el alivio que se extendió por su rostro.

—¿Has estado con alguien más? ¿Has... dominado a alguien más? —La voz le tembló ligeramente, como si no quisiera oír la respuesta.

Justo la noche anterior me había estado divirtiendo con dos mujeres. Me resultaría fácil mentir, estando tan cerca de echar un polvo, pero no podía mentir a Rome sobre algo que podría cambiar sus sentimientos.

—Sí.

—Ah... —El cuerpo se le enfrió de repente.

—No las toqué.

—¿Eran varias? —La voz se le agudizó, alarmada.

—Conocí a dos mujeres en el Ruin ayer por la noche. Querían que fuera su dominante, así que les pedí que se hicieran cosas la una a la otra, pero no las toqué. —Cuando le había dicho a una mujer que azotara a la otra, lo había hecho. Cuando le había pedido a la una que fustigara a la otra, no había dudado. Aquello había satisfecho mis necesidades a la perfección. Rome y yo no estábamos juntos, así que era libre de hacer lo que quisiera, pero aun así me sentía fatal por hacerle daño.

—Ah...

—No las toqué —le recordé por tercera vez—. No he estado con ninguna mujer que no seas tú. —Mi necesidad de dominar no era necesariamente sexual todo el tiempo. Lo que había hecho con Isabella tenía como objetivo únicamente controlar mi ira y mi necesidad de dominación. Nunca se me había pasado por la cabeza la idea de follar, pero no esperaba que Rome entendiera aquello.

Apartó la mano de la mía, deshaciéndose de mi afecto. Tragó con dificultad, haciendo un sonido tan fuerte que pude oírlo. A cada segundo que pasaba, se iba alejando de mí. Cerró su corazón, su cuerpo y todo lo demás.

Sabía que aquella noche no iba a tener sexo.

Apretó el botón del techo.

—Tom, llévame a casa. —Miró por la ventana para no tener que mirarme a mí.

—Sí, señora —dijo Tom por el interfono.

Yo miré el perfil de su cara, enfadado e indiferente al mismo tiempo.

—Rome, no quiero hacer estas cosas con otras mujeres. Sólo quiero hacerlas contigo.

Mantuvo la mirada clavada en el cristal, como si yo ni siquiera estuviera allí.

—Mientras yo estoy durmiendo sola en mi cama, con el corazón roto, tú estás por ahí pasándotelo bien.

—Estoy fuera pasándolo fatal porque desearía estar contigo.

Apretó los labios con firmeza y sacudió la cabeza.

—¿De verdad no puedes ni plantearte hacer esto por mí? —pregunté con incredulidad—. ¿Eres tan cerrada de mente que estás dispuesta a perderme y acabar con otra persona?

Se volvió hacia mí con fuego en los ojos.

—¿Perdona? Calloway, no tienes ni idea de las cosas por las que he pasado.

—Exactamente —rugí—. Porque sé que te has cambiado el nombre y que estás huyendo de algo, pero nunca has tenido los cojones para contármelo.

Sus facciones dejaron ver su conmoción.

—Al menos yo he tenido el valor de ser sincero contigo. Sí, me gustan algunas mierdas pervertidas, pero soy así. Tú no dejas de compararme con los maltratadores de tu pasado cuando no me parezco en nada a ellos. No confías en mí.

—Que te jodan, Calloway. —Se giró de nuevo hacia la ventana—. ¿Le pediste a uno de tus hombres que me investigase?

—Sí, lo hice. —Sabía que eso haría que perdiera la discusión, pero no me importaba—. Sólo porque tú no me contabas nada por voluntad propia.

—Porque a lo mejor no estaba preparada para decir nada.

—Si me quieres, deberías estar preparada —espeté—. Nunca te has

abierto a mí de verdad, Rome. Puedes culparme por el fracaso de esta relación, pero la culpa es tuya.

—Vaya. —Me lanzó una mirada de odio—. Menuda cara tienes.

—La verdad es que no la suficiente. Soy yo el que ha cambiado. Soy yo el que ha ido más allá y ha hecho sacrificios para ser lo que tú necesitas. Nunca antes había interpretado el papel de novio. Nunca le había pedido a una mujer que viviera conmigo. Nunca había querido a nadie, ni mucho menos se lo había dicho. Yo he evolucionado, Rome. He sacrificado todo lo posible para que esto funcionara. ¿Qué sacrificio has hecho tú?

Seguía con los labios apretados, porque era evidente que no tenía nada que rebatir.

—No has hecho ninguno, Rome. Si confiaras en mí de verdad, si me quisieras de verdad, podríamos hacer que esto funcionara. Serías mi sumisa con la misma devoción con la que yo he sido tu novio. ¿Quieres mantenerme alejado del Ruin? Pues haz esto por mí. No puedes culparme por satisfacer mis necesidades en otra parte. Si yo no hubiera estado dispuesto a darte lo que necesitabas, te habrías marchado hace mucho tiempo. Deja de tratarme como si fuera un monstruo. Deja de tratarme como si fuera un cabrón o algo así. Soy algo más que un dominante. Si no lo ves, está claro que no me conoces muy bien.

Abrió la puerta de golpe para poder bajarse del coche.

La tiré del brazo y la introduje de nuevo en el interior del coche. Estábamos en un semáforo y el coche estaba a punto de arrancar.

—No te molestes. Ya me marchó yo. —Prácticamente arranqué la puerta de los goznes al salir. Después pegué un portazo con tanta fuerza que el coche tembló.

Subí a la acera y no miré atrás. No había nadie en la calle en esa zona de la ciudad porque todo el mundo estaba en las calles principales. Era peligroso y estúpido que una mujer caminara por allí de noche. Ni de coña iba a dejar que Rome paseara por allí con ese vestido. No duraría ni diez minutos.

Volví caminando a casa con las manos en los bolsillos y la mandíbula apretada por el enfado. Estaba tan furioso que apenas podía pensar con claridad. La mujer a la que amaba estaba sentada en el asiento trasero de mi coche. Le había dado el mundo entero, pero ella no me daba algo tan insignificante.

No me daba nada.

Probablemente era el enfado el que hablaba, pero necesitaba pasar

página y olvidarme de ella. Yo siempre había sido suficiente hombre para ella, pero ella nunca había sido suficiente mujer para mí. Ella no hacía lo imposible por mí como yo hacía por ella. Admitía que lo que había hecho con Isabella estaba mal, pero Rome me había obligado a hacerlo.

Ahora había acabado con aquello oficialmente.

Había acabado con ella.

Rome

Ahora era un cascarón vacío.

No estaba segura de qué se había apoderado de mí para hacer una pregunta cuya respuesta no deseaba conocer. No estaba segura de qué era lo que había esperado. Calloway había dejado muy claros sus sentimientos sobre nuestra relación. Necesitaba más de lo que yo estaba dispuesta a darle.

Después de todo lo que me había dicho, sabía que ahora ya no había esperanza para nosotros.

Y nunca la habría.

Seguí pensando en sus palabras. Había dicho que yo no había sacrificado tanto como él para que la relación saliera adelante. Al principio no había estado de acuerdo, pero cuanto más pensaba en ello, más me daba cuenta de lo mucho que había cambiado él.

Había renunciado a la propiedad del Ruin por mí.

Me había pedido que me mudara con él.

Me había dicho que me quería.

Me había presentado a su madre.

Todas las cosas que él se negaba a hacer por nadie, las había hecho por mí. Incluso había intentado renunciar a su estilo de vida y ceñirse a lo vainilla conmigo. Era lo que él siempre había conocido, y había intentado alejarse de ello.

Y yo ni siquiera había intentado ser lo que él necesitaba.

Era tan reacia a la idea, me ofendía tanto el modo en que quería tratarme, que en realidad nunca lo había querido intentar.

No podía mentirme a mí misma al respecto.

Pero seguía sin querer hacerlo. Me encantaba lo agresivo y autoritativo que podía ser a veces, pero no quería un látigo en la espalda ni azotes en el trasero. No querían que me trataran como a alguien inferior cuando me había esforzado tanto por lograr respeto.

Pero para él era un impedimento.

Cumplí con la rutina durante la semana, iba al trabajo y después

directamente a mi habitación cuando llegaba a casa. Pasaba mucho tiempo leyendo porque era lo único lo bastante fuerte para distraerme. Cuando no estaba haciendo algo de forma activa, mis pensamientos divagaban constantemente hacia Calloway.

Lo echaba muchísimo de menos.

No me lo había encontrado en el trabajo, lo cual era bueno y malo. La última vez que lo había visto, había salido del coche dando un portazo a sus espaldas. Era un tipo de enfado diferente, una ferocidad que Calloway rara vez mostraba.

Sabía que estaba verdaderamente enfadado conmigo.

Incluso si quisiera volver con él, cabía la posibilidad de que él no aceptara.

Al acabar el viernes, caminé hasta el ascensor y leí un mensaje que tenía en el teléfono.

Christopher me había escrito.

«¿Quieres ir a cenar?».

Apenas tenía apetito, y menos aún a aquella hora tan temprana de la tarde.

«¿Qué te parece ir a dar un paseo por el parque?»

«No. Tienes que comer. Te veo en la pizzería».

Me metí el teléfono en el bolsillo mientras entraba en el ascensor.

Y me topé de bruces con Calloway.

Ni siquiera me había fijado en que estaba dentro y mucho menos en que estaba sujetándome la puerta abierta.

Retiró el brazo para que las puertas se cerraran y después pulsó el botón del vestíbulo. Tenía las manos en los bolsillos y se quedó mirando fijamente los números mientras bajábamos a la planta baja. No parecía enfadado ni triste. De hecho, parecía indiferente.

No percibía la típica tensión que había entre nosotros, aquella química feroz que siempre surgía cuando estábamos cerca del otro. No percibía nada por su parte. No me lanzó ni una mirada. No entabló conversación.

Simplemente permaneció ahí de pie.

Las puertas se abrieron y él fue el primero en salir.

—Que tenga buen fin de semana, señorita Moretti. —Me habló como hablaría a cualquier otro empleado, como si fuera alguien de quien se olvidaría en cuanto saliera del edificio.

Estaba tan dolida que me quedé en el ascensor. Vi cómo se cerraban las puertas y sentí que el ascensor volvía a subir a la planta alta del edificio. Se montaron más personas, y el ascensor se movió arriba y abajo, llevando a la gente adonde necesitaba ir.

Yo me quedé allí porque no sabía qué hacer.

No tenía adónde ir.

* * *

Christopher ya estaba allí con una pequeña pizza delante. No había esperado a que yo llegara para empezar. Había dado un mordisco y el queso le colgaba entre la boca y el trozo de pizza que todavía tenía en la mano.

Me senté frente a él en el reservado, incapaz de comer nada aunque me apuntaran con una pistola a la cabeza.

Christopher supo que algo iba muy mal en cuanto me miró.

—Rome, ¿qué pasa? —Soltó la pizza en el plato, aún con el queso pegado a los dedos. Se apresuró a limpiarse las manos con una servilleta.

—Nada.

—Rome, tienes un aspecto de mierda, así que nada no es. —Apartó la pizza hacia un lado, junto con los platos y los refrescos—. Cuéntamelo.

—Acabo de ver a Calloway... Nunca había sido tan frío.

Christopher ya conocía lo ocurrido en mi último encuentro con Calloway. No había tenido mucho que decir en aquel momento. Cuando se trataba de mi vida personal, no expresaba su opinión como hacía con todo lo demás.

—¿Qué esperabas que ocurriera?

—No lo sé... pero me ha dolido.

—Bueno, eso es lo que hacen las personas cuando rompen. Se odian y luego continúan con sus vidas.

—Yo no odio a Calloway. —No podría odiarlo nunca, aunque quisiera—. Y él tampoco me odia a mí.

—Probablemente sólo esté cansado de todo esto y quiera pasar página.

Esa era exactamente la impresión que me había dado.

Christopher ya no se compadecía de mí como antes.

—Rome, este es el momento de la verdad. Tienes que hacer algo ya o dejar que se vaya para siempre. ¿De verdad merece la pena perderlo sólo por tu cabezonería?

—No soy cabezota...

—Sí que lo eres —dijo con frialdad—. Haz algo con Calloway o sigue adelante con tu vida. No estoy intentando comportarme como un capullo, pero no puedes seguir deprimida por este tío si es culpa tuya que no estéis juntos. Él ha intentado que las cosas funcionen, pero era demasiado difícil. Ahora te toca a ti.

—Haces que parezca muy fácil.

—Porque es fácil —soltó—. Tú quieres a este tío ¿o qué?

—Pues claro... —Nunca querría a otro hombre como lo quería a él.

—Entonces tienes que ponerte a pensar en serio en lo que vas a hacer ahora. Te estás quedando sin tiempo. Si te digo la verdad, probablemente ya te hayas quedado sin tiempo.

—¿Tú crees...?

Asintió.

—Estoy seguro de que volvió a sus viejas costumbres en cuanto salió del coche. Yo habría hecho lo mismo.

Odiaba imaginarme a Calloway con otras mujeres. No era cuestión de celos, sino de desamor. Era el hombre al que quería y, a pesar de todo lo que habíamos pasado, seguía sintiendo exactamente lo mismo.

Christopher sacudió la cabeza ligeramente mientras me miraba con atención.

—¿Qué?

—Nada. —Volvió a poner la pizza en el centro de la mesa y me tendió mi bebida—. Parece que no hay nada más de lo que hablar.

Calloway

Ya no pensaba en Rome.

Porque no me lo permitía a mí mismo.

Estaba pasando página, volviendo a hacer lo que mejor se me daba.

Follar. Beber. Y dominar.

Pedí un *whisky* en la barra e inspeccioné a las mujeres del Ruin. Me sorprendía que Isabella no hubiera tratado de localizarme después de haberme delatado. Tal vez le preocupaba que estuviera furioso con ella, que no volviera a dirigirle la palabra.

En realidad, no me importaba en absoluto.

El lugar estaba lleno de mujeres preciosas, exóticas y misteriosas en la oscuridad. Me encantaba estar con una mujer sin saber nada de ella. No necesitaba cenar con alguien y preguntarle por su infancia sólo porque hubiéramos disfrutado de un sexo increíble. Ni siquiera necesitaba saber su nombre.

Clavé los ojos en una atractiva rubia que estaba al otro lado de la sala. Por lo normal prefería a las morenas, pero no era tan quisquilloso como para ignorar a una mujer guapa que me deseara. Llevaba un collar en el cuello y sostenía la cadena con la mano. Estaba sentada a una mesa sola, con una bebida justo delante.

Seguí mirándola fijamente, observando sus largas piernas bajo la mesa. No tenía tantas curvas como a mí me gustaba, pero, como había dicho, no era quisquilloso. Ella siguió observándome como si yo fuera exactamente lo que estaba buscando.

Yo era el dominante que estaba buscando.

Se levantó de la silla y se acercó a mí a paso tranquilo, con unos tacones altos y un vestido corto de color negro. Tenía el cabello abundante y rizado, y llevaba un maquillaje tan oscuro que casi parecía gótica. Cuando llegó hasta mí, me puso la correa en las manos y la enroscó alrededor de mis dedos.

—Buenas noches, amo.

Sostuve el cuero en la mano, sintiendo cómo todo mi cuerpo cobraba

vida.

—Mira al suelo.

Hizo lo que le pedía, obedeciéndome sin oponer resistencia.

Comprobé la cadena, notando cómo tiraba ligeramente de su cuello. Era exactamente lo que buscaba: una mujer con experiencia en obedecer. Ella tenía ansias de mí, deseaba mi brutalidad con desesperación. Y yo se la daría.

—Ven. —Sujeté la correa y tiré de ella, dirigiéndome a las escaleras.

Una mujer se cruzó en mi camino, alguien que me resultaba conocido.

Tenía los ojos de un verde brillante y más relucientes que las estrellas en una noche despejada. Tenía unas curvas con las que ninguna otra mujer podía competir. El cabello castaño le llegaba a la altura de los hombros y enmarcaba su precioso rostro. Con unas medias negras, unos pantalones negros y un corsé oscuro, era con diferencia la mujer más sensual de la sala.

Todos los hombres tenían los ojos puestos en ella.

Clavó la mirada en la mía, con los labios color rojo rubí y los ojos oscurecidos por el abundante maquillaje. Parecía una hechicera, la reina de todo el club. Sostenía una cadena con ambas manos, con un collar en un extremo y la correa en el otro.

Caminó hasta mí con más confianza de la que había visto nunca. Cogió la correa que yo tenía en la mano y la tiró al suelo antes de tenderme el collar. Estaba abierto y preparado para abrochárselo alrededor del cuello.

Me olvidé de la rubia.

Me olvidé de todas las personas que había en la sala.

Sólo podía pensar en la mujer que estaba de pie frente a mí, pidiéndome que la hiciera mía de un modo en que nunca antes lo había hecho.

—Hazme tu sumisa, Calloway.

Nunca en mi vida había estado tan excitado. Nunca había sentido ese tipo de emoción, ese tipo de euforia. Era mejor que cualquier sueño. Era mejor que la fantasía con la que me había masturbado. Aquello era real. Rome estaba de pie frente a mí, preparada para arrodillarse en cuanto se lo pidiera.

Tomé el collar de sus manos y se lo abroché alrededor del cuello. Lo cerré bien, viendo cómo brillaba el metal bajo la tenue iluminación.

Me abrió la mano y me puso la correa en ella.

—Soy tuya.

Apreté la correa con tanta fuerza que casi se me saltaron los nudillos. Apenas podía mantenerme firme porque aquel momento era demasiado

increíble, demasiado intenso. Como si la rubia jamás se me hubiera pasado por la mente, la dejé atrás y arrastré a Rome de la correa.

Y la llevé a mi sala de juegos.

* * *

Eché el pestillo de la puerta cuando entramos, aún sosteniendo la correa con la mano.

—Mira hacia delante.

Rome vaciló antes de hacer lo que le pedía. Miró en la otra dirección, hacia donde se encontraba la cama de matrimonio, cuyo edredón rojo contrastaba con las paredes negras.

Me acerqué a ella por detrás hasta casi tocarle la espalda con el pecho. Dediqué un tiempo a analizarla, a contemplar cómo reaccionaba su cuerpo ante mí en aquella habitación. El collar de metal todavía descansaba sobre su clavícula, abrochado para que no pudiera escapar.

Le rocé el brazo con la mano, tocándole la piel suavemente con las puntas de los dedos. Con aquellos pantalones cortos y el corsé, encajaba perfectamente con todas las demás personas del Ruin. A primera vista, cualquiera diría que pertenecía a aquel lugar. Subí la mano hasta el codo, percibiendo cómo su pecho subía y bajaba a mayor velocidad.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Rome? —Iba a proporcionarle una escapatoria, por si acaso se quería echar atrás.

—Sí.

—Sí, señor —la corregí.

—Sí, *señor* —repitió, con la voz perceptiblemente débil.

Estiré el cuello y le di un beso en el hombro desnudo, saboreando la piel que me volvía loco. Subí por el cuello hasta llegar a la oreja, y le besé el borde mientras respiraba junto a su oído. Apreté la mano sobre la correa y le di un ligero tirón.

—¿Por qué estás haciendo esto? Sé que no es lo que quieres.

—¿Puedo darme la vuelta? —susurró.

—No. —Cuando estábamos en mi sala de juegos, las cosas se hacían a mi manera. En lo que a mí respectaba, ella no tenía voz.

—No quiero perderte, Calloway... Te quiero.

Apreté la cara contra su nuca, atesorando la confesión que me acababa de hacer. Me había mantenido firme y me había alejado de ella, y ahora era

ella la que venía detrás de mí. Yo había soñado con aquel momento, pero había dejado de hacerlo en cuanto había salido de aquel coche.

Y ahora se había hecho realidad.

—¿Confías en mí, cariño? —Le rodeé el pecho con los brazos, sujetándola contra mi cuerpo mientras seguía sosteniendo la correa con la mano. Aquel momento era tan bueno que me costaba comprenderlo. Necesitaba pellizcarme para asegurarme de que no era un sueño, para asegurarme de que era real.

—Sí...

—Sí, *señor*. No me hagas volver a repetirlo.

—Sí, señor —se apresuró a decir.

Le desabroché el collar y lo tiré al suelo. Cayó emitiendo un fuerte ruido al chocar con las tablas de madera. La rodeé hasta que estuvimos cara a cara. Tenía las mejillas arrojadas por el miedo y la excitación. Podía ver sus emociones en la superficie de sus ojos.

—Haz lo que te diga. Sin preguntas.

Mantuvo los brazos a los costados, con la cara hacia el frente y los ojos alzados para mirarme.

—Sí, señor.

Estaba increíblemente empalmado. Tenía la erección apretada con firmeza contra la parte interior de la cremallera. Me moría de ganas de enterrarme en aquella estrecha entrepierna. Había pasado mucho tiempo desde que la había tenido por última vez. Y nunca antes la había tenido de ese modo.

—No hablarás con ningún otro hombre del Ruin.

Rome no era la clase de mujer que recibía órdenes de nadie, especialmente si se trataba de peticiones celosas. Aquello pondría a prueba su compromiso y me permitiría ver si realmente podía darme lo que yo quería.

En su rostro se reflejó su lucha interior. No se negó, pero tampoco estuvo de acuerdo conmigo.

Esperé, perdiendo la paciencia.

—Sí, señor.

Se me tensó la columna al oír su respuesta. Sentía los músculos rígidos y agitados por la satisfacción. Mi entrepierna dio un brinco en los pantalones, y estuve a punto de correrme en ese mismo momento.

—Mirarás al suelo siempre que estés en presencia de otro hombre.

También le costó aceptar aquello. Cerró la boca y apretó los labios con

fuerza, tragándose cualquier comentario de listilla que tuviera en la punta de la lengua. De algún modo, encontró la forma de reprimirlo.

—Sí, señor.

Joder, aquello estaba ocurriendo de verdad.

—Harás lo que te ordene hasta que te suelte. Te penetraré con toda la fuerza que quiera. Te haré todo el daño que quiera. Tu vida, tu destino, están completamente en mis manos. ¿Aceptas estas condiciones?

Bajó la mirada al suelo.

Yo alcé la voz.

—Mírame.

Volvió a levantar la vista y tragó con dificultad.

—¿Aceptas estas condiciones? No volveré a repetirlo.

—Sí, señor.

Ahora el corazón me latía a mil por hora, bombeando sangre a todos los músculos de mi cuerpo. Sentía cómo se me acumulaba el sudor en la nuca, a pesar de que estaba de pie totalmente quieto. El corazón me dolía en el pecho, lleno de excitación y anhelo.

—Yo estoy al mando. Yo soy quien da las órdenes y tú quien las obedece. No necesitas pensar mientras estás aquí, sólo escuchar. Pero tú tienes todo el poder, Rome.

—¿Sí? —susurró.

—Si quieres que pare, sólo tienes que decir la palabra de seguridad. Dejaré de hacer todo lo que esté haciendo y me apartaré. Me iré al otro lado de la habitación y me arrodillaré hasta que me des permiso para moverme.

—¿Cuál es la palabra de seguridad?

La miré a los ojos y supe exactamente cuál sería. Siempre había estado obsesionado con aquellos ojos de un color esmeralda intenso, la única joya que yo tenía. Era lo contrario a las típicas palabras de seguridad que utilizaba, pero me parecía que encajaba mejor con nosotros.

—Verde. Repítela.

—Verde.

—Recuérdala. Si me dices que pare, no me detendré. Sólo dejaré de hacer lo que esté haciendo si dices la palabra de seguridad. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—Explica lo que te acabo de decir.

—Calloway, lo entiendo...

—Señor, sólo señor.

Cerró la boca al darse cuenta de su error.

—Y haz lo que te pida. —Sospechaba que habría obstáculos en el camino. Rome era un hueso duro de roer y era difícil que escuchara a alguien a ciegas. Pero eso hacía que doblegarla fuera mucho más satisfactorio.

Dudó antes de hablar.

—Si me resulta demasiado, lo único que tengo que hacer es decir «verde». Pedirte que pares no servirá de nada. Sólo funcionará la palabra «verde».

—Bien. —Ahora que sabía que comprendía exactamente lo que yo había dicho, podíamos seguir adelante—. Arrodíllate.

Inclinó la cabeza hacia el suelo mientras procesaba mis palabras.

—Sigue mirándome —solté.

Clavó su mirada en la mía una vez más.

—Ahora, arrodíllate. No hagas que te lo pida otra vez.

Ella descendió lentamente hacia el suelo, apoyando una rodilla y después la otra. Mantuvo los ojos en mí durante todo el tiempo, usando las manos para mantener el equilibrio y no caerse.

Joder.

Me pasé la mano por el pelo y solté la respiración que había estado conteniendo. Aquello era lo más erótico que había visto en mi vida. Le había pedido a Rome que me obedeciera y lo había hecho. Aquella mujer intrépida obedecía mis órdenes como si fuera un soldado. Me permitía doblegarla, me dejaba ser el único hombre que lo hacía.

La erección me dolía de lo dura que estaba.

Me quité la camiseta por la cabeza y la tiré al suelo. Vi cómo Rome pasaba la mirada por mi cuerpo, disfrutando de los impresionantes músculos que antes tocaba todas las noches. Me desabroché los pantalones y me los bajé hasta los tobillos, junto con los bóxers.

Mi enorme miembro salió disparado hacia delante, expulsando ya líquido preseminal.

—Chúpamela. Ahora.

Aquella orden no le costó obedecerla. Abrió mucho la boca y envolvió mi sexo con los labios.

—Sí, señor.

Movió la boca hasta la base y luego hasta el glande, deslizándose lentamente como si estuviera intentando estirarse la garganta. Mantuvo los ojos clavados en los míos todo el tiempo, chupándomela mientras observaba

mi reacción.

Yo le cogí el pelo con una sola mano y empecé a empujarla y a tirar de ella, moviéndole la boca sobre mi erección e indicándole exactamente cómo quería que me la chupara. No fui suave con ella como solía serlo. Le penetré la boca como si fuera mía. Embestí con las caderas y me introduje en ella con fuerza cada una de las veces, haciendo que la saliva le cayera de la boca y le goteara en las rodillas. Las lágrimas se le acumulaban en las comisuras de los ojos y empezaron a rodarle por la cara.

Aquello me excitó todavía más.

Le agarré la cabeza con ambas manos y le penetré la boca con poca delicadeza. Tenía la esperanza de que no pronunciara la palabra de seguridad, porque me vería obligado a parar. Y parar era lo último que quería hacer en ese momento.

Se atragantó cuando le introduje el sexo demasiado, pero no le di más que unos segundos para recuperarse. Volví a introducir mi erección, empujando el glande hasta la parte posterior de su garganta. Ella mantenía la lengua plana y boqueaba, pero aquello no servía para contrarrestar el grosor de mi miembro.

La penetré implacablemente hasta llegar al borde de un intenso orgasmo. Me obligué a salir de su boca antes de que la diversión acabara de forma precipitada. Tenía el pene empapado en saliva y ella tomó una gran bocanada de aire en cuanto su boca estuvo libre.

Durante ese tiempo, le habían caído más lágrimas, que se habían adherido a sus mejillas.

Le sostuve la cara con una mano y le limpié una lágrima con la yema del pulgar.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, señor. —Me lamió el glande y depositó un beso suave en la punta.

Yo cerré los ojos y me deleité en aquella gloriosa caricia. Su boca era la mejor que había penetrado nunca.

—Arriba.

Se puso de pie, todavía con los tacones altos que no se había quitado.

Yo la sujeté por la nuca y la guie hacia los pies de la cama.

—Inclínate.

Ella bajó el cuerpo hasta apoyar el vientre y el pecho sobre la cama, manteniendo el trasero ligeramente levantado.

Me tomé mi tiempo para desabrocharle los botones, quitándole los

pantalones y después bajándole las medias. Lo bajé todo hasta los tobillos y después me arrodillé delante de su trasero. Tal y como yo había esperado, su sexo brillaba de deseo. Podía ver la humedad que rezumaba su abertura. Ni siquiera había tenido que chuparla para que se mojará.

Soplé con suavidad sobre su entrepierna antes de hundir la cara entre sus pliegues, precipitándome al paraíso. Me encantaba la entrepierna de Rome tanto como el resto de su cuerpo. Era absolutamente preciosa, maravillosa. Me encantaba su sabor y me encantaba su olor.

Mi lengua exploró su cuerpo como si fuera la primera vez, redescubriendo de nuevo el santuario que había venerado una vez. Ella gimió quedamente desde la cama, agarrándose al edredón y tironeando de él mientras disfrutaba de mi lengua.

—Sepárate las nalgas, cariño.

Ella se agarró el trasero con las manos y lo abrió, dándome más espacio para devorarla.

Introduje el pulgar en su sexo empapado y dejé que mi piel absorbiera la humedad. No tardó mucho en arrugarse con su excitación. Le metí el pulgar en el ano y continué comiéndole aquella deliciosa entrepierna, escuchando cómo sus gemidos cambiaban de intensidad. Le encantaba todo lo que le hacía con la boca, pero el trasero se le había tensado sobre mi pulgar al notar aquella sensación demasiado extraña.

Más le valía acostumbrarse a ello, porque lo siguiente sería mi erección.

El sexo se me volvió más grueso hasta resultar doloroso, porque estaba desesperado por sentir aquellos pequeños orificios con los que estaba obsesionado. Me puse de pie y caminé hasta las repisas que había en la parte izquierda de la sala.

—No te muevas. —Cogí un consolador anal morado y algo de lubricante antes de volver junto a ella.

—¿Qué estás haciendo?

La azoté con fuerza, dejándole la huella de la mano marcada en la nalga.

Ella gritó de dolor, porque no se esperaba el castigo.

—¿Te he dado permiso para hacer preguntas?

—No, señor... —Respiró mostrando su dolor, con el trasero enrojecido.

Le eché el lubricante directamente en el trasero y después cubrí el consolador con una capa. Se lo introduje en el ano, pero su cuerpo no colaboraba.

—Relájate, cariño. Te gustará, te lo prometo.

Relajó el cuerpo sobre el colchón y, pasados unos segundos, fue capaz de aceptar el grueso consolador anal.

Me quedé mirando la joya que brillaba bajo la tenue iluminación de la sala. Tenía un trasero espectacular, especialmente con la huella de mi mano como complemento. Tenía los testículos amoratados y el sexo tan duro que me dolía por toda la sangre que estaba recibiendo.

—De rodillas sobre la cama.

Le levanté la parte inferior del cuerpo con mis brazos fuertes y la puse sobre el colchón, mientras su vientre seguía apretado contra las sábanas. Los pies le colgaban un poco por el borde, y tenía la espalda curvada en un ángulo increíble mientras mantenía los hombros elevados.

No podía seguir esperando. Tenía que follármela.

Me agarré la base y apunté el glande hacia su entrada chorreante. Estaba tan resbaladiza que me deslicé en su interior sin tener que hacer ningún esfuerzo, lo cual era una novedad. Podía fingir que aquello no le gustaba, pero su sexo empapado no podía mentir.

Le encantaba.

Me hundí en ella y apoyé el pie derecho sobre el colchón, quedando en una postura óptima para golpearle el cérvix cada vez que la embestía. Me enterré más adentro, llenando su sexo húmedo con mi erección embravecida.

—Dios mío... —Le agarré cada una de las nalgas con la mano, mientras mis ojos se concentraban en la joya que me devolvía la mirada.

Ella gemía con suavidad mientras se agarraba a las sábanas.

—¿Has echado de menos esta polla, cariño? —Le di una suave palmada.

—Sí, señor...

—Mírame. —Quería que viera cómo la follaba, que viera cómo la volvía a reclamar como mía.

Arqueó el cuerpo y me miró por encima del hombro.

Le apreté el trasero antes de empezar a empujar. Cada vez que sacaba mi erección, estaba embadurnada en su cremosidad. Blanca y suave, me lubricaba el sexo hasta los testículos. Se acumulaba en la punta, suavizándola a medida que metía mi erección dentro de ella.

Hacía tanto tiempo que no follaba con ella que estaba descontrolado. Planté los brazos sobre el colchón a ambos lados de su cuerpo y la follé con tanta fuerza que empezó a gritar. El colchón chirriaba y el cabecero se estampaba contra la pared, golpeando al compás de mis movimientos. Me la estaba tirando exactamente como deseaba, como había soñado, y esperé a que

dijera la palabra de seguridad.

Pero en ningún momento lo hizo.

Cada vez que la embestía, el clítoris se le frotaba contra el colchón, dándole algo de fricción adicional, aunque no la necesitaba.

—No te correrás hasta que yo lo diga. —Quería hacerla esperar hasta el último momento, dejando que la sensación se intensificara todavía más. Cuanto más la hiciera esperar, más le gustaría.

—Calloway...

La azoté con fuerza, dejando otra huella.

—Llámame señor o amo. —Volví a azotarla para que el mensaje quedara claro.

Ella gritó y cerró los ojos, sintiendo todas las sensaciones al mismo tiempo.

—Te correrás cuando yo lo diga. ¿Lo entiendes?

—Sí, amo.

Amo me gustaba más que señor. Mi sexo engordó hasta un punto peligroso y empecé a sentirme incapaz de contener el semen en los testículos. No duraría mucho más a aquel ritmo. Rome bajaba mi nivel de aguante de forma considerable.

—Ahora.

Me agarró la muñeca y se sujetó mientras el clímax la sacudía con fuerza. Se corrió desde lo más profundo de la garganta, gritando con más fuerza de lo que había oído nunca. Me clavó las uñas en la piel y tuve la esperanza de que me hiciera sangrar. Se le estrechó tanto la entrepierna que casi magulló mi erección.

—Oh, Dios...

Continué follándomela con fuerza y mantuve a raya mi propio orgasmo. Quería que ella acabara antes de pasar a mi próximo deseo. Se merecía correrse después de todo el tiempo que habíamos pasado separados. Aquello era sólo para ella.

Dejé de balancearme y le saqué el consolador del trasero. El ano permaneció completamente abierto porque se había acostumbrado a la dilatación y por fin se había relajado. Trasladé mi erección de su entrepierna al ano y me deslicé en su interior.

Se tensó en cuanto mi sexo se introdujo en ella, estirando su estrecho ano. Su instinto natural fue tirar de la nalga para hacer más grande la abertura, pero nada podría aliviar la presión del enorme tamaño de mi sexo.

Cerré los ojos mientras me sostenía encima de ella, disfrutando de su estrechez y de su calidez. Me incliné sobre ella y le di un beso en el hombro, consolándola a pesar de que nada haría disminuir el grosor de mi erección.

—Mírame.

Me miró por encima del hombro, con la respiración descontrolada por la incomodidad.

La besé con fuerza en la boca, introduciéndole la lengua. Estaba enterrado en ella hasta el fondo en mi sala de juegos. Era mejor de lo que podría haber imaginado. Llevé los labios a su oreja y le besé el borde.

—Ya sabes cuál es la palabra de seguridad. —Quería penetrarla lo máximo posible, pero no tenía que demostrarme nada. Estaba en mi sala de juegos y se estaba esforzando todo lo posible. No podía pedir nada más.

Saqué mi sexo de ella hasta dejar sólo la punta en el interior. Entonces empujé con fuerza, penetrándola con agresividad.

Ella se balanceó hacia delante y gimió.

La penetré con más fuerza que nunca antes, introduciéndome en su trasero con mi descomunal miembro. El lubricante bastaba para que los movimientos fueran fluidos, pero sentía cómo sus paredes se contraían a mi alrededor. Sabía que no aguantaría mucho más, pero no era aquel el objetivo. Aquel era el final.

Rome me apretó la muñeca con más fuerza mientras le caían lágrimas de los ojos. No lloraba, pero el dolor era suficiente para que los ojos le escocieran y las lágrimas le rodaran por las mejillas. A veces gemía y otras veces lloriqueaba de dolor.

Pero no dijo la palabra de seguridad.

—Aquí viene, cariño... —Nunca llamaba a mis otras sumisas con un apelativo tan afectuoso, pero Rome ocupaba un lugar especial en mi corazón. No importaba lo dominante que fuera en la sala de juegos, con ella siempre sería diferente.

Gimió con las últimas embestidas y su trasero soportó unos profundos envites.

Me introduje tan al fondo que mis testículos chocaron contra su sexo. Me corrí con un fuerte gruñido, llenándole el ano, pequeño y prieto, de mi semilla. Mi clímax fue intenso, el más estimulante que había tenido nunca. Parecía prolongarse una eternidad, parecía no tener fin.

—Rome... Joder. —Apoyé la frente contra su nuca y cerré los ojos. No me había dado cuenta de que tenía el pecho cubierto de sudor hasta que

finalmente me detuve a tomar aire. Tenía el pelo empapado por el sudor del cuero cabelludo. Mi sexo se ablandó lentamente dentro de ella, en una mezcla de mi corrida y el lubricante.

No quería salir nunca de su interior.

Quería quedarme así para siempre.

La besé en la nuca y le rodeé los hombros con los brazos. Ahora que mi lado más oscuro estaba satisfecho, sentí cómo la otra versión de mí salía a la superficie. Sentía a Rome debajo de mí y me llenó de alegría el mero hecho de abrazarla. Hundí la cara en su pelo y disfruté del aroma.

La había echado de menos.

Le besé el nacimiento del pelo antes de apartarme de ella, saliendo lentamente para aliviar su incomodidad. Como el caballero que era, la limpié con una toalla, besándole la columna en el proceso.

Me limpié a mí mismo antes de tumbarme en la cama a su lado, llevándole las manos al pelo para poder verle bien la cara. Las lágrimas habían cesado, pero le habían dejado manchas en las mejillas, en las zonas donde estaba maquillada.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, señor —susurró.

Mi necesidad de dominación estaba satisfecha. Ella debía de haber percibido el cambio de mi conducta, pero había preferido ir a lo seguro para evitar otro azote.

—Puedes hablar con libertad. —Me incliné hacia delante y le di un beso suave en los labios.

Saboreé la sal de sus lágrimas, lo cual me produjo una retorcida sensación de satisfacción.

—Esto es lo que siempre he querido... —Froté la nariz contra la suya antes de apartarme.

Continué deslizando la mano sobre su pelo, acariciándola con la delicadeza que se merecía. Disfrutaba tomándola con brusquedad, pero cuando terminábamos, quería cuidar de ella. Era un contraste tan grande que no me entraba en la cabeza.

Los ojos empezaron a secársele, aunque tenía el maquillaje corrido. Me rodeó la muñeca con los dedos y me tocó con suavidad. Todavía no me había mirado a los ojos. Tenía la vista clavada en el edredón, como si estuviera buscando algo.

—¿Cariño?

—¿Hmm?

Le puse los dedos bajo el mentón y le levanté la cara para que me mirara.

—Háblame.

—No sé qué decir, Calloway. ¿Qué se dice después?

Había estado tan inmerso en el momento que en realidad no había pensado en cómo se sentía ella. Le había dicho que recordara la palabra de seguridad para liberarme de toda culpa. Ahora que volvía a ser yo mismo, podía pensar con más claridad.

—Ahora que conoces la otra parte de mí, espero que no creas que es demasiado dura.

—No estoy segura de qué es lo que esperaba.

—¿Has disfrutado? —Mi pregunta era más complicada que el modo en que la había formulado. Estaba claro que había disfrutado. De lo contrario, era imposible que hubiera tenido la entrepierna tan húmeda.

—Sí... pero ha sido difícil.

—¿Difícil en qué sentido?

—No estoy acostumbrada a permitir que me hablen así.

—Pero lo has superado. Te has dejado llevar por el momento conmigo y hemos compartido algo especial.

—Supongo —susurró—. Pero ¿y ahora qué?

No había tenido la oportunidad de pensar en ello. Una hora antes había creído que Rome estaba oficialmente fuera de mi vida.

—Ahora será lo que tú quieras. —Pasé la mano por su suave espalda, sintiendo la pegajosidad provocada por el sudor—. Quiero estar contigo, Rome. Quiero tener exactamente lo que teníamos antes, incluido esto.

—Yo también quiero estar contigo, pero no puedo hacer esto todo el tiempo. No puedo. —Se puso el pelo sobre un hombro, y empezó a entrelazarlo entre los dedos, inquieta por el tema—. Me resulta difícil. Sé que no lo entiendes y que nunca lo harás.

—Cincuenta, cincuenta.

Levantó la vista y me miró.

—Un punto medio. Yo seré todo lo que necesitas que sea. Y tú serás todo lo que yo necesito. Es un compromiso más que justo.

Rome se planteó la oferta, aún con los dedos en el pelo.

—Cariño, se volverá más fácil. Sigue confiando en mí y haré que ocurran cosas increíbles.

Asintió, pero no parecía estar de acuerdo.

—Siempre tienes la palabra de seguridad. Si hay cualquier cosa que no quieras hacer, úsala.

—Pero quiero ser una buena sumisa...

Le sostuve el rostro con las manos y la obligué a mirarme.

—No existen las buenas o malas sumisas. Estás aquí conmigo, viviendo este momento conmigo. Eso es lo único que quiero. Si alguna vez dices que algo es demasiado, no pensaré mal de ti. Lo único que he querido siempre es que lo intentaras. Podemos trabajar en esto juntos y hacer que funcione. Habrá cosas que te encanten y otras cosas que odies. Es normal.

—Supongo que eso me hace sentir un poco mejor. Te he echado mucho de menos y ya no puedo aguantarlo más. Echo de menos dormir contigo todas las noches. Echo de menos prepararte la cena. Lo echo de menos todo. —La voz se le quedó atascada en la garganta, quebrándosele con una emoción perceptible a mis oídos.

—Yo también te he echado de menos. —La atraje hacia mi pecho y me acurruqué con ella sobre el edredón, manteniéndola abrigada ahora que nuestra actividad había terminado. Agarré el edredón y tiré de él para cubrirle el cuerpo, intentando hacer que se sintiera cómoda. En lugar de estar tumbados en aquella cama, quería ir a casa con ella. Quería que los dos consiguiéramos conciliar el sueño de una vez—. Eras la última persona a la que esperaba ver en el Ruin esta noche, pero estoy muy contento de que estuvieras aquí. No quiero a nadie más, Rome. Lo que dije, lo dije en serio. Tú eres la única persona del mundo con la que quiero hacer esto.

No hizo ninguna pregunta sobre la rubia, ni quiso saber si había estado con otras mujeres durante la semana. Pareció tomarse mis palabras muy en serio y los párpados se le volvieron pesados por el afecto.

—Ya lo sé, Calloway.

Rome

Notaba la suavidad de las sábanas contra la piel, y me sentía cómoda porque olían exactamente como el hombre al que amaba. Sedosas y ligeras como una pluma, me hacían sentir en casa. Mi antigua cama del apartamento de Christopher parecía dura e incómoda porque no había dormido en ella durante mucho tiempo. La casa de Calloway nunca había sido mía, pero me sentía como si lo fuera.

Calloway estaba tumbado a mi lado en la cama, con los brazos alrededor de mi cuerpo exactamente en la misma postura con la que siempre me abrazaba. Tenía un brazo colocado sobre mi cintura y el otro descansaba en el hueco de mi cuello. Me sujetaba desde atrás y su sexo quedaba en la posición perfecta para apretarse contra mí por la mañana.

Estaba cansada, pero no lograba conciliar el sueño. Aquel momento era absolutamente perfecto. Estaba en la cama que una vez había considerado propia, con el hombre al que adoraba. Tras todas las noches de insomnio del último mes, era agradable sentirse por fin en paz.

Calloway debía de saber que estaba despierta, porque habló, y yo noté cómo me rozaba el hombro con el vello áspero de la barba.

—¿Por qué no estás dormida?

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Porque tengo a una mujer preciosa justo delante. ¿Cuál es tu excusa?

Deslicé el brazo sobre el suyo.

—Que tengo al amor de mi vida detrás de mí.

Me dio un beso en la oreja, y un mechón de mi pelo quedó entre medias.

Ser su sumisa no era exactamente lo que yo había esperado. Sabía que me daría órdenes y esperaría que obedeciera sin preguntas. Sabía que él estaría al mando, que sería el gobernante de la sala. Pero no me había dado cuenta de lo mucho que me costaría dejar de lado mi orgullo y hacer lo que me pedía.

Era muy difícil.

Pero una vez que me puse de rodillas en el suelo, sometiéndome a él

finalmente, me sentí aliviada. Era agradable renunciar a tener el control y permitir que él asumiera el mando. Era agradable no pensar ni preocuparme. No tenía ningún poder de decisión, así que no tenía que prever las situaciones antes de que surgieran.

Lo único que tenía que hacer era escuchar.

Cuando me había golpeado, me había pillado desprevenida. Cuando me había penetrado la boca con tanta agresividad, no había estado segura de poder soportarlo. Y cuando me había tomado sobre la cama como si fuera una prisionera en lugar de una mujer, casi me había desmoronado.

Pero había resistido.

Una parte de mí disfrutaba cuando Calloway se comportaba como un dictador. Era fuerte y autoritario y eso me excitaba en cierto modo, pero también me recordaba a los hombres que habían intentado hacer lo mismo, que habían intentado dominarme para someterme.

Tenía que recordarme continuamente a mí misma que las situaciones eran distintas.

Pero había una cosa de la que estaba segura. Que Calloway me hiciera daño en la sala de juegos era mucho menos doloroso que perderlo. No podría soportar más noches a solas. No podría soportar la posibilidad de que él estuviera con otra persona. No podría soportar otra fría despedida por su parte.

Simplemente, no sería capaz.

Aquel era el menor de dos males. Calloway había dicho que podríamos dividir nuestras necesidades y encontrar un punto medio para que no tuviera que estar en su sala de juegos todas las noches. Yo obtendría lo que necesitaba, podría disfrutar del hombre del que me había enamorado profundamente. Sólo tenía que hacer una concesión para no perderlo.

—¿Cariño? —susurró.

—¿Hmm?

—Quiero que sepas que no he estado con nadie. —Estaba explicando su encuentro con la rubia, la mujer que le había pedido que la dominara aquella noche y que le había entregado su correa.

Yo había contemplado su encuentro desde el otro lado de la sala y había aprendido unas cuantas cosas. Las mujeres divisaban a Calloway y voluntariamente deseaban que las dominara. Se pavoneaban por allí y le pedían directamente lo que querían. La rubia no era la única interesada. Me había fijado en muchas otras que miraban en su dirección.

Si yo no quisiera ser su sumisa, podría encontrar a una sustituta de inmediato.

Continuó:

—Quiero decir que no he tocado a nadie.

Cuando lo había visto con aquella rubia, me había temido lo que habría ocurrido esa misma semana mientras yo deliberaba conmigo misma. Si yo no hubiera cambiado de opinión a tiempo y él hubiera estado con otra persona, no podría echárselo en cara. Tampoco quería pensar en ello, pero su confesión hizo que el cuerpo se me relajara de un modo en que nunca lo había hecho. Me quedé sin aire en los pulmones y de repente me sentí más cómoda en aquella cama.

Me dio un beso en la nuca.

—Sólo a ti, cariño.

—Gracias.

—Pasaremos por el apartamento de Christopher por la mañana para recoger tus cosas. Mi casa está demasiado vacía sin tus trastos.

Quería volver a casa, pero tenía el corazón lleno de inquietud.

—Tal vez deberíamos darnos algo de tiempo primero... —No era tan ignorante como para creer que aquella sesión era lo peor que tendría que aguantar. Estaba segura de que Calloway tenía intención de hacer cosas mucho peores. Puede que al final no fuera capaz de soportarlo.

—Haremos que funcione, Rome. Lo único que necesitamos es comunicación.

No importaba cuánto habláramos. Puede que simplemente me cansara de ser fustigada todo el tiempo.

—No quiero precipitarme con nada... Vamos a ver cómo va todo primero. Me he ido de tu casa tantas veces ya que no tengo fuerzas para volver a hacerlo.

En esa ocasión, Calloway no insistió.

—Está bien, lo entiendo.

Apreté su brazo a mi alrededor, sintiendo su pulso a través de la piel.

—Hablabamos de los límites estrictos por la mañana. Estoy seguro de que eso hará que te sientas mejor.

—¿Límites estrictos?

—Cosas que no estés dispuesta a hacer.

—No sabía que tuviera elección.

—Claro que sí. —Su voz grave llegó desde mi espalda, fuerte y

poderosa—. Te dije que tenías todo el poder porque así es. Tú me dices lo que puedes y lo que no puedes soportar y yo me adaptaré a ello. A medida que pase el tiempo, probablemente reducirás tus límites estrictos. Por eso quería que tuvieras la mente abierta al principio. Es una cuestión de placer, no de dolor. Es algo que podemos solucionar juntos, como equipo.

—Entonces, ¿puedo hacer peticiones?

—Sí. ¿Tienes alguna?

—Lo cierto es que sí...

—Dime. —Se impulsó para apoyarse sobre el codo y me miró.

—No quiero volver a ir al Ruin.

Continué mirándome fijamente como si esperase que dijera algo más.

—Me hace sentir una más. Si soy especial para ti, no quiero follar en la misma cama en la que has fustigado a las demás. No quiero que me ates al mismo cabecero. Quiero ser diferente. —Miré sus ojos oscuros con la esperanza de encontrar comprensión en lugar de fastidio.

—Me parece justo.

Esa misma tarde, me había azotado por no haberme dirigido a él con el término adecuado. Y después me había vuelto a azotar para asegurarse. Había sido autoritario y casi despiadado. Había sido un hombre diametralmente opuesto al hombre con el que hablaba en ese momento. Yo estaba enamorada del hombre, pero temía a la bestia.

—¿Sí?

—Construiré una sala de juegos aquí. No tendremos que salir de casa.

Ahora no tendría que mirar a las otras mujeres y preguntarme si habían estado en la misma sala de juegos que yo. Podría tener algo que ninguna de las otras había tenido.

—Gracias.

Me volvió la cabeza hacia él para poder inclinarse y darme un beso en los labios. El beso fue suave y cariñoso, lleno del amor de mi hombre favorito. Estaba allí conmigo, en aquel momento, y era exactamente como yo quería que fuese.

—Vamos a dormir un poco. Tengo que despertarme en... —dirigió la vista al reloj de la mesilla— dos horas. —Un leve suspiro escapó de sus labios, seguido de una breve carcajada—. Mierda.

* * *

Parecía un día normal.

Calloway y yo fuimos al trabajo, con las manos unidas sobre su muslo mientras estábamos sentados en el asiento trasero. Me acompañó a la oficina una vez que llegamos al edificio y, como de costumbre, me besó antes de marcharse.

A pesar de la falta de sueño, fui capaz de avanzar más en el trabajo que en las últimas semanas porque no estaba distraída. No tenía el corazón partido en dos y no me costaba respirar por la desesperación. Me sentía feliz de verdad por primera vez en un mes.

Al acabar el día, Calloway me vino a buscar al despacho. Se apoyó contra la puerta y escribió un correo rápido con el teléfono móvil; sus anchos dedos resultaban casi demasiado grandes para la pantalla. El traje a medida destacaba cada una de las deliciosas partes de su cuerpo, sus brazos musculosos y sus hombros anchos.

Me invadió una sensación de tristeza y alegría al mismo tiempo. La rutina era algo que daba por sentado; sabíamos sin decirlo en voz alta que nos marcharíamos cuando Calloway acabara de trabajar en su oficina. Trabajaba más que nadie, así que por lo normal era una de las últimas personas en marcharse.

Echaba de menos los pequeños detalles como aquel.

—¿Preparado para que nos marchemos?

Se metió el teléfono en el bolsillo.

—Sí. ¿Mi mujer está lista?

Me encantaba ser su mujer.

—Sí. —Cogí el bolso y salí con él.

Me rodeó la cintura con el brazo, donde permaneció hasta que llegamos a la puerta. Tom nos llevó de inmediato a su casa.

Odiaba interrumpir aquella maravillosa tarde, pero tenía que ir a otro lugar.

—Voy a irme a casa unas horas. —No le había dicho nada a Christopher de lo que estaba pasando. Probablemente estaba preocupado por mí, aunque no lo admitiera.

Calloway ocultó bien su decepción. Pulsó el botón del interfono.

—Cambio de rumbo, Tom. Vamos al apartamento de Rome.

—Por supuesto, señor.

Calloway mantuvo los dedos entrelazados con los míos durante el resto del trayecto en coche, con los ojos fijos en la ventana.

Tom se detuvo junto a la acera un instante después y abrió la puerta trasera.

Calloway salió y me tendió una mano para que pudiera llegar a la acera sin tropezarme con los tacones de aguja negros.

Me agarré a sus brazos para mantener el equilibrio mientras me ponía de puntillas y le daba un beso en el rostro recién afeitado. Tenía los labios suaves a pesar de la evidente aspereza que lo caracterizaba, y deseé no haber decidido pasar por mi apartamento.

—Luego te veo.

—¿Que luego me ves? —preguntó—. Voy contigo. —Se volvió hacia Tom—. Te llamaré cuando te necesite. —Levantó la mano a modo de despedida y me arrastró consigo.

—¿Para qué vas a venir conmigo? —No quería soltarlo de forma tan brusca, pero estaba segura de que él tenía otras cosas que hacer.

—Acabo de volver contigo, cariño. ¿Crees que te voy a dejar escapar unas cuantas horas?

Entramos en mi apartamento un momento después y encontramos a Christopher trabajando en el sofá. Tenía el portátil en la mesilla y carpetas esparcidas por todas partes. Probablemente estaría trabajando en una cartera para algún cliente exclusivo. Dio un sorbo al café y alzó la mirada, y a punto estuvo de mirar por segunda vez al vernos entrar a los dos juntos.

—¿Otra vez a hacer las maletas? —Se levantó del sofá y le estrechó la mano a Calloway.

—No —respondió Calloway—. Se va a quedar aquí por ahora, pero, entre tú y yo, espero que no sea por mucho tiempo.

—Entre tú y yo —contestó Christopher—. Yo también lo espero. —Christopher se volvió hacia mí y se metió las manos en los bolsillos. Resultaba evidente que quería preguntarme por Calloway, pero que no podía hacerlo teniéndolo de pie allí mismo—. ¿Queréis cenar o algo?

—Suena de maravilla —dije—. Me muero de hambre.

—Bien —dijo Christopher—. Teniendo en cuenta que llevas un mes sin comer, no me extraña.

* * *

Entramos en casa de Calloway, él con mi mochila al hombro, y nos dirigimos a su dormitorio, que se encontraba en la tercera planta.

Calloway se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata en cuanto pusimos un pie en la habitación.

—Dime lo que quieres, cariño. —Se acercó a mí por detrás y me quitó el bolso del hombro, apretando su erección contra mi trasero.

—A ti.

—Sé más específica. —Me rodeó el pecho con los brazos, haciendo presión justo contra el corazón, que me latía a un ritmo frenético.

Volví la cara hacia su cuello e inhalé su perfume y su aroma masculino.

—Te daré lo que tú quieras. Cumpliré cualquier fantasía que tengas.

—¿Como cumplo yo las tuyas?

Me pegó los labios a la oreja.

—Sí.

Ahora podía tener todo lo que quisiera. Yo había hecho exactamente lo que él me había pedido y ahora le tocaba a él obedecerme a mí. Las situaciones no eran iguales, pero ahora era yo la que tenía el poder para cambiar las cosas.

—Quiero que me hagas el amor.

—Sí, cariño. —Me besó el cuello mientras sus manos recorrían mi cuerpo, palpándome el pecho a través del vestido.

—Quiero que sea lento.

—Sí, cariño. —Me dio un estrujón en los pechos antes de bajarme la cremallera del vestido.

—Quiero que me mires a los ojos y que me digas que me quieres.

—Sí, cariño. —Me desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo.

Su obediencia me excitó. Estaba obteniendo todo lo que había querido desde el comienzo de nuestra relación. Ahora estaba ocurriendo. Estaba ocurriendo de verdad.

—Quiero que estés encima de mí. Quiero tener las piernas alrededor de tu cintura.

Se arrodilló y me dio un beso en el trasero mientras me agarraba el tanga con las manos y me lo bajaba por las piernas. Me besó la parte posterior del muslo, moviéndose hacia el interior y volviendo a subir a mis nalgas. Siguió acercándose lentamente hasta que sus labios encontraron la zona palpitante entre mis piernas.

Apoyé la mano con la pared y jadeé en cuanto su lengua entró en contacto con mi clítoris. Cuando Calloway hundía la cara entre mis piernas, perdía la cabeza. Sus caricias eran increíbles, hábiles por su experiencia y

llenas de pasión.

Calloway me besó varios minutos más antes de levantarse y desvestirse, dejando caer los pantalones y la camisa de vestir. Se quitó los zapatos de una patada y apretó su sexo caliente entre mis nalgas.

Me acordé del modo en que me había penetrado por detrás la noche anterior, y el cuerpo me ardió de calor.

Calloway me guio hacia la cama hasta que estuve de espaldas con la cabeza sobre la almohada. Se colocó encima de mí, su pecho era un muro sólido de fuerza. En su cintura se dibujaba una V a la altura de las caderas, y su torso era duro y definido con unos abdominales musculosos. Era todo hombre, toda una fantasía.

Metió los brazos por debajo de mis rodillas y me separó los muslos, dejando mi sexo expuesto ante su ansiosa erección. Ladeó las caderas e introdujo el glande en mi abertura, abriéndose paso lentamente y sintiendo la lubricación resbaladiza que mi cuerpo producía sólo para él.

Se hundió en mí despacio, avanzando centímetro a centímetro hasta que estuvo enterrado hasta el fondo.

—Calloway... —Le rodeé el cuello con los brazos mientras abrazaba su cintura con las piernas. Me estiró hasta que comenzó el dolor, pero no era nada en comparación con la maravillosa sensación de tenerlo dentro. Me hacía sentir llena, como deberían sentirse todas las mujeres.

Empezó a balancearse hacia mí, tomándome con una delicadeza que rara vez mostraba.

Darle lo que necesitaba había merecido la pena. Ahora tenía exactamente lo que yo quería, aquello con lo que había soñado. Le pasé los dedos por el pelo y lo besé con lentitud, sintiendo cómo se movía su grueso miembro en mi interior una y otra vez. Ya sentía deseos de correrme, pero quería que la sensación se prolongara todavía más. Cuando Calloway me había obligado a esperar la noche anterior, había tenido el éxtasis más intenso de mi vida.

Movió los labios con los míos sin detener el ritmo. Se mecía hacia mí con embestidas largas y regulares, golpeándome el trasero con los testículos cada vez que entraba en mi interior por completo. Respiraba contra mi boca con deseo, sintiendo la misma satisfacción erótica que yo.

No creía ser capaz de contenerme mucho más tiempo. El cuerpo se me tensaba ante lo que se avecinaba, estrechándole el miembro a medida que la sensación empezaba a apoderarse de mí.

Calloway separó los labios de los míos y me miró a los ojos.

—Te quiero. —Su tono dejaba claro que sus palabras eran sinceras y su expresión lo corroboraba. Pude sentir todo su amor en aquellas dos palabras. No sólo las había pronunciado porque yo se lo hubiera pedido. Las había dicho porque las sentía con el corazón.

—Yo también te quie... —No pude terminar porque el orgasmo me sacudió con intensidad, golpeando cada centímetro de mi cuerpo. Se me tensó el torso y el fuego explotó en mis venas mientras las llamas de la pasión me abrasaban la piel. Le pasé las manos por el cuello y por los hombros, y le clavé las uñas con fuerza en la piel. Me corrí sobre su erección y mis fluidos le empaparon todo el miembro.

Gimió al ver cómo me corría.

—Estás preciosa cuando te corres.

Le agarré el trasero y tiré de él hacia mí, disfrutando del grosor de su sexo. Siempre se endurecía un poco más antes de que se descargara en mi interior, así que sabía que su clímax se acercaba.

—Córrete dentro de mí, Calloway.

Apoyó la frente en la mía mientras me penetraba a mayor profundidad, empapándome y llenándome por dentro. El semen resbaló por su erección y goteó hasta mi trasero, manchando las sábanas que tenía debajo.

—Madre mía... Vaya coño. —Me besó en la comisura de la boca, aturdido por la intensidad que habíamos sentido los dos. Después, empezó a salir lentamente de mí.

Yo le agarré las nalgas y lo empujé de nuevo hacia dentro, llevándolo hasta el fondo. Se iba ablandando poco a poco, pero no me importaba.

—Más.

Tenía los ojos turbios por el placer, pero la comisura de la boca se le curvó en una sonrisa.

—Sí, cariño.

* * *

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me fijé al instante en que había algo distinto en Calloway.

Llevaba puesto el anillo.

Se lo había quitado al bajarse del coche aquella horrible noche y nunca se lo había vuelto a ver puesto. Cuando me lo había encontrado en el

ascensor, había visto la leve línea pálida donde lo había tenido antes de quitárselo.

Me llamó la atención, tan oscuro sobre su piel clara.

Calloway acabó de prepararse antes de lo normal porque se levantó unos veinte minutos antes de que sonara su alarma. Me pidió que tardara poco en arreglarme para que pudiéramos salir de casa con tiempo de sobra.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que pasar por tu apartamento de camino al trabajo.

Yo tenía todo lo que me hacía falta.

—¿Por qué?

Me mostró su expresión sombría, la parte dominante a la que no le gustaba que la cuestionaran. La noche anterior había estado en presencia del hombre al que adoraba. Y hoy, la bestia había vuelto.

—Porque lo digo yo.

Tom nos llevó a mi apartamento y entramos en el edificio. Christopher estaba a punto de salir cuando abrimos la puerta.

—Llego tarde —dijo mientras pasaba a nuestro lado—. Luego os veo, chicos. —Cerró la puerta tras él y el sonido de sus pisadas se perdió en la distancia.

—¿Para qué hemos venido?

Calloway entró en mi habitación y examinó mi mesilla de noche, como si estuviera buscando algo. Abrió el cajón y rebuscó en su interior.

—¿Perdona? —solté—. ¿Qué estás haciendo?

Encontró la cajita que me había dado y abrió la tapa, dejando a la vista el diamante negro que me había regalado.

—Póntelo. —Tiró el estuche dentro del cajón y me agarró la mano derecha. Me deslizó el anillo negro por el dedo hasta que topó con el nudillo—. Y no vuelvas a quitártelo.

Era agradable tener el anillo, sentía como si no me lo hubiera quitado en ningún momento. Había sentido apego por aquella joya desde que él me la había dado y había llorado a lágrima viva la noche en que me la había quitado. Pero ahora tenía más significado para mí que antes, porque era su sumisa.

—Lo mismo te digo.

Me empujó sobre la cama y se desató el cinturón, deslizándolo el metal a lo largo del cuero. Se bajó los pantalones y los bóxers, dejando a la vista su enorme erección con una gota de líquido preseminal en la punta.

—Nunca quise quitármelo.

Calloway

El anillo había vuelto al lugar donde debía estar y me sentía completo de nuevo. Ser monógamo nunca había sido importante para mí, pero estar con Rome era lo único que quería de verdad. Ahora la tenía como la quería: era mi sumisa.

Y el amor de mi vida.

Por fin había obtenido lo que deseaba: hacer cosas siniestras con Rome porque ella me lo permitía. Nuestra primera visita a la sala de juegos había sido de principiantes, pero no me cabía duda de que ella podría soportar todas las cosas que me rondaban por la cabeza. El amor que sentía por mí era lo bastante fuerte como para luchar contra sus traumas del pasado. Yo sabía que disfrutaba con ello, así que, con el tiempo, se olvidaría por completo de los ataques que había sufrido.

Saldría bien.

Contraté a un buen amigo para que me construyera la sala de juegos. No tenía tiempo para hacerlo yo mismo, y tampoco me interesaba. Había que reconstruir las paredes, quitar los muebles y colocar correctamente todos los juguetes perversos que me encantaban en sus expositores. Me habían dicho que tardarían una semana en terminarlo.

Una semana no era nada en comparación con toda una vida.

Rome y yo cenamos como solíamos hacerlo. Nos sentamos a la mesa, uno frente al otro, y compartimos una botella de vino. Ella dio mordisquitos a su comida, que era una ración ridícula, y yo me acabé hasta la última miga, como un hombre de verdad.

Leímos juntos delante del fuego durante unas horas, sentados en un grato silencio mientras disfrutábamos de la compañía del otro. Necesitaba fustigarla, hacerle daño, pero estaba claro que también necesitaba aquello. Aquella maravillosa compañía me brindaba una nueva sensación de alegría, algo que no sabía que me faltaba hasta que Rome había entrado en mi vida.

Nos retiramos a la planta de arriba al final de la noche. Por lo normal hacíamos el amor y después nos íbamos a dormir. Yo estaba ansioso por

tener sexo, pero no el sexo dulce y delicado que le ponía a ella. No, yo tenía en mente planes muy distintos.

—Arrodíllate. —Me quité la camiseta por la cabeza y la tiré al suelo. Cuando me di la vuelta, la vi allí de pie, con el vestido que había llevado al trabajo. Todavía llevaba el pelo recogido en una elegante coleta que le mantenía el cabello apartado del rostro.

Tardó un segundo en procesar la orden. Pero cuando lo hizo, se puso de rodillas. La habitación tenía moqueta, así que no le resultaba tan doloroso como en la sala de juegos. Habíamos acordado tener una relación que fuera cincuenta cincuenta, así que la mitad del tiempo yo tendría lo que quería. Y ella lo tendría la otra mitad del tiempo.

—La mirada al suelo.

—Sí, señor. —Bajó la vista.

La contemplé y disfruté de aquella imagen, encantado de que por fin hubiera logrado mi mayor reto. Rome era una mujer inquebrantable, pero yo había logrado que se sometiera a mí, que me permitiera ser el único hombre y dominante que la poseyera.

Me quité los vaqueros y los bóxers, tomándome mi tiempo en desvestirme para hacerla sufrir. Estaba excitada y asustada al mismo tiempo, dos emociones enfrentadas que hacían que se sintiera incómoda. Sabía exactamente lo que quería hacer con ella.

—Esta noche me llamarás amo.

—Sí, amo.

El mismo escalofrío que había sentido la otra noche me recorrió la columna. Su obediencia era lo más excitante de todo el puto planeta. Nunca había deseado más a una mujer. Nunca me había sentido más hombre que cuando ella se sometía a mí.

—Me has hecho enfadar mucho a lo largo del último año.

Se meció ligeramente sin moverse del sitio, porque no esperaba que empezara la noche diciendo aquello.

—No te fuiste de tu apartamento cuando te lo pedí. No me hablaste de Hank, cuando claramente era un problema. —Me puse la mano en la base de la erección y me acaricié con suavidad, pensando en todo lo que estaba a punto de hacerle—. Me has respondido con insolencia tantas veces que he perdido la cuenta. Y cuando te pedí por primera vez que fueras mi sumisa, me dijiste que no. ¿Reconoces estas acusaciones? —Era una pregunta trampa. Si decía que no, sólo conseguiría que la castigara más. Si decía que sí, iba a

castigarla de todas formas.

—Sí, amo.

Caminé hasta donde se encontraba, dejando mi miembro a centímetros de su cara.

—Chúpame los huevos. —Me masajeeé el miembro y lo apunté hacia el techo, dejando que los testículos colgaran entre mis piernas—. Ahora.

Inclinó la cabeza hacia arriba y sacó la lengua. Se movió hacia delante hasta que los testículos quedaron apoyados en la superficie plana de su lengua cálida y húmeda, suave y definida exactamente al mismo tiempo. Me chupó y se los introdujo en la boca, haciéndoles el amor con aquellos maravillosos labios que tenía.

—Mírame.

Clavó la vista en mí, mientras me lamía los testículos como si no pudiera saciarse de ellos.

Yo seguí masturbándome, sintiéndome como un rey por encima de una reina.

—Joder. —Para ser una mujer sin experiencia, no cabía duda de que sabía cómo besarme el miembro y los testículos. Le hundí la mano libre en el pelo, viendo cómo disfrutaba de lo que estaba haciendo tanto como yo.

Sentí la tentación de masturbarme con más ganas y correrme en su cara.

Pero aquello tendría que esperar hasta otra ocasión.

—Arriba.

Retiró la lengua y se puso de pie.

—Desnúdate. —Me solté la erección y dejé que colgara hacia delante, apuntando directamente hacia su estómago como si tuviera una diana dibujada.

Se quitó el vestido y la ropa interior hasta quedar desnuda delante de mí, con los pezones endurecidos porque deseaba volver a tener mi miembro en la boca, o al menos eso era lo que yo quería creer.

—A cuatro patas. El culo en pompa. —Señalé hacia la cama.

Se subió a la cama y dejó el trasero colgando por el borde, y aquel ano estrecho me miró fijamente. Cuando estaba tan sensual, me asaltaban dudas sobre qué deseaba hacer. Quería penetrarla por detrás, por delante y por la boca en el mismo puto instante.

Pegué la palma de la mano derecha a su nalga, acariciando aquella piel decadente. Ya la había azotado antes y había visto allí mi propia huella. Pero ahora sería diferente.

—Voy a azotarte diez veces, cariño. Vas a contar conmigo.

Vaciló, sin pronunciar respuesta.

Le apreté la nalga.

—¿Has oído lo que he dicho?

—Sí, amo.

—Vas a contar conmigo.

—Sí, amo...

Sabía que tenía miedo. Sentía el ligero temblor de su cuerpo. Intentaba ocultarlo manteniéndose rígida, pero a mí no me engañaba.

—Sabes cuál es la palabra de seguridad. Repítela.

—Verde.

—Siempre puedes usarla si lo necesitas en algún momento. Pararé. ¿Lo entiendes?

—Sí, amo.

—Está bien. —Le froté el trasero con delicadeza y después le agarré la cadera izquierda, aferrándome bien a ella. Miró fijamente hacia delante y respiró con fuerza; sus emociones me resultaban evidentes por la tensión que mostraba.

Los violentos deseos que tenía dentro del cuerpo habían aflorado a la superficie. Retorcido como yo era, sentía deseos de hacerle daño. Quería marcarle la piel y dejarla enrojecida. Quería oírla llorar mientras seguía permitiendo que la golpeará. Era un enfermo perverso, pero nada cambiaría nunca mis fetiches.

Eché la mano hacia atrás y la azoté, dándole una palmada que rozaba la amabilidad. Tenía que ir poco a poco para que sus nervios se acostumbraran a la sensación.

—¿Qué es lo que he dicho?

Rome se dio cuenta de que no había contado.

—Uno.

—Uno, amo. Vamos a volver a repetirla. —Eché la mano hacia atrás y esta vez la golpeé con más fuerza, impulsándola hacia delante.

Soltó un ligero grito ahogado, bien de dolor, bien de placer. No quedaba claro de cuál de las dos cosas se trataba.

—Uno, amo...

—Bien. —Volví a azotarla, esta vez con más fuerza.

—Ah... —Se tensó hacia arriba mientras su cuerpo se movía hacia delante y el trasero empezaba a teñirse de rojo—. Dos, amo...

Le acaricié la nalga y sentí el calor de su piel. Estaba marcada e irritada, pues el azote de mi mano contenía la fuerza suficiente como para hacer que se sintiera incómoda.

—Ocho más, cariño.

Le pegué tres veces más, siendo mucho más delicado con ella que con mis otras sumisas. Quería que Rome tuviera la mente abierta, que supiera que podía superar aquello.

Ella siguió contando.

—Cinco, amo.

Ahora estábamos a medio camino y no iba a seguir siendo tan amable con ella. Le di con más fuerza que antes, provocando el sonido de una bofetada en cuanto mi mano entró en contacto con su nalga.

Se agitó hacia delante, dejando escapar un gemido de sorpresa. Respiró con dificultad por el dolor e hizo una mueca, luchando por suprimir la incomodidad.

Yo esperé a que contara, y se me crispó la palma de la mano por el deseo de volver a azotarla.

—Seis... amo.

Cerré los ojos y sentí cómo la mano se me cerraba en un puño. La adrenalina que sentía en el pecho era intensa, imparable. Oficialmente había abierto las puertas a mi lado más oscuro. Disfrutaba con el dolor de su voz. Me encantaba que se mantuviera fuerte y que no pronunciara la palabra de seguridad. Tenía la columna rígida y el miembro dolorosamente duro.

Volví a azotarla con ganas, golpeándola con tanta fuerza que cualquiera se habría encogido.

—Ah... —Apretó la cara contra el colchón mientras se agarraba a las sábanas que la rodeaban. El sonido de sus lágrimas inundó el aire—. Siete... amo. —Se sorbió las lágrimas mientras mantenía el trasero alzado.

Madre mía.

Aquello era una delicia.

Me sentía como un monstruo por disfrutar con ello, pero era una maravilla erótica. No quería que terminara. La golpeaba una y otra vez. Quería azotarla hasta que empezara a sollozar. La entrepierna se me retorció ante esa idea. Eché la mano hacia atrás y la azoté con fuerza de nuevo, y un firme chasquido llenó el aire.

Ella gritó de dolor y esta vez sus lágrimas se oyeron con claridad. Lloró con la cara contra el colchón, y su espalda se elevaba y descendía mientras

intentaba respirar ignorando la agonía.

—Nueve... amo.

—Una más, cariño. —Mi sexo nunca había sentido tantos deseos de estar dentro de aquel paraíso como ahora. Tenía la mandíbula apretada con fuerza mientras rechinaba los dientes. Me moría de ganas de penetrarla, pero también quería bajar el ritmo, saborear el último azote que estaba a punto de darle.

Se tensó, anticipando la última bofetada.

Le di con más fuerza que nunca antes, usando todo el ímpetu que mi cuerpo pudo reunir. Estrellé la palma de la mano contra su nalga, dejándola irritada y de un color rojo intenso. En cuanto mi mano chocó con su piel, gritó de dolor, mucho más fuerte que las veces anteriores.

Mi erección no lo resistía más.

Lloró por lo bajo contra las sábanas, humedeciéndolas con sus lágrimas a medida que estas calaban en el tejido.

La escuché llorar y eso sólo logró que me excitara más.

Me coloqué frente a su abertura, introduje mi erección en ella y me recibió la humedad que había esperado encontrar. Puede que estuviera llorando, pero era evidente que le gustaba. Su mente podía traicionarla, convenciéndola de que no debería disfrutar de lo que acababa de pasar, pero su cuerpo nunca podría mentir. Me deslicé a través de su sexo cálido y me apropié de él. La agarré por el pelo y tiré hacia atrás, levantándole la cabeza, con deseos de ver el arco de su espalda mientras la embestía.

Una vez que nuestros cuerpos empezaron a moverse al compás, sus lágrimas se detuvieron. Se meció hacia mí con más fuerza, tomando mi erección con la misma intensidad con la que yo se la entregaba. Sus gruñidos se convirtieron en gemidos y sus lágrimas desaparecieron por completo.

Le agarré los hombros, aferrándome a ellos mientras balanceaba las caderas y me hundía en ella, haciendo mía aquella entrepierna para siempre. Tenía el trasero enrojecido por los violentos azotes, una imagen que me gustaba contemplar tanto como el resto de su maravilloso cuerpo.

Puse un pie sobre la cama para adoptar una postura firme. Le rodeé la cintura con una mano, encontré su clítoris y lo froté con el dedo índice, llevándola al límite del clímax. Necesitaba que se corriera de inmediato, porque yo no podía aguantar mucho más. La había azotado con tanta dureza que mi sexo necesitaba liberarse cuanto antes.

Su cuerpo reaccionó a la caricia y se corrió sobre mi erección,

apretándola y constriñéndola hasta que sus fluidos la dejaron empapada. Estaba gritando cuando finalmente me permití correrme, llenarla con toda mi semilla.

Sí, joder.

Me descargué en ella por completo antes de salir y ver cómo el semen goteaba de su entrepierna. Me encantaba sentir a mi mujer con mi corrida. Me daba una sensación de satisfacción absoluta, me hacía sentir que realmente la poseía.

Cogí una toalla y algo de crema del baño y volví con ella, que estaba exactamente en la misma postura que antes.

—Ven aquí. —Cogí la almohada y se la puse debajo de la cabeza. Después, le empujé las caderas hacia abajo para que quedara tumbada sobre el vientre. Cerró los ojos de inmediato porque estaba agotada. Le coloqué una manta sobre la mitad superior del cuerpo para que no se enfriara y me ocupé de ella; mis ansias de dominación habían desaparecido en cuanto había quedado satisfecho. Ahora sólo me importaba cuidarla, asegurarme de que tuviera todo lo que necesitaba.

La limpié y le extendí la crema por ambas nalgas, esforzándome al máximo por reducir la hinchazón y el enrojecimiento. Le dolería hasta que se despertara por la mañana, pero al menos aquello la ayudaría a dormir.

No sentía ni pizca de lástima al mirar su piel, sólo excitación.

Era mi obra. Era mi huella. Aquella era mi mujer.

—¿Cariño? —Acabé de aplicarle la crema y le pasé los dedos por el pelo. Tenía los ojos cerrados, pero sospechaba que no dormía.

—¿Por qué disfrutas tanto haciéndome daño? —Cerró los ojos con más fuerza, como si le resultara demasiado doloroso mirarme.

Permanecí tumbado a su lado y la miré a la cara, viendo las manchas de las lágrimas adheridas a sus mejillas.

—Porque soy un cabrón retorcido. Por eso. —Le pasé los dedos por la mejilla, moviéndolos hacia el pelo—. No voy a inventarme excusas porque no las tengo. Disfruto haciéndote daño. Disfruto oyéndote llorar. No hay más.

Al final abrió los ojos, que tenían una capa de humedad en la superficie.

—Pero ¿por qué? ¿Es porque tu padre te pegaba?

Le sostuve la mirada, a pesar de que no quería responder aquella pregunta.

—Probablemente. Y probablemente también porque solía ver cómo les hacía lo mismo a otras mujeres. Lo tengo programado en el cerebro desde

entonces.

Apartó la mirada de mí y la clavó en la ropa de cama.

—Sé que te ha gustado, cariño.

—Sí... pero al final ya me hacía daño.

—Pero cuando te has corrido, ¿cómo te has sentido?

—Bien...

—¿Mejor de lo normal?

Asintió.

—Sentir dolor activa nuestros otros sentidos. Intensifica otras sensaciones y otras experiencias. Verás lo que quiero decir a medida que avancemos.

Se incorporó y miró por encima del hombro, contemplando su trasero teñido de un rojo intenso. Se pasó los dedos por la superficie e hizo una mueca al tocarlo de manera equivocada.

—Mañana volverá a estar normal —susurré.

Se apoyó en la almohada y se cubrió todo el cuerpo con la manta.

—¿Puedo traerte algo?

Sacudió la cabeza.

—No, gracias.

Me incliné hacia delante y la besé en la boca con delicadeza.

—Sabes que siempre puedes usar la palabra de seguridad, cariño. Para algo está.

—Ya lo sé, Calloway.

Le besé la frente y sentí su piel ardiente contra mi boca.

—Tengo que ir al Ruin esta noche. ¿Estarás bien aquí sola?

En cuanto supo que me iba a marchar, su actitud cambió. Ya no estaba relajada ni cansada.

—¿Para qué vas a ir?

—Jackson me ha devuelto la empresa, dice que no puede manejarla él. Sólo tengo que encargarme de unos asuntos de negocios.

—Sólo negocios, ¿no?

La pregunta me dolió, pero sabía que tenía todo el derecho a preguntar.

—Sólo negocios. —Puse la mano donde tenía el anillo—. Mi sumisa eres tú. No necesito a otra. —La besé en la mejilla y me levanté de la cama—. Volveré en unas horas.

—Vale.

Me puse los vaqueros y una camiseta y me dirigí a la puerta.

—Te quiero... —Las palabras sonaron tan bajas que apenas pude oírlas.
La miré desde donde me encontraba, junto a la puerta, contemplando a la hermosa mujer que estaba tumbada en mi cama.
—Yo también te quiero.

* * *

Cuando Jackson me vio desde donde se encontraba en la barra, esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Aquí está el afortunado...

Cogí su vaso de *whisky* de la barra y di un trago.

—Muy afortunado, la verdad.

—Rome ha cambiado de opinión, ¿eh?

—¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo está hablando de ello. Dicen que tenías a una sumisa ya preparada cuando una morena a la que nadie había visto antes te interceptó. Di por hecho que sólo podía tratarse de una persona...

Rome era la única mujer que contaba con toda mi atención.

—Pues estás en lo cierto.

—Me alegro de que por fin haya cedido. No creí que fuera capaz.

—Y tanto que lo es. —No podía creerme que me hubiera marchado de casa teniéndola a ella en la cama, con el trasero completamente rojo—. He venido a cumplir con mi deber como jefe de este lugar. ¿Hay algo en concreto de lo que tenga que ocuparme?

Se encogió de hombros.

—Todo. Yo no he hecho una mierda.

—Me lo tendría que haber imaginado. —Le di una palmadita en el hombro y me dirigí a las escaleras. Tenía intención de marcharme de allí lo antes posible, teniendo en cuenta que mi mujer estaba esperándome en casa. No quería estar sentado en aquella silla de cuero cuando podía estar desnudo en la cama, con los brazos alrededor de la mujer más sensual del mundo.

Llegué al segundo rellano e Isabella surgió de entre las sombras como si fuera una araña apareciendo de un rincón.

—Ahí estás. —Tenía las manos en las caderas e iba vestida completamente de negro, a excepción de los zapatos de tacón, que eran de un rojo brillante, al igual que el carmín de sus labios.

—Buenas noches, Isabella.

Me cortó el paso en el pasillo que llevaba a la puerta de la oficina, esforzándose al máximo por mostrar una actitud afable, pero sus ojos revelaban su dolor, por mucho que se esforzara en ocultarlo.

—¿Le has dado mi anillo?

Había dado por hecho que la conversación empezaría de manera diferente. Aquella mujer siempre lograba sorprenderme.

—Nunca ha sido tuyo. Sólo lo llevaste puesto durante un tiempo.

—No, era mío.

—Te lo quité, por si no lo recuerdas.

Parecía estar planteándose seriamente la posibilidad de darme una bofetada en la cara.

—¿Crees que esa puta puede ocuparse de ti? Va a partirse como si fuera una rama y lo sabes.

Contuve el impulso de agarrarla por el cuello.

—Vuelve a llamarla así y verás lo que ocurre. —Di un paso hacia delante, acorralándola de la forma más amenazadora posible. Nunca le pondría una mano encima a una mujer, pero eso no significaba que no pudiera darle un buen susto.

Isabella sabía que yo no me andaba con tonterías.

—Va a derrumbarse, Calloway. Los dos lo sabemos.

—Lo está haciendo de maravilla. Somos muy felices. —La rodeé—. Ahora, si me perdonas.

Me agarró del brazo con sus minúsculas manos.

—Calloway...

—No me toques. —Me zafé de ella, definitivamente cabreado—. No soy tuyo, no puedes tocarme.

Dejó caer las manos y no se acercó.

—No lo entiendo. Ella no te dio lo que querías, así que volviste conmigo. —La hostilidad que había mostrado no tardó en desaparecer y se vio sustituida por una vulnerabilidad absoluta—. ¿Y le dio igual que la traicionaras?

—Le dolió. Mucho. Pero entendió por qué lo hice.

—¿Y ahora te vas a deshacer de mí otra vez como si fuera un trapo viejo?

Mi enfado desapareció cuando percibí el dolor que irradiaba. No debería haber vuelto a tener nada con ella. Aquello era culpa mía. Isabella estaba empezando a recuperarse y yo la había hundido de nuevo.

—Explicué las circunstancias de forma muy clara. Nunca te mentí sobre cuáles eran mis intenciones, pero siento haberte hecho daño. Eres una mujer preciosa y puedes tener a alguien mucho mejor que yo.

—Sólo te quiero a ti, Calloway. —Se le acumularon lágrimas en los ojos—. Pero le diste mi anillo. Lo llevé durante todo un año, día y noche. Y entonces se lo diste a otra persona... es como si el tiempo que pasamos juntos no hubiera ocurrido nunca.

Dejé caer la cabeza, sintiéndome un cretino.

—Lo único que puedo hacer es decirte que lo siento, pero nada más.

—¿Que sientes el qué? —dijo con furia—. ¿Haberme tratado como a una mierda?

—En pocas palabras, sí.

Me clavó el dedo en el pecho, dándome justo entre los pectorales.

—Recibirás tu merecido, imbécil. Te lo prometo. —Con las lágrimas corriéndole por la cara, y con una expresión de suplicio, se largó hecha una furia.

Mi orgullo quería ponerla en su lugar por haber vuelto a tocarme, pero mi parte lógica me dijo que lo dejara pasar. Isabella era una bala perdida y no estaba pensando con claridad en ese momento. Era mejor dejar que se fuera teniendo la última palabra. A lo mejor serviría para subirle el ego y hacer que se sintiera un poco mejor.

Entré en la oficina y cerré la puerta con pestillo, asegurándome de que no hubiera ninguna sorpresa. A pesar de que Jackson había ocupado la oficina durante meses, parecía exactamente igual. El escritorio estaba ordenado de la misma manera, y la silla de cuero estaba regulada como a mí me gustaba. Estaba oscuro, con las luces artísticas del techo configuradas en el brillo mínimo.

Era perfecto.

Me senté en la silla y sentí cómo se me relajaba la espalda contra el cuero. Como si no hubiera pasado el tiempo, me sentía como un rey en mi propio universo. Notaba en el anular derecho el peso del anillo negro que simbolizaba mi compromiso absoluto con una mujer.

Todo parecía igual, pero también parecía diferente.

Por fin tenía todo lo que quería.

Era el dominante más fuerte y cruel que hubiera conocido nunca.

Y era un hombre totalmente enamorado.

Rome

La cama se movió cuando el peso de Calloway cayó sobre el colchón. Tenía el tamaño de un caballo y los músculos de un toro. No podía entrar en una sala sin hacer crujir las tablas del suelo, ni sentarse en un cojín sin aplastarlo.

Sin abrir los ojos, estiré la mano y toqué su pecho desnudo, sintiendo los músculos bajo la piel cálida. Me acerqué a él con rapidez, ansiosa por estar junto al hombre sin el que no podía vivir.

Buscó mi sien con los labios y me besó.

—He intentado no despertarte.

—Da igual, nunca estoy dormida del todo hasta que te tengo al lado.

—Le rodeé la cintura con el brazo y apoyé la cara sobre su pecho.

—¿Cómo te encuentras?

Tras unas horas, el picor había desaparecido. Tenía las nalgas casi igual de pálidas que antes de que me azotara.

—Bien, la crema ha ayudado.

—Mañana ni siquiera sabrás que estuve ahí.

—Pues es una pena...

Soltó una risita al lado de mi oído.

—Ten cuidado con lo que dices, cariño. Ahora mismo estás hablando con el hombre, pero la bestia puede surgir en cualquier momento.

Enganché la pierna con la suya.

—Estoy demasiado cansada para la bestia. Ahora mismo sólo quiero a Calloway.

—Vale, pues puedes tenerlo. —Puso la alarma del teléfono antes de volver a dejarlo en la mesilla.

—¿Qué tal en el Ruin? —Quería preguntarle qué tal el trabajo, pero ¿había sido trabajo de verdad? Tenía un negocio al que la gente iba a follar. Era una forma extraña de ganarse la vida, pero ahora que era su sumisa, lo cierto era que no tenía derecho a juzgar.

—Bien. —De repente, su tono se volvió cortante.

Mi corazón convivía con la paranoia ahora que Calloway me había

traicionado. Cada vez que estaba allí, me preguntaba si cedía a la tentación del ambiente y acababa con una sumisa en una de las salas de juegos. La acusación era ofensiva, así que no me atreví a preguntar.

Calloway se percató del ligero cambio de mi actitud. Estaba sintonizado con mis estados de ánimo igual que yo lo estaba con los suyos.

—Sólo he ido a la oficina y después me he marchado. No ha pasado nada más. No pasará nada más nunca.

A pesar de que había hecho pedazos mi confianza, le creí.

—Pero me he encontrado con Isabella... No veas lo simpática que ha estado.

—¿Qué ha dicho?

—Está enfadada porque hemos vuelto. Se siente usada y dolida.

—Me lo imagino. —Si yo hubiera perdido a Calloway y hubiera visto cómo se comprometía con otra mujer, también estaría destrozada. Cuando había visto a aquella rubia entregarle el alma, me había quedado hecha polvo. Supe que tenía que actuar rápido para recuperarlo.

—Acabará superándolo. Sólo esperemos que sea más pronto que tarde.

—Es una mujer guapa. Encontrará a otra persona. —Teníamos unos rasgos claramente distintos. Ella parecía haber nacido para el Ruin, era una criatura de la oscuridad. Con aquel cabello negro azabache y la confianza de la que hacía gala, parecía la compañera perfecta para una relación entre un dominante y una sumisa. Yo era normal, una mujer corriente de las que se ven por la calle. Con una sola mirada, sería imposible saber que alguna vez había pisado un lugar como el Ruin.

—No me cabe duda de que encontrará a alguien. Sólo espero que sea la persona correcta. —Me rozó el hombro con los labios, un gesto cálido y lleno de afecto—. Después de encontrarme con ella, la noche ha sido bastante aburrida. Estoy intentando compensar las negligencias de Jackson. Me sorprende hasta que los trabajadores hayan cobrado mientras yo no estaba.

—Estoy segura de que el local habría acabado cerrado si no hubieran cobrado.

—Es que no entiendo a Jackson. Dice que quiere responsabilidades, pero pasa de todo. No es tan difícil. Si se guardara la polla en los pantalones una hora al día, podría ocuparse de las cosas básicas.

—¿Cobra dinero del Ruin?

—Sí.

—Entonces, ¿cobra por no hacer nada?

—Yo no diría eso —dijo con calma—. Tiene mucha influencia en el ambiente del Ruin. Es como el relaciones públicas no oficial del lugar. Se comunica con los miembros y se asegura de que lo pasen bien. Es una persona con don de gentes. Está bien porque yo no lo soy en absoluto.

—Qué me dices... —bromeé.

Se rio junto a mi oreja y me estrechó contra su cuerpo.

—Sabes que eres la única persona del mundo que me cae bien de verdad.

—¿Que te cae bien? —pregunté.

—Sabes exactamente lo que siento por ti, cariño.

Pusimos fin a la conversación en ese momento y nos dejamos arrastrar por nuestros sueños, todavía con los cuerpos estrechamente entrelazados. No tenía ni una sola pesadilla ahora que Calloway estaba allí para ahuyentarlas. Era mi guardián, el que me protegía de todo.

* * *

El trabajo seguía como siempre. Tenía un proyecto con Chad y Denis, y trabajamos juntos en la sala de conferencias durante el resto del día. Parecía que todos mis compañeros me habían vuelto a aceptar oficialmente en el equipo, a pesar de mi relación personal con Calloway. Quizás el discurso de Calloway había hecho que se dieran cuenta de que se estaban comportando de forma ridícula. O a lo mejor se habían tomado en serio a su jefe cuando había dicho que los despediría a todos.

Desde entonces, el ambiente de trabajo había sido agradable.

Al final del día, Calloway y yo nos marchamos a casa. Nos sentamos en el asiento trasero del coche juntos, pero Calloway no me cogió la mano como solía hacer. Se quedó en su lado, con los ojos fijos en la ventana y llenando la zona posterior del coche con su naturaleza taciturna.

Yo sabía exactamente lo que aquello significaba.

No había vuelto a mi apartamento para llevar las cosas a su casa porque quería tomármelo con calma, pero eso no impedía que pasara con él todas las horas del día. Cuando iba a mi apartamento a por ropa nueva, me lo iba llevando todo poco a poco a su casa. Así que, en cierto modo, me estaba mudando con él de todas formas, pero a un ritmo lento.

Entramos en casa y, en cuanto la puerta estuvo cerrada y el pestillo echado, supe con qué versión de Calloway me encontraba.

Con la bestia.

—Desnúdate. —Se aflojó la corbata y dejó caer la chaqueta al suelo. Se quitó los zapatos con los pies, sin romper en ningún momento el contacto visual conmigo.

Yo bajé la vista al suelo e hice lo que me pedía, despojándome del vestido, la ropa interior y los tacones. Estaba acostumbrada a estar de pie desnuda frente a él a diario, viendo cómo sus ojos contemplaban mis pechos con admiración. Aquella mirada siempre hacía que la piel me ardiera, porque sentía su atracción hacia mí sin que tuviera que hacer ni decir nada.

—Sígueme. —Subió las escaleras mientras se desabrochaba la camisa. Le cayó por los hombros hasta llegar al suelo justo antes de que entráramos en la nueva sala de juegos. Llevaba una semana en obras.

Aquello debía de significar que ya estaba terminada.

En cuanto puse un pie dentro, me fijé en lo distinta que era. La antigua habitación de invitados se había transformado en el patio de juegos de Calloway. La ventana que daba a la puerta principal de la casa había quedado cubierta con un nuevo muro, haciendo que resultara imposible que alguien viera lo que estábamos haciendo dentro. Las paredes, antes grises, estaban ahora cubiertas con un papel granate, otorgándole a la sala un aspecto majestuoso y misterioso al mismo tiempo.

Había varios estuches contra las paredes, que contenían el mismo tipo de juguetes que había visto en el Ruin. Había un surtido de látigos, distintas cadenas y bridas dentro de recipientes de cristal. El techo estaba fabricado con una plataforma de madera que contaba con un sistema de suspensión, así como con una cuerda gruesa y larga.

No me podía creer que aquel lugar estuviera oficialmente en su casa.

La sala de juegos todavía me hacía sentir tensa e incómoda. Cuando estábamos en el Ruin, me notaba fuera de mi elemento. Sólo lo aceptaba y lo hacía porque perder a Calloway era lo peor que me había pasado nunca. Hacer aquello en un lugar en el que me sentía cómoda hacía que la experiencia fuera mucho más tolerable. No había nadie más, sólo estábamos nosotros dos.

—Ponte ahí de pie. —Calloway dio golpecitos con el pie contra el suelo en el centro de la habitación—. Ahora.

Me puse donde había señalado con el pie y dirigí la mirada al suelo. Oí el sonido metálico de su cinturón mientras se lo sacaba de las trabillas y dejaba caer los pantalones. Lo siguiente fueron sus bóxers, que se sumaron al

montón de ropa.

—¿Palabra de seguridad? —Caminó hasta mí con el cinturón negro en las manos.

—Verde.

Me ató las muñecas con el enganche de la cuerda, sin apartar los ojos de mí en ningún momento. Su intensidad era excitante, pero también atemorizadora. Fuera lo que fuera lo que estaba a punto de hacerme, iba a complacerlo en gran medida. Aquello me hizo sentir un escalofrío de emoción, pero también un espasmo de tensión.

Tiró del sistema de suspensión hasta que mis pies quedaron colgados a unos centímetros del suelo. Me balanceé suavemente mientras mi cuerpo cambiaba de posición lentamente hasta detenerme.

Quería preguntar qué era lo que iba a hacer, pero sabía que no debía hacer preguntas.

Dio un paso atrás e inspeccionó mi postura, todavía con el cinturón negro en la mano derecha, mientras permanecía de pie completamente desnudo. Su impresionante erección se alegraba de verme. Era gruesa y larga, y estaba ansiosa por enterrarse en mí.

Y yo quería que se enterrase en mí.

Caminó lentamente a mi alrededor y alzó el cinturón, rozándome la piel suavemente con el cuero. Era áspero al tacto, y noté cada una de las muescas como protuberancias contra la piel. Empezó en el vientre y se deslizó por el trasero a medida que él iba hacia atrás.

—Voy a fustigarte, cariño. Y tú vas a contar, como la última vez.

¿Iba a azotarme con el cinturón?

—¿Lo entiendes? —Su voz potente hizo eco en la sala, a pesar de que no elevó el tono.

—Sí, amo. —Generalmente prefería que lo llamara amo en vez de señor, así que escogí aquel apelativo.

Me dio una palmadita traviesa en el trasero.

—Bien. Hasta diez. —Se puso detrás de mí, golpeando el suelo de madera con los pies desnudos.

Sabía que estaba a punto de suceder, así que me tensé inmediatamente mientras colgaba de la cuerda. La espalda y las nalgas me ardían, a pesar de que no había habido contacto alguno. Temía el dolor antes incluso de que se produjera, porque pensaba en la forma en que me había azotado con la mano.

Sin previo aviso, Calloway restalló el cinturón sobre mi nalga izquierda.

El azote no fue tan malo como las últimas palmadas que me había dado aquella semana, pero bastó para que me ardieran las terminaciones nerviosas. Me curvé por el impacto y me quedé balanceándome del techo.

Casi me olvidé de contar.

—Uno, amo.

Se golpeó la mano con el cinturón, provocando un restallido que reverberó contra las paredes. Era un aviso sonoro de lo que venía a continuación.

—Bien, cariño. —Volvió a golpearme, aplicando un poco más de fuerza que la vez anterior.

—Dos, amo. —Me mordí el labio inferior mientras me mecía hacia delante, disfrutando del dolor, pero temiéndolo al mismo tiempo. Lo más excitante de dejar que Calloway me dominara era lo mucho que él disfrutaba con ello. Cuando estábamos en su elemento, era un hombre muy erótico. Los músculos de los brazos eran protuberantes y tenía el torso tenso. Era espeluznante, pero absolutamente exquisito.

Me azotó tres veces más hasta que llegamos a la mitad.

Sabía que, de ahí en adelante, sería más brusco.

—Cinco, amo.

Me rodeó y se quedó directamente frente a mí. Llevó los labios a mi vientre y cubrió la piel de besos, deslizando la lengua por los pequeños abdominales de mi torso. Descendió, posando una rodilla sobre el suelo.

Tomé aire cuando supe lo que ocurriría a continuación.

Se puso mis piernas en los hombros y me besó en la zona más sensible, deleitándola con unos besos apasionados. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, saboreando la sensación de su lengua mientras me rodeaba el clítoris palpitante.

Como el caballero que era, me llevó al orgasmo en cuestión de minutos, escuchando cómo gritaba pidiendo más. Me succionó el clítoris con más fuerza e incluso me dio un pequeño mordisco, haciendo que las caderas me corcovearan contra su rostro.

—Amo...

Me dio unos últimos besos antes de alzarse cuan alto era. Tenía mis fluidos esparcidos por los labios, con un brillo resplandeciente que hacía que deseara besarlos sólo para probar mi propio sabor.

—Buena chica. —Se puso detrás de mí y chocó el cinturón contra su mano—. ¿Lista, cariño?

—Sí, amo.

Me golpeó en ambas nalgas, y sentí el mordisco del metal con fuerza en mi piel. Nunca antes me había azotado con tanta fuerza.

Me sacudí hacia delante y solté un jadeo de dolor. No me lo había esperado porque estaba demasiado concentrada en los vestigios del orgasmo que todavía me palpitaba entre las piernas. Eché la cabeza hacia delante y el pelo me quedó colgando sobre el pecho.

—Seis, amo...

Me azotó una vez más, sin darme apenas la posibilidad de recuperarme. Me pegó con fuerza, con mucha más agresividad de la que había empleado la semana anterior.

Los ojos se me anegaron en lágrimas, que no tardaron en acumularse y en salir a la superficie. Me había dolido más que cualquier otro golpe que me hubiera dado. El dolor comenzó en la superficie de la piel y me ardió hasta el interior del músculo. El escozor de los ojos aumentó hasta que se me escaparon las lágrimas.

—Siete, amo...

No quería seguir. Al principio, el dolor había sido tolerable y el deseo de Calloway me había resultado excitante, pero ahora se estaba volviendo insoportable.

Me volvió a fustigar con el cinturón, usando casi toda su fuerza para azotarme.

En esa ocasión, sollocé en voz alta, sintiendo cómo el dolor me penetraba hasta la médula.

—Ahh... —Cerré los ojos y sentí cómo me rodaban por la cara las lágrimas calientes. Sentía la presión de la cuerda en las muñecas e intenté soltarme agarrándola con los dedos. Me estaba planteando decir la palabra de seguridad, porque no podía seguir soportando aquello.

—No has contado —rugió Calloway—. Y serás castigada por ello. —Me azotó dos veces seguidas, golpeándome con el cuero del cinturón y haciéndome gritar de dolor—. Empezaremos otra vez desde cinco.

Apenas había podido llegar a diez la primera vez. Era imposible que lograra empezar otra vez.

—Calloway.

Me volvió a azotar.

—Amo. Ahora vamos a empezar desde cero.

No quería seguir con aquello. Ya no resultaba divertido. Era sólo

doloroso y degradante. A lo mejor sus otras sumisas podían soportar aquel tipo de tortura, pero yo no. Si eso me convertía en débil, que así fuera. Si Calloway no podía comprometerse, entonces...

Calloway volvió a pegarme, más fuerte que las veces anteriores.

Y, entonces, me rendí.

—Verde...

El cinturón impactó contra el suelo y Calloway tiró de los cables de suspensión. Con un ágil movimiento de manos, me bajó al suelo y soltó la cuerda. Mis muñecas quedaron separadas y apenas fui capaz de soportar mi propio peso con firmeza.

Calloway se retiró al otro extremo de la sala y se arrodilló, con la cabeza inclinada hacia el suelo. Mantuvo la vista baja y no pronunció una sola palabra. El pecho le subía y le bajaba por los jadeos y el sudor le goteaba por la espalda y el pecho. Parecía una estatua, un héroe tallado en mármol.

Yo me apoyé en el suelo y me recosté de lado porque tenía el trasero demasiado dolorido. Me ardía, y estaba inflamado por el mordisco del cuero. Me llevé los brazos al pecho y dejé que las lágrimas continuaran cayendo al suelo. Ya no lloraba porque lo peor había pasado, pero estaba intentando sobrellevar el dolor en silencio. La crema que tenía Calloway probablemente ayudaría.

—Dame esa crema que usaste la otra vez...

Calloway hizo lo que le pedía y salió precipitadamente de la habitación. Sólo tardó treinta segundos en volver a la sala con el frasco. Lo puso en el suelo y volvió a retirarse, con cuidado de no tocarme y de no acercarse demasiado a mí.

—Puedes tocarme, Calloway.

Me miró fijamente, dejando ver en sus ojos un sentimiento de remordimiento.

—¿Estás segura?

—Sí...

Se arrodilló a mi lado y me extendió la crema por la piel, que estaba de un rojo brillante. Era todo lo cuidadoso posible y no mostraba ni una pizca de la agresividad que lo había dominado un instante antes. Pasó las puntas de los dedos por las zonas heridas con una ternura que nunca antes había visto.

Yo me quedé tumbada en el suelo de madera, todavía desnuda y con un poco de frío.

Volvió a ponerle la tapa al frasco y me llevó en brazos de la sala de

juegos al dormitorio. Me metió bajo las sábanas y me arropó como si fuera hora de dormir. Sólo eran las seis y media, y ni siquiera habíamos cenado todavía.

—Voy a preparar algo de cenar. Volveré en quince minutos. —Me pasó la mano por el pelo; sus ojos ya no mostraban aquel deseo ardiente e insatisfecho. Ahora me miraba como lo hacía cuando me decía que me quería, con una preciosa sensibilidad. Me besó en la frente antes de marcharse.

* * *

Calloway depositó la bandeja de la cama delante de mí, con carne asada y ensalada como acompañamiento. Me sirvió una porción minúscula porque sabía que no tendría mucho apetito. También había un vaso de agua con hielo y una copa de vino.

Se sentó en el borde de la cama y se me quedó mirando.

Me incorporé y observé la comida.

—Tiene buena pinta... —No tenía hambre porque sentía demasiado dolor. La crema me había ayudado, pero sólo el tiempo curaría las quemaduras de mi piel—. ¿Tú también vas a comer?

—No tengo hambre.

Yo comía sólo para ser educada, por apreciar el detalle que había tenido. Se convertía en un animal cuando me tenía como sumisa, pero cuando el momento acababa, volvía a ser un hombre.

Calloway se miró fijamente las manos, pasando las palmas una sobre la otra antes de volver a mirarme a mí.

—¿Vas a dejarme? —Mantuvo la voz firme, pero no pudo evitar que el miedo se reflejara en sus ojos.

Bajé el tenedor, atónita por la pregunta.

—No, Calloway. Nunca.

Respiró hondo y volvió a clavar la mirada en sus manos, dejando claro el alivio que sentía por el modo en que se le relajaron los hombros. También aflojó su mandíbula cuadrada.

—Lo siento... Siento haberte hecho daño.

—No pasa nada. —Me costaba entender que dijera aquellas palabras de verdad. Después de todo, se ponía haciendo daño a las mujeres. A lo mejor había distintos niveles y nuestra experiencia era demasiado extrema—.

Espero no haberte decepcionado.

—Nunca. —Estiró la mano sobre la cama, buscando la mía—. A mí me basta con que lo intentes. —Se llevó mi mano a los labios y me dio un beso en los nudillos—. Gracias por haber usado la palabra de seguridad. Ojalá la hubieras dicho antes.

—Creía que podría soportarlo...

—Es algo que tenemos que descubrir juntos: cuáles son tus límites.

—Sí.

Apartó la mano para que yo pudiera seguir comiendo.

—¿Puedo traerte algo?

—No, estoy bien.

Volvió a fijar la vista en el suelo, guardando silencio mientras yo acababa la cena. Sus pensamientos eran un misterio, pero su humor era evidente. Estaba enfadado, pero sabía que no era conmigo. Probablemente se odiaba a sí mismo por haberme presionado tanto cuando yo aún era una principiante.

—¿Calloway?

—¿Hmm? —No me miró, concentrado como estaba en su estado de ánimo.

—No pasa nada, de verdad.

Sacudió la cabeza con la mandíbula tensa.

—Disfruto haciéndote daño. Me encanta oírte llorar. Nunca la he tenido tan dura como en ese momento. Eso me convierte en un hijo de puta enfermo y lo sé. En cuanto dijiste la palabra de seguridad y supe que estabas sufriendo de verdad... me deprimí más que nunca. No sentí placer. Sólo me odiaba a mí mismo.

No había terminado la comida, pero decidí que la tomaría más tarde. La conversación parecía demasiado intensa para cenar.

—Rome, ojalá fuera diferente. Ojalá fuera un tío normal. Ojalá no necesitara esto...

—Ya lo sé. —Creía de todo corazón que sus palabras eran sinceras.

—Nunca me ha importado llevar a las otras hasta el límite. Nunca me ha importado su bienestar. Pero a ti te quiero... y me duele hacerte daño. No puedo explicarlo. Me encanta hacerte daño como dominante, pero después me odio por ello.

Puse la bandeja a un lado y me llevé las rodillas al pecho.

—Ojalá pudiera cambiar. Pero ya lo he intentado una vez antes y me

salió el tiro por la culata. No creo que pueda ser diferente...

—No importa, Calloway.

Se giró hacia mí, con una mezcla de enfado y sorpresa.

—¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que has dudado los últimos seis meses?

—Ninguno de los dos vamos a cambiar nunca —expliqué—. Pero está claro que podemos comprometernos mutuamente. Ahora sé que no quiero volver a hacer eso nunca, al menos con esa intensidad, pero sí podemos hacer otras cosas.

Agitó la cabeza, con una expresión distinta en los ojos.

—Eres increíble... Eres valiente. Si me hubieras dicho que querías marcharte, no habría tenido el coraje para detenerte.

—Pero no quiero marcharme porque te quiero. —Nuestro amor no tenía sentido desde un punto de vista lógico. La mitad de la esencia de Calloway era exactamente lo que yo buscaba en un hombre. Era generoso, amable y altruista. Pero la otra mitad era un hombre que me daba miedo—. Me alegro de haber vuelto contigo y de haberle dado a esto otra oportunidad. Tenía la mente cerrada y estaba asustada, pero cuando me dejé llevar por el momento contigo, empecé a entenderlo. Me gusta, Calloway. Me gusta la forma en que me haces daño y después me follas.

El remordimiento anterior abandonó su rostro lentamente y fue sustituido por un intenso anhelo.

—Es sólo que mi resistencia tiene un límite. No hace falta que cambies, Calloway. Simplemente tenemos que darnos el uno al otro lo que necesitamos. Nada más.

Asintió, mostrando su acuerdo.

—Eres una mujer increíble. Siempre lo he pensado, pero ahora lo pienso todavía más. —Se acercó a mí deprisa sobre la cama, hasta que me rozó la cadera con el muslo. Me miró con sus preciosos ojos azules y con el pelo desaliñado. No llevaba camiseta, pero ya se había puesto los pantalones deportivos—. Gracias por no salir huyendo.

—Eres la última persona de la que quiero salir huyendo. —Le sostuve el rostro con las manos y lo besé con lentitud en la boca, sintiendo que mi corazón amaba a aquel hombre más que nunca. Debería estar molesta y ofendida por lo sucedido en su sala de juegos, pero ver cómo me amaba y me veneraba con tanto fervor hacía que todo valiera la pena.

Me rodeó las muñecas con las manos y me besó con más intensidad,

moviendo la lengua con la mía. No tardó mucho en empezar a gemir en mi boca, tentado al sentir mis labios contra los suyos.

—¿Puedo hacerte el amor, cariño?

Ignoré la molestia que aún sentía en las nalgas porque mi cuerpo y mi corazón anhelaban al hombre que me devolvía la mirada. Quería más de aquellos besos, más de aquellas caricias. Dejé caer las manos sobre sus hombros y le clavé las uñas en la piel.

—Por favor.

Calloway

—¿Qué estás haciendo aquí? —Entré en mi despacho del Ruin y vi a Jackson detrás del escritorio.

—Me he dejado aquí unos condones... —Buscó por los cajones, apartando los bolígrafos y las libretas a un lado—. No los encuentro por ninguna parte.

—Probablemente ya los hayas usado todos.

—Creo que no... —Abrió otro cajón y encontró los envases metálicos—. Ah, aquí están. —Dio un golpe al cajón y se puso de pie—. Voy a darles un buen uso. —Los agitó delante de mi cara mientras pasaba a mi lado—. Pero diviértete haciendo papeleos y esas mierdas.

—Yo no tengo que usar condones con mi mujer. —Ocupé su lugar en la silla—. Y ya me he divertido antes de venir aquí.

—Entonces, ¿sigue siendo una buena sumisa? —Se sentó en una de las sillas que había frente a mi escritorio.

—¿No tenías que ir a algún sitio?

—Puede esperar. —Se metió los envases en el bolsillo—. ¿Las cosas siguen yendo bien?

No iba a contarle cómo la había maltratado. Eso me haría quedar como un capullo. Mi hermano ya pensaba lo peor de mí, pero no quería difundirlo.

—Somos felices, sí.

—Pues Isabella devolvió ayer su carné de socia, así que supongo que ya es cosa del pasado.

Aquella era la mejor noticia que había oído en toda la semana. Me recosté en la silla y no me molesté en reprimir un suspiro.

—Esa es una noticia maravillosa. Estoy cansado de sus lloriqueos.

—Aquí era un gran atractivo para los otros dominantes. Tú deberías saberlo, estuviste obsesionado con ella en su momento.

Parecía que hubiera transcurrido una eternidad.

—Aquello fue un error. Nunca debería haberme involucrado con ella hasta ese punto. Lección aprendida.

—Y aun así... estás haciendo lo mismo con Rome.

—No es lo mismo —rebatí—. A ella la quiero.

Jackson levantó una ceja.

—Creo que nunca te había oído decir eso.

No sentí una pizca de vergüenza. Jackson podía meterse conmigo todo lo que quisiera, me importaba una mierda.

Para sorpresa mía, no hizo ningún comentario de sabelotodo.

—Ya era hora de que lo soltaras. Lo llevas escrito en la cara desde hace un año. —Se levantó del asiento de un brinco y dio unas palmaditas en el bolsillo donde guardaba los condones—. Bueno, me piro a hacer lo que mejor se me da. Dale recuerdos a mi futura cuñada. —Abrió la puerta, pero no salió. Me miró por encima del hombro con una ceja levantada.

No tenía ni idea de qué significaba aquella mirada.

—¿Y bien?

—Creía que me ibas a mandar a la mierda o algo así por el último comentario.

—¿Por qué? No era ofensivo.

Jackson volvió a entrar y cerró la puerta.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—No lo sé, Jackson. La verdad es que no tengo ni idea de lo que estás diciendo tú.

—¿Estás pensando en casarte con ella?

—No estoy pensando en ello —dije—. Sé que quiero casarme con ella. Lo que no sé es cuándo.

—Joder, espera un momento. —Levantó una mano en el aire, como si me hiciera falta pisar el freno—. ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Esa mujer vive conmigo, por si no te has dado cuenta. Es mi sumisa y mi amante. El matrimonio es el siguiente paso, ¿no?

—Sí, pero... joder.

Puse los ojos en blanco porque la conversación se estaba volviendo repetitiva.

—Lárgate, Jackson.

—No, me alegro por ti. Sé que Rome te gusta de verdad. Es sólo que... sinceramente, nunca te había imaginado casado.

—Las cosas cambian. —Rome había hecho el mayor compromiso posible para estar conmigo, y no era algo que yo me tomara a la ligera. Cada fibra de su cuerpo luchaba contra aquel acuerdo, pero lo hacía porque no

quería perderme. Sabía que Rome quería una relación romántica, casarse y tener hijos. Si ella me daba lo uno, yo le daría lo otro—. Pero no voy a casarme con ella mañana, así que no hay motivo para emocionarse.

—Qué pena. Ya me he emocionado.

* * *

Dejé que el senador Swanson soltara una perorata por teléfono sobre la placa de donante que le gustaría que se presentara en la cena de veteranos. Estaba siendo tan específico sobre cuál era el aspecto que quería que tuviese que no estaba seguro de por qué no se ocupaba de ello él mismo.

Y, de paso, que se besara su propio culo.

Cuando pude colgar el teléfono, mi ayudante habló por el interfono.

—Señor Owens, Isabella ha venido a verlo.

Estaba a punto de abrir un correo cuando me puse rígido por la inquietud. Justo cuando creía que aquel dolor de muelas había desaparecido, volvía a aparecer. Le había dicho a Jackson que dejaba el Ruin, pero a lo mejor sólo era una estratagema para obtener más atención.

Madre mía, qué coñazo de mujer.

Nunca debería haber comenzado una relación monógama con ella. Nunca debería haber decidido comprometerme con ella, ni siquiera dejando claro que no duraría para siempre.

Porque era evidente que ella sentía algo distinto.

No podía ignorarla y dejarla en el recibidor. Isabella se quedaría esperando hasta el final del día o montaría un numerito delante de todos mis empleados.

Pulsé el botón.

—Dile que pase.

Isabella entró un instante más tarde con una mueca de enfado en la cara. Llevaba unos vaqueros ceñidos y una camiseta negra, y tenía aspecto de acabar de salir del Ruin tan sólo unos minutos antes. El pelo lo llevaba como de costumbre: largo y liso.

Quise estrangularla.

Asfixiarla hasta la muerte.

La odiaba con toda mi alma.

Era una mosca cojonera que no iba a desaparecer.

—¿Puedo ayudarte en algo, Isabella?

Cruzó los brazos sobre el pecho, con pinta de ser la amante del diablo.

—No.

Apoyé las manos juntas sobre la mesa y mantuve la calma, a pesar de que no tenía ni idea de qué era lo que estaba ocurriendo. Se comportaba con una confianza excesiva después de que la hubiera rechazado tantas veces. Parecía creer que era la dueña de aquel despacho, que era mi dueña.

¿Qué era lo que me estaba perdiendo?

—¿Querías hablar de algo?

—No. —No se movió.

Ahora estaba fuera de mí. Isabella no había ido allí para hablar. No tenía ningún motivo para estar allí en absoluto. Entonces, ¿qué estaba tramando?

Algo malvado, no cabía duda.

Me levanté de la silla para poder agarrarla por el brazo y acompañarla afuera.

Isabella se llevó la mano al bolso, sacó una pistola y la apuntó directamente hacia mí. No le tembló la mano mientras me apuntaba al centro del pecho con el cañón.

Me detuve en seco, contemplando a la desquiciada que sostenía una pistola directamente apuntada hacia mí.

—Siéntate, Calloway. —Señaló la silla con la pistola antes de volver a dirigirla a mí—. No quiero dispararte, pero lo haré.

Aunque tenía una pistola cargada delante de mí, no sentía miedo. Lo que realmente me asustaba eran las circunstancias. Estaba claro que no había ido allí a matarme. Si esa fuera su intención, ya lo habría hecho. Su objetivo era que me quedara en aquella silla.

Dio un paso hacia delante y acercó la pistola.

—Siéntate.

Descendí lentamente hacia la silla, sin parpadear en ningún momento porque necesitaba ser testigo de cada uno de sus movimientos. Puse los brazos en los reposabrazos y me agarré a los bordes de madera, deseando tener un arma para poder dispararle entre los ojos.

—Isabella, ¿qué estás haciendo? —Si creía que podía intimidarme, se equivocaba.

—Tú sólo siéntate y quédate callado. —No le temblaba la mano mientras me apuntaba a la frente con la pistola—. Haz lo que te diga y saldrás vivo de esta.

—¿Salir vivo de qué? —exigí saber—. ¿Qué cojones está pasando,

Isabella?

—¿Qué te acabo de decir? —Se aproximó más al escritorio, acercándome la pistola a la cabeza todavía más.

—Le diste a esa zorra mi anillo. —Ahora la pistola empezó a temblar, no por miedo, sino por sufrimiento—. ¡Era mío! Lo llevé puesto un año y tú se lo diste a otra sin más. Es como si yo nunca hubiera significado nada para ti.

Por lo normal, la habría insultado, pero me estaba apuntando a la cabeza con una pistola. Era testarudo, pero no era estúpido.

—Isabella, vamos a calmarnos un segundo...

—¡No! ¿Cómo pudiste preferirla a ella? ¿Qué tiene que no tenga yo?

—Nada. —No estaba hinchándole el ego. Aquella respuesta era cierta—. No tiene nada que tú no tengas, Isabella. Mi corazón la escogió a ella. No puedo darte una explicación mejor. Eso no significa que tú no fueras lo bastante buena.

—Pues eso es lo que parece.

Levanté las manos con suavidad.

—Isabella, vamos a bajar la pistola y a hablar como adultos, ¿vale?

—No. —Se le tensó el dedo sobre el gatillo.

Le eché una ojeada al teléfono que tenía al lado. Me resultaría imposible llamar a emergencias antes de que me descargara cinco balas. No estaba seguro de si realmente me mataría, pero no le había temblado la mano en ningún momento. Y si estaba lo bastante loca como para ir a mi despacho y apuntarme con una pistola, quién sabía de qué más era capaz.

—Dime qué está pasando.

—No tienes que preocuparte por eso.

Isabella no necesitaba dinero, así que dudaba que fuera algún tipo de atraco. Estaba claro que intentaba mantenerme en la oficina, alejado del resto de la plantilla. Me estaba acorralando, separándome del resto del grupo, pero no quería matarme. Así que ¿qué era lo que quería?

Entonces me di cuenta.

—Rome. —Me puse de pie de un salto—. ¿Qué coño le estás haciendo? —Rodeé la mesa, sabiendo que Isabella no era más que una distracción. Otra persona estaría llegando a Rome mientras yo tenía el culo en la oficina. Ella corría mucho más peligro que yo, a pesar de que a mí me estuvieran apuntando con un arma.

Isabella se interpuso en mi camino y me dirigió la pistola al corazón.

—No me desafíes, Calloway. No quiero hacerte daño, pero que no te quepa duda de que lo haré. —Me pegó la pistola al pecho, dejando que el metal me diera directamente en el músculo—. Así que cierra la puta boca y siéntate.

Miré hacia la puerta, intentando pensar en un modo de escapar.

Isabella sacudió la cabeza.

—Probablemente ya sea demasiado tarde, Calloway. No tiene sentido que pierdas la vida por ello.

Rome

Tenía el horario apretado aquella tarde. Tenía que ir al centro, al despacho del alcalde, para hablar de la apertura de un nuevo refugio para indigentes a las afueras de la Quinta y Broadway, y luego tenía que ir al ayuntamiento para recibir la aprobación. Además, debía escribir un informe, terminar un proyecto con Chad y ni siquiera había mirado la bandeja de entrada.

A pesar de que resultaba agotador, me encantaba estar ocupada.

Me encantaba sentir que estaba haciendo algo.

Ya no me dolía el trasero porque la inflamación había disminuido, y el color había vuelto a su característico tono pálido. No había ni rastro de que Calloway me hubiera fustigado. En casa, Calloway era mucho más cariñoso de lo normal. La bestia no había venido a hacer ninguna otra visita. Sólo estaba el hombre.

Me debería haber recordado a Hank, pero nunca lo hacía. Las situaciones eran completamente diferentes. Cuando Calloway comprendía que me estaba haciendo daño de verdad, llevándome a un límite donde yo ya no recibía placer, no quería seguir adelante. No quería seguir haciéndome daño.

Él no era un monstruo.

Cogí el bolso de debajo de la mesa y me preparé para marcharme cuando una mano se cerró sobre mi boca. La palma se apretó con fuerza contra mi rostro mientras otro brazo me rodeaba el pecho, manteniéndome inmóvil.

Grité contra la mano, pero no se oyeron más que ruidos amortiguados.

No me hacía falta ver la cara de aquel hombre para saber exactamente de quién se trataba. Puede que fuera más grande y más fuerte, pero no iba a rendirme. Eché el brazo hacia atrás sin tener ni idea de adónde apuntaba, y lo golpeé directamente en la oreja.

—Zorra. —Me aferró con más fuerza y me sostuvo los brazos hacia abajo.

Levanté las piernas y di una patada contra el escritorio, haciendo que la

silla saliera despedida y fuera a parar directamente contra él.

Se chocó contra la otra pared y me soltó por un momento.

Me levanté de la silla y me precipité hacia el teléfono, porque necesitaba llamar a la policía. Dejé escapar un grito al mismo tiempo, con la esperanza de que mis compañeros me oyeran. Había muchos hombres en la oficina, hombres lo bastante fuertes como para liberarme de Hank.

Hank me dio un puñetazo en la parte posterior de la cabeza y me lanzó al suelo.

—Recibirás más como ese. —Me arrastró hasta ponerme de pie y me rodeó la cintura con el brazo—. Como hagas un ruido, verás lo que pasa. —Tenía el cañón de un arma hundido en el vientre y notaba un pellizco incómodo donde la pistola me rozaba el costado—. ¿Entendido?

Asentí porque no podía hablar. Ahora estaba totalmente aterrorizada. Calloway estaba en su despacho al otro lado de aquella planta. A menos que por casualidad estuviera en la sala de descanso o hablando con alguien en la planta principal, nunca sabría que me estaban raptando.

—Bien. —Me sacó por la puerta del despacho y mantuvo el arma escondida dentro de la chaqueta—. Si haces un ruido, te disparo aquí mismo. —Apretó más la pistola contra mí—. Y puedes desangrarte y morir aquí mismo, en el suelo. Así que vamos.

Me llevó por el pasillo, manteniéndome pegada a su cuerpo a medida que pasábamos junto a las puertas que había a ambos lados. Tenía la esperanza de que nos cruzáramos con alguien de la oficina, con cualquiera, pero todo el mundo estaba comiendo o dentro de sus respectivos despachos.

El corazón me latía a mil por hora.

Calloway no sabría que había desaparecido hasta que acabara la jornada, cuando se diera cuenta de que mi bolso seguía sobre mi escritorio con el teléfono dentro. Era inteligente y no tardaría en sumar dos más dos, pero para entonces haría mucho tiempo que yo habría desaparecido.

Joder.

Hank me metió en el ascensor y pulsó el botón del vestíbulo.

Logré que mi cuerpo dejara de temblar e intenté mantener la calma. La única forma en que podía salir de aquella era tramando un plan. Tenía que encontrar una ruta de escape. Necesitaba hacer lo que fuera necesario para huir sin acabar con una bala dentro.

Y no podía dejar que Hank me tocara.

El trayecto en ascensor hasta la planta baja fue rápido y no me dio

tiempo a planear mi próximo movimiento. Había tenido la esperanza de que alguien se subiera al ascensor con nosotros. Tal vez podría haberles comunicado en silencio que estaba en peligro, que me estaban secuestrando.

Pero no tuve tanta suerte.

Las puertas se abrieron y atravesamos el recibidor, cruzándonos con trabajadores que llevaban trajes y vestidos. Intenté establecer contacto visual con alguien, pero todo el mundo estaba demasiado absorto en sus teléfonos.

«No».

Hank me sacó por la puerta y me metió en un coche negro que había más adelante. Había un chófer en el asiento delantero, pero la parte trasera estaba completamente tintada. Hank abrió la puerta trasera.

—Súbete.

No tenía ni idea de adónde me estaba llevando, pero fuera donde fuera, no era bueno. Ignorando la pistola, me quedé en la acera e intenté no hiperventilar. Tenía la sensación de que si entraba en aquel coche, no escaparía nunca.

Hank me pegó los labios al oído.

—¿Crees que no te voy a disparar? Porque sí lo haré. Y te follaré de todas formas. —Me empujó hacia el interior del coche y caí sobre el asiento trasero. Me apartó las piernas y se colocó en el asiento junto a mí.

El conductor no esperó a que nos pusiéramos los cinturones de seguridad. Se puso en marcha de inmediato, uniéndose al enjambre de coches atascados en el tráfico de Manhattan. Hank se apoyó el brazo en la pierna, todavía con la pistola en dirección a mí.

Mierda. ¿Cómo iba a salir de aquella?

Calloway

Isabella mantuvo el arma apuntada hacia mí mientras miraba el teléfono. Era obvio que estaba esperando algún tipo de señal que le indicara que, fuera cual fuera el plan que tenía en marcha, este se había llevado a cabo con éxito.

Yo no podía seguir allí sentado, no cuando Rome estaba en peligro. No tenía ni idea de cómo había armado Isabella aquel ridículo plan, ni de cómo habría convencido a alguien para que la ayudara, pero tenía que acabar con aquello de inmediato.

—Isabella, tú no quieres hacer esto.

—Tú no tienes ni idea de lo que yo quiero.

—Hacer desaparecer a Rome no va a lograr que vuelva contigo. —Tenía que mantener la voz firme, a pesar de que el temor me devoraba por dentro. No me daba miedo que me disparase. Tenía miedo de que le ocurriera algo horrible a la mujer a la que amaba.

—Ella lo ha arruinado todo. Arruinó lo nuestro.

—Nosotros íbamos a dejarlo en algún momento de todas formas.

—Eso no lo sabes. —La pistola empezó a temblar y las lágrimas afloraron a sus ojos.

—Sí que lo sé. Y no tenía nada que ver contigo, Isabella. Tú no tienes nada de malo. —Me levanté lentamente, con las manos alzadas—. Eres perfecta tal y como eres. No fue nada personal.

El arma tembló con más violencia.

—Siéntate.

—No. —Mantuve mi posición—. No vas a dispararme. —Despacio, rodeé la mesa sin apartar la vista de ella en ningún momento.

—Puedes estar seguro de que lo haré.

—No, no lo harás. ¿Sabes por qué? —Logré rodear el escritorio del todo y seguía de una pieza—. Porque me quieres, Isabella. ¿De verdad dispararías al hombre al que quieres? —Era un golpe bajo, pero no tenía tiempo para comportarme con nobleza. Cada momento que pasaba en aquel despacho hacía que la vida de Rome corriera más peligro.

Isabella utilizó la otra mano para mantener la pistola en alto, y de repente sintió el peso de la decisión que había tomado. Unas pequeñas lágrimas le cayeron por las comisuras de los ojos, y reflejaron las luces fluorescentes.

—No puedo tenerte, así que da lo mismo.

—Isabella, siempre podemos ser amigos. Cuando estábamos juntos, me importabas muchísimo. Si alguna vez alguien te hubiera hecho daño, lo habría matado. Si alguien te hubiera causado dolor, estaría acabado. A lo mejor no te quería como quiero a Rome, pero sí que significabas algo para mí...

—Mentiroso...

—No te estoy mintiendo. —Avancé un paso más—. Tienes que dejarme marchar. Rome no se merece esto.

—¡Deja de moverte!

—Isabella...

Apretó el gatillo.

Recibir un disparo no era como yo había imaginado. Ocurrió a tanta velocidad que apenas pude procesar el dolor. La bala me perforó el estómago y la sangre me empapó la camisa al instante. Me llevé la mano a la herida porque no me podía creer que aquello fuera real.

Acababa de darme un puto disparo.

—¡No! —Isabella se puso las manos en la cara y dejó caer la pistola al suelo—. ¡Dios mío! ¡No quería hacerlo!

De repente me sentí débil, así que caí de rodillas al suelo con la mano empapada en mi propia sangre.

—Ha sido un accidente. —Me quitó la chaqueta y me desabrochó rápidamente los botones de la camisa, aunque aquello no serviría de nada—. Voy a llamar a una ambulancia. —Cogió el teléfono de mi escritorio y unas tijeras. A prisa, cortó la manga larga de mi chaqueta y la ató alrededor de la herida.

—Nada de ambulancias. —Le arrebaté el teléfono de la mano, notando en los oídos cómo se me aceleraba el pulso. Mis pulmones necesitaban más aire, porque no me estaba llegando suficiente al cerebro.

—¡Calloway!

—Tengo que encontrar a Rome. ¿Dónde está, Isabella? ¿Quién se la ha llevado?

Volvió a coger el teléfono.

—Tengo que llamar a una ambulancia. Si no recibes ayuda te desangrarás y morirás.

Le quité el teléfono una vez más.

—Si le pasa algo a Rome, me moriré de todas formas. Ahora dímelo, Isabella. Y que sea rápido.

Isabella me conocía lo bastante bien como para saber que no estaba bromeando. Estaba empeñado en salvar a Rome, no en salvarme a mí mismo.

—Ha sido Hank.

—¿Hank? —¿Cómo cojones se conocían esos dos?

—Jackson me habló de él, así que fui a su despacho e hicimos un trato. Él se llevaría a Rome... y yo te tendría a ti.

Podría matarla.

Podría matarla sin dudar ni una puta vez.

—Dime adónde se la ha llevado, Isabella. Te perdonaré por haberme disparado si me respondes a esto.

Isabella vaciló, todavía con las manos haciendo presión sobre la tela que me cubría la herida.

La agarré del codo y tiré de ella con fuerza.

—Dímelo ahora mismo. Si me quieres, haz esto por mí.

—Vale... Vale.

Rome

Estábamos a punto de salir de la ciudad rumbo a Connecticut. Fuera cuales fueran sus planes, no quería que hubiera nadie cerca para presenciarlos. Los campos y las grandes extensiones de vegetación harían que fuera sencillo ocultar un cuerpo.

Muy sencillo.

Tenía que escapar de inmediato. El coche se alejaba a más de ochenta kilómetros por hora, pero tenía que hacer algo. Si me tiraba a la carretera y me atropellaba un coche, probablemente moriría. Pero al menos no me sometería a sus torturas.

De todas formas, iba a matarme igualmente. Yo sería la única testigo de su crimen. Si quedaba con vida, podría dar testimonio de todos sus actos. Hasta yo, que no era una delincuente, sabía que aquella era su única opción. Él sabía que no podía tenerme como deseaba, pero iba a llevarse algo de mí.

Agarré la puerta y me lancé contra ella, empujando con el hombro.

No se movió.

Hank sonrió desde su lado del coche.

—Los cierres de seguridad para niños son geniales, ¿a que sí?

Joder.

—¿De verdad preferirías morir tirándote de un coche en marcha antes que satisfacer mis fantasías? —dijo en tono burlón—. Tienes que poner en orden tus prioridades. Me acuerdo de lo mucho que te encantaba chuparme la polla.

Me costaba creer que alguna vez hubiera besado a aquel hombre y que me hubiera gustado.

—¿Qué te parece que empecemos ahora? —Se desabrochó el cinturón de seguridad y se precipitó a mi lado del coche.

Intenté no vomitar.

—No me pongas un puto dedo encima.

—¿Así? —Me agarró el muslo por debajo del vestido—. ¿Qué me dices de esto? —Me metió la mano entre las piernas y tocó la parte exterior de mis

bragas. Agarró el tejido con la mano y tiró.

Lo empujé con fuerza.

—No.

Se balanceó hacia atrás y volvió a aferrarse a mis bragas. Tiró hasta que se rompieron, rasgándolas por la mitad. Se las llevó a la cara y aspiró con fuerza.

—Increíble.

No podía creer que aquello estuviera ocurriendo.

Aquella era mi peor pesadilla, y estaba sucediendo justo delante de mis ojos.

Quería llorar de verdad, pero no me atreví a permitirme hacerlo. A Hank aquello le gustaría todavía más.

Volvió a meterme la mano entre las piernas hasta encontrar mi abertura.

Apreté las piernas con fuerza y le di un enérgico puñetazo en la nariz.

Se tambaleó hacia atrás, sintiendo un escozor en los ojos al arderle las terminaciones nerviosas. Cayó al suelo, con las piernas todavía en el asiento trasero.

Era una cuestión de supervivencia, así que no me importaba lo que tuviera que hacer para salir de una pieza. Levanté el tacón y se lo clavé directamente en la tripa.

—Joder. —Me apartó la pierna y se enderezó con rapidez, anticipándose al próximo golpe.

Levanté el otro pie y apunté directamente a su cara.

Me cogió el tobillo y me agarró del pelo, tirándome sobre el tapizado de cuero. Sacó una cuerda de debajo del asiento y me ató las muñecas.

—¡Suéltame! —La única persona que podía atarme era Calloway. Cuando lo hacía otra persona, era absolutamente aterrador, especialmente si se trataba de Hank.

—El único motivo por el que no voy a follarte ahora mismo es porque quiero verte entera. Quiero tener esas tetas y ese culo en la cara. Pero en cuanto llegemos a la casa, estás perdida. —Se sentó sobre mis piernas y me mantuvo inmóvil con las manos atadas a la espalda—. Y sí, te voy a matar cuando termine.

* * *

La casa de campo estaba en medio de la nada. Era una casa blanca de dos

plantas, con contraventanas azules y una puerta del mismo color. Había un enorme sauce fuera y un porche envolvente. El césped estaba bien cuidado y las flores crecían en el jardín.

¿Qué coño era aquel lugar?

Hank me empujó hacia delante, llevándome agarrada por la cuerda que me unía las manos.

—¿Te gusta? Es mi casa de vacaciones. Salgo mucho a pescar y follo mucho durante mi tiempo libre. —Abrió la puerta y me empujó al interior.

El conductor se alejó de la casa y volvió a la carretera.

Ahora realmente no tenía escapatoria. Tenía que haber un coche allí, pero debía de estar en el garaje. Y yo no tenía ni idea de dónde se encontraba. Estudié la habitación de inmediato, buscando algo que pudiera usar contra él, pero como tenía las manos atadas a la espalda, no tenía muchas opciones. Si al menos hubiera una chimenea con una fogata, podría empujarlo dentro.

—Arriba. —Me empujó hacia las escaleras—. Vamos. —Ya estaba desabotonándose la camisa y aflojándose la corbata.

Ni de coña iba a cooperar. Ya no tenía los tacones, pero intenté darle patadas de todas formas, apuntando a su entrepierna para que el golpe realmente tuviera efecto.

Debía de haberse esperado esa jugada porque me agarró la pierna y tiró de mí, haciendo que me resbalara y cayera sobre el escalón inferior. Me golpeé la cabeza con la madera y me tensé por el dolor. Quise gruñir, pero no me permití hacerlo. Fuera lo que fuera lo que Hank iba a hacerme, sería mucho peor que un chichón en la cabeza.

—¿No quieres caminar? —Se inclinó sobre mí y me alzó en brazos—. No pasa nada. Yo te llevo.

Sabía que mi destino era inevitable y quise rendirme. Podía simplemente desconectar la mente y dejarme llevar. Sería más fácil para mí olvidar las cosas horribles que estaba a punto de hacerle a mi cuerpo. Pero aquello sería una desgracia para Calloway. Si pudiera hablar conmigo, me diría que peleara hasta que Hank me matara.

Así que tenía que pelear.

Me liberé de su agarre e intenté empujarlo hacia atrás. Con una caída así, seguramente se haría suficiente daño como para que yo escapara.

Hank era demasiado fuerte. Me sujetó más cerca de su pecho y no dejó que mis pies tocaran la pared opuesta.

—Pelea todo lo que quieras. Sólo consigues ponerme más cachondo.

—Se inclinó hacia delante para besarme.

Le escupí en la cara, haciendo que un reguero de saliva le cayera por la mejilla.

Aquello lo cabreó. Llegó al rellano superior y me llevó en brazos hasta la primera habitación que estaba disponible.

—Iba a dispararte entre los ojos para darte una muerte rápida, pero ¿sabes qué? A la mierda. —Me tiró sobre la cama boca abajo—. A lo mejor, en lugar de eso, te ahogo.

Sacudí las caderas para poder rodar sobre la cama, pero me puso la mano sobre la parte baja de la espalda, manteniéndome en mi sitio. Con la mano, me bajó la cremallera del vestido, tirando de ella hasta la parte superior de mi trasero.

Sentí cómo se me acumulaba el pánico en el estómago.

Estaba aterrorizada.

Quería rendirme.

Me quitó el vestido tirando de él hasta que no me cubría más que el sujetador, y la parte baja de mi cuerpo quedó completamente vulnerable ante sus ojos.

—Vaya... Mira qué culo. —Se subió encima de mí y me dio un beso en la columna, subiendo hasta que llegó al sujetador.

Cerré los ojos, aunque aquello no serviría de nada. La realidad de la situación no cambiaría aunque yo intentara cerrarme a ella. Aquello estaba sucediendo de verdad. Ese desalmado me estaba lamiendo y besando la piel como si fuera de su propiedad.

Escoria.

Descendió, pasando por mi trasero hasta llegar a los pliegues de mi entrepierna. Me puso la lengua en esa zona, besándome el clítoris y succionándolo después.

Estaba asqueada, destrozada. Las lágrimas brotaron hasta la superficie de mis ojos a pesar de que intenté contenerlas. Después de todo lo que hacía para ayudar a otras personas, así sería mi final. Me violarían y después me matarían.

Ojalá Calloway llegara para salvarme.

Pero sabía que me encontraba sola. No tendría forma de averiguar adónde me había llevado Hank. Y aunque lo hiciera, ya estaría muerta cuando lo descubriera.

Hank dejó caer los pantalones y los bóxers y se subió encima de mí, con

su dura erección apretada entre mis nalgas. Tenía los brazos a ambos lados de mi cuerpo y sus fuertes jadeos me caían sobre la nuca.

—Joder, llevo mucho tiempo esperando esto. —Frotó su sexo contra mi trasero, y la gota de humedad que se escapó de su glande se extendió por mi piel.

No, aquello no podía ser real.

—Tengo que compensar el tiempo que hemos perdido, cariño.

—No me llames así —dije furiosa. Sólo un hombre me llamaba así.

—He tocado una fibra sensible, ¿eh? —Movié los labios hacia mi oreja y depositó un beso en ella—. Te llamaré cariño cuando me dé la gana. Durante las próximas veinticuatro horas, eres mía. Voy a destrozarte el coño y el culo. Piénsatelo dos veces antes de pegarme, zorra. —Se agarró la base del pene e introdujo el glande en mi abertura.

—¡Para! —Perdí toda la calma cuando noté que empujaba hacia mí—. Hank, no hagas esto. Piensa en lo que estás haciendo ahora mismo.

—Oh, pues claro que estoy pensando. —Empujó con más fuerza.

Sentí cómo se deslizaba en mi interior, haciendo que mi sexo se contrajera con fuerza para mantenerlo fuera. Mi cuerpo supo de inmediato que su miembro no debía estar allí. Sólo le correspondía a Calloway. Sentí el diamante negro en mi mano derecha, la promesa que Calloway y yo nos habíamos hecho el uno al otro. Era lo único que me brindaba consuelo en el momento más doloroso de mi vida.

—Apártate. De. Ella.

Reconocería aquella voz en cualquier parte. La había oído en mis sueños, la había oído en mis pensamientos. Me giré hacia la derecha y vi a Calloway de pie con su traje y con manchas rojas por toda la camisa blanca. Sostenía una pistola y apuntaba a Hank con ella.

—Calloway... —Agarré las sábanas bajo mi cuerpo y casi rompí a llorar al verlo. No sabía cómo había llegado hasta allí y no me importaba. Era mi salvador.

Hank se tensó encima de mí, todavía con su miembro duro apretado entre mis nalgas. De repente, me agarró por el cuello y se dio la vuelta, cubriendo su cuerpo con el mío para que Calloway no pudiera dispararle.

—Márchate o le parto el cuello.

—Suéltala y dejaré que te vayas. —Calloway dio un paso adelante con la pistola todavía en dirección a Hank—. La oferta caducará en cinco segundos.

Hank lo contempló, todavía estrechándome con fuerza el cuello. La mayor parte de su cuerpo estaba bloqueado por el mío, así que era imposible que Calloway pudiera realizar un tiro certero sin poner en riesgo mi seguridad.

—Te sugiero que...

Calloway apretó el gatillo y le acertó a Hank en el cráneo. La sangre se desparramó por la ropa de cama y por mi piel, y su piel y sus tejidos se quedaron pegados a todo.

Hank quedó inerte al instante y cayó hacia atrás; su cuerpo se desplomó sobre la cama y su brazo cayó hacia delante, liberándome de mi prisión.

Entonces fue cuando empecé a sollozar. Ya no podía seguir conteniendo las ganas. Me aparté para alejarme de Hank todo lo posible. Cuando estaba vivo, era repugnante. Pero muerto era incluso más grotesco.

—Oh, Dios mío...

—Cariño, no pasa nada. —Calloway se acercó a los pies de la cama y me estrechó entre sus brazos, dejando la pistola en la esquina del colchón—. Estoy aquí. Ya no puede hacerte daño. —Me rodeó con los brazos, pero no me abrazó con tanta fuerza como debería.

Entonces me percaté de la sangre de su camisa.

—¿Calloway...?

Bajé la vista y vi las manchas de sangre por toda su ropa. Ya las tenía antes de entrar por la puerta, mucho antes de llegar hasta Hank y hasta mí.

—¿Es tuya...?

Asintió con debilidad y con la mandíbula tensa.

—Isabella... me ha disparado. —De repente respiró hondo, como si estuviera desmayándose.

—Oh, Dios. ¿Por qué no has ido a un hospital?

Empezó a cerrar los ojos, los párpados se le volvieron pesados.

—Porque... tenía que salvarte. —Cayó hacia atrás y cerró los ojos, el cuerpo se le quedó flácido.

—¡Calloway! —Lo zarandeeé.

No hubo respuesta.

No, aquello no podía estar ocurriendo.

Metí la mano en sus bolsillos y saqué el teléfono, pero se me cayó al suelo por lo mucho que temblaba. Finalmente logré sostenerlo entre las manos y llamé al 911, el primer número que se me pasó por la cabeza.

Le puse la mano en el cuello a Calloway y me mantuve al teléfono,

sintiendo cómo su pulso distante se volvía cada vez más débil.

—Calloway, no te vayas. Por favor, no te vayas. —A través de las lágrimas, logré hablar con el operador y ayudar a determinar mi ubicación.

Y llegaron allí en tres minutos.

* * *

—Rome. —Christopher me encontró en la sala de espera y tomó asiento a mi lado. Su mano buscó la mía de inmediato—. ¿Rome?

Estaba conmocionada y el corazón me latía rápido y despacio al mismo tiempo. Estaba cubierta de sangre, de Calloway y de Hank. Me había puesto el vestido negro, pero me repugnaba llevarlo porque Hank me lo había quitado. Había llorado tanto que mi cuerpo no podía aguantarlo más. Ahora había tocado fondo y no sentía nada más que pura desesperación.

—¿Dónde está Calloway? —Christopher no me había sujetado la mano ni una sola vez en todas nuestras vidas. Rara vez había recibido un abrazo suyo. Ni siquiera estaba segura de por qué se encontraba allí, porque yo no lo había llamado.

—Está en quirófano. —Había llegado allí cuatro horas antes. Me había subido en la ambulancia y los médicos habían hecho todo lo posible por mantenerlo con vida. No tenía otro medio de transporte porque me habían llevado allí cautiva. Una vez que habíamos llegado al hospital, me habían hecho a un lado y me habían dicho que me darían noticias cuando las tuvieran.

Hasta el momento, no había sabido nada.

—¿Qué...? —Christopher entrecerró los ojos y me apretó la mano—. ¿Qué ha pasado? Recibí una llamada de Jackson y me dijo que Hank te había secuestrado... No sabía que habían herido a Calloway.

Eso quería decir que Jackson no lo sabía. Probablemente debería contárselo.

—Lo cierto es que no sé qué ha pasado. Me dijo que Isabella le había disparado y... después perdió el conocimiento. No tengo ni idea de por qué estaba con ella ni de qué estaban haciendo... y entonces vino a salvarme. —Podría haber ido al hospital y haberle contado a la policía dónde me tenían secuestrada, pero no lo había hecho.

Había puesto en peligro su vida para salvar la mía.

Christopher volvió a darme un apretón en la mano.

—Estoy seguro de que sobreviviré. Este es un hospital buenísimo y él es un tipo duro. Saldrá adelante.

Quería llorar, pero no podía hacerlo. En las últimas horas ya había derramado todas las lágrimas que tenía.

—Si no lo logra...

—Lo logrará —dijo con contundencia—. Ese tío te quiere demasiado para morir. Que no se te olvide eso.

—Espero que tengas razón, Christopher... —Aparté la mano y la puse en mi regazo. Entrelacé los dedos y la desesperación se me introdujo más profundamente en las venas. Cuando me llegó al corazón, suspiré y sentí cómo se me humedecían los ojos—. Debería llamar a Jackson. Se me ha pasado...

—Yo lo llamo. No te preocupes.

—Vale...

Christopher me dio unas palmaditas en el muslo antes de sacar el teléfono y alejarse.

Yo cerré los ojos y bajé la cara hacia mi regazo, deseando la oscuridad que me proporcionaba mi propio cuerpo. Calloway tenía una herida mortal que era complicada hasta para un cirujano experimentado. Ni siquiera el hombre más fuerte podría resistir aquello. Había perdido mucha sangre en el trayecto de Nueva York a Connecticut. Ni siquiera estaba segura de cómo había aguantado tanto.

* * *

Pasaron cuatro horas más hasta que por fin recibí noticias. Calloway había sobrevivido a la operación sin complicaciones. Ahora estaba descansando en la UCI. En cuanto el doctor pronunció aquellas palabras, caí de rodillas y empecé a sollozar.

Christopher le dio las gracias al médico y después se arrodilló a mi lado.

—Te dije que todo iba a salir bien.

A pesar de lo aliviada que estaba, seguía aterrorizada. Estaba aterrorizada por el hecho de que aquello hubiera ocurrido, porque casi había perdido al amor de mi vida. Tenía las yemas de los dedos arrugadas por mis propias lágrimas por todo lo que había llorado durante las últimas horas.

Christopher tuvo paciencia conmigo, pero tras cinco minutos, me ayudó a ponerme en pie.

—Vamos a verlo, ¿eh?

Asentí y me limpié las lágrimas.

—¿Alguna noticia? —Jackson se aproximó desde el otro lado de la sala, donde había estado sentado solo. Estaba de un humor sombrío, como el que veía en Calloway de vez en cuando. Tenía la mandíbula apretada con tanta fuerza que podía oír cómo le rechinaban los dientes.

Christopher tomó las riendas de la conversación.

—Ha sobrevivido. Está en la UCI.

—Joder, gracias a Dios. —Jackson retrocedió con las manos en las caderas y la cabeza inclinada. Dejó escapar un fuerte suspiro antes de pellizcarse el puente de la nariz—. Si se llega a morir, lo mato.

—Vamos. —Christopher me guio por el hospital hasta que llegamos a la unidad de cuidados intensivos. Según las normas de visitas, sólo podía haber una persona con Calloway para reducir el riesgo de infección. Me lavé las manos y entré en la habitación. Jackson no intentó discutir conmigo. Podría haber argumentado que él era de la familia y habría ganado, pero no lo hizo.

Cuando pasé al interior, Calloway estaba tumbado de espaldas en la pequeña cama. Los pies le llegaban hasta el final de la cama y parecía demasiado grande para un catre de tamaño tradicional. Le habían introducido un gran tubo por la garganta y una máquina respiraba por él. Tenía una vía intravenosa en el brazo, además de otros tubos y cables.

Odiaba verlo así.

Me senté en la silla que había junto a la cama y reprimí las ganas de tocarlo. La bata le cubría la herida del estómago. Imaginaba que le habían dado puntos, y tenía una venda alrededor del cuerpo. No parecía tan grande como de costumbre, como si hubiera perdido demasiada sangre. También tenía la cara más pálida de lo normal.

Estaba muy diferente.

—Estoy aquí... —Deslicé la mano por la cama hasta que le toqué los dedos—. Si puedes oírme... estoy aquí.

Calloway

Lo primero que oí fue el sonido del monitor.

Bip. Bip. Bip.

Por cómo sonaba, parecía un monitor de pulsaciones.

Un segundo después, sentí cómo el manguito de la presión arterial me apretaba el brazo hasta resultarme incómodo.

Entonces empecé a recordarlo todo. Apenas me restaba consciencia cuando apreté el gatillo y maté a Hank. Lo único que me mantenía en funcionamiento era la adrenalina que le aportó a mi cuerpo el impulso final para llevar a cabo mi misión.

Salvar a mi chica.

Cuando había decidido ir a buscarla en lugar de acudir al hospital, sabía que estaba poniendo mi vida en grave peligro. Había muchas posibilidades de que me desangrara y muriera antes incluso de llegar allí. Pero si iba al hospital y sobrevivía, y ella no lo hacía... yo habría muerto de todas formas.

Debía de estar en un hospital.

Eso debía de querer decir que Rome me había llevado allí. Y mi instinto me decía que estaría sentada justo a mi lado cuando abriera los ojos.

Y tenía razón. Su rostro fue lo primero que vi. Con una expresión exhausta y con la misma ropa que llevaba cuando la había visto por última vez, estaba sentada en la silla que había junto a mi cama. Tenía los ojos hundidos y parecía tan débil como me sentía yo. Sus ojos estaban clavados en mi mano y había entrelazado los dedos con los míos. No se percató de mi mirada.

—Cariño...

Su mirada se precipitó hacia mi rostro y, justo en ese momento, empezó a llorar.

—Calloway... —Se levantó deprisa y avanzó para rodearme con sus brazos, pero de repente se retiró, llevándose su afecto consigo—. No debería tocarte... —Me miró el abdomen.

—No, necesito que me toques. —Le rodeé la cintura con un brazo y la atraje hacia mi pecho. No la abracé como yo quería por la vía que tenía en mi otro brazo. Pero aun así podía sentir su calor, oler su cabello y saborear la sensación de tener a mi mujer entre los brazos.

Lloró contra mi hombro y sus lágrimas calaron a través de la bata, llegando hasta mi piel.

—Calloway... Tenía tanto miedo.

—Estoy bien. Estamos bien los dos.

—Podrías haber muerto, Calloway.

—No me habría importado. —Cuando había visto a Hank encima de ella, a punto de hacer algo que no le correspondía, supe que había tomado la decisión correcta. Si hubiera llegado allí tan sólo un minuto más tarde, la habría violado.

Habría violado a mi mujer.

Moriría antes de dejar que aquello ocurriera.

Se apartó y me miró con los ojos vidriosos.

—No me puedo creer que hicieras eso...

—Eres lo más importante de mi vida, cariño. Ya lo sabes.

—Ya lo sé... Siempre me lo demuestras.

Le puse la mano en la mejilla y toqué su piel suave. Era cálida al tacto y le retiré una lágrima con la yema del pulgar.

—¿Qué pasó? Sigo sin entenderlo.

Le hablé del papel que había desempeñado Isabella en el secuestro.

—No me lo puedo creer. ¡Y te disparó!

—Dijo que había sido un accidente.

—Y una mierda —dijo con furia—. Nos la vamos a quitar de encima para siempre, Calloway.

Yo no estaba impaciente por denunciarla a la policía.

—Si no me hubiera disparado, no me habría dicho dónde encontrarte.

—¿Y eso?

—Se sentía tan culpable por lo que había hecho que me lo contó todo... Era necesario.

Me subió las manos por el brazo, palpando mi piel como si no me hubiera tocado en años.

—No me puedo creer que haya pasado todo esto. Fui a trabajar por la mañana como si fuera un día normal.

—Ya lo sé, pero al menos ya se ha acabado. Hank está muerto.

—Sí... Está muerto. —Asintió antes de que una pequeña sonrisa se dibujara en sus labios—. Ya no está.

Me encantaba ver aquel alivio en su rostro. Ahora ella podría vivir su vida sin volver a mirar por encima del hombro. Se merecía aquella libertad.

—Sólo espero que continúes viviendo conmigo, aunque ya no necesites mi protección.

—Siempre necesitaré tu protección, Calloway. Tú eres el único hombre al que permitiré que me proteja.

Aquellas palabras lo significaban todo para mí. Se había sometido a mí de muchas maneras y ahora era mía oficialmente. La poseía de todas las formas posibles. Se había entregado a mí en todos los aspectos.

—Te protegeré con mi vida durante el resto de mis días.

* * *

Pasé cinco días en el hospital antes de que por fin me dieran el alta.

Durante cinco días no pude estar desnudo con mi mujer. No pude acostarme con mi mujer. Tuve que permanecer tumbado en una cama mientras ella estaba sentada en una silla.

No podía aguantar aquella situación de mierda durante mucho más tiempo.

No iba a permitir que me pusieran en una silla de ruedas, así que salí por mi propio pie, vestido con ropa nueva que Jackson me había llevado. Sostenía con firmeza la mano de Rome mientras nos acercábamos hacia el coche, y Tom nos llevó a casa.

Era agradable estar de vuelta en casa. Olía a una combinación de Rome y yo. Mis zapatos estaban junto a la puerta, exactamente donde yo los había dejado, y la sudadera estaba colgada en el perchero desde la última vez que había salido a correr.

Era maravilloso estar en casa.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Rome con la voz llena de preocupación.

—Estoy bien. —En realidad, sí que me sentía débil. Aquella herida de bala tardaría un tiempo en sanar, eso era obvio. No debería hacerme el duro cuando no tenía nada que demostrar, pero me parecía importante mostrarme fuerte de cara a mi mujer.

Jackson entró detrás de nosotros e inspeccionó la casa como si fuera la

primera vez que iba allí.

—Está igual que la última vez que vine.

—Sí, no he cambiado gran cosa.

Rome me acompañó al sofá y me empujó suavemente los hombros para que me sentara.

—Voy a preparar algo de cenar. Debes de estar harto de la comida del hospital.

—Sí, echo de menos tu cocina.

Sonrió antes de girarse hacia Jackson.

—Haz que entre en razón, ¿vale?

—Estoy en ello. —Alzó los pulgares en dirección a Rome antes de que ella entrara en la cocina—. ¿Tienes algo de *whisky*?

—Nada de beber —gritó Rome desde la cocina.

—¿Qué? —preguntó Jackson mientras se sentaba a mi lado—. ¿Qué sentido tiene ser un héroe y recibir una bala si no puedes beber?

—Es temporal. —Me eché hacia atrás e hice una leve mueca al sentir la tensión en el abdomen.

Jackson me contempló.

—¿Necesitas algo? ¿Una almohada o algo así?

—Estoy perfectamente —respondí.

Jackson cogió el mando y encendió la televisión. Encontró un partido de baloncesto y lo dejó emitiéndose de fondo. Mi hermano y yo no habíamos hablado mucho desde que me habían disparado. Me había ido a visitar al hospital, pero no habíamos pasado mucho tiempo juntos porque Rome quería estar a mi lado casi todo el tiempo.

—Me alegro de que estés bien, tío.

—Lo sé.

—Siento lo de Isabella. Nunca debería haberle mencionado a Hank.

Había sido estúpido por su parte y tenía todo el derecho a estar enfadado con él.

—No lo hiciste con mala intención, así que no te preocupes.

—No tenía ni idea de que se pondría así de psicópata.

—A veces uno nunca sabe...

—Puedo ocuparme del Ruin mientras te recuperas.

—¿Que puedes llevarlo a la ruina, quieres decir? —bromeé.

—No —dijo con una carcajada—. Esta vez lo haré bien.

Rome entró en el salón y nos tendió a ambos un vaso de agua.

Jackson contempló el vaso como si no supiera lo que era.

—Por favor, dime que eso es vodka.

Ella le dio un golpecito en la nariz y volvió a la cocina.

—Es una mujer increíble ¿eh? —dijo antes de dar un trago de agua.

—Sí... Es maravillosa.

—¿Qué vas a hacer con lo de Hank?

Hank estaba muerto y yo había confesado a la policía que yo lo había disparado. Me habían interrogado en el hospital y habían llevado a cabo una investigación en mi despacho. Rome tenía muchas pruebas de que llevaba tiempo acosándola y Christopher corroboró su historia. No estaba seguro de cómo terminaría aquello, pero no me preocupaba.

—No lo sé. Está muerto y eso es lo único que me importa.

—Sí, ese tío está pudriéndose en el infierno ahora mismo.

—Eso espero. —Nunca olvidaría lo que vi al atravesar aquella puerta. Tenía el pene apretado contra ella y ella estaba al borde del llanto. Debería sentirse agradecido de que le hubiera proporcionado una muerte rápida. Si hubiera tenido más tiempo, lo habría torturado.

Jackson me puso la mano en el hombro y me dio una suave palmada. Fue una muestra de afecto torpe, porque Jackson no tenía corazón.

—Te quiero, tío. Sé que es una mariconada decirlo, pero nunca te lo digo. Y... estaba acojonado por la posibilidad de perderte. Eres mi hermano mayor... lo único que me queda.

Le devolví la palmada en el hombro.

—Yo también te quiero, tío. Me queda mucho fuelle todavía, así que prepárate para que me meta contigo unas cuantas décadas más.

Se rio.

—Lo esperaré con ganas.

Me giré hacia la televisión, sintiendo un vínculo de unión con Jackson que antes no existía. Pasábamos mucho tiempo juntos por el Ruin, pero no manteníamos conversaciones serias con demasiada frecuencia. Fingíamos que apenas nos caíamos bien. Hablábamos de una tontería tras otra. Pero ahora parecía real.

—¿Has ido a ver a mamá últimamente? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No. No desde el día que fuimos todos juntos.

Jackson suspiró.

—¿Demasiado difícil?

Rome y yo nos habíamos desanimado al ver que mi madre no mostraba ninguna mejoría. Los dos habíamos empezado a creer que no había esperanza, que todo aquello no era más que una tortura deprimente. Pero yo sabía que no podía abandonar a mi madre de ese modo.

—Volveremos. Sólo necesitábamos un descanso. ¿Y tú?

Se encogió de hombros y bebió agua.

No podía decirle a Jackson qué hacer con respecto a aquel tema. Debería estar ahí para nuestra madre, pero yo entendía lo difícil que era. Tener la misma conversación con tu madre una y otra vez y ver el vacío en sus ojos era desgarrador. Si ella supiera quién era yo, sabía que me rodearía con los brazos y no me dejaría ir nunca. Recordaba cuánto nos había querido nuestra madre. Había sido una madre fantástica que siempre se había esforzado al máximo por darnos lo que necesitábamos. Lo que le había ocurrido no era justo. Nada justo.

* * *

No fui a trabajar las dos semanas siguientes. El médico dijo que necesitaba mucho tiempo para recuperarme. Tenía una herida grave y, a pesar de que se estaba curando bien y no daba señales de infección, era mejor tomarse las cosas con calma.

Rome tampoco fue a la oficina y trabajó desde casa para quedarse pegada a mi lado, desempeñando el papel de una sensual enfermera que se dedicaba a darme baños con una esponja. Cuidaba de mí de maravilla, pero a veces la tristeza se apoderaba de sus rasgos. Hacía lo posible por ocultarlo, pero cuando apretaba los labios con fuerza y entrecerraba los ojos, yo sabía exactamente lo que le rondaba por la cabeza.

Al final de la primera semana, por fin pude darme una ducha. Después de haber sido privado de un lujo tan regular, me había fijado en la poca importancia que le había dado hasta entonces. Me metí debajo del agua y cerré los ojos, dejando que la sensación de comodidad se adueñara de mí.

Rome se reunió conmigo, con un miedo constante de que me resbalara y me cayera, o de que estuviera demasiado débil para mantenerme en pie.

La venda y el apósito todavía me cubrían la herida que tenía en la parte baja del vientre. Para asegurarse de que permaneciera limpia, Rome y yo teníamos que cambiarlo todas las mañanas. La herida mejoraba cada día. El color morado se fue difuminando y empezó a formarse el tejido de la cicatriz.

No era una visión agradable, pero al menos había sobrevivido a aquel calvario.

Rome estaba increíblemente sexi debajo del agua. Tenía los pechos firmes y los pezones duros. Su esbelta cintura daba paso a unas preciosas piernas que me encantaba tener enroscadas alrededor de la cintura. El pelo se le pegaba al cuello y a los hombros.

Yo no había intentado nada porque sabía que no sería adecuado. Hank no se había salido con la suya, pero la experiencia por la que le había hecho pasar era traumatizante. A menos que estuviera absolutamente seguro de que estaba preparada para cualquier contacto físico, no pensaba hacer nada. Lo máximo que hacía era besarla e incluso los besos eran aptos para todos los públicos. Yo no estaba en forma para mantener relaciones bruscas, pero habría aceptado de buen grado algo de acción.

En cuanto dejé volar mi imaginación, me empalmé. Mi sexo cobró vida y se inclinó hacia delante, mientras el agua de la ducha se llevaba la gota de líquido preseminal que se había formado en la punta. No había nada que yo pudiera hacer para evitar la reacción de mi cuerpo ante su figura desnuda, así que no me sentía culpable. Después de todo, no era más que un hombre.

Se puso champú en la mano y me rodeó la erección con los dedos.

En cuanto me tocó, mi miembro dio un brinco. Se precipitó hacia su mano, deseando sentir aún más la suavidad de su palma.

Ella se acercó más a mí, dejando los labios a centímetros de los míos.

Yo moví las caderas por instinto, deslizando mi erección entre sus dedos. Quería correrme sobre sus pechos y ver cómo goteaba hasta su vientre, pero mi erección se apoderó de mí sólo durante un instante. La culpa y la preocupación emergieron a la superficie un segundo después. Si fuera otra mujer, no me importaría. Pero al tratarse de Rome, la diferencia era abismal. Le agarré la muñeca y dejé quieta la mano, a pesar de que estaba desesperado por su contacto.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer. —Clavé mi mirada en la suya, contemplando los hermosos ojos verdes que hacían que me temblaran las rodillas.

—Pero quiero hacerlo. —Movié la mano de arriba abajo y me acarició el glande con el pulgar.

Mi erección volvió a retorcerse, deseando que su mano fuera su cálida entrepierna.

—Has pasado por algo muy duro, Rome. —No hacía falta que hiciera

aquello por mí. A mí me habían disparado, pero ella había experimentado algo mucho peor. Mi herida no tardaría en cerrarse y yo seguiría adelante con mi vida, pero el tipo de recuerdos que tenía ella no desaparecían nunca. Eran el motivo por el que seguía teniendo pesadillas.

—No pienso en él cuando estoy contigo. Cuando te toco, me siento segura. Cuando te beso, soy feliz. Cuando te hago el amor... es una sensación maravillosa. —Deslizó la mano de arriba abajo por mi erección—. Así que no te preocupes por eso, Calloway. Te toco porque quiero tocarte. —Se aproximó a mí y se puso de puntillas para poder pegar su boca a la mía. Sus labios besaron lentamente los míos antes de ofrecirme su pequeña lengua. Me dejé llevar por el momento de inmediato y alcé una mano hasta su pecho. Lo agarré con firmeza y le acaricié el pezón con el pulgar.

Ya podía notar que mi orgasmo iba a ser espectacular.

Mi otra mano se introdujo entre sus piernas y palpé aquel sensual clítoris que hacía tanto que no saboreaba.

Gimió dentro de mi boca y me masturbó con más fuerza, apretando los dedos sobre mi erección y dándome un agradable masaje.

Era un paso inferior al sexo, pero lo aceptaba con gusto. Era agradable tocarnos así, excitarnos mutuamente y satisfacer nuestros deseos. Quería hacerle el amor a mi mujer y sentir sus fluidos sobre mi miembro, pero de todos modos sería capaz de sentir su orgasmo con los dedos dentro de su sexo.

Ella continuó besándome y gimiendo en mi boca, todavía masturbándome con la mano.

No iba a aguantar mucho y me aliviaba no tener que hacerlo. Después de una semana sin sexo, podría correrme sólo viendo a Rome chupándome el dedo. Le froté el clítoris con más fuerza y gemí contra su boca, sintiendo cómo mi miembro se engrosaba en su mano. Le miré los pechos y me imaginé mi semen derramándose por las curvas de aquella maravillosa piel.

—Joder.

Rome me llevó al límite, dándome las últimas sacudidas que necesitaba para correrme con un gruñido.

Me descargué sobre sus pechos y le introduje los dedos hasta el fondo, imaginando que sentía aquel sexo con mi miembro en vez de con los dedos. El orgasmo arrasó conmigo y casi me dejó sin fuerzas por lo agradable de la sensación. Derramé una cantidad de semen impresionante sobre sus preciosos pechos, suficiente para aumentar mi ego todavía más.

Mantuve la boca pegada a la suya, pero no pude besarla. Me recuperé de la arrolladora sensación que me había sacudido el cuerpo. Rome era la única mujer que podía hacer que me corriera así usando solamente la mano.

Ahora tenía que devolverle el favor. Le acaricié el clítoris con el pulgar y le introduje los dedos hasta el fondo. Mi boca empezó a funcionar de nuevo, así que la besé como a ella le gustaba, despacio y con suavidad. Mi lengua bailó con la suya y sentí sus tetas pegajosas contra mi pecho.

Joder, me encantaba esa mujer.

Le froté el clítoris con más fuerza cuando noté que se le aceleraba la respiración. A veces dejaba de besarme por completo mientras se agarraba a mis brazos para conservar el equilibrio. Jadeaba y gemía, clavándome las uñas mientras disfrutaba de todo lo que le estaba haciendo.

Lo único que me gustaba más que correrme era ver cómo se corría ella.

Cuando llegó al límite, su canal se estrechó sobre mis dedos y su voz se agudizó algunas octavas mientras gritaba en la ducha. Las baldosas amplificaron sus chillidos como si hubieran instalado un sistema de altavoces en la ducha. Los labios le temblaron junto a los míos mientras terminaba, y sus gritos se redujeron a callados sollozos.

Mantuve los dedos dentro de ella porque me encantaba lo húmeda que estaba. Y el motivo por el que estaba empapada era yo, nadie más. Sinceramente, eso me hacía sentir como un rey.

Ella siempre me hacía sentir como un rey.

* * *

Después de pasar tres semanas en casa, por fin me dieron permiso para volver a trabajar.

Gracias a Dios. Estaba harto de pasar todo el día con el culo pegado al sofá.

Nos preparamos para ir a trabajar como de costumbre y salimos de casa. Tom ya nos estaba esperando. Rome echó una ojeada al coche y después miró hacia la acera, con el bolso al hombro y con zapatos de tacón.

—¿Qué pasa, cariño? —A lo mejor no creía que estuviera preparado para volver al trabajo. Si era el caso, tendría que restregarle mi informe médico. Si seguía sentado sin hacer nada, iba a convertirme en un dolor de muelas insufrible.

—Creo que hoy voy a ir andando. —Miró la acera antes de girarse hacia

mí con una leve sonrisa en la cara—. Sola.

Sólo tardé un segundo en comprender sus motivos. Ahora que Hank ya no estaba, volvía a sentirse independiente. Podría caminar por la calle sin preocuparse de toparse con él. Ya no tendría que ir mirando por encima del hombro, asustada. No necesitaba que yo fuera su guardaespaldas personal.

Por fin era libre.

Yo nunca le habría arrebatado aquel momento, a pesar de que la idea no me entusiasmaba. Hank ya no era un problema, pero podría suceder cualquier otra cosa. Era una mujer guapa en una ciudad enorme llena de delincuentes, pero me mordí la lengua porque en ese momento lo importante era que la apoyara.

—Nos vemos allí. —La rodeé con un brazo y le di un beso rápido en los labios.

Acercó los labios a mi oreja.

—Gracias.

—Mi mujer puede tener todo lo que desee.

Rome

Intenté quedarme en la oficina y hacer mi trabajo, pero mis pensamientos no dejaban de desviarse hacia Calloway. El doctor le había dado permiso para ir a trabajar y hacer otras actividades, pero yo seguía preocupada por él. Todavía llevaba la venda en el torso porque oficialmente no se había curado del todo, así que yo siempre me temía lo peor.

A mediodía, ya necesitaba verlo. Necesitaba ver que su piel seguía teñida de un ligero tono rojo y que su cuerpo no estaba palideciendo por la enfermedad. Necesitaba saber que no estaba sufriendo, aunque el médico le había quitado los analgésicos que le había recetado. Aquel hombre era mi mundo y necesitaba saber que se encontraba perfectamente.

No fui a hablar con su ayudante, sino que pasé directamente como él me había dicho. Estaba detrás del escritorio hablando por teléfono, con aspecto saludable y lleno de vida. Sabía que era allí donde había recibido el disparo, pero no vi ningún signo de violencia. El suelo de parqué estaba como nuevo, al igual que el resto de los muebles de la oficina.

Calloway me saludó con una breve inclinación de cabeza antes de colgar el teléfono.

—Hola, cariño. ¿Necesitas algo? —Se recostó en la silla; parecía un presidente con el traje y la corbata impecables.

—Sólo quería saber qué tal estás.

Apoyó el codo en el reposabrazos y se puso las puntas de los dedos en la boca. Estaba sexi hiciera lo que hiciera, pero lo veía especialmente atractivo con la mandíbula recién afeitada y el pelo corto. Con la energía y la vitalidad renovadas que tenía en el cuerpo, parecía un hombre nuevo. Me encantaba aquella versión de él, no la débil que luchaba para combatir el dolor todos los días.

—Estoy genial, cariño. No tienes que preocuparte, de verdad.

—Yo siempre me preocupo. —Me senté en el borde de su escritorio y dejé las piernas colgando sobre el suelo.

—El médico dice que me va a quitar los puntos mañana. Estaré otra vez

como nuevo. Y estoy seguro de que puedes adivinar exactamente qué es lo que quiero en cuanto llegue ese momento. —Me guiñó el ojo de forma encantadora, su arrogancia resultaba tierna en lugar de ofensiva.

—Suenas de maravilla.

—Iremos a cenar a un sitio bonito y después pasaremos la noche juntos en la cama.

—Eso depende —dije yo—. ¿Con quién voy a ir a cenar? —Hacía mucho tiempo que no veía a la bestia, así que sospechaba que estaba convaleciente. Después de la tortura que había pasado con Hank, tenía la sensación de que no querría ver a la bestia durante un tiempo. Pero cuando recordé que Calloway seguía siendo el hombre que había detrás de ella, supe que podría soportarlo.

—Conmigo —dijo en voz baja—. Sólo conmigo.

—Es que la bestia podría volver ¿sabes...?

—No está interesada en volver durante un tiempo. Así que no hay de qué preocuparse. —Los ojos se le oscurecieron de furia, reviviendo aquella pesadilla tras la intimidad de sus ojos. Después de lo que había presenciado, probablemente no querría seguir aquel camino durante un tiempo.

Y a mí me parecía bien.

—Vale.

—A pesar de lo mucho que me gustaría quedarme aquí sentado hablando contigo, debería ponerme a trabajar. Ni siquiera he abierto la bandeja de entrada del correo todavía.

—Yo también debería volver a trabajar. —Me bajé de la mesa, aunque ansiaba estar cerca de él. Durante las últimas semanas, no había hecho nada más que cuidarlo día y noche, pero hasta estar separados unos minutos me parecía demasiado.

—Estaremos en casa en unas horas. —Dejó la silla y rodeó el escritorio hasta que estuvo delante de mí. Me rodeó la cintura con los brazos y apretó la frente contra mí. En vez de darnos un simple beso, compartimos algo mucho más profundo—. Te quiero, cariño.

Me encantaba que usara apelativos tan afectuosos. Contrastaba con la violencia con la que me azotaba y me daba órdenes. De ese modo yo sabía que era cierto, que su afecto era sincero.

—Yo también te quiero, Calloway.

Me besó la mejilla como un marido besaría a su mujer.

—Luego te veo.

* * *

El médico le quitó los puntos a Calloway y nos mandó a casa. Había una imponente cicatriz en la zona, pero la mayor parte del músculo estaba intacto. Ahora había varias líneas en su abdomen que serían permanentes, y ya no tenía la misma piel impecable que antes.

Pero seguía siendo igual de atractivo.

Nos fuimos a casa, nos cambiamos para cenar y nos dirigimos al restaurante que había elegido Calloway. Era un lujoso bistró francés situado en pleno centro de la dinámica vida de Manhattan. Aquel sitio solía tener una lista de espera de seis meses, pero de algún modo Calloway había conseguido que nos dieran mesa avisando con tan sólo unas horas de antelación.

Nos sentamos en el reservado privado que había cerca de la ventana y pedimos las bebidas y unos aperitivos. Calloway había pedido que le llevaran un traje nuevo a casa para la ocasión. Era negro medianoche y tenía un precioso corte a medida. Se ajustaba a sus imponentes hombros y a los prominentes músculos de la espalda.

Estaba exquisito.

No se había afeitado desde aquella mañana, así que la sombra de la barba destacaba sobre su rostro y contrastaba contra la piel suave de su mandíbula, otorgándole el aspecto de una estrella de cine. Sus ojos azules resaltaban frente a los colores oscuros de su ropa. Era un hombre muy atractivo.

Y era mi hombre.

Lucía el anillo negro en la mano derecha, aquella alianza oscura que reflejaba su compromiso conmigo. Me encantaba imaginármela en la otra mano, lo cual daría a nuestra relación un significado completamente nuevo.

Cogí una vieira del plato central y di algunos bocados.

Calloway hizo lo mismo, sin apartar los ojos de mi rostro.

—Estás preciosa esta noche.

—Gracias, Calloway. —Era un hombre sincero que sólo decía cosas que pensaba de verdad. No era un mero cumplido para lograr que hiciera lo que él quería. Por eso aceptaba sus cumplidos con facilidad, porque sabía que no carecían de significado—. Ese traje te queda de maravilla.

—A mí todo me queda de maravilla. —Esbozó una sonrisa—. Pero estoy todavía mejor cuando no llevo nada.

—Doy fe de ello. —Di un sorbo al vino que él había escogido y me di

cuenta de que combinaba a la perfección con el pan y los aperitivos.

—¿Sabes con qué creo que tú estás más sexi?

—¿Hmm? —Tragué, sintiendo cómo la tensión aumentaba entre nosotros.

—En bragas y con mi camiseta. —Dio un trago al vino sin despegar los ojos de los míos—. Ni siquiera hace falta que te pongas lencería especial.

—Me alegro. Tus camisetas son mucho más cómodas.

Partió un trozo de pan y lo empapó en el aceite de oliva que había en el centro de la mesa. Después me lo acercó a los labios para que lo comiera, rozándome la boca con las puntas de los dedos.

Yo fui un paso más allá y me metí la punta de sus dedos en la boca, acariciándole las yemas con la lengua. Me los saqué de la boca lentamente y después le di un beso en uno de los dedos, venerando al hombre que me había cambiado la vida.

Él me observó concentrado, con los ojos fijos en la imagen que tenía delante.

Cuando apartó la mano, no supe cómo íbamos a aguantar el resto de la cena. Llevábamos casi un mes sin hacer el amor por su estado de salud, y los dos estábamos ansiosos por volver a unirnos. Nos habíamos tocado de otros modos para corrernos, pero no había nada comparado a tener aquel enorme miembro dentro.

Calloway respiró hondo, haciendo pasar la ansiedad con un gran trago de vino y acabándose la copa.

Lo cierto era que no estaba segura de por qué había querido ir a cenar. A mí me habría parecido bien quedarnos en casa y follar.

Calloway buscó al camarero y me miró a los ojos.

—Me siento tentado de pedir la comida para llevar.

—No es mala idea.

—Quería tener una cita contigo. Estaba intentando ser romántico.

—Calloway, tú eres romántico todos los días. —No hacía falta que me llevara a cenar a un sitio de lujo para demostrar nada. No hacía falta que hiciera ni una maldita cosa para demostrarme nada. Con una sola mirada suya me bastaba.

—¿Sí? —preguntó—. No me había dado cuenta de que lo fuera.

—Pues lo eres. —Le pasé las puntas de los dedos por la mano, palpando sus nudillos prominentes. Eran como montañas. Aquel hombre había estado dispuesto a renunciar a su vida para salvar la mía. No había un sacrificio

mayor que ese. No debería haberme sorprendido, porque yo habría hecho lo mismo por él. Aquello era amor de verdad. Tal vez necesitaba dominarme a veces. Quizás necesitaba castigarme, hacerme llorar. Siempre lograba que me corriera con intensidad al final, así que el dolor era irrelevante. A lo mejor nuestra relación no era tradicional, pero seguía siendo bonita—. Llévame a casa.

Calloway levantó la mano de inmediato e hizo una señal al camarero.

—La cuenta, por favor.

* * *

Con sus grandes manos, me quitó los zapatos de tacón de uno en uno y después se deshizo de mi vestido con un movimiento rápido. Calloway siempre estaba ansioso por tomarme, pero aquella noche, las manos le temblaban del intenso deseo. En cuanto me tuvo desnuda, me tumbó sobre la cama. Caí de espaldas al colchón y me apoyé sobre los codos. Mantuve los muslos unidos y las rodillas dobladas, deseando provocarlo hasta el último momento, cuando se introdujera en mí.

Dejó caer su cara chaqueta al suelo y se desabrochó los botones de la camisa. Uno a uno, los fue abriendo hasta que la camisa de un blanco immaculado quedó abierta, dejando al descubierto la llamativa cicatriz que tenía en la parte baja del vientre.

Odiaba mirarla, no porque empañara su atractivo aspecto, sino porque me recordaba aquel horrible día. Mis ojos se desplazaron a otras partes de su cuerpo, pasando por su pecho musculoso y por aquellos hombros poderosos. Medía casi metro noventa y era el tipo de hombre que me imaginaría al tocarme a solas en mi dormitorio.

Dejó caer la camisa y pasó a los pantalones del traje, demorándose una eternidad para devolverme la provocación. Se me endurecieron los pezones y el pecho se me tiñó de rubor. No podía dejar de morderme el labio inferior porque anhelaba a aquel hombre.

Por fin se quitó los pantalones y los bóxers, dejando a la vista una erección enrojecida en la punta. La sangre que bombeaba su sexo lo hacía más grueso que nunca. Llevaba el vello de los testículos recortado y en el glande rezumaba una gota de semen.

Apreté las piernas con más fuerza.

Se quitó los zapatos y los calcetines hasta quedarse completamente

desnudo, listo para que yo lo devorase. Puso la rodilla en la cama, haciendo que esta se hundiera de inmediato bajo su peso. Lentamente, se colocó encima de mí hasta que nuestros cuerpos desnudos quedaron pegados.

Mis manos comenzaron por su vientre y subieron despacio hasta su pecho, y la boca se me abrió expectante. Mi cuerpo había echado de menos aquella erección palpitante dentro de mí, había echado de menos aquella sensación de plenitud que sólo él podía darme. Hacía que me mojara tanto que era capaz de aceptar un sexo tan grande como el suyo.

Me puso los brazos detrás de las rodillas y me separó las piernas, con los labios a escasos centímetros de los míos. Clavó su mirada en la mía, aquellos ojos de ensueño que eran capaces de verme el alma. Inclino las caderas y me apretó el glande contra la entrada. La punta se le humedeció con la lubricación que emanaba de mi entrepierna.

—Madre mía. —Respiró contra mi boca mientras se iba hundiendo lentamente en mí.

Le succioné el labio inferior al notar cómo se deslizaba en mi interior, centímetro tras centímetro de auténtico hombre.

—Calloway...

Se detuvo cuando estuvo completamente dentro, apoyando los testículos en mi trasero.

—Hoy me he masturbado porque creía que así aguantaría más... Pero, joder, no ha servido para nada.

Le sostuve la cara con las manos y respiré con él, sintiendo las ondas de química que corrían entre nosotros.

—Fóllame una docena de veces y volverás a la normalidad.

Gimió junto a mi boca y empezó a mecerse hacia mí. A veces me besaba y otras me sujetaba el pelo en un puño. Mis tobillos se frotaban contra su torso mientras empujaba, haciendo que sus embestidas fueran cada vez más profundas y más rápidas.

Nada me gustaba más que hacer el amor con Calloway.

Me miraba a los ojos mientras nos acostábamos, tratándome como si yo fuera la única mujer que le hubiera importado nunca. No había nadie antes de mí y no habría nadie después. Me agarró la mano derecha y me la sujetó contra el colchón, entrelazando los dedos con los míos.

—Calloway... —Quería que aquello durase para siempre porque la sensación era increíble. Tres semanas sin sexo habían sido una dura prueba para nuestra relación. Cada vez que nos habían entrado las ganas, habíamos

tenido que hacer otra cosa para no arriesgarnos a que se le soltaran los puntos. Pero ahora podíamos hacer exactamente lo que queríamos.

—Cariño. —Se balanceó hacia mí sobre la cama mientras sus labios se dirigían a la comisura de mi boca. Me besó mientras sus dedos jugueteaban con mi anillo. Lentamente, me lo quitó del dedo.

No le pregunté qué estaba haciendo porque en realidad me daba igual. Lo único que me importaba era la conexión que había entre nosotros en ese momento, el modo en que nos movíamos al compás. Quería hacer lo mismo todas las noches durante el resto de mi vida.

Calloway me tomó la mano izquierda y me puso el anillo en el dedo anular. Dejó de moverse y me sostuvo la mirada.

Palpé el anillo con el pulgar, notando lo raro que era tenerlo en la mano contraria. No sabía qué estaba haciendo, pero cuando vi la intensidad de su mirada, me di cuenta de todo, y supe exactamente qué querían decir sus actos.

Supe exactamente qué era lo que se avecinaba.

—Cásate conmigo. —Lo único que dijo fueron aquellas simples palabras. No me lo preguntó, simplemente me dio una orden, como si no me diera la oportunidad de responder que no—. No quiero pasar ni un día más desperdiciando nuestro potencial. No quiero estar nunca más con otra mujer. Quiero que estemos juntos, que no nos separemos nunca.

Contemplé el rostro del hombre al que amaba, sabiendo que había significado algo para mí desde el primer día en que lo vi. Le había dado bofetadas en aquel bar porque estaba furiosa, pero en cuanto me había preguntado mi nombre, se había hecho el silencio. Había sentido el calor en el cuerpo cuando me lo preguntó y, más adelante, cuando coincidimos en aquella cena, supe que no podía dejarlo ir.

Y ahora éramos mucho más.

Nuestra relación había sido un camino de dolor, pero habíamos superado los obstáculos. No éramos exactamente lo que queríamos, pero sabía que nada cambiaría. Sólo me había enamorado una vez en mi vida, y había sido de Calloway. Sólo había estado con un hombre, pero no me hacía falta estar con otros para saber que había encontrado al adecuado.

Él era el adecuado.

Las lágrimas me ardieron en los ojos y me rodaron por las mejillas. Vi la misma emoción en sus ojos, a pesar de que no se humedecieron. Sabía cuál era mi respuesta sin esperar a que se la diera.

—No querría pasar mi vida con ninguna otra persona.

Me besó mientras volvía a mecerse hacia mí, haciéndome el amor en la misma cama en la que había tomado mi virginidad. Ahora estábamos unidos uno al otro de un modo diferente, no sólo por desesperación, sino por amor.

—La señora de Calloway Owens... Me gusta.

—A mí me encanta.

—Te voy a llamar así todos los días.

Lo agarré por las caderas y tiré de él más hacia mí.

—Más te vale.

Calloway

—¿Estás prometido? —me preguntó Jackson por teléfono—. ¿En serio?

—Sip. —Me senté en la misma silla de oficina que había utilizado desde que había abierto Humanitarians United. Miré por la ventana y contemplé la ciudad, sabiendo que era en aquel mismo despacho donde me habían disparado. Pero ninguna bala me arrancararía del lugar al que pertenecía—. Se lo pedí anoche.

—Ostras... Te vas a casar.

—Sip.

—Sabes que me alegro por ti. Es sólo que... me sorprende. Por lo que me dijiste, daba la sensación de que ibas a tardar un tiempo.

—Sí, así era. He cambiado de opinión... —Mi anillo negro aún seguía en mi mano derecha, pero una vez que estuviera casado, tenía intención de cambiármelo a la mano izquierda. No quería llevar ningún otro anillo durante el resto de mi vida. Puede que lo hubiera llevado con Isabella, pero tenía un significado totalmente distinto con Rome.

—¿Por qué?

—Estar al borde de la muerte cambia tu perspectiva de las cosas. —Siempre había sido un hombre egoísta y testarudo. Si alguien me hubiera dicho que iba a estar a punto de desangrarme y morir por voluntad propia para salvar a una mujer, no lo habría creído. Pero Rome era especial para mí. Era todo mi mundo.

—Casi la perdí por culpa de Hank... Estuve a punto de perderlo todo. La quiero, quiero estar con ella y eso es lo único que importa.

—Sí, lo entiendo. Bueno, pues enhorabuena.

—Gracias.

—¿Cuándo es el gran día? ¿Vas a preparar un bodorrio con todas las personas importantes de Nueva York?

No. No era mi estilo.

—Haremos algo pequeño. Algo privado.

—Yo estoy invitado, ¿no?

—Cierra la boca. —Puse los ojos en blanco, aunque él no podía verme la cara.

—Pero... ¿eso es que estoy invitado o que no?

—Que sí, idiota.

—Ah, vale. Porque iba a ir de todas formas.

Miré el reloj y supe que tenía que volver al trabajo.

—Luego hablamos, ¿vale? Tengo que ponerme a trabajar.

—Más bien te vas a follar a tu prometida en el despacho. —Colgó el teléfono.

Solté una carcajada y volví a poner el teléfono en la base. Me puse a trabajar y me concentré en mis correos electrónicos, intentando no pensar en la hermosa mujer que había al otro lado del pasillo... que se iba a convertir en mi esposa.

Madre mía, iba a tener a tener esposa.

Si me lo hubieran dicho un año antes, no me lo habría creído.

Iba a ser el marido de alguien.

Joder.

Unos minutos después, se oyó un suave golpecito en la puerta y Rome entró en mi despacho. Estaba igual de guapa que aquella mañana. El anillo que le había dado reposaba en su mano izquierda, un diamante negro que era una extraña alianza de compromiso. Pero encajaba con ella, encajaba con los dos.

—Hola.

Se metió el pelo detrás de la oreja mientras se acercaba a mi escritorio.

—Hola. —La miré de arriba abajo, apreciando las curvas de su cuerpo.

—Bueno... Me va a resultar difícil decir esto, así que voy a soltarlo y punto.

Aquello sonaba prácticamente como una sentencia de muerte. ¿Estaba pensándose si casarse conmigo o no? ¿Había hecho algo para que cambiara de opinión? Todo parecía perfecto, así que no tenía ni idea de cuál sería el problema.

—Vale...

—Mi nombre de verdad es Lisa. Me lo cambié el día que me escapé.

Ahora que sabía de qué iba aquello, se me cortó la respiración. Sabía que ella guardaba un secreto, algo que nunca me había contado porque no se sentía cómoda. Pero ahora se estaba sincerando... sin que yo se lo pidiera.

—El hombre que nos adoptó a Christopher y a mí era un pedófilo. Las

agencias de adopción normalmente tienen técnicas infalibles para asegurarse de que los niños vayan a buenos hogares, pero ese tío era demasiado inteligente para eso. Cuando yo tenía dieciséis años fue cuando pasó a la acción. Me obligaba a tumbarme mientras él se masturbaba...

—No quiero saberlo. —Creía estar preparado para conocer aquella información, pero nunca lo estaría. Había pillado a un hombre intentando violar a mi mujer. No podía soportar más mierdas como aquella. Ahora que era mía, nunca tendría que preocuparse de que volvieran a tratarla así—. Lo siento... No puedo soportarlo.

—Lo entiendo —dijo en voz baja—. Resumiendo, no era buena persona. Me escapé en cuanto cumplí los dieciocho y me mudé a un apartamento cerca de la universidad a la que había mandado mi solicitud a escondidas. Tardé unos meses en empezar las clases, pero allí fue donde me quedé, con Christopher. Me cambié el nombre para que actualizaran mi solicitud de la universidad. Sabía que él intentaría encontrarme y la única forma de garantizar mi seguridad era cambiarme de nombre.

Ahora necesitaba saber su nombre, porque iba a matarlo.

—¿Te ha vuelto a molestar desde entonces?

—No, nunca he vuelto a saber nada de él.

A lo mejor aquel cabrón ya estaba muerto.

—Bueno... Pues esa es la verdad. La única razón por la que no te lo conté fue porque no quería hablar de ello. Quería empezar de cero. No quería arrastrar mi pasado allá adonde fuera.

—No pasa nada, cariño. —Ahora que sabía la verdad, me sentía un imbécil por haber metido las narices donde no me llamaban—. No tienes que hablar de ello nunca más.

—Vale... Sólo quiero olvidarlo.

—Claro.

—Prefiero Rome. Así que, por favor, no me llames Lisa.

Era el único nombre con el que la había conocido, y me gustaba.

—Me gusta más así. ¿Por qué lo escogiste?

Se encogió de hombros.

—Por entonces tenía dieciocho años y estaba llena de esperanzas y sueños.

Asentí para que continuara.

—Los historiadores dicen que Roma fue el mayor imperio del mundo. Supongo que quería ser fuerte como el mayor gobierno de la historia. Es

estúpido... pero eso fue lo que pensé.

—No, no es estúpido —susurró—. Encaja perfectamente contigo.
Sus labios dibujaron una pequeña sonrisa.

—Gracias...

—Gracias por habérmelo contado.

—Nada de secretos en el matrimonio, ¿no? —preguntó.

Yo asentí.

—Nada de secretos.

—Bueno... Pues te dejo que vuelvas a trabajar. —Caminó hacia la puerta, contoneando las caderas mientras avanzaba.

—¿Cariño?

—¿Sí? —Me miró por encima del hombro.

—¿Cuándo quieres casarte conmigo?

La mención de la boda hizo que se le iluminara más la sonrisa.

—Lo antes posible.

—¿Sí? —pregunté.

—Sí.

—Estaba pensando en algo pequeño, algo íntimo.

—Yo también. —Se apoyó contra la puerta con el pelo recogido sobre un hombro.

—¿En el ayuntamiento?

Ella sacudió la cabeza.

—Algo más personal.

—¿Dónde quieres que nos casemos?

—Hay una iglesia en la Quinta Avenida...

Yo no era muy aficionado a las iglesias, pero no le negaría a la mujer a la que amaba lo que quería.

—Haré unas llamadas.

—¿De verdad? —susurró.

—Claro, lo que quieras, cariño.

Su sonrisa se ensanchó y sus ojos reflejaron el amor que sentía.

—Soy una mujer muy afortunada.

Ella era quien me había salvado la vida. El afortunado era yo.

—Creo que los dos somos muy afortunados.

* * *

—Salud. —Christopher levantó la copa de vino y brindamos.

—Salud. —Jackson se acabó el *whisky* porque no era lo bastante refinado como para tomar vino.

—Me alegro por mi hermana. —Christopher brindó con Rome—. Se merece lo mejor, y creo que Calloway es el mejor. —A continuación, se giró hacia mí—. Calloway... Creo que estás cometiendo un gran error, pero no creo que vayas a escuchar mis consejos.

Me reí.

—Ni de broma.

Christopher se bebió el vino antes de dejar la copa.

—Vais a tener que decirme lo que queréis de regalo de bodas, porque no se me da bien elegir.

—No hace falta que nos regales nada —dijo Rome—. La boda va a ser muy pequeña.

—Sólo nosotros cuatro —dije yo—. El sábado que viene.

—¿Y mamá? —preguntó Jackson.

Christopher no sabía nada de mi madre, hasta donde yo sabía. No quería hablar del tema delante de él, pero acabaría enterándose de todas formas. No había nada de lo que avergonzarse. Él había tenido una vida tan dura como la mía.

—¿Qué quieres decir?

—¿No quieres que vaya? —preguntó Jackson.

—No creo que pudiera aguantarlo, porque no se acuerda de nada. —Aunque mi madre podía asistir y disfrutar del día, no lo recordaría. A la mañana siguiente, sería como si nunca hubiera ocurrido.

—Creo que debería asistir —dijo Rome—. Estoy segura de que podemos pensar en un modo para hacer que funcione. Para mí significaría mucho que estuviera allí.

Miré a Rome a los ojos, la mujer que sólo quería lo mejor para mí. Había estado a mi lado desde el principio, y había ido a visitar a mi madre días en los que yo no quería estar allí. Era mi apoyo y comprendía mi dolor.

—Entonces, ¿eso significa que yo soy la dama de honor? —preguntó Christopher haciendo una mueca—. Porque no soy yo muy femenino.

—Sólo tienes que quedarte de pie —dijo Rome—, y no decir nada estúpido.

Christopher se rio antes de dar un trago.

—No puedo prometerte nada, hermanita.

—Yo soy el padrino, ¿no? —preguntó Jackson.

—No querría que lo fuera nadie más. —Extendí el puño hacia Jackson desde el otro lado de la mesa.

Él sonrió y me chocó el puño.

—Gracias, tío.

—Me alegro por vosotros, chicos —dijo Christopher—. Habéis tenido vuestros altibajos... Muchos. Pero creo que esto va a durar para siempre. Se nota que os queréis de verdad. En mi opinión, no os hace falta nada más.

—Oh... —susurró Rome—. Qué bonito, Christopher.

Se encogió de hombros.

—Soy un poco blandengue. No lo vayas contando por ahí.

—Se quedará entre nosotros cuatro —dije yo—. Nadie necesita saber que eres un marica.

Rome me lanzó una mirada asesina.

—Calloway.

—Venga ya, sabe que estoy de coña —dije—. Somos cuñados, así que tengo que meterme con él.

—Tiene razón, Rome —dijo Christopher—. Y como cuñados, es mi deber devolvérselas. Y lo haré.

Le dediqué una breve inclinación de cabeza.

—Adelante, cuñado.

* * *

Rome entró con el vestido de boda cubierto con una bolsa de plástico grueso que impedía que yo lo viera.

Me moría de ganas de descubrirlo... para quitárselo después.

—¿Qué tal ha ido?

—La mujer le ha hecho algunos retoques y ahora me queda perfecto. —Abrió el armario de la entrada y colocó el vestido dentro con cuidado.

—Estoy seguro de que te queda espectacular. —Caminé hasta ella, que estaba en el recibidor y la rodeé con los brazos. Sus caderas eran un lugar perfecto para descansar los brazos mientras le agarraba aquella minúscula cintura.

—Dirías eso aunque no llevara más que un tanga.

—Y lo diría completamente en serio. —La besé en la boca y sentí cómo el calor me abrasaba las venas. Hasta un simple beso con la boca cerrada

lograba que me excitara. Le puse las manos en el trasero y le agarré las nalgas. Quería follármela contra la pared, reclamarla como mi mujer por enésima vez.

Rome me apretó las manos contra el pecho y dio un paso atrás.

—Creo que deberíamos esperar hasta mañana.

¿De qué coño estaba hablando?

—¿Esperar para qué?

—Ya sabes, deberíamos esperar hasta después de la boda para mantener relaciones.

Entrecerré los ojos, poco complacido.

—Hará que sea más especial.

—Ya va a ser especial —dije con un gruñido.

—Venga, Calloway. —Se acercó de nuevo a mi pecho y apoyó la frente contra mí.

Ya nos habíamos acostado antes del matrimonio, así que ¿por qué había que esperar ahora? Aunque, si para ella era importante, supuse que podría esperar un día más.

—Después de que nos demos el «sí, quiero», mando yo, ¿vale?

—Me parece bien. —Alzó la mirada hacia mí, sonriendo ahora que se estaba saliendo con la suya.

—Y eso quiere decir que habrá mucho sexo.

—Y yo no pienso discutir contigo.

—Vale. Porque los dos sabemos que perderías todas las discusiones. —Volví a besarla y, cuando el contacto con su lengua me empalmó, me aparté. Si no iba a tener ni pizca de acción, no tenía sentido torturarme.

—Bueno, ¿quieres que vayamos hoy a ver a tu madre?

Sabía que aquel tema saldría en algún momento.

—No lo sé... Probablemente no haga más que deprimirme.

—Creo que ella debería asistir.

—Aunque hablemos hoy con ella y le diga quién soy, mañana no se va a acordar.

Cuando Rome inclinó la cabeza, supe que estaba de acuerdo conmigo. Si los problemas de mi madre hubieran sido diferentes, habríamos podido lograr que funcionara. Pero si nunca recordaba nada del día anterior, jamás lograríamos hacer ningún avance.

—Me pasaré a verla antes de la boda. De todas formas, a mí sólo me hacen falta cinco minutos para prepararme.

—Sí... Esto estaría bien. Iría yo también, pero...

—No deberíamos vernos antes de la boda. —Yo no era un tío muy tradicional, pero lo básico lo tenía claro—. No te preocupes por eso.

—¿Estás seguro? Podríamos ir a verla después.

—Sé exactamente qué es lo que quiero hacer después de la boda... Y no es visitar a mi madre. —Le di un beso en la frente y me aparté—. Nos vamos a ir de luna de miel y nada podrá impedirlo.

Rome no podía contener la emoción. Apretó los labios con fuerza, como si estuviera intentando contener un grito, pero tenía los ojos casi el doble de grandes, así que no sirvió de mucho.

—Bebidas en la playa y visitas al balneario...

—Y mucho sexo en el bungalow. —Iba a llevar a Rome al Caribe, donde nos quedaríamos en un bungalow privado encima del agua. La intimidad me permitiría contemplar sus pechos mientras ella nadaba en nuestra propia piscina.

—Va a ser increíble. —Se acercó a mi cuerpo y me rodeó la cintura con los brazos—. Estoy muy emocionada.

—Yo también. —No sólo me emocionaba el maravilloso viaje que estábamos a punto de hacer. Me emocionaba la idea de compartir mi vida con aquella increíble mujer. Cuando fuera un anciano canoso, no tendría que sentarme solo en un balcón y contemplar el jardín. Estaría rodeado de mi mujer y mis hijos: todo mi mundo.

Calloway

Salí al patio con traje y corbata. Tenía los zapatos relucientes porque eran nuevos, y había mandado hacer el traje a medida para aquella ocasión especial. No me lo volvería a poner después de aquel día, igual que haría una mujer con su vestido de boda: lo colgaría en el armario y lo guardaría por motivos sentimentales.

No me importaba que aquello me convirtiera en un blandengue.

Me senté con mi madre, con el mismo libro de siempre debajo del brazo. Era tenía exactamente el mismo aspecto que el resto de los días. Llevaba el pelo corto y rizado y se había alargado las pestañas para que parecieran más largas y gruesas. Llevaba una blusa blanca y unos vaqueros oscuros, y estaba igual de elegante que cuando aún tenía memoria.

Me presenté por enésima vez.

Me miró la corbata, sus ojos analizaron la tela de seda.

—Estás muy guapo, Calloway. Demasiado arreglado para visitar a una anciana como yo.

Sonreí.

—A mí no me lo pareces, Laura. —Uno de esos días, se me escaparía y la llamaría mamá por error. Me preguntaba cuál sería su reacción.

—Eres un buen hombre. ¿Qué día es hoy?

—Sábado.

—¿Estás así vestido pasando el día con una anciana un sábado? —Soltó una risita—. Chico, tienes que buscarte una vida.

Me reí, apreciando la energía de mi madre. Solía poner a mi padre en su sitio, antes de que él se convirtiera en un psicópata.

—Lo cierto es que me voy a casar hoy. Sólo quería matar un poco el tiempo, así que se me ocurrió pasarme por aquí.

—¿Qué? —Me agarró la mano, cubriéndome los nudillos con sus dedos estilizados—. ¿Te casas hoy?

No recordaba la última vez que mi madre me había tocado. Llevaba años sin recibir ninguna muestra de cariño suya. Era un hombre adulto que no

necesitaba a nadie para nada, pero el afecto de mi madre era importante para mí.

—Sí.

—Eso es maravilloso. —Dio una palmada y me dedicó una sonrisa radiante—. ¿Quién es la afortunada?

—Se llama Rome. Y lo es todo para mí. —Eso resumía mis sentimientos en una frase. Era el centro de mi universo, el prisma a través del cual miraba el mundo.

—Eso es muy romántico. ¿Dónde os casáis?

—En St. Thomas Church.

—No estoy segura de dónde está, pero seguro que es bonita.

Asentí.

—Es lo que ella quería. Y a mi mujer le doy todo lo que quiere.

—Se nota que vas a ser un marido fantástico.

—Gracias. —Algunos días serían más difíciles que otros, pero con ayuda de Rome, sabía que estaría bien. Podríamos superar cualquier problema al que nos enfrentáramos.

—Me sorprende que no estés tomando una copa con los amigos para calmar los nervios.

—No estoy nervioso. —Rome era la mujer con la quería pasar toda mi vida. ¿Por qué iba a estar nervioso?

—Tienes que admitir que pasar el día con una desconocida es una forma rara de pasar el tiempo —dijo con una risita.

—No eres una desconocida. —No sabía qué me impulsó a decir aquello. Como llevaba años visitándola y manteniendo las mismas conversaciones una y otra vez, imagino que simplemente no quería volver a repetirlas. Era un día especial para mí, y quería algo distinto.

Ella ladeó la cabeza ligeramente, sin saber a qué me refería.

—Llevo años visitándote todas las semanas —susurré—. Perdiste la memoria por una enfermedad y por eso no te acuerdas de mí, pero llevo mucho tiempo viniendo a leerte, a hacerte compañía y a pasar tiempo contigo.

En lugar de hacer un millón de preguntas, su rostro se sumió en la tristeza. Me miró con lástima, como si fuera yo el que estaba sufriendo.

—Tienes razón... No me acuerdo de nada. Mis padres... Mis amigos... Esta mañana me desperté en un lugar que no había visto nunca.

Sostuve el libro en mis manos, odiando el hecho de estar allí sentado, incapaz de hacer nada. No podía hacer que mi madre se pusiera mejor. Si

pudiera acortar mi vida para que ella viviera la suya por completo, lo haría.

—Debe de dar miedo. Basta con que sepas que estás en un lugar seguro y que tienes personas que te quieren.

Se tocó el collar que llevaba en la garganta, una joya que le había regalado mi padre cuando todavía no se había convertido en un monstruo. Desvió la mirada hacia el suelo de madera; de repente, sus ojos estaban llenos de desesperación.

Odiaba ver aquello.

—¿Tú eres una de esas personas, Calloway? —Soltó el collar y bajó la mano, mirándome a los ojos mientras su fortaleza se veía sustituida lentamente por tristeza.

—¿Qué personas?

—Una de las que me quiere.

Agarré el libro antes de asentir.

—Sí.

Se le humedecieron los ojos, como si ya supiera quién era yo exactamente. A lo mejor había reconocido mis ojos, porque eran idénticos a los suyos. Tal vez había sentido la conexión tácita que nos unía, el vínculo entre madre e hijo.

—Eres mi hijo...

Tragué con fuerza antes de asentir, sintiendo un dolor agudo en la garganta. Creía que me sentiría feliz el día en que supiera quién era yo, pero, de algún modo, hizo que me sintiera peor. Ahora sabía que se había perdido muchas cosas de mi vida, no porque no estuviera presente, sino porque había olvidado aquellos recuerdos.

—Sí.

—Oh... —Estiró la mano hacia la mía, consolándome cuando yo debería estar consolándola a ella—. Eres un hombre muy guapo... No puedo creerme que seas mi hijo.

Le di un apretón en la mano.

—Tengo tus ojos. —Miré los suyos sin pestañear, deseando que viera el color azul que tenía su mirada.

—Sí... Sí que los tienes. —Se llevó mi mano a la boca y la besó—. Siento mucho no acordarme... Lo intento, pero no lo consigo.

—No te disculpes, mamá. —Las lágrimas me ardieron en los ojos cuando por fin utilicé el término que le correspondía. Odiaba llamarla Laura. Era impersonal e inapropiado—. Yo lo recuerdo todo por los dos. Fuiste una

madre fantástica. De hecho, fuiste la mejor.

—¿Sí? —Los ojos se le empañaron con lágrimas que le rodaron por las mejillas—. ¿Tienes hermanos?

—Uno pequeño. Jackson.

—Ay... ¿Os parecéis?

—Sí —dije con una risita—. A veces la gente cree que somos mellizos.

—Eso es maravilloso. Me alegro de que los dos estéis unidos. ¿Y tu padre?

No iba a decirle que era un psicópata malvado, cuya muerte había hecho del mundo un lugar mejor.

—Falleció hace mucho tiempo.

—Ah... Entiendo.

—Os queríais mucho.

—Seguro que sí. Entonces ¿mi hijo se casa hoy?

Sabía que no recordaría la conversación a la mañana siguiente, pero era agradable compartir aquel momento con ella. Era efímero, un instante que desaparecería tan rápido como había surgido, pero no pasaba nada. Me sentía agradecido por haber podido vivirlo.

—Sí. Voy a reunirme con ella en la iglesia en una hora.

—Me encantaría conocerla, Calloway. Estoy segura de que es encantadora.

Nunca antes había sacado a mi madre de la residencia, pero tampoco nos habíamos aventurado a llegar a aquel nivel de sinceridad.

—Ven a la boda.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Crees que es buena idea?

Rome y Jackson se llevarían una sorpresa, pero la recibirían con los brazos abiertos. No podía pensar en nada que hiciera aquel día más perfecto.

—Nada me haría más feliz.

Rome

Estaba de pie en el exterior de la iglesia con Christopher, escuchando pasar los coches por la carretera a tan sólo unos metros de distancia. Al pasar, los peatones me miraban, ataviada con el vestido de boda que llegaba hasta el suelo. Algunas personas señalaban y sonreían. Otras saludaban con la mano. Incluso recibí algunos silbidos, tanto de hombres como de mujeres.

—Esta es la única vez en mi vida que voy a decir esto —dijo Christopher—. Así que atenta, no te lo pierdas.

—Yo también te quiero —solté.

—En realidad, no es eso lo que iba a decir. No te emociones.

—Vale —dije con una carcajada—. ¿Qué ibas a decir?

Me cogió por los hombros y se puso serio.

—Estás muy guapa.

—¿Sí? —Aquel día ya estaba resultando ser fantástico.

—Sí. —Me dio un apretón en los hombros antes de tenderme el codo—.

¿Estás preparada para esto?

—Absolutamente.

—¿No estás nerviosa?

—Para nada. —Calloway era el único hombre con el que quería pasar mi vida. Era exactamente lo que había buscado siempre. Me emocionaba la idea de cambiar mi apellido, de convertirme en un solo ser con él, para siempre.

—Vale. —Abrió la puerta y me acompañó al interior. Calloway estaba de pie al final del pasillo, delante de los asientos vacíos y del pastor. Jackson se encontraba a su lado, con un traje y una corbata oscuros. La música sonaba a través de los altavoces, y pese a que nos encontrábamos los cuatro solos, todo era perfecto. Simplemente, era lo adecuado para nosotros.

Me encantó la manera en que Calloway me contemplaba. Era exactamente el modo en que me miraría todos y cada uno del resto de nuestros días. Había necesidad, desesperación y un amor incondicional dentro de aquellos maravillosos ojos azules. Sabía que me cuidaría todos los días,

fortaleciéndome cuando estuviera débil, haciéndome sentir bella cuando estuviera horrible.

Me daría todo lo que necesitara.

Pareció pasar una eternidad mientras Christopher me llevaba hasta el altar. No íbamos al compás de la música, pero el tiempo pareció detenerse de todas formas. Cuando por fin llegamos allí, ni siquiera me di cuenta de que estaba sujetándome a Christopher. No lo sentía a mi lado en absoluto.

Calloway me tomó la mano e ignoró a Christopher como si no estuviera allí. Calloway me sostuvo las manos y me miró a los ojos, sin mostrar un atisbo de duda en sus rasgos. Parecía el hombre fuerte que veía todos los días. Calloway no era el tipo de hombre que se ponía nervioso y sin duda no estaba nervioso en ese momento.

El cura dio comienzo a la breve ceremonia, leyendo nuestros votos y la promesa de que debíamos amarnos. Casi me olvidé de repetir las palabras que me recitó porque estaba concentrada en la cara de Calloway, en el aspecto impoluto de su mandíbula recién afeitada. El cura le leyó los votos a Calloway.

—¿Aceptas a esta mujer como esposa, para quererla y respetarla hasta que la muerte os separe?

La comisura de la boca se le curvó en una sonrisa.

—Te querré hasta después de eso.

El cura continuó.

—¿Aceptas a este hombre como marido, para amarlo y obedecerlo hasta que la muerte os separe?

Supe que Calloway le había pedido específicamente al cura que incluyera aquella parte sobre la obediencia. Pero aquel era un compromiso, uno de los muchos que haríamos juntos.

—Sí, acepto.

Los ojos se le oscurecieron como a mí me gustaba, adquiriendo el aspecto que tenían antes de que me tomara en la cama. Me apretó la mano suavemente entre las suyas y contuvo las ganas de atraerme hacia su pecho.

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Calloway se tomó muy en serio aquellas palabras, me sostuvo la cara con las manos y me besó, dándome aquella boca deliciosa y rozándome con la lengua. Me besó mucho tiempo y con intensidad, sin importarle que Jackson y Christopher se vieran obligados a presenciar nuestra ridícula muestra de afecto.

Le puse las manos en las muñecas, sintiendo el pulso que le latía suavemente bajo la piel. Podía sentir la eternidad en aquel beso, una vida entera de alegría. Calloway y yo habíamos tenido nuestros problemas en el pasado, pero ya nada de aquello parecía importar.

Se apartó y me dio un beso en la frente.

—Señora Owens. Me encanta cómo suena.

—A mí también, señor Owens.

Calloway me tomó la mano y me acompañó a un asiento de la primera fila. Allí estaba sentada una mujer en la que no me había fijado antes, secándose los ojos con un pañuelo. Tardé un segundo en comprender de quién se trataba.

—¿Tu madre...?

Calloway asintió.

—He ido hoy a visitarla y todo ha ido bien...

—Entonces, ¿sabe quién eres?

—Sí.

Su madre se puso de pie, todavía con los ojos humedecidos.

—Estás preciosa. —Me estrechó entre sus brazos y me abrazó como nunca lo había hecho mi propia madre. Su contacto estaba lleno de afecto, a pesar de que, para ella, acabábamos de conocernos. No sabía ni una sola cosa de mí, pero ya me quería—. Le darás a mi hijo unos niños preciosos. Eso me llena de alegría. —Se apartó y me besó la mejilla—. Estoy muy orgullosa de ti, Cal. —Se puso a su lado y lo abrazó.

—Gracias, mamá. —Calloway nunca mostraba sus debilidades ante nadie. Su caparazón sólo parecía ablandarse cuando estaba conmigo... o con su madre. Me encantaba que no fuera siempre tan duro, que a veces dejara ver sus sentimientos—. Jackson te va a llevar a casa para que Rome y yo podamos irnos al viaje.

—Eso suena de maravilla —dijo ella—. Pasadlo muy bien, ¿vale?

—Lo haremos. —Calloway me cogió de la mano y me guió hacia las grandes puertas de la iglesia por las que había entrado al principio. Cuando llegamos al exterior, nos esperaba una limusina blanca y Tom nos sujetaba la puerta abierta.

La luz del sol nos dio de lleno en la cara aquella tarde de primavera, haciendo que los ojos de Calloway brillaran más de lo normal. Rara vez sonreía, pero en ese instante esbozaba una sonrisa radiante que nunca antes había visto. Era el tipo de felicidad que se extendía por todas sus facciones y

lo convertía en una versión más blanda de sí mismo. A veces se reía cuando yo hacía una broma, pero no era nada en comparación con esto. Era la primera vez que parecía verdaderamente feliz.

—Me gusta que sonrías así.

Me acompañó hasta el coche, sin apartar la vista de mí en ningún momento.

—¿Que sonría cómo?

—Que sonrías como si fueras libre.

—No me siento libre —dijo—. He sido libre toda mi vida y por eso he sido tan desdichado. Pero ahora... tengo un motivo por el que vivir.

—Sostuvo la puerta que había abierto Tom y extendió la mano para ayudarme a entrar.

—Ahora yo también tengo un motivo por el que vivir.

Epílogo

Calloway

Mi madre estaba sentada a la mesa a mi izquierda, mientras que Jackson se encontraba al otro lado, junto a mí. Rome acababa de terminar de colocar todos los platos sobre la mesa y por fin se sentó a comer. Teníamos las copas de vino llenas y la comida olía de maravilla.

—Entonces, ¿cuánto tiempo lleváis casados? —preguntó mi madre.

—Un año —respondí—. Nuestro aniversario es la semana que viene.

—Ah, eso es espléndido —dijo mi madre—. Dicen que el primer año es el más difícil... aunque no estoy segura de la veracidad de esa afirmación. Para ser sincera, no recuerdo el primer año de mi matrimonio. Ni siquiera me acuerdo de tu padre.

—No pasa nada, mamá —dije—. Siempre podemos recordártelo.

—Sí —dijo Jackson—. Calloway y yo somos iguales que él, excepto por los ojos: tenemos los tuyos.

—Y eso no es cierto —dije—. El primer año ha sido pan comido. —Rome y yo habíamos disfrutado de nuestra luna de miel y de la fantástica rutina de nuestra vida de casados. Trabajábamos juntos todos los días, utilizábamos el gimnasio juntos, llegábamos a casa y cenábamos y, por supuesto, el sexo era igual de increíble que siempre, dentro y fuera de la sala de juegos.

Rome lucía una sonrisa mientras se sentaba.

—He disfrutado recogiendo sus calcetines sucios mucho más de lo que yo creía.

Mi madre soltó una risita.

—Sólo espero que no olieran demasiado mal.

—Yo no huelo mal —rebatí. Mi madre probablemente podría contradecir esa afirmación con historias de mi infancia, pero por suerte no recordaba nada de aquello. Cuando iba a visitarla a la residencia, le recordaba

quién era yo y normalmente se tomaba bien la información. Pero había veces en que no asimilaba la noticia tan bien. Gritaba y chillaba y se alteraba tanto que exigía que me marchara y no volviera nunca.

—Estoy seguro de que huelen a culo. —Jackson se abalanzó sobre su comida de inmediato, metiéndose grandes porciones en la boca, como si fuera un oso pardo.

—Esos modales —saltó mamá.

Jackson quitó los codos de la mesa y dio bocados más pequeños, comiendo como una persona en lugar de como un animal.

Mi madre tomó algunos bocados y se giró hacia Rome.

—Tú tienes un hermano, ¿no es así, cariño?

—Así es. —Rome dio un sorbo al vino antes de volver a poner la copa sobre la mesa—. Se llama Christopher. Se dedica a gestionar bonos y fondos mutuos en una empresa de patrimonio privada que hay en la ciudad. Le gusta.

—Qué bien. ¿Es mayor que tú?

—Unos meses.

Mamá alzó una ceja, sabiendo que las piezas no encajaban.

—Rome y Christopher son adoptados —explicué. Mi madre había preguntado aquello en muchas ocasiones, pero como nunca lo recordaba, tenía que repetírselo.

—Ah, ya entiendo —dijo—. A veces el agua es tan fuerte como la sangre.

—Yo creo que es más fuerte. —Le lancé a Jackson una mirada furiosa.

—Bah, cierra el pico. —Jackson cogió un grano de maíz y me lo lanzó—. Me quieres y lo sabes.

—Mentira.

—Recuerdo claramente que me dijiste que sí. —Jackson se metió otro montón de comida en la boca.

—Sólo porque tú lo dijiste primero y no quería que te sintieras como un idiota. —Después de que me dispararan, Jackson se había ablandado conmigo. Pero ahora nos metíamos el uno con el otro otra vez, como si yo nunca hubiera estado al borde de la muerte.

—Callaos los dos —dijo Rome—. Laura y yo sabemos que os queréis, así que dejad de fingir que no es así.

—Yo nunca he dicho que no lo quiera —argumentó Jackson—. Es él el que dice que no me quiere a mí.

Puse los ojos en blanco.

—Esta es la discusión más estúpida que hemos tenido nunca.

—No —dijo Jackson—. Estoy bastante seguro de que las hemos tenido peores.

Alguien llamó a la puerta.

—Hmm... No sé quién será. —Rome dejó la servilleta sobre la mesa y echó la silla hacia atrás.

—No. —Me puse de pie y señalé su silla—. Siéntate.

Jackson cogió el tenedor y el cuchillo y empezó a actuar como un cavernícola.

—Haz esto... Haz lo otro... Ahora.

Rome se tapó la boca y se rio de su atinada imitación.

—¿Tienes algo que decir, idiota? —Me crucé de brazos y lo fulminé con la mirada.

—¿Yo? —Continuó con su imitación de un cavernícola—. Yo hambre. Yo sed.

Volvieron a llamar.

Rome se rio de nuevo y entonces me di por vencido. Caminé hacia la puerta de entrada y miré por la mirilla antes de dejar pasar a Christopher.

—Hola, tío. Estábamos cenando, ¿te apuntas?

—¿Comida gratis? —preguntó—. Pues claro.

—Adelante entonces. —Volvimos al comedor, Christopher cogió un plato y se sentó al lado de Rome. Al igual que Jackson, se puso montones de comida en el plato como si llevara días sin probar bocado. Cuando se dio cuenta de que mi madre estaba a la mesa, se presentó. Se habían conocido docenas de veces, pero él ya se había acostumbrado a la rutina.

—Hola, Laura. Soy Christopher, el hermano de Rome.

—Ah, justo estábamos hablando de ti —dijo mamá—. Sólo cosas buenas, te lo prometo.

—Estoy seguro de que sí —dijo Christopher—. Rome me admira muchísimo.

—Sí... —dijo Rome sarcásticamente—. Estoy enamoradita de ti.

Christopher cogió un grano de maíz y se lo tiró a Rome, al igual que había hecho Jackson conmigo un rato antes.

Rome abrió la boca y lo cogió.

—Ostras. —Jackson dio una palmada al aire—. Menuda fiera.

—Esa es mi chica —dije con orgullo—. Con reflejos rápidos.

—Oye, quería hablar contigo de una cosa —dijo Christopher mientras se

giraba hacia Jackson.

—¿De qué? —preguntó Jackson—. ¿Finanzas? ¿Mujeres? ¿Moda? Tengo un sastre buenísimo en la Quint...

—No, es sobre la chica esa, Isabella —dijo Christopher—. Me encontré con ella en el Ruin el otro día.

No sabía que Christopher fuera un nuevo socio. Y desde luego no sabía que Isabella hubiera vuelto.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó Christopher—. Está buena.

Rome siguió comiendo, como si no quisiera participar en aquella conversación.

Di por hecho que al parecer Christopher no sabía que esa Isabella y la que me había disparado eran la misma persona.

Era evidente que Jackson no sabía qué decir. Me miró como si quisiera que yo tomara las riendas de la conversación.

—Isabella y yo estuvimos juntos —expliqué—. Hace mucho tiempo.

—Ah... —Christopher se echó hacia atrás y bajó la vista hacia la comida—. Lo siento, tío, no lo sabía.

—No, no pasa nada —dije yo—. Y fue ella la que me... ya sabes. —No quería mencionar la historia delante de mi madre. Se disgustaría y, como al día siguiente no lo recordaría, sería una pérdida de tiempo.

—Ah... —Christopher dejó de masticar y habló con la boca llena—. Joder, no había caído en eso.

—Es buena chica —dije—. Deberías intentarlo.

Jackson levantó una ceja.

—¿Buena chica? ¿Estás de coña?

El humor de Rome se ensombreció, dejando claro lo que sentía por Isabella. Nunca perdonaría a aquella mujer por haberme disparado, aunque hubiera sido un accidente.

—Cometió un error —dije—. Sé que no lo hizo a propósito.

—Pero sí permitió que Hank me secuestrara a propósito —dijo Rome de mal humor.

—No sabía qué iba a hacer contigo —dije—. Estaba deprimida y había perdido la cabeza...

—No la defiendas —dijo Rome furiosa.

Mi madre siguió comiendo con la cabeza baja en cuanto la conversación se puso tensa.

No quería hablar de aquello con Rome delante de todo el mundo. Ya

nunca hablábamos de Isabella ni de Hank. Nos limitábamos a vivir nuestras vidas felizmente.

—Lo único que digo es que, si estás buscando una mujer del Ruin, es buena elección.

—Bueno, más bien estoy buscando una tía con la que casarme —dijo Christopher—. Ya sabes, una chica guapa, con la cabeza bien amueblada y que sepa cocinar. Lo básico.

—Eso es muy bonito —dijo mamá—. Encontrarás a alguien especial si buscas lo suficiente.

—Pues sin duda alguna, ella no es buena opción para eso —dijo Jackson con una carcajada—. Es más bien como una parada en boxes en medio de la carrera.

—Christopher. —La fría voz de Rome interrumpió la conversación—. No quiero que te acerques a ella. No te digo qué es lo que tienes que hacer ni con quién tienes que salir. Pero ella no. Hay muchas más mujeres por ahí.

Eso era lo peor que podía decir Rome.

—Ahora está prohibida... —Christopher movió las cejas de arriba abajo.

—Lo digo en serio, Christopher —dijo enfurecida—. No es lo bastante buena para ti, ni siquiera para una noche.

—Ohhh.... —Le dio una palmadita en el hombro—. Mi hermanita se pone protectora. Es inútil, pero bonito.

Rome volvió a centrar su atención en la cena, dejando por fin la conversación.

Estábamos pasando una noche estupenda, así que decidí cambiar de tema para deshacer la tensión.

—Rome y yo vamos a ir a Martha's Vineyard por nuestro aniversario. Vamos a tomar vino y a relajarnos en la piscina.

—Uf, suena aburridísimo —dijo Jackson—. Yo preferiría ir a Las Vegas o algo así.

—¿Para un aniversario? —dijo Christopher—. Mira que yo no soy romántico, pero hasta yo sé que esa no es buena elección.

—No es aburrido cuando estás enamorado. —Miré hacia el otro lado de la mesa y crucé la mirada con la de Rome. Seguía irritada, con los labios firmemente apretados por el enfado. Ella intentó evitar el contacto visual porque quería seguir cabreada. Cuando estaba de mal humor, hacía lo posible por seguir así.

Pero no tardó en sucumbir ante mi mirada despiadada. Era su corazón el que llevaba la batuta y sus ojos obedecieron. Me miró desde el otro lado de la mesa, y aquellas preciosas esmeraldas se debilitaron frente a mis ojos. Los labios se le relajaron poco a poco y no tardó en caer rendida ante mi poderosa mirada.

Para nuestro aniversario, nos deleitaríamos tomando vino y queso y haríamos el amor en la cabaña que había alquilado en los viñedos. Sería una forma magnífica de celebrar nuestro primer año de matrimonio, el mejor año de mi vida. Todos estaban ocupados hablando de Las Vegas, así que gesticulé unas palabras con la boca desde mi lado de la mesa.

—Te quiero.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Ahora era totalmente vulnerable ante mí, estaba completamente rendida. Apretó los labios con fuerza mientras contenía una sonrisa que quería extenderse por su rostro. La alegría asomó a sus ojos antes de que pudiera detenerla.

—Yo también te quiero.

Isabella ya estaba olvidada. Hank estaba olvidado. Nos habíamos olvidado hasta de quienes nos acompañaban a la mesa.

Sólo estábamos nosotros dos.

* * *

Rome estaba tumbada en la cama, con la cabeza colgando por el borde y la cara vuelta hacia atrás. Tenía la boca completamente abierta y yo estaba penetrándole la garganta a los pies de la cama. Le agarré uno de sus firmes pechos con una mano, y con la otra me sujeté al borde para mantener el equilibrio.

Introduje mi erección en su boca cálida, golpeándole el fondo de la garganta una y otra vez. La saliva le caía por la cara e iba a parar a la alfombra que había bajo mis pies.

—Señora Owens... Nada más.

Cada vez que tenía la oportunidad de dirigirme a ella con ese nombre, lo hacía. Ya no me molestaba en llamarla cariño.

Ella mantenía la lengua plana y respiraba sólo cuando yo le daba la ocasión. Se había convertido en una sumisa experimentada, y hacía las cosas que me gustaban sin sobrepasar sus propios límites. Habíamos llegado a conocer bien qué era lo que podía soportar el otro. Ella no cumplía todos y

cada uno de mis deseos, pero lo compensaba de otros modos.

Estaba al borde del orgasmo, porque podía ver cómo chocaba mi sexo con el interior de su garganta. La piel se le abultaba con cada una de mis embestidas y ver mi propio contorno me hacía desear salpicar aquella preciosa garganta suya.

Salí de ella y cogí mi cinturón del suelo.

—Boca abajo, los pies al suelo. —Hice restallar el cinturón contra mi mano, emitiendo un chasquido e indicándole que iba en serio.

Se dio la vuelta y se colocó al borde de la cama, pero se quedó a cuatro patas.

—Túmbate.

Ella agitó el trasero en mi cara.

—Amo, castígame.

Le azoté el trasero con fuerza con el cinturón, queriendo castigarla por haberme desafiado.

—Llámame marido. Nada más. —Antes pensaba que amo era la palabra más poderosa del mundo, pero cuando me llamaba marido, me aportaba una sensación nueva. Me encantaba.

Dejó escapar un grito ahogado al notar el mordisco del cinturón sobre la piel.

—Túmbate. —Quería azotarla como a un niño sobre mi rodilla.

Ella seguía sin cooperar.

—¿Quieres que te castigue más? —Volví a golpearla con el cinturón, haciendo que saliera impulsada hacia delante—. Estas no cuentan para la ronda de diez, que te quede claro. —Le daría otras diez veces cuando estuviera en la posición correcta.

Rome se dio la vuelta, vestida con un sujetador y un tanga negros. Estaba guapísima cuando sólo llevaba la ropa interior, con el pelo castaño suave y ondulado. Sus ojos contrastaban con la oscuridad de la sala, absolutamente hermosos.

—Calloway.

Volví a chocar el cinturón en mi mano, ya que no podía golpearla cuando estaba de frente a mí.

—No quiero tumbarme boca abajo porque... —Se llevó la mano al vientre.

Bajé la vista hacia su mano, sin saber bien qué estaba ocurriendo. ¿Tenía dolor de estómago? ¿Se encontraba mal? No tenía ni idea. Un segundo antes,

mientras me la chupaba, parecía estar bien.

—¿Qué es lo que pasa, señora Owens?

Ella se miró el vientre, tomándose su tiempo antes de pronunciar las próximas palabras.

—Estoy embarazada, Calloway. —Levantó la barbilla, con un gesto reticente en el rostro. Le asustaba mi reacción, le asustaba aquella inesperada noticia.

No lo estábamos buscando. Hasta donde yo sabía, ella tomaba la píldora. Ni siquiera habíamos hablado de tener hijos todavía. Yo había dado por hecho que ocurriría en algún momento, pero había pensado que sería de modo intencionado.

Yo albergaba mis dudas con respecto a la paternidad, porque mi propio padre había sido despreciable. Pero Rome estaría ahí conmigo todo el tiempo, no era que yo fuese a estar solo. A pesar de que yo pertenecía a un mundo oscuro, estar al mando de Humanitarians United todavía me convertía en un buen ejemplo a seguir. O, simplemente, podría dejar el Ruin y punto.

Era un sacrificio que estaba dispuesto a hacer.

Pero todas aquellas preguntas y conversaciones podrían tener lugar en otro momento. En ese instante, ella necesitaba tener la certeza de que yo estaba feliz, de que amaría a nuestro bebé tanto como la amaba a ella. Dejé caer el cinturón al suelo y puse las anchas palmas de mis manos en su vientre, que apenas estaba dilatado. Me había fijado en que había ganado peso en esa zona, pero nunca me había importado lo suficiente su forma física como para prestar atención. Era perfecta, a mi modo de ver.

Me arrodillé y le di un beso en la tripa, sin apartar los ojos de ella.

—Eso es maravilloso, señora Owens.

—¿De verdad? —Esas dos palabras salieron de sus labios mostrando tanto alivio que llenó la habitación entera. Puso las manos sobre las mías y los hombros se le relajaron de manera visible—. Sabía que esto no estaba planeado y...

—Todo saldrá bien. —Volví a besarle el vientre y apoyé la frente contra él, incapaz de creer que una vida estuviera creciendo en su interior—. Estoy contento.

—¿Sí? Me daba miedo qué era lo que pensarías...

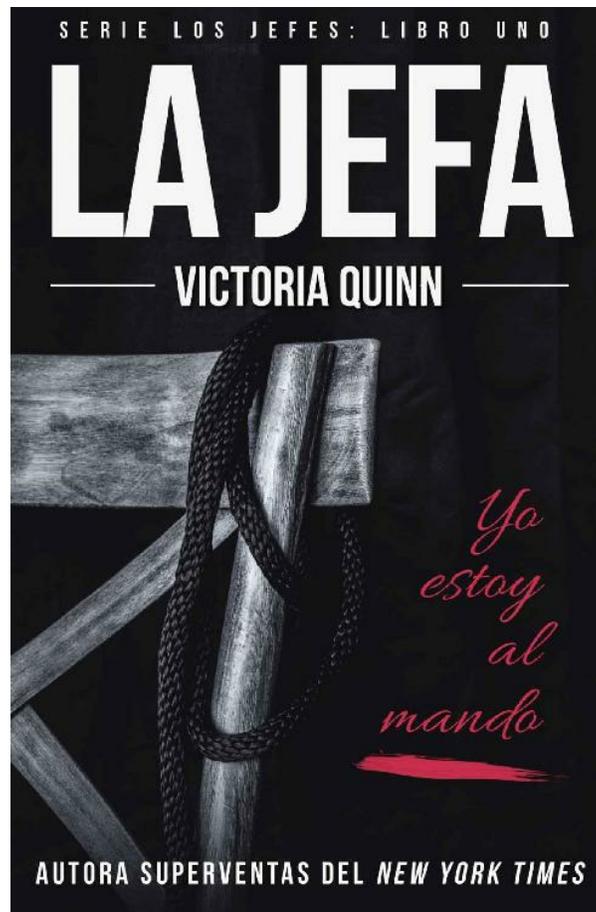
—Soy tu marido. ¿Cómo no iba a amar todo lo que salga de ti? —Le pasé las manos por el vientre desnudo hasta llegar a las caderas. Me puse de pie y me incliné hacia ella, obligándola a tumbarse en el colchón. Tenía

intención de follarla hasta dejarla sin sentido, pero ahora no me interesaba hacer algo tan duro. Quería hacerle el amor a mi mujer, celebrar aquella cosa tan bella que habíamos creado juntos—. Cuidaré bien de ti, cariño. De los dos.

Me sujetó la cara con las manos y me dedicó una mirada de amor que se había ido intensificando a lo largo de los años. Con cada día que pasaba, se hacía más grande y más fuerte. No sólo me miraba como al hombre del que se había enamorado, sino como el hombre con el que quería pasar toda su vida. Estaríamos juntos hasta el fin de los días, hasta que el tiempo separase nuestros cuerpos. Pero nuestras almas siempre permanecerían unidas.

Para toda la eternidad.

Otras Obras de Victoria Quinn



Sigue en contacto con Victoria Quinn y recibe las últimas novedades sobre las próximas publicaciones en www.VictoriaQuinnBooks.com

Mensaje de Hartwick Publishing

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ¡sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra [newsletter](#)! Como forma de agradecimiento por unirse a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en [Facebook](#) para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing